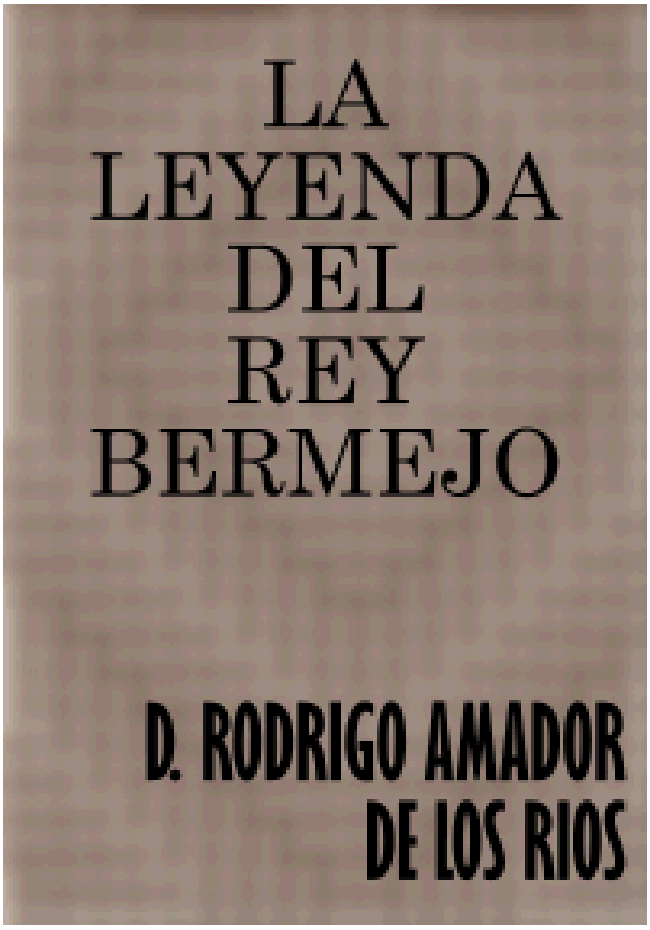
LIBRO dot.com

LA LEYENDA DEL REY BERMEJO

D. RODRIGO AMADOR DE LOS RIOS



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

A MI QUERIDO Y BUEN AMIGO EL ELEGANTE POETA SEVILLANO
JOSÉ DE VELILLA Y RODRÍGUEZ

¿Te acuerdas, mi querido Pepe? ... Hace ya muchos años de esto, y éramos entonces ambos muy jóvenes: todo nos sonreía en el mundo, y al pisar juntos, con los libros debajo del brazo, los claustros de la Universidad sevillana -que hoy al lado de los de Lista guarda los restos de mi padre-, teníamos la inocente pretensión de creer que si el sol brillaba en el firmamento, si las flores exhalaban perfumes, era sólo y exclusivamente para nosotros ... Reunidos en el fresco y reducido patio de tu casa, estábamos tu buena madre, tu hermana Mercedes, tan sentida como regocijada gloria de las musas, tu hermana Reyes, a la sazón pequeña, tú y yo: era una tarde calurosa del estío, y charlábamos alegres y decidores, preparando una expedición, que al fin con Mercedes realizamos, a Alcalá de Guadaira. No se cómo ni quien, en la conversación, descosida, bulliciosa. y sazonada por las felices ocurrencias tuyas, pronunció al acaso el nombre de Abú-Saíd, ni cómo fue el hablaros yo de aquel desventurado; pero es lo cierto que, al exponer mi pensamiento ingenuamente, surgió entonces en mí el deseo de tratar este asunto de nuestra historia en forma distinta de la hasta aquí tan conocida y manoseada. Y cuando, años adelante, en mis ocios todavía juveniles, acometía la empresa, pensé naturalmente en que, como cifra de aquella familia tuya para mí tan cariñosa, y cual amigo del corazón que eres, apareciese unido tu nombre a la Leyenda a que pretendía dar forma.

Aquí la tienes. No repares en lo humilde de su atavío, ni te extrañe por manera alguna éste: es una pobre fugitiva del naufragio en que pereció la era romántica contemporánea, cuyos cantos armoniosos arrullaban nuestra cuna, y que aún alienta en la persona de nuestro queridísimo Zorrilla, el ídolo de nuestra juventud, como revolotea en los dramas de Echegaray, como vive en los tuyos, que tantos aplausos y tanta y tan merecida gloria te han conquistado. Es mi Leyenda -aunque nada tenga del "sano manjar nacional, servido en fina loza", y sí mucho de "comida indigesta", cual mascarada de moros y cristianos, según la enérgica frase de Emilia Pardo Bazán[1]-, como un suspiro de tregua y de descanso, lanzado en medio de otras tareas para mí peculiares, pero áridas y desabridas tanto como trabajosas...

Recibe pues esta hija mía, a pesar de todos sus errores y de todos sus defectos, que son sin duda grandes y muchos, con el amor verdadero que me profesas, y no veas en ella sino el recuerdo cariñoso de tu siempre afectísimo y apasionado

RODRIGO.

[1] Los Pazos de Ulloa. pág. 87 de los Apuntes autobiográficos con que la autora encabeza su regional novela.

Librodot

I

Como sacude al sol alegre el pajarillo con trinos y gorjeos las alas humedecidas por persistente lluvia, así Granada sacudía también con regocijo el letargo enojoso del mes austero de Ramadán, al amanecer del día primero de la siguiente luna de Xauál, el año 759 de la Hégira[2]. No empañaba el celaje nube alguna; el sol resplandecía majestuoso en su trono de fuego, y mientras las tibias y otoñales brisas, cargadas de perfumes, saturaban de aromas el ambiente, brindaban fresca y apacible sombra, en los ribazos y en la vega, entrecortados bosquecillos de naranjales y limoneros y pobladas arboledas.

La cuaresma del Ramadán, con el forzoso ayuno que el Corán impone a los muslimes en acción de gracias y en memoria de haber de los cielos aquel mes descendido el Libro Santo; con su séquito obligado de penitencias continuadas y oraciones fervorosas, el recogimiento diurno y las prácticas piadosas prescriptas en la Sunna -todo había terminado, dejando sólo en pos el recuerdo de enfadosa pesadilla en larga noche de pertinaz insomnio. No más días pasados en oración bajo las sombrías naves del templo, iluminadas por el mortecino resplandor de los cirios y de las lámparas; entre la multitud abigarrada e informe de devotos, en extática actitud contemplativa, o en continuo y trastornador movimiento; entre el desconcertado rumor confuso de las oraciones de los fieles; en aquella atmósfera pesada y sofocante... No más abstinencia, ni más privaciones: la luna nueva, al desgarrar serena los cendales oscuros de la noche, arrojando aquella exaltación religiosa en la sima profunda del pasado que fue, traía consigo deslumbrador cortejo de risueños deleites, como recompensa merecida, después de la cuaresma, por los fieles.

Y mientras cada uno, con mano liberal, se disponía a repartir según su riqueza la limosna de precepto entre sus hermanos los necesitados y los menesterosos, apercibíase también con no disimulada satisfacción a gozar del id-us-saguir o pascua menor en la fiesta de alfitra, ora, ávido de gozar a plena luz del placer de la libertad buscando solaz y esparcimiento en el campo; ora dándose cita en los floridos cármenes cercanos, en los huertos y en las alquerías de las inmediaciones de Granada, cual si se tratase de celebrar algún acontecimiento próspero en cada familia.

Desde bien temprano, había sido invadido el Zoco por cargadores y mujeres que se reconocían y saludaban bulliciosos en voz alta y a gritos, como si al cabo de largos tiempos se encontrasen; y el ir y venir desasosegado de aquella muchedumbre que discurría en torno de los puestos de hortalizas y frutas, de carnes y viandas; el vocerío incesante y ponderativo de los vendedores; los grupos de hortelanos y de campesinos que acudían desde la vega llevando sobre los lomos de las caballerías o en carretas chillonas los naturales frutos de la tierra; el reverberar del sol en incansable cabrilleo sobre las ropas de la multitud abigarrada y heterogénea, ora simulando arder en los rojizos trajes, amortiguarse en los amarillentos, oscurecerse en los azules y en los negros, o adquiriendo intensidad deslumbradora en los blancos alquiceles y en los toldos de los puestos... todo

[2] Corresponde al 5 de septiembre del año 1358 de nuestra Era.

formaba sorprendente y singular conjunto de animación y de vida.

Comenzaban a circular los vendedores ambulantes de confituras y refrescos, recorriendo las estrechas y aún soñolientas calles de la población, y animándolas con sus gritos cadenciosos y guturales: abríanse las puertas de las casas, y como sombras fugitivas unas veces, a lo largo de los enjalbegados muros, cubierto discretamente el rostro, se deslizaban algunas mujeres engalanadas, mientras no faltaban otras en los grupos de gente apercibida a disfrutar en el campo del día, con los enjaezados rucios prevenidos y la comida ya dispuesta, ni era sino muy natural y frecuente el ver cuadrillas de infelices mendigos, recogiendo de puerta en puerta la limosna de precepto, y prorrumpiendo en desentonadas oraciones con que invocaban la bendición del cielo sobre las almas caritativas.

La plaza de Bâb-ur-Ranla, espaciosa y llana, era invadida por la multitud, contribuyendo a acrecentar la general alegría que se respiraba en el ambiente, las tiendas engalanadas, armadas a toda prisa, donde hacían valer sus mercancías los vendedores, ponderando entre el humo oleoso de los hornillos de los buñoleros, la dulzura de los higos chumbos allí amontonados, la excelencia de las cajas de dátiles, lo almibarado de los mazapanes, de las pastas de alcorza y de las demás confituras que, con el agua de naranja helada, las tortas de aceite y las monas polvoreadas de azúcar, convidaban apetitosas a la muchedumbre.

Los mercaderes del Zacatín y de la alqasaría, más graves y más circunspectos, habían a primera hora abierto sus tiendas, y en ellas ofrecían a la vista, provocativas e incitantes, las ricas sederías de Granada y de Málaga, de Almería y aun de Murcia, tan renombradas como bellas; los paños tunecinos, tan apreciados por su finura y sus matices; las telas recamadas de la India; los brocados y tabines de la Siria, celebrados por la viveza deslumbradora de sus colores; las sargas tan vistosas de Damasco; los tapices bordados de la Persia; los alfamares o alfombras de Chinchilla; los perfumes famosos de la Arabia; las abultadas ajorcas de oro, cuajadas de filigrana y enriquecidas de brillante pedrería; los sartales de aljófares y de perlas de mil cambiantes irisados: los collares y las gargantillas de anchos, vistosos y afiligranados colgantes de oro, las arracadas, los zarcillos, las sortijas, de este metal y de labrada plata, y todo, en fin, cuanto pudo crear la industria de los hombres para embellecimiento y gala de las mujeres.

En cuadrillas alegres, discurrían las gentes del pueblo vestidas de fiesta, arrojándose esencias, perfumes y confituras, deteniéndose a cada paso para obsequiarse mutuamente, cantando al compás de los instrumentos, y danzando con frecuencia no pocas veces; y Granada, como un suspiro de satisfacción, lanzaba en continuo borboteo, de sus numerosos arrabales al corazón de la ciudad, grupos animados, incesantes y caprichosos, en los cuales aparecían las clases y los sexos por vistoso modo confundidos.

Pintorescamente repartidos por los contornos, los granadinos respiraban con placer infinito el aire saturado de los aromas campestres en jiras y en honestos divertimientos, celebrando así bulliciosos la pascua, para volver al siguiente día a sus tareas habituales, desquitándose por tal manera de los apuros pasados, y abandonándose jubilosos a aquellas inocentes recreaciones, a que debían poner término los postreros resplandores del sol, y las primeras sombras de la noche.

Mientras los habitantes de Granada se disponían aquella hermosa mañana a celebrar la pascua venerada de al itra, en la forma tradicional consagrada va por larga y no interrumpida costumbre con muestras evidentes de fatiga, deteníase lejos todavía de la

ciudad, aunque en la falda aún de la Sierra, cerca del lecho donde el Genil agitaba en espumas bullidoras sus frescas y cristalinas aguas, y a la sombra de un álamo frondoso, cansada y cubierta de polvo una infeliz muchacha, cuyo traje descolorido y descuidado proclamaba la miseria de su dueño. Llevaba sobre los hombros a la espalda un fardo poco voluminoso y no pesado; apoyábase en rústico bastón hecho de la rama seca de un árbol, y tenía los pies, pequeños y carnosos, polvorientos y ensangrentados. La fuerza del sol y lo fatigoso del camino que sin duda traía, le habían forzado a apartar del rostro el deslucido velo que debía cubrirle, y gracias a esta circunstancia, advertíase que la humilde viajera, contando apenas quince años, era hermosa como una sonrisa de los cielos.

Reclinada sobre la verde alfombra bajo el pabellón flotante que formaban espléndido los nudosos y robustos brazos del álamo, y oculta por las espesas ramas de los tallares crecidos al acaso, la niña a poco.. y así que hubo sosegado un punto, sacó del pequeño zurrón que pendía de su cintura un pedazo de pan duro y moreno, y varias frutas frescas, y con señales de apetito, clavó los blancos e iguales dientes en el pan, recreando al propio tiempo la mirada en el espacio.

Nada turbaba la apacible calma ni el silencio imponente de los campos: la brisa, después de juguetear con las aguas del río, deshaciéndolas en hirvientes burbujas, llegaba hasta la muchacha fresca y regalada, acariciando su semblante, y agitando al pasar las desordenadas guedejas que se escapaban de la toca con que aquella traía cubierta la cabeza.

Contempló después el firmamento; fijó luego los ojos en el suelo; y comprendiendo por la sombra que sobre él los objetos proyectaban, la hora que debía ser, llegóse al río, bebió primero largamente y con delicia de la cristalina corriente, y lavándose en pos en ella las manos y los brazos hasta el codo, el rostro y la cabeza, postróse de rodillas hacia el lugar por donde el sol brillaba, y murmuraron sus labios ferviente oración, acompañada de frecuentes rítmicas oscilaciones de su cuerpo.

Alegre y satisfecha, volvió a colgar de sus hombros el fardo que había depositado sobre la hierba, alzóse de un salto, y tornó a proseguir su camino, modulando al propio tiempo una canción lánguida y sentida que parecía excitarla.

Así anduvo largo trecho: saltando unas veces, como la cervatilla libre en la pradera, gozándose otras en sumergir los pies entre las aguas de los arroyos que cortaban su paso, y lentamente las más, cual si la asaltasen repentinas y singulares preocupaciones, que hacían expirar la voz entre sus labios.

Conforme adelantaba hacia la corte esplendorosa de los Al-Ahmares, las ondas sonoras llevaban a sus oídos rumores vagos e indecisos que iban poco a poco creciendo y que, semejantes a la respiración agitada de un monstruo, se hacían cada vez más claros y distintos, formados de mil ruidos diferentes, y revelando la existencia de la cercana población, a donde la viajera caminaba. Al escucharlos, crecía el ardor en ésta y forzaba el paso apresurada; al cabo, al volver bruscamente de un recodo, allá a lo lejos aún, descubrió su mirada el espectáculo grandioso y peregrino de la gentil Granada, cuya graciosa silueta recortaba el sol sobre el fondo límpido y sosegado del azul horizonte.

Detúvose de nuevo la muchacha, sorprendida esta vez y bajo la acción de extraño sentimiento; y subiendo ágil sobre una de las pequeñas eminencias inmediatas, vuelta de espaldas al sol, contempló desde allí con curiosidad creciente e invencible el panorama deslumbrador y bello que delante de ella se desarrollaba sonriente, mientras el corazón

latía apresurado.

¡Qué hermosa estaba Granada en aquel momento!

En primer término, desde la eminencia misma en que la viajera se encontraba, y algún tanto apartada del cauce del río, extendíase como alfombra primorosa el valle entero del Genil, de trecho en trecho sombreado por altos, aislados, erguidos y frondosos álamos blancos, cuyas copas agudas y en pirámide, semejando ramilletes de argentada filigrana, parecían perforar con sus últimas ramas el firmamento; por medio del valle, centelleando a la luz del sol ardiente, saltando juguetón entre el aterciopelado esmalte de los campos, alegrando bullidor el paisaje, se abría camino el Genil, como una cinta de plata reverberante, de la que brotaban deslumbradoras chispas de fuego; en leves pero continuas ondulaciones, como oleadas de un mar en calma, la alfombra, de mil colores, seguía extendiéndose bañada en luz brillante, con grandes manchas oscuras de vez en cuando, producidas por las sombrías arboledas y el follaje de los olivos y de los granados que formaban grupos. A espacios desiguales, cual perlas sueltas desprendidas de un collar, en medio del vasto tapiz destacaban por su blancura, con su cúpula esferoidal, algunas pequeñas construcciones, y resplandecían los blancos tapiales de las cercas; más lejos, se accidentaba bruscamente el paisaje, y surgía de costado la colina roja, como abrasada por los rayos del sol, distinguiéndose a sus plantas confusamente, con sus almenas y sus cubos, sus torres cuadradas y sus tambores, las murallas, también rojizas, de la población, simulando desde el sitio en que la niña miraba estremecida aquel cuadro sorprendente, oscuro cinturón ceñido al talle de la hermosa sultana del Genil y del Darro. Detrás de las fortificaciones, escalonada y en anfiteatro, resplandeciente de blancura, como tallada en yeso, y encaramada sobre las murallas, aparecía al fin la ciudad, con sus casas angulosas y sin ventanas, con los altos alminares de las mezquitas, cuadrados, de rojo ladrillo construídos, de domos dorados que al ser heridos por el sol parecían brasas, y manzanas también doradas por remate; los huertos, los jardines, desbordando las notas verdes de sus árboles sobre la blancura de los edificios, y por cima, a la derecha, reclinadas con indolencia en la parte superior de la colina roja, las Torres Bermejas, la línea de murallas, las informes construcciones de la almedina, y por último, como señor y dueño, entre un mar de verdura, el alcázar fastuoso de la Alhambra, con sus torres cuadradas, rojizas, agradables, entrecortadas a modo de florones de una diadema. Al otro extremo, apenas se distinguía el cerro de Albaicín, bajo el hacinamiento confuso de edificios y de torres, todo ello tomando singular relieve y pronunciando salientes y negras sombras desvanecidas por la distancia, en el baño de luz caliente que lo inundaba con fantásticas y deslumbradoras apariencias.

Ante aquel espectáculo seductor y risueño, ante aquella visión soberana, en la cual parecía la corte feliz de los Józrayíes pudorosa doncella envuelta aún, como en cendal transparente, en los suaves velos de la pasada aurora, y el sol, su amante, que con trémula pero atrevida mano aparta el alharîme[3] sutil que cubre el rostro delicioso de su

amada-, la niña conmovida se prosternó en el suelo, exclamando estremecida de temor y de júbilo a un tiempo mismo:

-¡Granada! ¡Granada! ¡Cuán hermosa eres, y cómo te engrandeció la mano generosa de Alá, el único, el Inmutable!... ¡Como sonríen a la presencia del sol los rojizos

[3] Velo con que las mujeres encubren el rostro; más comúnmente se dijo por permutación, alfareme. Es de seda transparente, y las mujeres de la clase pobre lo reemplazan con un pedazo de tela que deja sólo al descubierto los ojos.

murallones que te cercan, y bordan la fimbria de tu túnica esplendorosa!... ;Como resplandecen tus encantos, y como te ufanas y te engríes al contemplar tu imagen seductora en el cristal del Genil y del Darro! La clemencia de Alá se extremo para contigo, convirtiéndote en espejo del Edén prometido! Como el Tigris y el Éufrates, que riegan y fecundan con sus aguas los jardines deleitosos del Paraíso, el Darro y el Genil fertilizan regocijados y orgullosos tus amenos jardines y tu vega incomparable, y cual linda prometida que espera palpitante y risueña a su amante enamorado, así tú pareces sonreírme, a mí, pobre y abandonada criatura, tú que eres la sultana orgullosa que has sabido dominar a tus émulas, sometiéndolas a tu yugo con el fulgor irresistible de tus miradas!... ¡Que Alá te bendiga y exalte, como ha de exaltar la ley divina dictada por labios de Gabriel al Profeta Mahoma!

Largo espacio de tiempo permaneció la muchacha embelesada en aquella actitud contemplativa: y al cabo, dirigiendo postrer y melancólica mirada de despedida al lugar del horizonte, donde habían a sus ojos desaparecido los picos de la Alpujarra, de donde venía, prosiguió pensativa y lentamente su marcha, cruzando el bullicioso Genil, cuyas corrientes parecían murmurar en sus oídos palabras lisonjeras de bienvenida.

Al encontrarse cerca ya de la población, detúvose una vez más aún, preocupada, y se dejo caer sobre un ribazo; hasta ella, distinto y perceptible, llegaba el sonido de las músicas que recorrían en son de fiesta la ciudad, y entonces, vencida por repentina melancolía, dejo exhalar de sus labios un suspiro, recordando las horas pasadas de su infancia, tan tranquilas como el curso sosegado del Genil, que a sus plantas seguía murmurando; llenas de encanto, como todo lo que fue y no puede volver a ser ya nunca.

Interrumpiendo a deshora el hilo de los recuerdos evocados, resonó sobre la arena el galope acompasado de un caballo, que hizo despertar bruscamente de su letargo a la

muchacha: incorporóse retrocediendo, y junto a ella, rozando sus ropas miserables, paso como una exhalación sobre un fogoso morcillo, un jinete de gallarda apostura y gentil continente, ricamente vestido, y levantando en pos de sí espesa polvareda.

-¡Alá proteja al caballero! -grito la viajera extendiendo los brazos en la dirección que aquel llevaba, y volviendo hacia el con curiosidad sus miradas.

El eco argentino y vibrante de su voz llego sin duda a los oídos del jinete, acaso impresionándole, porque aún no había apartado la niña los ojos del lugar por donde aquel había entre los árboles desaparecido, cuando le vio surgir de nuevo, llevando al paso su cabalgadura. De faz correcta, ojos azules y movibles, nariz aguileña y poblada barba roja, venía vestido el caballero de muy rico gambáx o sobretodo de matizado sirgo que le envolvía, mientras en torno de su cabeza flotaba el blanco izár con cuyo cabo jugueteaba el aura matutina.

Jamás, ni en sueños, allá en el apartado corazón revuelto de las escabrosas Alpujarras, donde estaba la humilde alquería en la cual vio la desvalida muchacha discurrir serenos los días de su florida infancia, había contemplado mancebo alguno con tal señorío y autoridad en su persona, con tal gracia y tan lujoso porte, ni la anciana que cuido de ella le hablo nunca de nada que se pareciese a la riqueza y la ostentación que, a cada movimiento del jinete, bajo los pliegues del gambáx descubría el desconocido en sus lujosas vestiduras.

Criada entre los montes, apartada de todo lo que no fuese la naturaleza, conocía solo las virtudes de las plantas, sabía por tradición interpretar en las líneas de la mano y con el auxilio de las estrellas, el misterioso porvenir; pero para ella todo lo demás era

desconocido, todo era ignorado. Pendiente llevaba del gracioso cuello el sagrado talismán que la anciana le lego a su muerte, como su única hacienda: sujeto al brazo derecho guardaba un amuleto prodigioso y de virtud singular, que para preservarla de las traidoras asechanzas de los malos genios, su misma madre, por ella nunca conocida y cuyo nombre jamás oyó pronunciar a nadie por acaso, había tocado en la sagrada piedra negra de la Cáába[4].

-Hija mía -le había dicho la anciana, pocos momentos antes de que el ángel de la muerte sellara para siempre sus labios. -Hija mía: cuando la tierra cubra mis despojos y hayas pronunciado al pie de mi tumba las últimas oraciones, partirás sin excusa para Granada ... Contigo irá mi espíritu: te acompañará también la protección de los buenos genios, y el talismán que recojas sobre mi cadáver, te librará de todo maleficio, atrayendo sobre ti las bendiciones del cielo. .. Parte a Granada: allí, en medio de la abundancia, poderosa como el Amir de los muslimes (¡prolongue Alá sus días!), grande entre los grandes, alta entre las altas, como el ciprés entre los demás árboles, allí encontrarás a tu madre... Bastará que ella vea el amuleto que llevas sobre el brazo y ella misma colocó en tal sitio cuando naciste y me fuiste confiada, para que te reconozca y te eleve a la altura donde resplandece y brilla.

Y la niña, cumplidos los últimos deberes religiosos para con la que había sido su madre, amparándose del talismán, y confiando en las palabras de la anciana, había partido para la corte de los Aláhmares, bajo la protección invisible de los buenos genios. Largo era el camino; pero su fe en la anciana era mayor aún, y a Granada iba, atraída por misteriosa fuerza, arrastrada por desconocido impulso, como va la hoja seca desprendida del árbol arrastrada en la corriente del arroyo.

-¡Quién sabe -se decía, viendo avanzar al jinete- si mi estrella me depara en este desconocido mancebo el cumplimiento de mis esperanzas!... ¡Alá me oiga! ¡Quién sabe si por él podré llegar a los brazos de mi madre!...

Mientras tanto el caballero había llegado por su parte hasta ella, y deteniendo su cabalgadura, fijó la mirada en la muchacha, y dijo con voz agradable y faz risueña:

-¿Eres tú por ventura, hermosa niña, quien respondiendo a mis más íntimos pensamientos, ha invocado sobre mi la protección de Alá ensalzado sea? ...

Llena de emoción, la doncella, mientras con ojos asombrados contemplaba al caballero, no acertaba a articular palabra, permaneciendo inmóvil en su sitio.

-No temas, no, que mi presencia te ocasione mal alguno -prosiguió el desconocido-. Mensajera para mí eres providencial de buenas nuevas, y por tus labios, respondiendo a mis deseos, han hablado los genios que me protegen ... ¿Cómo te llamas tú, que así has satisfecho y resuelto con tu salutación mis dudas? ...

Alentada por la dulzura de aquel lenguaje, la niña adelantó hacia el jinete, exclamando:

-Áixa ¡oh señor! es mi nombre ...

-Aixa! -repitió aquél-. Por Alá, preciosa criatura, que tu nombre es también para mí

[4] Esta piedra milagrosa, incrustada en uno de los ángulos del venerado templo, marca el punto desde el cual deben dar principio las vueltas de los peregrinos en torno del celebrado santuario, y según los musulmanes, la colocó allí el mismo ángel Gabriel, bajándola de los cielos; goza de gran virtud, y era antes de una blancura sin igual y brillante; pero de tocarla los peregrinos ennegreció bien pronto, recibiendo desde entonces nombre de piedra negra. Mide seis pulgadas de alto por ocho de largo y, conforme aseguran algunos escritores, no es otra cosa que un trozo de basalto o acaso de un aereolito.

promesa de ventura inapreciable!...[5]. Bendito sea Alá, que te ha colocado en mi camino -añadió tras corto espacio de silencio, al cabo del cual,

-Lo humilde de tu aspecto me revela -dijo- que esta es la vez primera sin duda que las auras del Genil murmuran en tus oídos, y el abandono en que te encuentro me persuade de que eres quizás sola en el mundo ... Y ya que Alá ha dispuesto las cosas de manera que ambos nos conociésemos, llevando yo de ti grato recuerdo, quiero que al separarnos quede para ti el mío en tu memoria ...

Y al pronunciar estas palabras, sacó de entre sus ropas una bolsa de seda, por entre cuyas mallas brillaba el oro de abundantes addinares, alargándola con ligero ademán a la viajera.

-Gracias! Gracias! -exclamó ésta enrojeciendo y rechazando con un movimiento la mano del jinete...- Alá me basta! Él es mi protector y amparo! ... Ciertamente que has dicho verdad y que me encuentro sola en el mundo, como la palma en el desierto, como Alá el único en el alto cielo. ¡Bendito sea! Pero la protección del que ni engendró ni fue engendrado, de aquel sin cuyo permiso no se mueve la hoja del árbol, ni luce el sol, ni nacen las flores, ni viven las criaturas, me acompaña y defiende, como me defienden y acompañan los buenos genios, que para mí no guardan secretos ni en el firmamento ni en las criaturas mismas ... Nada temo v de nada necesito: guarda pues esa bolsa o dala a aquel que más precisión tenga de ella, en memoria del día que hoy celebran los fieles.

-Altiva eres, doncella, y mi intención no pudo por Alá ofenderte. .. -exclamó el desconocido volviendo a guardar la bolsa y mirando entonces con curiosidad a Aixa-. Pero has dicho que para ti no guarda el porvenir secretos -añadió-. ¿Eres, pues, zuharí? Oh! Por mi cabeza que, cuando tan manifiesta se me declara la voluntad del cielo, cuando encuentro a mi paso y reunidas en tu persona tantas pro

mesas, no he de desperdiciar, linda servidora de Venus[6], ocasión tan propicia como esta, para conocer los secretos de mi destino! Dime, hermosa muchacha, así Alá te pro

teja -prosiguió presentando no sin visible emoción su mano derecha a Aixa-. dime qué suerte me depara el Señor de las criaturas ... Descorre a mi vista el velo tenebroso que oculta y encubre lo venidero!

Tomó la niña entre sus manos la del desconocido, y examinándola atentamente, dijo al cabo de algunos instantes de silencio:

-Noble eres como el Amir ¡ayúdele Alá!... Tu prosapia es la suya, y desciendes como él en línea recta ¡oh, señor! de Sáad bnu Ubâdah.

-Es cierto -exclamó el gallardo caballero-. Prosigue.

-Grande es tu poder en Granada ... Brillante tu estrella y tu destino -continuó Aixa con tono sentencioso-. Todo te sonríe en la vida; pero el demonio de la ambición te posee. .., la sed que te domina es insaciable e infinita, y a tu pesar te arrastra y te subyuga ... En el ciedo, donde resplandece fulgurante y espléndida la tuya, hay sin embargo otra estrella de mayor magnitud y más intenso brillo ... Pero, aguarda: tu estrella aumenta de esplendor y se agranda... -exclamó la adivina con los ojos fijos en el cielo.

[5] El nombre de Áixa, como se pronunció un tiempo, significa con efecto, según los léxicos, lo mismo que suerte próspera.

[6] El nombre de zuharí, que rectamente según Ibn Jaldún, significa servidor del planeta Venus, al cual llaman en árabe Azzuharah, por extensión ha sido aplicado por los astrólogos a los que practican la geomancia.

-¡No te detengas por Alá!... ¡Prosigue!... -gritó el desconocido, interesado.

-¡Oh! ¡No puedo complacerte! -replicó Aixa sonriendo al cabo de unos momentos de silencio-. El sol reina como soberano señor en el firmamento, y no acierta mí mirada a seguir en el océano de luz que todo lo envuelve, el rumbo incierto de la estrella de tu destino ... Es fuerza, pues, que te resignes por ahora, y cuando las sombras de la noche hayan extinguido los últimos fulgores del día, entonces ...

-¡La noche!... Largo es el plazo para el afán que me devora, cuando ambiciono conocer mi destino!

-¡Oh, señor mío! Sólo Alá sabe lo que se oculta en las entrañas de las criaturas!

-Él guió sin duda mis pasos hacia ti para conocerte, y pues tan manifiesta es su voluntad, dime dónde podré encontrarte.

-¿Acaso sé yo misma el sitio en que hallarán reposo mis fatigados miembros?

-Sígueme entonces, pues, muchacha; sígueme sin recelo, y yo te juro por el santo nombre de Mahoma que te puso en mi camino, que sabré recompensar dignamente el servicio que de ti espero, si aciertas a leer en los astros la suerte mía!

Pareció reflexionar la doncella breve instante; y al cabo, decidida, recogió del suelo el bulto, y colocándoselo sobre la cabeza.

-Guía -dijo sencillamente al caballero, echando a andar en pos de él sin muestras de fatiga.

De esta suerte, llevando al paso el jinete la fogosa cabalgadura, que braceaba nerviosa y con impaciencia, pasaron por delante de la humilde mezquita de los Saffaríes o de los viajeros, colocada cerca de la confluencia del Genil y del Darro, dejando atrás la población entregada a las expansiones del regocijo, y así llegaron ante la puerta de hermoso palacio cercado de frondosos huertos, por la cual penetró el desconocido, seguido siempre de la muchacha, cuyos ojos no cesaban de admirar las bellezas reunidas en el jardín por donde cruzaron, deteniéndose ambos por último al pie de una escalinata de mármol, adornada por dos hileras de macetas cubiertas de flores que despedían gratísimos perfumes.

II

A la presencia del caballero, acudían solícitos dos servidores, quienes tomando las bridas del caballo se inclinaban con el mayor respeto delante del desconocido, a cuya orden uno de ellos se apresuraba a aliviar a la niña del ligero bulto, mientras él. tomando de la mano a Âixa, invitábala sonriendo cariñosamente a subir la escalinata y penetrar en los aposentos del palacio.

Componíase éste de varios cuerpos de edificios, unidos ingeniosamente por medio de patios los unos a los otros; y después de cruzar por varias salas, todas ellas lujosamente bordadas de filigranada labor de yesería vivamente colorida, semejando riquísimos tapices, llegaban a una habitación más interior, por igual arte enriquecida, y en cada uno de cuyos frentes se abría angrelado ajiméz, a través de cuyas celosías de madera penetraban jugueteando los rayos del sol que dibujaban sobre el pavimento la trenzada red del enrejado.

De trecho en trecho y simétricamente colocados, había escaños de damasco de varios

colores, y en ellos, blandas, ampulosas y llenas de voluptuosidad, diversas almartabas bordadas de seda y de oro, mientras que a los pies de los escaños, tejidas de blancos y finos juncos, se extendían frescas esterillas: grandes jarrones de porcelana azul con reflejos de oro, de aquellos que con arte singular eran fabricados en Málaga y en Jaén, dibujaban sobre el zócalo de pintados aliceres las elegantes curvas de su contorno, ostentando abundosos ramos de agradable vista, en que las rosas, los jazmines y las dalias se mostraban artísticamente agrupadas; espejos de diversos tamaños destacaban entre gasas sobre la yesería de los muros, reproduciendo el lujoso aspecto de la sala, y al propio tiempo que de la techumbre de alerce, delicadamente entallada y colorida, pendía hermosa lámpara de cristal, en el centro de la estancia hallábase una mesilla octógona de escasa altura, taraceada, cubierta de blanco mantel de lino y cargada de viandas, con anchos almohadones distribuídos en torno.

Maravillada ante aquel espectáculo, totalmente nuevo para ella, Âixa se detuvo vacilante, sin atreverse a trasponer el dintel; pero el desconocido, volviéndose a ella,

-¿Por qué te detienes? -le preguntó siempre con acento cariñoso-. Ven -añadió- y recobra tus fuerzas, que harto fatigada debes de sentirte.

Avanzó entonces la muchacha, y cediendo a las indicaciones del caballero, tomó asiento en uno de los almohadones tendidos en torno de la mesa, mientras a una seña de aquél aparecían en la estancia doncellas con aljofainas, jarros de agua de olor y paños blanquísimos para las manos, y dirigiéndose a la pobre huérfana, antes de que pudiera ésta hacer resistencia alguna, lavábanle las manos con el agua de olor, y perfumábanla a porfía, como al desconocido, presentándole después, sobre un azafate de latón esmaltado, una copa de dulcísimo refresco, de la cual bebió Âixa, aún no vuelta de su sorpresa.

Luego apoderábanse de ella con graciosas insinuaciones; y conduciéndola a una habitación inmediata, no menos primorosamente decorada, despojábanla de sus humildes ves-. tiduras, y haciéndole tomar suave baño de aromáticas aguas, volvían de nuevo a vestirla con hermoso traje de sedas, peinaban sus abundosos cabellos, en los cuales prendían los pliegues de transparente y blanco izár bordado de oro, y cubriendo desde los ojos su bello semblante con perfumado alharime, conducíanla otra vez a la estancia, donde la aguardaba el caballero.

No se encontraba ya éste solo como antes; al lado suyo, voluptuosamente reclinada sobre los mullidos almohadones y cubierta por holgada túnica de alguáx, con el semblante descubierto, ornada de sartas de brillantes aljófares que ceñían su ebúrneo y contorneado cuello, teniendo a la espalda dos esclavas de singular belleza con sendos abanicos para hacerle aire, e inmediata a la taraceada mesilla, esperaba también una dama de altivo porte y de mediana edad, quien conversaba con el desconocido en el momento de aparecer Âixa en la estancia.

Tímida, poco segura de sí propia, sintiendo discurrir por sus venas extraña laxitud que paralizaba sus movimientos, la huérfana, suavemente empujada por las doncellas, dio algunos pasos y se detuvo al contemplar su imagen en uno de los espejos que adornaban los muros, no atreviéndose, en medio de su deseo, a levantar la vista para contemplarse. Se sentía tan bella, adivinaba por instinto que bajo los pliegues de aquellas ricas vestiduras con que se había dejado engalanar, resaltaban más sus encantos, que sobrecogida de emoción así por esto como por la inesperada presencia de la dama, enmudecieron sus labios, sin osar por otra parte ni avanzar ni retroceder hasta el lugar donde visiblemente era aguardada.

Librodot

La dama en tanto, tenía sobre ella fijos los ojos con singular complacencia, en la que no obstante se traslucía algún despecho, y alzándose con indolencia, dirigióse a la niña, quien toda trémula la sentía acercarse.

-Aproxímate, hija mía -le dijo apoderándose de una de sus manos- y ven a tomar asiento a nuestro lado ... Hermoso es tu continente, y tus ojos son hermosos como el cielo ... Debe de ser tu rostro tan bello como una sonrisa de Alá -añadió haciéndola sentar en el almohadón más inmediato al suyo, mientras con ejercitada destreza y antes de que Âixa pudiera evitarlo, desprendía el alharime que cubría parte del semblante de ésta.

-No te habías engañado -repuso luego dirigiéndose al desconocido-. Si tus predicciones, niña, son como tu ros-

tro, dichoso aquel cuya suerte penda de tus labios! Porque de ellos no pueden brotar sino felicidad y ventura...

-Oh, señora mía! -murmuró al fin Âixa llena de rubor y levantando confusa hasta la dama sus ojos expresivos.

Pronunciadas las fórmulas de invocación, comenzaron las doncellas a servir la comida, mientras de la habitación inmediata llegaban hasta el aposento los ecos melodiosos de varios laúdes, hábilmente tañidos; y así que hubo terminado el servicio, y hubieron levantado el mantel las graciosas muchachas, alzóse el caballero de su asiento, y dando gracias a Alá, después de saludar a la dama y a Âixa, retiróse por otra puerta, dejando en libertad a aquellas.

Durante la comida, la joven había permanecido callada y siempre ruborosa, contestando por medio de monosílabos a las preguntas que le dirigieron; pero así que el gallardo mancebo hubo desaparecido, exhalaron un suspiro sus labios, y volviendo hacia la dama la mirada, exclamó:

-¡Oh señora mía! ¡Que Alá el Excelso premie en el paraíso las mercedes que habéis dispensado a esta pobre huérfana, y en pago de ellas os conceda los placeres inefables de la bienaventuranza!

-Que Alá te bendiga, hermosa criatura, por la pureza de tus sentimientos -contestó la dama-. ¿Estás pues satisfecha -preguntó.

-¿Cómo no estarlo de los beneficios que me habéis hecho?

-¡Las gracias sean dadas a Alá! Él es el dispensador de todos los beneficios! -replicó sentenciosamente aquéllaSé que acabas de llegar a Granada, y que el Señor del trono excelso te ha concedido el privilegio de leer el destino de las criaturas en el curso de los astros... ¿Nunca tuviste, niña, curiosidad de conocer por aventura el que te reservan?

-Jamás, señora mía ... ¿Cuál habrá por otra parte de ser mi destino, cuando me ves huérfana y desvalida? ...

-A Alá corresponde el conocimiento de las cosas futuras... Ya ves cómo Él ha guiado tus pasos hoy, y cómo te ha conducido hasta aquí, donde encontrarás la protección que necesitas y que tanto mereces.

-Gracias otra vez, señora.

-Sí; porque tus desgracias, que me han sido referidas, me interesan vivamente, y deseo ayudarte con toda mi alma a buscar esa persona en pos de cuyas huellas has venido a Granada ... Ya verás, gentil doncella, como la encontraremos, y si es tal cual tú dices, tendrás para siempre tu porvenir asegurado.

Llena de emoción al escuchar tales palabras, sintió ixa arrasados en lágrimas los ojos; y tomando una de las manos de la dama, la llevó a sus labios reconocida y con respeto,

murmurando a la par frases de gratitud entrecortadas.

La conversación duró aún en esta forma largo rato; y como era aquel por aventura día en el cual daba el Sultán audiencia pública en su palacio, quedó acordado que Âixa, acompañada de algunos servidores de la dama, acudiría aquella misma mañana a la presencia del príncipe de los muslimes para demandarle su protección, con lo cual ambas mujeres se separaron: la niña para entregarse de nuevo en manos de las doncellas que debían hermosearla, aunque no había menester de ello, y la dama para dar las disposiciones oportunas.

Mientras las sirvientes, cumpliendo las órdenes recibidas, se afanaban complacientes en hacer resaltar las bellezas de la desvalida huérfana, ésta, deslumbrada y desvanecida por cuanto desde aquella mañana le había acontecido, dejábase llevar de singulares meditaciones, no de otra suerte que el nadador cansado se deja llevar sobre las aguas por el movimiento de las olas.

-¿Cómo -pensaba- cómo, poderoso Alá, cómo he podido yo merecer que derrames de este modo sobre mi humilde frente los tesoros inagotables de tu benevolencia? ¿Qué he hecho yo, oh Señor de las criaturas, para que cuando más sola, más abandonada de todos me sentía, haya encontrado almas tan generosas y tan nobles como la de este gentil caballero y esta gran señora, que me dispensan beneficios tan señalados? ¡Oh, genios invisibles, espíritus de bondad que vagáis incesantes en torno mío, que veláis por mí y que me habéis animado complacientes, decidme, así Alá os conceda eternamente su gracia, si ésta que está aquí soy yo misma, aquella muchacha desventurada y miserable que hace pocas horas se arrastraba penosamente por los caminos abandonada de todos y sin saber siquiera dónde podría dar el apetecido descanso a sus miembros tan apesadumbrados por la fatiga! Decidme que no es un sueño todo cuanto por mí pasa; que no es vana ilusión ni este bello aposento en que me hallo, ni estas mujeres que derraman solícitas sobre mí aguas perfumadas y olorosas, y se disputan mis miradas y mis sonrisas como enamoradas, pareciendo a porfía competir en engalanarme de collares, de sartas de aljófares y de alhajas! Decidme que es verdad cuanto miro, y que estas hermosas vestiduras, recamadas de oro, que me cubren, estas ajorcas resplandecientes que oprimen mis desnudos brazos y mis muñecas, estas impresiones tan grandes que recibo, no son delirios de mi imaginación, exaltada por la fatiga y el cansancio! No hace aún dos horas que mis pies, desnudos, polvorientos y ensangrentados, hollaban doloridos el camino pedregoso que traje desde la humilde alquería donde he nacido; no hace aún dos horas que las márgenes de ese río cuyo murmullo trae hasta mí la brisa, fueron el almidhá donde hice la ablución, y que la dura tierra me sirvió de musal'lá para elevar al cielo mi corazón y mis oraciones, y ahora mis pies huellan alfombras mullidas, y van delicadamente calzados de chapines de tafilete, bordados en sedas!

De tales y de otras parecidas meditaciones, sacaban bruscamente a Âixa las solícitas doncellas, poniendo ante sus ojos asombrados un espejo, donde, al contemplar con infantil deleite su hermosura, vio la niña una por una retratadas las perfecciones de su rostro, quedando satisfecha de sí propia; y como era precisamente llegada la hora de concurrir al Serrallo para asistir a la audiencia pública del Sultán, según la dama desconocida le había ofrecido, -después de cubrir las sirvientes el semblante de Âixa con las nevadas gasas de perfumado alharime, guiábanla hacia una de las puertas del edificio, sitio en el cual le aguardaban, lujosamente enjaezada, una jaca nerviosa v de fina estampa, dispuesta para ella y dos servidores a caballo, no con menor suntuosidad

Librodot

vestidas, quienes, así que la muchacha hubo tomado cómodo asiento sobre su palafrén, se colocaron a distancia respetuosa de ella, encaminándose en esta disposición a Granada.

Bien pronto quedó atrás, con su cupulilla de cascos y sus blanqueados muros, la humilde mezquita de los Saffaríes, colocada en el lugar en que juntan bullidoras sus aguas el Genil y el Darro; y torciendo luego por modesto puentecillo de tablas el Genil, hacia la izquierda, siguió la comitiva por la margen del Darro, cuyo lecho pedregoso sombreaban los copudos álamos allí al acaso nacidos, siendo cada vez más frecuentes los animados grupos y las regocijadas cuadrillas que a su paso encontraba, dispuestos unos y otras a celebrar placenteramente en el campo la sagrada pascua. Así llegaron Âixa y sus acompañantes a Bâb-ut-Tauâbín, y así, en medio del bullir de la población, continuaron su camino, tomando por una de las estrechas calles que van insensiblemente trepando en dirección al cerro de la Alhambra, no sin causar admiración en las gentes el aparato de aquella dama, y el lujo de sus vestiduras.

Después de dar algunas vueltas por callejas sombrías, encontraba la comitiva de nuevo el cauce del Darro, encajonado ya en este sitio por las construcciones del Zacatín; y revolviendo a la derecha, salía al puente en el cual desembocaba la empinada calle de Gomeres, la cual seguía, hasta penetrar por Bâb-ul-Uxcâr en el recinto de la Alhambra, cuyo foso, como ancha grieta abierta en el cerro, marcaba por medio de rojiza, estrecha y desigual vereda el camino de Bâb-id-Gudûr, hermosa fábrica de ladrillo que destacaba gallarda sobre los almenados muros de la fortaleza los altos tambores entre los cuales se abría la puerta, con su arco de herradura, su puente levadizo y su indispensable guardia, pintorescamente agrupada en las oscuras sombras proyectadas por los tambores.

No sin emoción llegaba la niña a aquel sitio, y no sin sobresalto cruzaba el foso para penetrar en la almedina, barrio en el cual la multitud discurría atareada, reflejando en sus semblantes la alegría; al cabo, y siguiendo como hasta allí las indicaciones de uno de los dos servidores que la acompañaban, se detenía delante del alcázar, cuyas cúpulas doradas, heridas por los rayos del sol, semejaban bruñidos capacetes de oro. Allí descabalgaba; y penetrando en el Palacio de la sultanía por la Bâb-us-Surûr, llegaba al postre al Serrallo.

Hallábase éste colocado en uno de los cuerpos de edificio que caen a la izquierda de la famosa Torre de Comárex, puesto con ella sin embargo en comunicación inmediata, y se ofrecía precedido de rectangular patio, en cuyo centro murmuraba sonoro alegre surtidor que derramaba en constante movimiento líquidas y transparentes perlas, refrescando el ambiente. Al fondo, sobre ancha escalinata levantados tendíanse de largo a largo varios angrelados arcos de calada yesería, apoyados por leves, elegantes y esbeltas columnas de alabastro, mientras en último término se abría al centro en el muro otro arco de yesería esmaltada, coronado por celosías de complicada traza peregrina, por entre cuyos geométricos dibujos se cernía la clara luz del sol, que penetraba a borbotones, como hirviente cascada de oro, por otra celosía mayor abierta sobre el bosque en la inmediata estancia. De la techumbre plana, formada de rombos y de estrellas, de lazos y de flores cubiertas de metálico reflejo, que destacaba con nítido brillar entre el oscuro matiz de la madera de alerce, pendían varios orbes de cristal, con multitud de cordones de oro y sedas y borlones elegantes; y levantando encima de preciada alhombra de juncos, en la que sobre fondo amarillento dibujaban dos leones afrontados con el lema del Sultán en los fingidos soportes -alzábase el trono, compuesto de ancho sitial taraceado, en que el oro, el marfil, la concha, el ébano, el sándalo, y otras materias preciosas formaban complicados y vistosos exornos del mejor efecto, armonizando a la par con la mullida almartaba de

Librodot

paño de seda de damasco, destinada en el trono para el Sultán, y que se ostentaba con su matiz rojizo en la dulce penumbra de la estancia.

Llenaban el patio algunos pretendientes en actitud humilde, y silenciosamente recogidos, cual si asistieran a alguna ceremonia religiosa, mientras el recinto interior, destinado al Sultán, a sus visires y a los dignatarios palatinos, estaba aún desierto, acreditando que la audiencia pública extraordinaria no había aún aquel día comenzado.

Al pentrar Âixa en el patio por la cuadrada puerta de la izquierda, y descender las gradas de mármol, detúvose como sobrecogida ante el espectáculo maravilloso de lujo y de esplendor que ofrecía aquel recinto, sobre todo, cuando poco después aparecía con paso grave y majestuoso el soberano, a quien seguían los visires y el mexuár, personaje importante y ejecutor de las justicias.

Era el Amir esbelto, aunque no de grande estatura; conocíase que era joven en el desembarazado andar y en la soltura de los movimientos; mas no podía juzgarse de su rostro, porque lo traía cubierto con el almaizár que, pendiendo de la toca con que adornaba la cabeza, iba a caer no sin gracia sobre el hombro contrario. Vestía rica aljuba de algüecí dorado con orlas en los bordes de las mangas y de las haldas, donde, sobre fondo rojo, destacaban las letras de oró del tiráz; rico ceñidor de sedas, con hermosos borlones de hilillo de oro, oprimía su cintura, y entre los pliegues del ceñidor se descubría el taraceado puño de marfil de la gumía, cual, cruzado el pecho por el tahalí de terciopelo, pendía al centro ancha y recta espada de elegantes arriaces y brillante pomo, peregrinamente esmaltado, como toda la empuñadura aparecía.

Entre las salutaciones lisonjeras en que prorrumpieron los circunstantes, tomó el Sultán asiento sobre el trono, imitándole los visires sobre las almartabas o almohadones para tal objeto preparados, quedando a espaldas del regio sitial, en pie, y con la ancha y deslumbradora espada desenvainada y en el alto, el fornido mexuár, que no sino horrible visión parecía, según lo negro y abultado de su de forme semblante.

A través del almaizár que ocultaba el del Príncipe, brillaban como centellas los ojos de éste; y así que hubo despaciosamente paseado sus miradas. por los pretendientes, que humillados en tierra y con la cabeza en el suelo, no osaban alzar la vista, echó hacia atrás el velo y esperó en silencio, mientras uno de los visires recogió de manos de los admitidos a la audiencia los memoriales que humildemente presentaban.

Âixa había visto aparecer al Sultán, llena de viva emoción; y bien que siguiendo el ejemplo de los demás, se había como ellos prosternado también en tierra, tuvo tiempo para contemplar no obstante el cuadro que a sus ojos se ofrecía, y que era para ella nuevo y desconocido en absoluto, irguiéndose al fin y sentándose sobre las marmóreas losas del pavimento así que el visir, encargado de tales menesteres, hubo recogido uno por uno los memoriales, dando principio la audiencia.

En tanto que, llegados a los pies del trono los peticionarios, hacían al Príncipe exposición detallada de sus súplicas, la niña contemplaba al Amir, poseída del mayor respeto. Era Abu Abdil'lâh Muhámmad joven de veinte escasos abriles, de rostro franco y sonrisa leal; la naciente barba rubia comenzaba a sombrear sus facciones, tiernas y delicadas como las de una doncella; tenía azules los ojos, y la expresión de su mirada era de tal modo dulce y simpática que atraía todas las voluntades; el metal de su voz, sonoro y melodioso, resonaba en los oídos de Âixa cual agradable música, y no tenía sino palabras y frases de esperanza y de consuelo para los que se le acercaban. En medio del tinte delicado de sus facciones, advertíase en ellas marcada expresión de virilidad y de energía,

Librodot

que contribuía a embellecer más aquel semblante bondadoso, espejo de un alma cariñosa, apasionada, abierta a todas las emociones, pero más propia para el sentimiento.

Cuando hubo llegado su turno, a una seña del oficial encargado de acompañar a los solicitantes, alzóse ixa del suelo, toda trémula y agitada; y en tal disposición acercóse

a los pies del trono ruborosa, sin que hubiera logrado tranquilizarse en aquel momento, solemne para ella, y hacia el cual los buenos genios la habían sin duda alguna insensiblemente empujado.

El Sultán conversaba con uno de sus visires, y la niña se dejó caer de rodillas y en actitud humilde, esperando a que el Príncipe la dirigiese la palabra. Al fin, a sus oídos llegó la voz cariñosa de Abdul'lâh, y aunque era grande la agitación de que se sentía poseída la doncella, tuvo aliento para prosternarse en el suelo, si bien no para contestar al Amir, quien por su parte, y sin dar señales de impaciencia, volvió a preguntar bondadoso:

-¿Quién eres, joven, y qué es lo que de mí deseas?

-¡Oh señor y dueño mío! -pudo por fin exclamar Âixa - Alá te colme de bendiciones en la tierra, y te haga gozar de todos los deleites en el paraíso! Preguntas quién soy -prosiguió ante el silencio del Príncipe- y yo misma no sé en realidad qué respuesta darte, pues ignoro quién sea... Hasta aquí, una desventurada criatura: hoy que me hallo en tu presencia, una mujer dichosa.

Gustó a Muhámmand la lisonja; y como la niña permaneciese después callada, tornó a interrogarla, no sin que antes hubiese advertido a ésta el mismo oficial que hasta allí la había conducido, de que debía ante el Príncipe de los muslimes levantar el velo que ocultaba su semblante, como así lo verificaba no sin manifiesta vacilación la doncella.

Al descubrir los encantos de aquel rostro peregrino. a que daba mayor realce todavía la ruborosa turbación de que se mostraba animado, el joven Sultán se sintió poseído de súbita simpatía hacia aquella desconocida; y como ésta continuase muda y con los ojos bajos, adivinando el Príncipe su pensamiento, dio orden de que despejasen la sala los circunstantes y los visires, quedando solos ambos y frente a frente el uno de la otra. Bajó luego de su sitial el Amir, y tomando de la mano a Âixa, hízola levantar del suelo, e invitándola a sentarse en una de las almartabas, sentóse él después al lado suyo.

-Ya estamos solos -dijo- ya puedes hablar libremente... ¿No es eso lo que deseabas?...

-Gracias, señor -repitió Âixa, turbada, queriendo de nuevo arrojarse a las plantas del Sultán, y alzando entonces hasta él la mirada húmeda y llena de agradecimiento.

Y con acento en que la emoción se traslucía, daba al Príncipe conocimiento de su vida, de las esperanzas que le habían animado a ir a Granada, de la confianza que le inspiraba el joven Amir, y de los beneficios que esperaba de su mano, para lograr sus legítimos deseos, aunque callando por instinto el nombre del caballero a quien aquella mañana había encontrado en las márgenes del Genil, y a cuya generosa proteccion debía el lujoso atavío de su persona.

El encanto de su voz seductora; la belleza incomparable de su rostro; la expresión singular de sus miradas; el ingenuo candor de sus palabras, impregnadas de sentimiento, y sobre todo, el atractivo poderoso de la niña, quiso Alá así sea reverenciado su santo nombre, que de tal manera impresionaran el corazón del Príncipe, como para que cuando Âixa hubo acabado su relación, Muhámmad sintiese arder en su pecho el fuego de la pasión, sin que fuera poderoso a evitarlo, exclamando enardecido:

-Por Alá, el único, el Excelso, te juro, hermosa criatura, que habrás de conseguir lo que deseas... Yo te prometo que juntos tú y yo, encontraremos a tu madre, y quién sabe

todavía, el destino que desde su trono el Inmutable te tiene reservado!

-¡Qué Él oiga tus palabras, señor y dueño mío, y colme todos tus deseos! -repuso Âixa-. ¿Qué otra cosa puede pedirle para ti, que eres el Príncipe de los muslimes, esta pobre huérfana, cuyo pensamiento habrá de seguirte desde hoy a todas partes, y cuyas bendiciones te habrán de acompañar donde quiera que vayas?

-No creas tú, niña, que, como escritas en el agua, habrán de borrarse tus palabras en mi memoria... como no se borrará tampoco de ella tu imagen hechicera -dijo no sin alguna vacilación el Sultán con marcado acento de entusiasmo, oprimiendo cariñosamente la mano de Âixa que aún tenía entre las suyas-. Vé -añadió- vé llena de esperanzas; vé con el alma llena de felices augurios; y como no quiero que te separes de mi lado sin llevar algún recuerdo de esta entrevista, toma -dijo despojándose del rico collar de perlas que ceñía su cuello y colocándolo sobre los que ya traía la niña- y cuando llegue en alguna ocasión para ti la hora de la duda, fija tus ojos en este collar, y acuérdate de que vela por ti el Sultán de Granada, quien no habrá tampoco de olvidarte.

No hallo palabras Âixa con qué agradecer a Muhámmad aquella expresiva muestra de su bondad cariñosa; y antes que el Príncipe hubiera podido impedirlo, llevaba con rápido ademán a sus labios la mano de aquél, cubriéndola de besos y de lágrimas al mismo tiempo.

Con esto, tuvo por terminada la audiencia; y levantándose del blando cojín donde había permanecido al lado del Sultán, prosternábase de nuevo ante él, y descendiendo las gradas de mármol encaminábase a las estancias exteriores. volviendo desde la puerta los ojos para contemplar aún una vez más a Abdul'lâh, quien continuaba como clavado en su sitio.

Cuando la esbelta figura de Âixa hubo desaparecido por completo en la sombra de los aposentos que daban paso a la Bâb-us-Surûr, salió el Príncipe del letargo en que parecía sumido, y haciendo una seña, apareció uno de los visires a su mandato.

-Corre, -le dijo en voz breve-. ¿Han visto tus ojos la gentil doncella que acaba de salir de este recinto? Pues es preciso que averigües dónde vive, y que me lo digas...

Inclinóse el visir, y llevando su mano derecha sobre la cabeza en señal de obediencia, tornó a salir, mientras el Príncipe olvidado de los demás que esperaban ser a su presencia introducidos, meditabundo y distraído, salió solo al bosque sobre el Darro, y tomando allí asiento en el suelo, a la sombra de un grupo de pomposos álamos, entregábase por su parte a extrañas meditaciones, a las cuales convidaba el constante murmullo del río, lo fresco de la brisa, y el perfumado ambiente que en tal paraje regalado se respiraba.

III

Al caer la tarde de aquel día tan gozosamente festejado por los muslimes, en cordones no interrumpidos de gente, con languidez y pereza regresaban los granadinos a sus hogares abandonados todo el día, penetrando en la ciudad, dando todavía señales de regocijo.

Los grupos de campesinos danzadores iban foco a poco desapareciendo, y el silencio,

de vez en cuando interrumpido por algunos retrasados, reemplazaba en muchas partes el rumor acordado de los cantares y de las músicas. Recogían sus tiendas portátiles los mercaderes que se habían establecido con ellas en las calles y en las plazas, al pie de las puertas de la población, y aun en el campo; cerrábanse, como obedeciendo una consigna las tiendas lujosas del Zacatín y de la Alcaicería, y sólo en el silencio -que hacía más imponente el crepúsculo de la tarde, solemne, apacible y tranquilo-, a intervalos regulares, cual lánguidos lamentos, escuchábanse, como respondiendo las unas a las otras, las voces agudas de los almuédanos, pregonando a los cuatro vientos, desde lo alto de los minaretes de las mezquitas, el adán del assabâh de almágrib, cuya hora era.

Cuando cerró la noche, y todo quedó envuelto y confundido en las sombras, la población había ya recobrado su ordinario aspecto: miríadas de estrellas, centelleando resplandecientes en el intenso azul de los cielos como pupilas ardientes de seres invisibles, bordaban el manto con que la mano de Alá cubre piadosa la naturaleza convidándola al descanso, y la brisa, fresca y regalada como una caricia, recorría juguetona las solitarias y estrechas calles, murmurando misteriosa en las cerradas celosías, agitando al pasar con sus alas sutiles las ramas de los árboles, rozando los muros de los edificios, rodando incesante, y arrastrando consigo los postreros recuerdos de la pascua. Todo respiraba calma: todo quietud y paz; y Granada, fatigada y soñolienta, después de la animación alegre de aquel día, entregaba lánguida al descanso también sus miembros agitados y su espíritu conmovido.

Cuatro años hacía que gobernaba el reino de los Aláhmares el joven Príncipe Abu Abdil'lâh Muhámmad, apellidado más tarde Alganí Bil'lâh, o el contento con la protección de Alá; y aunque contaba apenas veinte primaveras, había sabido granjearse con su conducta la estimación y el respeto de los granadinos, en medio de la situación angustiosa, aunque olvidada, en que se hallaban los musulmanes de Alandalus, de todas partes oprimidos por la espada de los reyes de Castilla. Octavo monarca de aquella dinastía esplendorosa que supo resistir sola por espacio de cerca de tres siglos el empuje ya incontrastable de los guerreros de la cruz, prometía con verdad a los muslimes, con la prudencia y el acierto de su política, paz duradera y reparadora, suficiente a hacer que fueran olvidados los descalabros sufridos por los granadíes durante el reinado de Abu-l-Hayyây Iúsuf I, su padre, muerto alevosamente el día primero de la luna de Xauâl de 755[7] a manos de un loco, según se aseguraba, en la Mezquita misma que en la Alhambra había años antes edificado lleno de piedad el príncipe Muhámmad III.

La sangrienta batalla del Salado, en que fueron totalmente deshechos los africanos Bani Marines y los granadinos. había a tal punto postrado el poderío de Islám en Alandalus que, incapaz desde aquella fecha memorable de 741[8] para resistir las huestes vencedoras y cada vez más osadas del cristiano, las veía con dolor en su impotencia avanzar decididamente, y apoderarse sin grave esfuerzo unas en pos de otras de Alqalaát de Ibn Záid, Priego y Ibn Amiyì, llegando amenazadoras hasta las Algeciras, las cuales, bien a despecho de Iúsuf I, caían asimismo en manos del monarca de Castilla, como habría caído también el propio Yabal Târìq, aquel monte revuelto y poderoso que se adelanta hacia el África en las aguas del estrecho, y donde se conserva con el nombre la memoria del primer conquistador de Alandalus, si Izráîl, el ángel de la muerte, enviado

[7] 19 de octubre de 1354.
[8] 20 de octubre de 1340.

Librodot

sin duda por Alá, no hubiese a tiempo separado el 16 de Muharram de 751[9] el alma y el cuerpo del triunfador Alfonso, llevando su espíritu a las regiones profundas del infierno!

Ocho años eran transcurridos sin que los bravos guerreros granadíes, terribles en la lucha, arrojados en el combate, valientes en la pelea, midiesen formalmente sus bien templadas armas damasquinas y sus largas y aceradas lanzas con los cristianos de Castilla; ocho años de tranquilidad y de sosiego, sólo momentáneamente alterados en los puntos fronterizos con livianas expediciones y correrías sin consecuencias; ocho años durante los cuales procuraba restañar Granada las antiguas heridas, pero que habían dado causa y origen a que, despiertas a sobrehora bastardas ambiciones, bajo aquella tranquila superficie se agitase de nuevo amenazadora y terrible la discordia, y ardiese devorador el incendio que debía consumir al postre y para siempre el imperio de los Alahmares.

Como fruto sazonado de aquella especie de primavera de que parecía disfrutar Granada, las artes y las ciencias, las letras y la industria florecieron con mayor vitalidad y fausto, cual si con tamaño y deslumbrador renacimiento hubiesen vuelto para el Islám, ya abatido, los días de prosperidad y de fortuna, logrados con la ayuda de Alá por el excelso Abdurrahmán-in-Nâsir en la llorada Córdoba de los Califas! Entonces fue, cuando poco a poco, sobre la enhiesta cima de la colina roja, vióse como a impulso de los genios, tomar forma real y palpable al maravilloso alcázar de la Alhambra soñadora, cuyos muros tapizan las sutiles creaciones de las hadas, y cuyos techos espléndidos cuajaron los genios, cristalizando en ellos por prodigio la obra delicada de diestros alârifes; entonces fue cuando todo parecía prometer ventura dilatada y duradera; cuando todo sonreía alegre y regocijado, pero cuando era menos firme y perdía en solidez el Islám, porque estaba desde el cielo decretada su suerte!

Refieren las historias, pero Alá es sólo quien lo sabe, que el Amir de los muslimes, Abu Abdil'lâh Muhámmad, siguiendo el ejemplo de su padre, había contraído la costumbre de recorrer acompañado de su kâtib o secretario y del arraîs o jefe de sus guardias, las calles de la ciudad todas las noches, para convencerse por sí propio de que eran respetadas las órdenes de la policía en su corte; y cuentan que después de haber largo tiempo permanecido en oración de lante de la tumba de Abu-l-Hayyáy en la ráudha o cementerio de la Alhambra, donde dormían bajo la protección de Alá el sueño eterno sus predecesores los Sultanes Nâsiríes, aquella noche, aniversario precisamente de la muerte de su padre, bajando desde la esbelta Bâb-ul-Gudûr por el foso hasta la ciudad, había dado el Amir comienzo a su ronda nocturna, animado de vagas y secretas esperanzas, y sin encontrar durante ella, cosa que su atención llamara ni que de su intervención necesitase.

Reinaba el orden por todas partes en la población, y los pocos transeúntes que a tales horas por ella circulaban, eran ostensiblemente gentes honradas: algún enamorado al pie de misteriosa celosía, en calle solitaria; algún devoto, que caminaba en dirección de la mezquita del barrio para prepararse a la salâh de alâtima; algún físico, llamado a toda prisa para auxiliar un enfermo; algunos vagabundos echados en los recodos frecuentes de las revueltas calles sobre el duro suelo, o ebrios y vacilantes, buscando al salir del docán su morada ... De vez en cuando, en el interior de alguna casa, el rasguear alegre de quitaras, el bullicioso rumor de las sonajas o del adufe, el acompasado y estridente palmoteo, que denunciaban un baile, juntamente con alguna cadenciosa y lánguida

[9] 26 de marzo de 1350.

Librodot

cantilena que, en más de una ocasión, había forzado al joven príncipe a detenerse y escuchar con regocijo y aún envidia.

Pero nada más que esto: ni una riña, ni una disputa, ni un servicio realmente abandonado. Nada, en fin, que acusara de negligencia o de descuido al Sâhib-ul-madina o gobernador de la ciudad por parte alguna.

Guiado por sentimiento no bien determinado, pero que desde aquella mañana preocupaba a pesar suyo su espíritu, el joven Abdúl'lâh había dado comienzo a la nocturna ronda por el poblado barrio de la Rambla, procurando salir siempre en aquel distrito -y con insistencia que no acertaban a explicarse los dos oficiales que, disfrazados como él, le acompañaban aquella noche-, a una de las tortuosas callejas que buscan por medio de humildes púentecillos sobre el silencioso Darro, comunicación con la parte opuesta de la ciudad, y donde, al lado de miserables edificios de una sola altura, entre jardines alimentados por la humedad bienhechora del cercano río, se levantaban de vez en cuando algunos palacios de bella construcción, y propios ya de ricos mercaderes, o ya de poderosos dignatarios de la corte.

Delante de las tapias de uno de aquellos suntuosos edificios, cuyos contornos desaparecían ocultos por las copas de los árboles, que desbordaban pomposos sobre el caballete de la cerca, habíase el Príncipe detenido varias veces sin pronunciar palabra, y como si esperase algo, examinando detenidamente el lugar e inspeccionando la cerca; pero luego, ante la quietud de aquella mansión, poseído de extraña melancolía, que nunca en él tuvieron ocasión de advertir sus acompañantes, había continuado la ronda, dando vuelta a la ciudad, y regresando por la estrecha, larga y sinuosa calle que corre desde el mismo Zacatín hasta desembocar por Bâb-Elvira en el campo.

Caminaba el Sultán silencioso y como distraído, y contra su habitual costumbre, no había cambiado palabra alguna con los oficiales que le seguían -cuando al cruzar por delante de uno de los oscuros callejones que, a la izquierda de la calle por donde se dirigían a la Alhambra, trepan enroscándose como culebras hasta el cerro populoso y desigual del Albaicín-, hirió sus oídos, confuso y vago, el rumor repentino de una disputa, y sobresaliendo entre él, agudo y penetrante, un grito, un solo grito que, en medio del silencio de la noche, resonó fatídico, helando la sangre en las venas del Príncipe, y obligándole a detenerse un momento como paralizado.

Sin que se hubieran puesto de acuerdo, y vibrando aún en el espacio aquel grito desgarrador, -desenvainando ambos al propio tiempo las espadas, los acompañantes del joven Sultán habíanse ya lanzado en las sombras por el desierto callejón torcido; y Múhámmad, recobrado y animoso, imitaba su ejemplo sin vacilación, incorporándose con ellos a los pocos pasos ... Pero como si todo hubiera sido una quimera, turbado un solo instante, había vuelto a recobrar sus dominios glacial el silencio que reinaba; y careciendo de guía, no descubriendo en parte alguna indicio que despertara sus sospechas, disponíanse ya de orden del Amir a llamar en las primeras casas, cuando oyeron clara y distintamente el girar de una llave en la cerradura, el abrir rápido de una puerta, y a poco, sobre la calle el resonar de unos pasos precipitados en la misma dirección que ellos llevaban.

Impulsados por el propio sentimiento, y animados por el Príncipe, el kâtib y el arraîs o capitán de sus guardias, guiados por el ruido de aquellos pasos que resonaban siempre delante, apoderábanse al cabo del personaje que los daba, y aunque no sin protestas, lograban hacerle retroceder, conduciéndole a la presencia de Muhámmad.

Librodot

-¿Quién eres? -preguntó éste al desconocido-. ¿Qué causa, dime por Alá, te obliga a caminar a estas horas y con tal precipitación, que no parece sino que huyes de ti mismo?

-¿Quién eres tú -replicó aquél altivamente- para dirigirme tal pregunta y detenerme a semejantes horas y por tal medio, que no parece sino que pretendes apoderarte de mi bolsa?

-Calla la torpe lengua, quien quiera que tú seas. o sabré yo arrancártela por mis propias manos! ... -exclamó el Príncipe procurando contener la cólera-. Calla la lengua -repuso- y guía, miserable, a la casa de donde acabas de salir huyendo!

-,Qué tienes tú que hacer en ella? Por mi cabeza, que mandas como si fueses el mismo Sultán nuestro señor ¡Alá le guarde! y cual si yo fuese tu esclavo -contestó burlonamente el desconocido.

-¡Basta! -gritó el Amir, no acostumbrado a tal lenguaje; y deseando terminar pronto, sacó de entre sus ropas esférica linterna sorda-. Mira! -le dijo aproximándola a su rostro sobre la cual derramaron viva claridad los hilos

de luz que se escapaban por los agujerillos de la linterna-. ¿Me conoces ahora?

-¡Qué Alá, oh señor y dueño mío, te bendiga y prolongue tus días en la tierra! -exclamó el detenido con terror manifiesto, cayendo de rodillas demudado a las plantas del joven.

-Guía pues! -repitió éste volviendo a ocultar la luz-. Pero ten entendido -añadió mientras el secretario y el capitán de guardias que habían ya desarmado a aquel hombre, volvían a sujetarle por ambos brazos-, que si lanzas un solo grito, o tratas de engañarnos, o pretendes huir, te liaré dar muerte aquí mismo!

-;Perdón, señor! -suplicó el miserable, a quien obligaron a callar sus dos guardianes, poniéndole en movimiento.

No lejos del sitio en que se encontraban, detúvose tembloroso y vacilante, a tiempo que abriéndose la puerta de una casa inmediata, salía tomando sus precauciones otro bulto; al distinguirle el detenido, pugnó lanzando un grito por desasirse sin lograrlo, mientras el embozado desaparecía rápido como una sombra entre las de la noche, antes de que Muhámmad intentase siquiera perseguirle.

-¡Que Alá te maldiga! -exclamó el Sultán encarándose con el hombre que sujetaban los suyos-. Has ahuyentado a tu cómplice, olvidándote de mis mandatos! Mi justicia te juzgará mañana; pero has descubierto a pesar tuyo el lugar donde ambos habéis cometido vuestro crimen!

Y sin aguardar respuesta, dirigióse a la mezquina puerta del edificio de donde había salido huyendo el segundo desconocido; golpeóla con el pomo de su espada, y gritó al propio tiempo:

-¡Abrid a la justicia!

Su voz resonó lúgubremente en el silencio de la noche; pero sólo dio a ella respuesta el eco sordo de los golpes que seguía dando sobre el portón, sin que nadie pareciera oirlos.

-;Sujetad sólidamente a ese hombre! -dijo al fin con acento imperativo y breve; y mientras, ejecutada su orden, quedaba el joven, con la espada desnuda al lado del desco-

nocido, el arraîs hacía diestramente saltar la cerradura del portón, abriéndola de golpe el secretario.

Por él, franqueado el paso, precipitábanse uno y otro, seguidos del Sultán y del hombre a quien habían detenido, cuya ostensible resistencia vencía el Príncipe con la punta de la espada, encontrándose en la enarenada calle de un jardín o de un huerto, cuya

disposición y cuyas dimensiones no permitían reconocer las sombras. Siguiendo, no obstante, el muro con que a la derecha tropezaron, no tardaron en advertir una puerta, que sin dificultad abrieron, por hallarla entornada solamente, penetrando en una habitación, donde no sin inquietud se vieron forzados a detenerse.

Descubrió uno de los servidores de Muhámmad la linterna de que iba provisto, y entonces se ofreció a los ojos de todos singular espectáculo, que les llenó de espanto y de zozobra.

Sobre el yesoso desigual pavimento, mal cubierto por las ropas desordenadas, distinguieron el bulto de una mujer, que yacía inmóvil. La tenue claridad que se filtraba sutil a través de las perforaciones de la esférica linterna, resbalaba sombría y vacilante sobre él, proyectando agudas rígidas sombras.

Tomó el Sultán la luz, y confiando a sus dos oficiales el detenido, que permanecía silencioso, se adelantó hacia el cuerpo de aquella mujer. Sus vestidos eran ricos; tenía el velo destrozado, aún sujeto a la elegante y descompuesta toquilla, de la cual se escapaban ensortijados y negros mechones de cabello, y en el semblante, no del todo descubierto, la angustia y el terror aparecían profundamente retratados.

Inclinado hacia ella, derramó Abdul'lâh los rayos de la linterna sobre el rostro de la infeliz, que parecía víctima de un crimen, y retrocedió vivamente, dejando escapar agudo grito, mientras pálido y convulso, sentía helarse la sangre de sus venas.

-¡Oh! ... ¡No es posible, no! -exclamó al cabo, pasando su mano helada por la frente-. Alá no puede consentir semejante burla! ... ¡Sería horrible!

Procurando vencer, aunque sin lograrlo, la visible agitación que le poseía, y ahuyentar de su espíritu la punzante sospecha que le embargaba, tornó invocando el santo nombre de Alá a reconocer aquella desventurada: tenía una sola herida en la frente, de la cual brotaba un hilo de sangre espesa, y parecía cadáver! El Príncipe reparó arrodillado y con mano trémula el desorden de los vestidos; pulsóla después sin pronunciar palabra, y posó luego la diestra sobre el corazón de aquella mujer, diciendo al cabo de algunos instantes de verdadera angustia:

-¡Vive!... ¡Alabado sea Alá, que ha consentido que no lleguemos tarde!

Y mientras uno de sus oficiales volvía del huertecillo trayendo un acetre de latón lleno de agua fría, el Amir, cada vez más confuso, desgarraba en tiras el blanco lienzo de su pañuelo, sosteniendo en su interior tremendo combate. A la primera ojeada había creído, en efecto, reconocer en el semblante de la persona tendida sobre el pavimento el de aquella hermosa criatura que, pocas horas antes, invocando su protección en el Serrallo, despertaba en el corazón del joven Príncipe nuevos y desconocidos sentimientos, y cuya imagen hechicera habían grabado profundamente los buenos genios en su memoria...

Lo singular e inusitado de aquel encuentro; el lugar tan extraño en que se verificaba; las circunstancias misteriosas de que se mostraba rodeado, y la sangre que manchaba el el rostro de aquella mujer, desfigurándole, todo esto, que atropelladamente se ofrecía a la clara inteligencia de Abdul'lâh, daba ocasión a que la duda se apoderase a ratos de su espíritu; pero lavada la herida, y restañada la sangre con las compresas hechas del fino lienzo y que empapadas en el agua fría uno de los servidores presentaba al Príncipe, concluyó éste por reconocer, poseído de mortal angustia, en el desfigurado de la mujer herida el rostro angelical de

Âixa. no acertando a comprender la realidad que contemplaban sus ojos asombrados ...

-¡ixa! -exclamó al fin, trémulo y conmovido-. ¡Era así como debía encontrarte! ...

¿Quién ha osado poner sus manos en ti, cuando yo había puesto mi corazón en las tuyas? ...

Después, encarándose con el detenido, añadió con rencoroso acento, preñado de amargura:

-¿La conoces? ... ¿La conoces?... -repitió sujetando con los restos del destrozado alharime las compresas, al propio tiempo que el kâtib humedecía las sienes y los labios de la pobre niña, herida y sin conocimiento.

Pero el detenido, sin dar respuesta alguna a las preguntas del Príncipe, encerróse en calculado mutismo, cual si fuera ajeno completamente a cuanto allí ocurría.

-Tu silencio te vende -continuó el Sultán-; pero yo te juro que sabrá hacer el mexuar que despegues tus labios ...

Mientras tanto, el arraîs, después de recorrer y hallar la casa totalmente abandonada, regresaba en el momento preciso en que la joven había abierto los ojos, para volverlos a cerrar al instante.

Traía consigo un candilillo de latón de dos mecheros, ya encendidos, el cual colocaba sobre una mesa de pequeña altura, que allí junto a la puerta de entrada se veía, quedando así iluminado el aposento.

Lúgubre era el silencio que guardaban los circunstantes: el Príncipe, inclinado siempre sobre la joven, contemplábala con doloroso afán lleno de angustia, y tratando de sorprender en ella algún movimiento; cl kâtib seguía arrodillado humedeciendo las sienes de la muchacha, y el arraîs con los brazos cruzados sobre el pecho, miraba impasible, como el detenido, semejante cuadro.

Al fin, lanzó la joven profundo y prolongado suspiro: tornó de nuevo a abrir los ojos, fijándolos con extravío en el Sultán, y movió los brazos, caídos antes a lo largo del cuerpo.

-¿Dónde estoy? -preguntó con voz debilitada, tratando a la vez de incorporarse; pero no pudo conseguirlo, y llevando ambas manos a la frente, retirólas casi al propio tiempo al sentir el frío de las compresas-. ¿Qué ha pasado por mi? -prosiguió contemplando con marcadas señales de extrañeza a cuantos la rodeaban.

-Sosiegue Alá tu espíritu -dijo el Príncipe-; nada tienes ya que temer de nadie en adelante.

-;Ah!... -exclamó Âixa, como si las palabras del Sultán, a quien no había reconocido, le hubiesen devuelto de

pronto la memoria-. Sí... Ya recuerdo!... Creí que para siempre dejarían de contemplar mis ojos la hermosa luz del sol, y de pronunciar mis labios el santo nombre del Creador de los cielos y de la tierra!... ¡Ensalzado sea!...

Habíase Abdul'lâh incorporado, presa de viva agitación, y acercándose al detenido, empujóle rudamente haciéndole entrar en el radio de luz que el candil proyectaba, y presentándolo de improviso ante Âixa.

Detuvo ésta en aquel nuevo personaje la indecisa mirada, y al reconocerle, exhaló horrible grito y cayó de nuevo desvanecida, diciendo con horror:

-;Tú! ... ¡Otra vez tú! ... ¡Que Alá me valga!

De un salto el joven Amir se había lanzado sobre el desconocido al escuchar el grito de Âixa, y asiéndole colérico por los brazos, oprimíale sin piedad, mientras dejaba escapar una a una por entre sus apretados dientes amenazadoras palabras.

-¡Miserable!!... ¡No negarás ahora tu crimen!... -exclamó-. De nada te sirve la

obstinación de tu silencio, y por Aquél que ni engendró ni fue engendrado te juro que habrás de él de arrepentirte en breve!...

Y haciendo seña al arraîs para que llevase fuera de allí al detenido, volvióse hacia la niña todo trémulo, arrodillándose a su lado, y humedeciendo sus sienes con el agua fría del acetre.

-;Perdón, oh tú el más piadoso de los descendientes de Jazray! ... ¡Perdón' -imploró aquel hombre, lleno de espanto y dejándose caer a las plantas del Príncipe ...

Pero este, al volver la cabeza, fijó en el miserable tal mirada, que le hizo enmudecer, mientras el arraîs le obligaba a levantarse y a abandonar la estancia.

No largo tiempo después, recobraba la joven el conocimiento; y al contemplar con ojos aún extraviados y temerosos al Sultán y al kâtib, quien permanecía también de rodillas, una sonrisa apareció en sus labios descoloridos, y sin manifiesta extrañeza por la presencia del primero exclamó con acento cariñoso:

-¿ Tú, señor y dueño mío? ... ¿Eres tú? ... ¡Bendita sea la bondad del Eterno! ...

-Sí, bendita sea -contestó Muhámmad-; bendita una y mil veces, pues por ella he logrado salvarte de una muerte segura, cuya idea funesta me extremece! ... Bendita, porque los criminales recibirán bien pronto horrible castigo! ... Pero habla, habla, que yo escuche tu voz, más armoniosa para mí que el gorjeo de los pintados colorines en el espeso bosque de la Alhambra; más dulce que la miel que recogen en los panales de la vega los labradores ... Dime, hermosa niña, ¿por qué extraño cúmulo de sucesos, para mí desconocidos, te encuentro en este paraje, tan lejos de tu morada, y en esta triste disposición, cuando en balde he rondado los tapiales de tu casa la mayor parte de la noche?...

Lanzó Âixa leve suspiro al escuchar las apasionadas frases del Sultán, y logrando incorporarse con el auxilio de este y del kâtib, tomó asiento sobre un banco de rústica madera que con tal objeto el secretario del Amir había tomado del huertecillo, a donde se retiró después discretamente.

-;Oh! No evoques, señor, en estos momentos, que son sin disputa los más felices de mi vida, los negros recuerdos de lo que ha pasado sobre mí como un torbellino ... El placer de hallarme al lado del Príncipe de los muslimes, es sobrada recompensa y exorbitante premio de lo que he sufrido ... No turben estos instantes, que me parecen soñados, las oscuras sombras de lo que desearía borrar para siempre de mi memoria ...

-Bien quisiera por Alá, Âixa bella, cumplir tus deseos, que para mí deben ser en adelante leves. .. Pero olvidas sin duda que Alá, el Justiciero, me hizo señor de este pueblo de fieles adoradores suyos, y coloco entre mis manos su espada de justicia ... Y pues se ha cometido un delito, deber mío es en nombre del Creador de los cielos y de la tierra y Sustentador de las criaturas, el imponer castigo a ;os transgresores de la ley que el mismo Alá dictó por labios

de Gabriel a nuestro señor y dueño Mahoma. ¡La bendición de Alá sea sobre él y los suyos!

-También ¡oh señor mío! Alá es el más misericordioso entre los misericordiosos. .. -replicó Âixa.

-Sin duda -repuso Abdul'lâh tratando de eludir la respuesta-. Pero, habla -añadió-, habla, si es que la sangre que has perdido y sin piedad han vertido esos miserables asesinos, no te impide satisfacer el ansia cruel que me devora por conocer las causas de tu presencia en este sitio.

-¡Oh, no! ... ¿No está a mi lado el Príncipe de los fieles? ... Pues entonces, ya estoy bien ... Nada siento ... y aun creo que podría volver a mi morada, de la que me sacaron con engaños ... Este sitio me da horror ... -dijo la niña procurando levantarse.

-Marchemos pues -expresó Muhámmad.

Y haciendo una seña, entraron en el lúgubre aposento sus dos servidores, el kârib y el arraîs, que había hacía poco vuelto, luego de cumplida la orden del Príncipe, y de encerrado el criminal en la cárcel del barrio.

Apoyada en el brazo de Muhámmad y en el de su secretario, Âixa di(') algunos pasos y salió al huertecillo.

El aire fresco y perfumado de la noche le devolvió su antigua firmeza, y aunque con lentitud, pudo abandonar aquellos lugares donde había creído llegada ya su última hora.

IV

Al la puerta, con algunos de sus subordinados avisados como él a toda prisa, se hallaba ya el cadhí del barrio, quien avanzando hacia el grupo que formaban el Amir, Âixa y el kâtib, hizo humilde reverencia y aguardó sin pronunciar palabra las órdenes del Príncipe.

-Nada necesito -dijo Abdul'lâh, a quien la presencia del cadhí molestaba-. Puedes retirarte.

Inclinóse el magistrado en señal de obediencia, y bien pronto él ,y sus servidores desaparecieron en las sombras. Entonces, caminando delante a la descubierta el arraîs y a la zaga el kâtib, ambos prevenidos y dispuestos, -el joven Sultán llevando del brazo la dulce carga de aquella niña a quien adoraba ya, marchó lentamente, orgulloso y feliz de sentir resbalar sobre su frente el tibio aliento de la hermosa, cuyas mejillas se habían coloreado al beso de las auras nocturnas, y a cuyo rostro servía de velo el impenetrable de la noche.

Así, no sin dificultad, aunque sin contratiempo alguno por fortuna, embargados uno y otro joven por el dulce sentimiento a cuyos halagos se abandonaban silenciosos. -llegaron por fin delante de las tapias del jardín de aquella casa suntuosa que en el barrio de la Rambla había con insistencia singular merecido varias veces que el Príncipe se detuviese, con extrañeza de sus acompañantes, durante la ronda que había terminado de aquella inesperada suerte.

Llamó el arraîs al portón por orden del Sultán, y al cabo de algunos instantes apareció envuelto en los pliegues de su caftán blanco un hombre soñoliento, de quien se dio aquél a conocer, y por quien fue el cancel franqueado.

Al distinguir a Âixa, hizo ante ella ceremoniosa reverencia, y a la luz vacilante del candilillo de barro blanco que entre sus manos traía, guió servicial a los recién venidos hasta el cuerpo principal del edificio que se alzaba majestuosa y gallardamente en el centro del hermoso jardín, por cuyas enarenadas calles de sicomoros y de álamos caminaban.

Cruzaron un patio, plantado también de árboles, y cuyo ambiente tibio y perfumado respiró con fuerza el Príncipe, y dejando en él a los dos oficiales, -guiados siempre por el

hombre del caftán, penetraron el Amir y Âixa en una tarbeâ o aposento, delicadamente labrado, cercado de sofás con blandas almartabas de rica sedería bordada, e iluminado por los templados rayos de un orbe de cristal, que pendía de la techumbre de alerce.

Tomaron asiento ambos jóvenes en uno de los sofás, y mientras por indicación de Abdul'lâh, el hombre, siempre silencioso, preparaba sobre una mesilla un tabaque de frutas secas y de vino de Málaga, desapareciendo después discretamente tras del tapiz que cubría una de las puertas interiores de la estancia, -el Príncipe, con voz dulce y cariñosa, exclamaba estrechando entre las suyas una de las manos de la niña:

--Te hallas mejor, bien mío?... ¿Han desaparecido ya de tu pecho todo temor y sobresalto?

-;Oh, Amir de los muslimes! -repuso ella con acento lánguido y respondiendo a la presión amorosa del Príncipe-. Si al lado tuyo no hubiese recobrado la tranquilidad, cuando te debo la vida, sería sobrado injusta. .. Sí, estoy mejor, gracias a la misericordia de Alá y a ti ... Pero siento en la cabeza extraños ruidos, y de mí se apodera vaga somnolencia invencible que apenas puedo resistir ...

Vertió Abdul'lâh en una de las copas preparadas sobre la mesilla parte del líquido contenido en la botella, y llevándolo antes a sus labios hizo que ixa apurase el resto del vino contenido; ofrecióle después algunas frutas secas, y reanimada por tal medio, la muchacha, dando voluntariamente y con mayor seguridad respuesta a la pregunta que el Príncipe le había dirigido en la estancia donde fue hallada herida sobre el pavimento, exclamó:

-¿Quieres ;oh señor y dueño mío amado! conocer las causas por las cuales esta noche cuando tú me buscabas por los contornos de esta casa, que la bondad de los que me protejen ha puesto a mi disposición y a mi servicio, era víctima yo del atentado, que bendigo, pues por el he merecido, miserable de mí, la dicha de verte a mi lado y de oír de tus labios que te interesa la suerte de esta pobre criatura abandonada ... ?

-Así es en efecto -repuso Muhámmad vivamente impresionado y pendiente de las palabras de la niña.

-Pues bien: escucha, señor, y que tu misericordia temple los rigores de tu justicia, como el agua templa el acero... -dijo ixa recogiéndose un momento para interrogar su memoria. Después, con voz sentida y temblorosa, prosiguió:- Antes de dar comienzo a la confesión de que he de hacerte, antes de que te de noticia de los acontecimientos ocurridos, es preciso ¡oh soberano Príncipe de los creyentes! que por el santo nombre de Alá, por las sagradas verdades contenidas en el Libro Santo, y por el sepulcro del mejor de los Profetas ¡la bendición de Alá sea sobre él y los suyos! te dignes prometerme bajo juramento que no habrás de pensar mal de mí, ni habrás tampoco de dejar que tu cólera terrible caiga sobre aquellos que me protegen, y a quienes debo la ventura de haberte conocido ...

No dejó de extrañar al Príncipe semejante preámbulo, que estaba muy lejos de aguardar ciertamente, y que despertó en su ánimo vagas sospechas sin objeto fijo y determinado, pero no por ello menos punzantes y dolorosas, pues presentaban a sus ojos aquella mujer, hacia quien se sentía poderosamente arrastrado, bajo punto de vista muy distinto de como el se la había figurado aquella misma mañana.

Había sin embargo en el acento de la joven tales y tan enarcadas señas de sinceridad, y en su rostro eran tan evidentes y tan indudables las de la inocencia, que, acallando Muhámmad los suspicaces recelos que le asaltaron a pesar suyo, desterrando toda sombra

de duda, contesto al cabo de breve momento de vacilación harto visible, poniéndose en pie y llevando sobre su corazón la diestra:

-Por Alá te juro, hermosa niña, que si tus labios, tan puros a la vista, no se manchan con el cieno de la impostura, y es verdad cuanto prometes decirme, no solo daré crédito a tus palabras, por extraordinario que sea lo que refieras, sino que pediré además al Inmutable, a Aquél para quien no hay nada oculto en el corazón de las criaturas, cambie bondadoso mis sentimientos de cólera, si tu relación la excita, en dulce y bienhechora benevolencia, para cumplir tus deseos ...

-¡Gracias! ¡Gracias, señor! -exclamó Âixa cayendo de rodillas a las plantas del Sultán y con los ojos anublados por las lágrimas-. Ahora -continuo-, que Alá el Excelso me proteja! ... Ya puedo hablar, pues de tus labios fluye el bien, como el agua del manantial cristalino! ... Escúchame, señor y dueño mío! ...

Y con acento más seguro, aunque con manifiesta emoción todavía, prosiguió diciendo:

-"Cuando, tranquila con la promesa de tu protección, abandoné esta mañana tu alcázar de la Alhambra (¡presérvele Alá!), yo ignoraba quiénes eran, señor, aquellos bienhechores que la mano divina del Increado me había deparado al presentarme, huérfana y desvalida delante de los muros de Granada ... Yo ignoraba también el paraje a donde aquel gentil caballero, de tu prosapia, me había conducido, y no acertaba en medio de mi asombro, creciente a cada paso, a explicarme los móviles secretos de aquella bondad incomprensible, discernida y dispensada a una miserable advenediza, como yo lo era para ellos ... Ellos habían trocado mi miseria en riqueza, ellos habían halagado mi amor propio, acrecentado con galas y con joyas las perfecciones que plugo a Alá conceder benigno a mi cuerpo...

los me impulsaron hacia ti, a quien yo bendecía sin conocerte, como supremo Imâm de la ley divina, y represen-: ante en la tierra del poderoso Alá, y ellos me dieron para acompañarme a tu presencia dos de sus servidores, a uno de los cuales esta misma noche has conocido...

Hizo aquí leve pausa la niña, y el Sultán interesado en el relato, trajo a su memoria involuntariamente la imagen del hombre a quien había detenido pocas horas antes, y en quien reconocía uno de los asesinos de la joven.

-"Al regresar, oh Príncipe de los muslimes, y montar de nuevo en el hermoso palafrén que me tenían dispuesto, aquellos hombres, con quienes no cambié en tal ocasión palabra alguna, llevándome por caminos para mí desconocidos y que no había antes cruzado, trajéronme a esta casa, conde llena de singular extrañeza hube de seguirles, aunque no sin protesta. La calle estaba solitaria; oíase en verdad desde ella el alegre rumor de la cercana Bâb -ur-Rcambla; pero no transitaba nadie, y habría sido sin duda mi temeridad inútil el resistirme, cual hube de pensarlo un momento.

"Invocando la protección del Dispensador de todos los beneficios, y con su nombre en los labios, penetré en el hermoso jardín que acabamos de cruzar, y llegué a este mismo aposento, donde me esperaban ya el gentil caballero la señora a quienes era deudora de tantas mercedes. Su vista desvaneció mis recelos, y alegre y recobrada, acerquéme a ambos y les di cuenta de cuanto contigo. ¡oh soberano Príncipe!, me había ocurrido, y de la protección que me habías brindado. Felicitáronme por ello calurosamente, y la señora, cuyo nombre he sabido después, me dio a entender que de allí en adelante viviría en esta casa, que ella me cedía, y entre mil halagos y lisonjas cariñosas, transcurrieron las horas del día, y las sombras de la noche comenzaron a agitarse en los lejanos términos del

horizonte para invadir lentamente el espacio, y robar la luz del sol a la tierra, envolviéndola en los densos pliegues de su manto...

"Cuando brilló el lucero refulgente de la noche, cuando en los aires vibraba el pregón de las mezquitas para el salâh de almágrib, el caballero, que hasta entonces había permanecido a ratos silencioso, levantóse cual movido de un resorte y avanzando hacia mí, exclamó:

-"Ya es, Âixa, hora de que interrogues a los astros mi suerte, cual me tienes prometido, y como con impaciencia aguardo ... Y pues la luz del sol que te impedía descorrer el velo del porvenir, ha desaparecido rodando en el caos insondable de la noche, aquí tienes mi mano ... Dime pues los secretos que oculta lo futuro para mí, ya que plugo a Alá concederte esta virtud maravillosa y a tan pocos otorgada.

"Obedecí, según era mi deber, no sin antes haberle manifestado que no me hiciese responsable de lo que los astros revelaran y no fuere de su agrado: y con su mano abierta y extendida entre las mías, consulté cuidadosamente las rayas que cruzaban la palma, y levanté al cielo los ojos.

"Como por la mañana, descubrí, ¡oh Príncipe mío!, en el caballero a un descendiente de Sáad bnu Ubâdah, el compañero del Profeta, a quien Alá bendiga, como entonces, vi surcar entre las miríadas de estrellas que parpadeaban en el espacio,. la estrella de su vida, y la ví crecer, engrandecerse, brillar con fulgor inusitado' al lado de otra estrella más hermosa que ella, y que permanecía tranquila despidiendo con fuerza e intensidad propias y activas, resplandores clarísimos que derramaban poderosa luz en torno suyo ... Vi la estrella del caballero adquirir poco a poco la intensidad de la otra, pareciendo por un momento próxima a oscurecerla y eclipsarla ... Pero Alá no puede patrocinar lo injusto, y Alá tenía dispuesto que al acercarse una a otra estrella, en aquel combate singular que parecía entablado en las regiones siderales y que sólo yo podía sorprender entre las sombras misteriosas de la noche, la estrella del caballero debía sucumbir, y sucumbió de repente desapareciendo como arrancada del manto azul sobre el cual se había ostentado refulgente y espléndida por un momento.

"Pendiente parecía de mis palabras el caballero, cuyo pulso sentí bajo la presión de mi mano agitarse con descompasado movimiento. La suya abrasaba y se contraía nerviosamente ... La señora había permanecido silenciosa hasta aquel instante, sin atreverse a intervenir, y procurando inútilmente distinguir entre las estrellas del firmamento, aquellas dos que habían seguido mis ojos.

"Así que hube terminado -prosiguió ixa tras breve momento de descanso, durante el cual Muhámmad pareció profundamente preocupado-, el caballero, lanzando hondo suspiro, retiró su mano bruscamente, y encarándose conmigo, exclamó:

-",Sabes tú, por ventura, el nombre de aquel a quien corresponde esa estrella, ante la cual la mía ha desaparecido eclipsada para siempre?

-"Oh señor, -le repliqué llena de súbito temor que no reconocía causa ostensible-. Al descorrer por tu voluntad el velo del porvenir, he leído también en tu mano tus más íntimos secretos...

-"El nombre, el nombre de esa criatura -repuso con acento duro e imperativo.

"¿Quieres saberlo? ...

-"Sí -dijo la dama interviniendo-. Dínos el nombre, y podremos en tal caso creer tus supercherías...

-"Pues bien, ya que lo deseáis, ya que sospecháis de la verdad de mis palabras y de la

fuerza de mis intenciones, sabed que esa estrella ante la cual ha desaparecido rota y deshecha la que preside los destinos del príncipe" ...

-¿Del príncipe?. .. -interrumpió de pronto el Sultán como si despertara de un sueño-. ¿Has dicho del príncipe?... -añadió.

-Sí, del príncipe; del príncipe tu primo Abu Abdil'lâh

Mohámmad tu homónimo, a quien llaman Abu-Saíd por su lacba o sobrenombre.

-Continúa -repuso el Amir secamente.

-"No fue menor, así Alá me salve, que la tuya, la sorpresa producida en mis protectores por mis palabras -prosiguió la niña-, creciendo aún más cuando les hube claramente demostrado que aquella otra estrella resplandeciente, y que seguía fulgurando tranquila en el firmamento, era ¡oh señor y dueño mío! tu estrella propia, la estrella de tu destino, la estrella del Sultán de Granada ... ¡Alá te esfuerce y te proteja!

"Con muestras de profundísimo disgusto, trabajosamente contenidas, apartáronse de mí la sultana Sitti Máriam, pues ésta era la dama, y tu primo el príncipe, sin dirigirme frase alguna; y cuando avanzada la noche no les ví regresar, y me sentí sola, completamente sola, poseída de invencible inquietud llamé, apareciendo uno de aquellos dos servidores que me habían acompañado por la mañana a tu alcázar. A mis preguntas, contestó siempre con marcadas muestras de respeto, diciéndome que la sultana había dejado dispuesto que aquella misma noche, a la hora del salâh de alâtima debía repetir la experiencia en otro lugar distinto, donde ella quería también consultarme, y que era llegada ya la ocasión de que nos pusiéramos en camino.

"No tenía motivos para dudar de la sinceridad de aquel hombre, y levantándome de mi asiento, me dispuse por mi parte a complacer a la sultana, a quien tanto debía; y guiada por él y por su compañero, abandonamos esta casa y cruzamos las solitarias calles de la ciudad, conduciéndome a aquella otra casa, cuyo solo recuerdo me extremece ...

"Allí -continuó ixa tras breve momento de silencio que no se atrevió a interrumpir el Sultán, interesado en el relato-, allí, cuando dentro ya de la miserable estancia donde me has encontrado, advertí no sin espanto que cerraba uno de los servidores con llave la puerta, concebí grandes temores; pero no era ya tiempo de retroceder, y dirigiéndome al otro, que había encendido un candil colocándolo sobre la mesa, exclame:

-"Por Alá que me extrañan todas estas precauciones, y que no se, cuando venga la sultana, nuestra señora, por dónde habrá de entrar sí cerráis esa puerta...

"Echóse brutalmente a reír aquel hombre; y como ya su compañero había vuelto, ambos se encararon conmigo, diciendo uno de ellos que era inútil que esperase a la sultana y que era inútil todo fingimiento: que no habían recibido orden de nadie y que me habían llevado allí para consultarme ellos...

"No tuve necesidad de escuchar más para comprender desde luego por sus ademanes cuáles eran sus intenciones; y resuelta a todo, luche con ellos desesperada, hasta que vencida caí al suelo sin sentido...

"Después, cuando gracias a tus cuidados, ¡oh dueño mío!, abrí los ojos y te halle a mi lado, todo me pareció horrible pesadilla ... A tu lado ha vuelto la tranquilidad a mí es

píritu, y nada temo...

-Es verdad -dijo el Sultán-. Nada tienes que temer en adelante, porque uno de esos hombres está ya en poder del cadhí, y el otro lo estará en breve ... Pero, después de todo -añadió no sin cierta expresión de incrédula suspicacia-, no comprendo por qué, para referirme este sencillo relato, has llamado a las puertas de mi corazón, invocando en él mi

clemencia para la sultana Sitti Máriam y para mi primo...

-Soberano Príncipe de los muslímes -exclamó Âixa dejándose caer a los pies del Sultán-, yo no soy sino una pobre muchacha abandonada, sin instrucción, sin familia, sin hogar, sin nadie a quien volver los ojos en mi desventura; pero por lo que las estrellas me han esta noche revelado, por el apartamiento en que mis protectores viven respecto de ti, y por otras señas que he advertido, harto se me alcanza que no gozan de tu favor, ni son tampoco de él acaso merecedores...

-¿Que sospechas? -preguntó el Sultán con visible desagrado poniéndose de pie y apartando a la muchacha que seguía a sus plantas de rodillas.

-No permita Alá que yo llegue a abrigar pensamiento alguno que ofenda en lo más leve tu persona y las de la sultana y el príncipe. .. Pero no debo, señor, ocultarte, que la voluntad de Alá, a quien todo obedece en ambos mundos, ha querido que yo penetrase ciertos secretos, y que no sea un misterio para mí nada de lo que piensan aquellos cuya suerte he seguido en el curso de los astros...

-Pues bien, sí, tienes razón -repuso Muhámmad no ocultando ya su enojo-. Y puesto que conoces lo que piensan mis enemigos y de ellos te muestras defensora, puesto

que cuentas con su protección, nada tengo que hacer aquí .. . ¡Que Alá te guarde!

Y sin dignarse volver los ojos a donde la niña continuaba deshecha en lágrîmas, dio algunos pasos en dirección de la puerta...

Allí, no obstante, se detuvo, como si fuerzas superiores a su voluntad le impidieran marcharse, hasta que al fin, tras breve lucha consigo mismo, y conmovido por el llanto de la joven que proseguía arrodillada siempre en el mismo sitio, retrocedió hasta ella, y con acento melancólico, exclamó:

-¡Qué Alá te perdone el daño que me has hecho! ... Había creído que por fin, en medio de las ambiciones que me cercan y de la atmósfera viciada que respiro, era para mí llegada la hora de encontrar un alma pura y un corazón sin mancha que comprendiesen mi corazón y apreciasen los sentimientos de mi alma ... Había creído que eras tú, a quien Alá dotó de singulares perfecciones, que Tâgút emplea sin duda para perderme, la encargada de dar paz a mi espíritu y borrar de el estas sombras tenaces que sin cesar le envuelven, apartando al par de mis labios la amarga bebida que como el fruto de Zacún y de Guislín, me dan a beber continuamente ... ¡Pero todo era un sueño! ¡Todo mentira! .. Que Alá te perdone como yo te perdono, y perdono también a aquellos que de ti se valen en contra mía...

-¡Oh! ¡No! No te irás así, señor y dueño mío -balbuceó entre sollozos Âixa, arrastrándose hasta donde el Príncipe había avanzado-. No te irás así ... ¡Porque aun, a trueque de desgarrar mi alma, quiero que tu corazón al separarte de mi lado vaya tranquilo, y que en tu mente no se agiten pensamientos engañosos como los halagos de Xaitán el apedreado! Quiero que sepas que mi corazón es tuyo desde el momento feliz para mí en que te vieron mis ojos y oyeron tu voz mis oídos ... Quiero que sepas que ante ti, no hay nada para mí en el mundo, y que estoy dispuesta a ejecutar cuanto ordenares y fuere voluntad tuya ... ¿Son, dices, enemigos tuyos, señor, aquellos que hoy me han dado abrigo y se disponen a protegerme?... Pues también son mis enemigos, y desde este momento los aborrezco ... No quiero nada suyo -añadió arrancando de su garganta los collares y de sus brazos las ajorcas de oro que la adornaban, dejando sólo el que el Sultán le había regalado-. El aire que aquí se respira me envenena ... Tuya soy ¡oh Muhámmad! y a ti me entrego para que dispongas de mi suerte ... Llévame donde te vea, aunque no me

dirijas la palabra.. . Que yo oiga tu voz, que respire el mismo ambiente que tú respiras ... Seré tu esclava, la esclava sumisa de las mujeres de tu harén, y si te place, dame la muerte y te bendeciré y bendeciré tu nombre al entregar mi alma al Señor del Trono excelso que la ha creado!

Era tal la verdad que, como esculpida, resaltaba en el acento de la joven. que no pudo menos el Sultán de sentir sobre su espíritu el efecto; y conmovido realmente por las palabras de Âixa, las cuales caían cual benéfico rocío sobre el lacerado corazón del Príncipe, acercóse éste aún más a ella, y levantándola del suelo, llevóla al centro de la estancia, donde era mayor la intensidad de la luz, y fijando sus ojos en los de la desconsolada niña, dijo al fin con voz temblorosa y emocionada:

-¡Oh! ¡Te creo! Sí ... ¡Es preciso que te crea! ... La mirada de tus ojos es pura, como lo son tus labios ... ¡Que la maldición de Alá caiga sobre ti si me engañares, y vaya

tu alma a las profundidades del yahánnam si has mentido! ... Pero no ... Tu alma es inocente y no es capaz de semejante infamia ... ¿Cómo habría de amarte yo si fuese de otro modo? Perdona mi extravío de un momento, y que el beso que imprimen mis labios sobre tu frente, sea prenda de reconciliación y de cariño eternos…

Enjugó Âixa sus lágrimas, ya sonriendo, y estrechando entre sus desnudos brazos el cuello del Sultán, con un movimiento tan rápido como espontáneo, buscó con los suyos los labios del Príncipe, y dejó en ellos un beso que abrasaba...

Después Muhámmad la condujo a uno de los sofás, y bajando la voz, habló de esta manera, si no mienten los narradores de historias:

-Âixa, nada en el mundo podrá hacerme olvidar las emociones que han combatido esta noche memorable mi espíritu ... Nada tampoco quo me haga olvidarte, ni que haga palidecer la llama que arde por ti en mi pecho ... Mi corazón es tuyo como el tuyo es mío; y aunque sé que bastaría una indicación por mi parte para que me siguieras a mi alcázar, donde el Câdhí-il-qudâh extendería el acta de nuestro matrimonio, pues no de otra suerte te quiero; aunque sé que de todas maneras, pues lo veo en tus ojos, serías mía, haciéndome en tus brazos el más feliz de los seres creados por la benevolencia de Alá ¡ensalzado sea!... espero que por el amor mismo que me profesas, habrás de comprender la necesidad de que contra mi voluntad y mi deseo, permanezcas en esta casa y continúes en ella prestándote en apariencia a las maquinaciones de la sultana Sitti Máriam y del príncipe Abu Saíd mi primo, a quienes ya conoces, para poder salvar mi vida de futuras contingencias. Tú has leído en el libro del porvenir y has visto en él manifiestas cuáles son sus intenciones y lo que pretenden ... Tú eres, pues, la única que puede por voluntad de Alá deshacer sus intrigas ... Mira si será grande mi carîño, y si tendré en él confianza, cuando te entrego mi vida, pues sólo mi vida es lo que quieren aquellos a quienes llamas tus protectores, y cuya conducta para contigo tiene sin duda alguna un fin que por el presente no se nos alcanza ...

-Yo haré cuanto tú quieras, y cuanto ordenares ... Pero por Alá te suplico no dejes que mis tristes ojos hallen sólo tu imagen en mi memoria ... Si no te viera, si no te sintiese a mi lado, acaso me faltase el valor, y moriría ...

-No permita Alá que tal suceda ... ¿Piensas por ventura que sería tampoco para mí posible la vida, amándote como te amo, si una sola vez discurriese el sol de oriente a ocaso, sin que te hubiesen visto mis ojos y hubiese llegado hasta mi pecho el bálsamo consolador de tus palabras? ... Te engañas ... Vendré todas las noches, y como ahora, mis labios te dirán cuán grande es el amor en que por ti me abraso-.

Pronunciadas estas palabras, el Príncipe se puso en pie, y atrayendo sobre su corazón la cabeza de la enamorada niña, tornó a sellar con apasionado beso aquella alianza.

Después, separándose de los brazos de ixa, cruzó lleno de lisonjeras esperanzas y de felicidad el aposento, y salió al patio donde le aguardaban impasibles sus dos servidores, emprendiendo con ellos el camino de la Alhambra.

V

REFIEREN las historias, con efecto, que mientras aun colocado por los crecientes triunfos de los nasâríes de Castilla (¡maldígalos Alá!) en circunstancias bien críticas y especiales para los siervos de Mahoma, atendía solícito el joven Sultán de Granada a la prosperidad y a la ventura de sus vasallos, preparándoles para acontecimientos más felices que los acaecidos durante los reinados de sus predecesores –como al morir la sultana Buzáina, madre de Abdul'lâh, hubiese contraído nuevo matrimonio Abu-l-Hayyây Iúsuf I con Sitti Máriam y dejado de tal unión dos hijos llamados Ismail y Qais-, había aquella procurado por cuantos medios le hubo sugerido su mal deseo, y guiada sólo más que por el amor a sus hijos por la ambición insaciable que la poseía, que el Sultán, postergando al primogénito Abdul'lâh, hiciese reconocer públicamente como heredero de la sultanía al príncipe Ismaîl, niño de escasa edad, aun rompiendo con la costumbre y perjudicando los intereses de los muslimes, a semejanza de lo que había ya una vez practicado el Califa de Córdoba Alhákam II (¡complázcase Alá en el!) obligando a los visires a reconocer como heredero del Califato a su hijo el desventurado Hixâm II.

Seducido por los halagos de la sultana, no se hallaba el ánimo del Príncipe Iúsuf sino muy inclinado a complacerla, sin sospecha de lo que Sitti Máriam realmente pretendía, era sin duda que Granada, así como Castilla había estado gobernada por una mujer, durante las minoridades de Fernando IV y de Alfonso XI, lo estuviese también por ella, para disponer a su antojo del reino y precipitarle seguramente en la ruina de que le había librado los príncipes malagueños al apoderarse de él, dando muerte a Muhammad III.

Pero Alá, que vela siempre por sus criaturas, lo había dispuesto de otra suerte, y antes de que Iúsuf, cediendo débil a las sugestiones de Sitti Máriam hubiese satisfecho los deseos de ésta, despojando de su herencia al príncipe Abdul'lâh, consentía para bien de los muslimes que la mano de un loco privase de la vida al Sultán en la macsura de la Mezquita de la Alhambra, cuatro años hacía, desbaratando así los diabólicos planes de la sultana. Es verdad que, si no mienten las historias, y Alá es el conocedor supremo de todas las cosas, Sitti Máriam, según se aseguraba, no había sido por completo extraña a aquel suceso, el cual se había no obstante anticipado contra su voluntad; pero es lo cierto que, una vez dada sepultura en la ráudha de la Alhambra al cadáver del desventurado Iúsuf, reunidos los visires con los jefes del ejército y los principales dignatarios de la Corte, fue solemnemente proclamado el Príncipe Abu Abdil'lâh Muhámmad, reconociéndole todos por señor sin contradicción ni protesta de nadie.

Por aquel acto pues, la sultana veía para siempre burlados sus deseos; pero empeñada con mayor tenacidad que nunca en el logro de los mismos, y conociendo el carácter ambicioso del príncipe Abu Saíd, a quien poco antes de su muerte había Iúsuf I dado en

matrimonio una de sus hijas, -habíase unido a él como se unen para sucederse y auxiliarse la luz y las tinieblas, y juntos, buscaban los medios de desembarazarse del joven Sultán, quien desde el primer momento tenía con lo noble de su conducta conquistada la voluntad de los granadinos.

Conocedor de tales intrigas, aunque repugnando darles crédito al principio, tuvo al postre que apartar de su lado a la viuda de su padre, a sus hermanos, y a su primo Abu Saíd, cerrando las puertas de su alcázar para siempre a aquellos ambiciosos, rendido ya por la evidencia. Había podido deshacerse de semejantes enemigos, cual fue práctica entre los Sultanes, privándoles de la vida; pero su alma era incapaz de ello, y contando como contaba con el amor de sus vasallos, dio al desprecio y al olvido las torpes maquinaciones de Sitti Máriam y de su auxiliar, las cuales hasta entonces no habían logrado éxito alguno.

No otra era la situación de los sucesos, cuando Âixa despertaba en el ánimo del joven Príncipe nuevos recelos, y cuando las palabras de la infeliz huérfana poníanle de manifiesto que sus enemigos no habían cejado en la empresa y que vigilaban despiertos, como el buitre carnicero vigila los grandes campamentos, con la esperanza de que llegado el día de la batalla, habrán de proporcionarles espléndido banquete.

Por esa razón Abdul'lâh había desconfiado de Âixa; por esa razón, al escuchar sus palabras, había querido huir de ella; pero tranquilizada al fin su alma noble e incapaz de doblez y de impostura por el acento de verdad con que la niña protestaba de toda participación con los enemigos del hombre a quien va amaba más que a su vida, y calculando al propio tiempo lo mucho que le interesaba conocer las maquinaciones de la sultana y de Abu Saíd, para poder burlarlas, sin tomar medida alguna rigurosa hasta el último extremo, aun contra sus propios deseos, resolvíase a separarse de la huérfana, hacia quien sentía desconocida inclinación poderosa, confiándole velase por su vida, y sin precaverse de otro modo.

Cuando a la mañana siguiente despertó Âixa, el sol inundaba alegre y regocijado el alhami donde tenía su lecho. Las emociones que habían combatido su espíritu el día anterior eran tantas, tan grandes, que Alá compadecido había derramado sobre ella benéficos ensueños, en los cuales había gustado todos los deleites del paraíso, al lado de Abdul'lâh, su enamorado, de cuyos labios de fuego sentía aún las huellas en la frente.

Saltando desnuda al pavimento desde la tarima de pintados aliceres sobre los cuales se extendían los blancos almohadones en que había pasado la noche, cayó de rodillas, y allí, invocando el santo nombre de Alá, como tenía de costumbre y le había en su niñez enseñado la anciana que cuido de sus primeros años en los riscos de la Alpujarra, dio gracias al Señor del trono excelso por sus mercedes, y le pidió protección para ella y para el Príncipe, de quien no se apartaba su pensamiento.

Abríase el alhami en una estancia de no grande anchura, toda ella cubierta de esmaltadas labores de yesería; fingía la techumbre complicada labor de estrellas y de lazos, vivamente coloridos, y entre las rizadas hojas de acanto y de loto, y las piñas graciosamente combinadas con arquillos y con ondulantes cintas que llenaban los muros, al levantar la vista, como respuesta a sus deseos y promesa de sus esperanzas, resplandecían a la luz brillante del sol ora en caracteres cúficos, ora en africanos, multitud de inscripciones doradas que se destacaban sobre el fondo labrado, todas ellas declarando al unísino:

Librodot

La felicidad y la prosperidad sean para mi dueño.

Teniéndolo por buen augurio, y ya completamente tranquila, terminó sus oraciones, y antes de llamar a ninguna de las doncellas puestas a su servicio, dejóse caer sobre el pavimento y se entregó a serias meditaciones.

La protección de Alá para con el Príncipe, era segura, y señales evidentes de ello resultaban, primero el lenguaje expresivo de los astros, y después la fortuita circunstancia de que a su pensamiento hubieran respondido los epígrafes murales de aquella estancia: el Sultán triunfaría de todos sus enemigos, de la sultana Sitti Máriam y de Abu Saíd; aquello era indudable ... Pero ¿quién podría evitar cualquier contingencia no prevista, que hiciese en realidad inútil la protección del cielo? ¿Sería ella capaz de detener a aquellos que atentaban contra la existencia del Príncipe? ¿Cuál habría de ser al propio tiempo su suerte?...

Sumida en este linaje de consideraciones, permaneció Âixa largo rato, sin acordarse de que el tiempo transcurría: de la pasada noche, ni aun conservaba el recuerdo. . . La herida de la frente no había casi dejado huella, y oculta podía estar entre las guedejas de su cabellera, o entre los pliegues de la toca: hermosos eran los colores de sus mejillas, y en sus ojos se traslucía la satisfacción que le embargaba, semejando en aquel traje, en que lucía todos sus encantos, una de las huríes del paraíso prometido por Alá a los buenos musulmanes.

Al fin, y escuchando ruido en la puerta de la estancia, hizo un movimiento, y volviendo otra vez al lecho, que había abandonado, dio orden de entrar a sus doncellas, pues ellas eran las que se insinuaban de aquella suerte, abandonándose después indolentemente en sus manos, que en balde pretendían acrecentar los hechizos de la niña.

Entregada de lleno a la lucha tenaz que en su espíritu tenían trabada por un lado el amor que profesaba al Príncipe y la gratitud por otro de que aparecía ostensiblemente deudora a la sultana Sitti Máriam y a Abu Saíd, vio no sin zozobra Âixa discurrir dentro de su aposento las horas de aquel día, sin que turbara su reposo nadie: sólo al caer la tarde, con la solemne majestad con que en otoño desciende el sol a ocultarse tras de los lejanos términos del horizonte, mientras ella echada de pechos sobre el alféizar de un ajimez seguía con la vista el vuelo de las golondrinas que giraban lanzando agudos gritos por el espacio, abriéndose en silencio una puertecilla perfectamente disimulada entre la yesería del muro, apareció Sitti Máriam envuelta en los anchos pliegues del lujoso izár que la cubría, y avanzando sin hacer ruido hasta donde continuaba embelesada su protegida, la toco ligeramente en el hombro.

Volvióse entonces extremecida la muchacha al contacto de aquella mano, y al hallarse frente a frente de Sitti Máriam, mortal palidez cubrió su rostro; mas acordándose de la promesa hecha al Sultán, ensayaron sus labios una sonrisa, y con acento que procuro fuese cariñoso, exclamo levantándose:

-¿Eres tú?... Que Alá te bendiga, como yo te bendigo, y te colme de ventura cual te deseo!

-Que Él te oiga, y derrame sobre ti sus favores -replico la sultana-. Ciertamente que te habrás impacientado permaneciendo aquí todo el día sola... -repuso-. Pero no siempre es dado a las criaturas el cumplir sus propósitos.

-Así es, señora -dijo Âixa-. Mas no creas que mi impaciencia haya sido grande, pues en mi soledad me acompañaba tu recuerdo, y además pensaba en. mi madre ... Mi madre, a quien no he conocido, y en cuya busca vine a Granada!

-¡Pobre niña! -exclamo con tono compasivo la sultana-. Alá vela por sus criaturas, y Él premiará el amor profundo que guardas hacia la que te dio el ser y te ha abandonado ... Tengo la seguridad -añadió con acento y ademanes insinuantes- de que, tarde o temprano, me será posible devolverte el cariño de tu madre, y por esta parte debes estar tranquila, tanto más cuanto que el Amir de los muslimes (¡prospérele Alá!) te ha prometido formalmente su auxilio...

-Es verdad, y en él y en ti confío.

-;Oh! Más en él que en mí ¿no es cierto?... Él es el Príncipe de los creyentes, el soberano de este hermoso reino de Granada, y su voluntad es ley suprema ... Tiene a su disposición medios superiores, y un ejército de gentes que sabrán descubrir lo que él quiera, y quien sabe si a estas horas el secreto que tú pretendes con tanta razón saber,

habrá ya desaparecido, y en breve, esta noche quizás, podrás echarte en brazos de tu madre como anhelas!

-Que Alá te oiga -exclamo conmovida Âixa, enjugando las lágrimas que se habían agolpado a sus ojos.

-Sí. .. Sí me oirá, niña -repuso Sitti Máriam-. Y mientras tanto, aquí, en esta casa podrás libre de todo riesgo esperar ese feliz momento, pues me has interesado y sólo quiero tu bien ...

-¡Oh! ¿Con qué podré pagar yo tantas bondades? -dijo la huérfana, cayendo en el lazo que tan diestramente le había tendido la sultana, y dejando que la conversación llegase al terreno preparado por esta.

-¡Pagarlas! ¡Quién piensa en eso! ¡No permita Alá que yo deje nunca expuesta a los peligros que la hubieran podido amenazar, a una criatura predilecta suya, a quien ha concedido prodigo los tesoros de su gracia, haciéndola por esto superior a sus semejantes! ... ¡No!... No sé además que voz secreta me lleva hacia ti, cuando apenas te conozco, y te miro ya como hija mía...

-Alá te premie, señora -acertó a balbucir Âixa, realmente emocionada, y no sabiendo cómo explicarse el lenguaje de aquella mujer.

-Si tú quisieras... ¡Oh! Pero no querrás, no querrás, y a muy poca costa podrías pagar eso que llamas mis beneficios ...

-¿Qué deseas?... -dijo Âixa-. Yo haré, señora, de buen grado todo cuanto ordenares, porque en ello tendré verdadera complacencia.

-Si tú quisieras, yo sería para ti la madre que buscas. . . Te rodearía de ese amor que no has gustado y en pos del cual te afanas ... Vivirías a mi. lado tranquila y sosegada, y acaso, acaso -añadió con expresión algún tanto maliciosa- lograses por tal medio la realización de alguna esperanza, quizás nacida ha poco: desde que te hallas en Granada ...

-No te entiendo -expresó la niña, poniéndose ya en guardia.

--No me entiendes? ... Pues bien: cesa de buscar esa madre quimérica, que quizás ya no exista. Yo la reemplazaré con ventaja y será tuyo mi cariño. Te colmaré de riquezas, y te haré tan grande, tan grande, que los mayores y más altos de Granada tengan a favor el besar la fimbria de tu vestidura ... ¿Me entiendes? ...

Hizo Âixa una señal afirmativa con la cabeza, y la sultana prosiguió:

-Para ello, solo exijo de ti un poco de afecto, y sumisión absoluta a mi voluntad, que

por otra parte no habrá de molestarte mucho.. .

-Eso, señora -dijo Âixa-, siempre lo tendrás en mí, aun sin renegar de mi madre, ni cesar en las pesquisas que debo comenzar en breve ...

-Ya lo sé, hija mía, y no es a eso a lo que aludo ... Lo que yo ambiciono para ti, lo que quiero, es que en premio de tus virtudes y como recompensa de tu cariño, vea yo a tus pies enamorado al Sultán de Granada...

-,,Qué dices, señora? -preguntó Âixa comprendiendo al cabo el alcance de la proposición que tan embozadamente le hacía la sultana.

-¿Piensas que ignoro el efecto que en ti ha causado, y el que tú le has producido? ¿Crees que desconozco lo irresistible de tus encantos? Nada se me oculta, hija mía, y leo en tu corazón como en un libro abierto ... Con. que, quedamos, así Alá te proteja -añadió-, en que me mirarás de aquí en adelante como si fuera la madre desnaturalizada que buscas, y en que me proporcionarás el placer inmenso de mostrarme aquí, en esta estancia, postrado a tus pies y rendido de amor al Príncipe de los muslimes.

Mal se avenía ciertamente con la lealtad ingenua de la doncella, el papel de cuyo difícil desempeño le había encargado Abdul'lâh la anterior noche; por eso, ante la proposición de la sultana, nerviosa sacudida conmovió todo su cuerpo repulsivamente. Sin ser dueña de su persona, olvidada de cuantas recomendaciones el Príncipe le había hecho, y aun de los favores que aparentemente debía a Sitti Máriam, alzóse de su asiento, y exclamó indignada á sin poder ya por más tiempo contenerse:

-¡Cómo, sultana! ... ¿Pretendes, por ventura, que yo te entregue la sagrada persona del Amir de los fieles, para desembarazarte de él?... ¿Es para esto para lo que tú y el príncipe Abu Saíd habéis fingido protegerme?... ¡Por Alá, que no esperaba de ti semejante cosa!

Mientras ixa pronunciaba con acento rápido tales y tan inesperadas palabras, habíase operado en el semblante de Sitti Máriam transformación tan grande que causaba espanto. Como si hubiese sentido la mordedura de un áspid, lívida, descompuesta, amenazadora, levantábase de un solo impulso del asiento que ocupaba, y avanzando hacia la niña, que la miraba sobrecogida de miedo, asióla terrible por un brazo, mientras dejaba como silbidos salir una a una de sus labios las frases, entrecortadas por la cólera.

-¡Miserable! ¿Qué has dicho? -rugió-. ¡El secreto que has descubierto vale tu vida, y con ella pagarás tu audacia! ... Sí... ¡Es verdad! ¿A qué ocultarlo cuando ya lo sabes?... ¡Sí, quiero que el que se llama Sultán de Granada, ese engendro aborrecido del infierno, caiga en mis manos, sin que nada ni nadie pueda acudir en auxilio suyo! ... Lo quiero, y tú serás quien me lo entregue... ¿Has oído? ... ¡Tú! ¡Porque esa es mi voluntad!

-;Tu voluntad! -replicó Âixa-. Muy grande es tu poder, señora, no lo ignoro -añadió con voz solemne-, pero sobre él está el poder del Señor de las criaturas, que me ha dado también a mí, pobre y desvalida muchacha, voluntad para oponerme a la tuya! ...

-¡Cuán grande es tu error! -dijo Sitti Máriam procurando contener la cólera que de ella antes se había apoderado, y dando a sus palabras entonación agresiva-. ¿No eres tú zahorí? ¿No sabes leer en el curso de los astros la suerte de los demás?... Pues ¿cómo no has leído la tuya? ... Por ventura ¿no te han dicho los genios, desventurada, que eres esclava mía, esclava de la sultana Sitti Máriam, y que tengo sobre ti derecho de vida y muerte?...

-;Esclava! Esclava yo, que 'no he tenido otro señor y dueño que Alá, ¡bendito sea! ... Yo, que he nacido libre, y libre he sido siempre como la alondra en los aires, como el manantial en las montañas, como el céfiro en los prados!... ¿Piensas por ventura

detenerme contra mi voluntad?... ¡Es inútil!

Y así diciendo, Âixa se encamino rápida como el pensamiento hacia una de las puertas de la estancia, que halló cerrada como las restantes, y que golpeó en vano repetidas veces. Entonces, y mientras la sultana la contemplaba sonriendo irónicamente, volvió al ajiméz donde se encontraba cuando había aquella aparecido de improviso, y pretendió arrojarse por él; pero también aquel camino estaba cerrado, pues al pie del muro distinguió un grupo de esclavos y servidores de la sultana...

-¡Estoy en tu poder!... -exclamó al cabo-. ¡En tu poder! Pero nada conseguirás de mí, si no me devuelves la libertad que tan inicuamente tratas de arrebatarme!

-Por Alá, que ya era hora de que te convencieses!... Estás en mi poder, y será en balde cuanto intentares para librarte... Ya lo has visto... Ni el mismo que se ufana con el título de Sultán en Granada, podrá arrancarte de mis manos...

La alusión que Sitti Máriam acababa de hacer al soberano Príncipe de los muslimes, lejos de exasperar a Âixa, como aquella esperaba, gozándose de antemano, devolvió a la joven la calma que por breve momento había olvidado; pues acudiendo entonces a su memoria las recomendaciones de Abdul'lâh, y reservándose el aprovechar cualquier coyuntura favorable, fingió ceder a su propia debilidad, y recobrando sobre sí el domino perdido, se mostró abatida y como resignada con la suerte que la ambiciosa madrastra del Amir la reservaba.

-¡En tu poder! -repitió sólo-. Sí, tienes razón -añadió-. ¿Qué puedo contra ti, miserable huérfana?... ¿Quién habrá de reclamar en mi nombre, cuando a nadie conozco?... ¡Ten compasión de mí, señora! ... Alá, sobre todos los bienes que me ha concedido, me dio el de la libertad, como el más precioso e inestimable... Yo, a modo del pajarillo, necesito el espacio para vivir y cantar de rama en rama ... ¿Qué te importa mi persona? ¿Qué ganas con tenerme aquí cautiva, tú que tantas esclavas más útiles que yo posees, cuando no sirvo para nada? ... Déjame que tienda el vuelo por el espacio ... Devuélveme mis andrajos, con los que he sido tan dichosa, y jamás pronunciaré tu nombre sino para bendecirle!

-Basta ya, muchacha! ... -replicó la sultana con dureza-. Acude si quieres a los genios que te protejen, o al imbécil Abdul'lâh, en quien sin duda piensas ...

-Oh!... Mírame a tus plantas, y sé, sultana, generosa!... Muévate a piedad mi desconsuelo! ... Tú no puedes decir eso sino para burlarte de esta pobre niña abandonada! ... Dime por Alá que soy libre como lo he sido siempre!

-Ciertamente que me inspiran lástima tus lamentos -dijo Sitti Máriam con tono despreciativo-. Ignoras sin duda que te he adquirido en muy crecida suma, y que sería necedad deshacerme de ti cuando tan cara me has costado y tan útiles han de serme tus servicios ... Mas quiero, a pesar de todo, ser contigo magnánima, y para que de ello te persuadas, ten por seguro que sólo de ti depende el que recobres tu condición ingenua ...

-¿Qué debo hacer para ello?... ¿Necesitas mi vida?...

-No es tanto, por Alá, lo que habré de exigir de ti -contesto la sultana-. El precio de la libertad que te prometo, y que ni sé ni me importa saber como has perdido, no llega a tanto como a exigir el sacrificio de tu vida ...

-¡Habla, señora mía, habla! -exclamó la joven arrebatadamente y continuando en el papel que se había impuesto-. Habla -repuso-, y ya que he sido víctima de secuestro incomprensible, no habrá cosa que no intente para recobrar el bien que me ha sido arrebatado!...

-Pues bien, muchacha -continuo Sitti Máriam lentamente, sin sospechar el doble juego de Âixa y sin apartar sus ojos de ella-. No solo recobrarás la libertad por que suspiras, sino que aseguraré tu porvenir con larga mano mientras vivieres... Pero es preciso para esto, como te dije antes, que tu voluntad desaparezca ante la mía sin esfuerzo, y té halles siempre sumisa, dispuesta a obedecer mis ordenes, sin pretender jamás conocer la causa de ellas, ni rebelarte nunca... Bien es verdad que sería inútil, pues no habrá hora del día cuyo empleo por tu parte ignore, ni movimiento tuyo que no vigilen mis gentes ...

-¿Tanta es tu desconfianza?... -interrogo la niña, procurando por este medio ocultar el efecto que le producían las palabras de la sultana.

-Oh! ... Tú eres hermosa como ninguna en Granada ... Tus ojos de fuego envenenan cuando miran; tus labios, rojos como la amapola campestre, seducen y provocan incitantes; tu voz es como la de las huríes del Paraíso, y tus mejillas son rosas por el color, y raso por la tersura ... Sin los harapos ruines que te cubrían, y con las joyas que te engalanan, las gracias que te adornan te hacen irresistible, y como filtro de amor, es preciso que postren a tus plantas rendido aquel que te he indicado...

-Todavía, sultana!... Mucha fe te inspiran las que tú llamas mis gracias -repuso la joven.

-Si tanto amas la libertad perdida, si tanto ambicionas ser libre como la alondra en los aires, como el manantial en la montaña, como el céfiro en los prados ... ¿qué te importa? ... Yo en cambio te colmaré de beneficios, recobrarás a tu madre, y ambas viviréis felices bajo mi protección, que será inagotable ... Pero ten presente -continuo Sitti Máriam con voz solemne y amenazadora- que si tus labios en alguna ocasión se abren indiscretos para pronunciar otra cosa que frases de pasión a aquel a quien ya has seducido; si te apartares un punto de mis instrucciones o te rebelares contra mis órdenes, aunque por lo demás te dejo el señorío de tu persona y el de esta casa, para que dispongas de ambos a tu antojo, no solo no recobrarás la libertad por que suspiras, sino que pagarás con la vida tu desobediencia! ... ¿Lo oyes?...

-Alá me proteja! ... -exclamó Âixa extremecîéndose a pesar suyo ante las terribles amenazas que acababa de proferir la sultana-. Yo te juro -dijo procurando dar a

su voz la entonación conveniente, y dispuesta a todo para salvar la vida del Amir de los muslimes- que, aunque bien a pesar mío, cualquiera que sean tus órdenes, me esforzaré en cumplirlas, ya que no hay para mí otro camino, si he de recobrar la libertad, que es mi único tesoro ... Pero ¿y si a despecho de todo, no lograse el fin que apeteces? . . . ¿Qué será de mí? ...

-No lo creo.. . Pero si tal aconteciere, no por ello perderás nada, pues cumpliré mis promesas ...

-Pues bien, entonces, manda, y serás obedecida! -dijo ixa cayendo como desfallecida a los pies de la sultana, y en cuya posición se había conservado hasta aquel momento.

Sonrióse con mal disimulada satisfacción Sitti Máriam, y atrayendo dulcemente hacia sí a la desolada doncella, la besó en la frente, al propio tiempo que exclamaba al levantarse:

-Así te quiero ver! Siempre sumisa! ... Oh! Yo te fío que no habrás de arrepentirte de haber seguido mis órdenes!

Y abandonó la estancia.

-Tus órdenes!... -repitió Âixa incorporándose-. Sólo a Alá es dado señalar a las criaturas la senda que deben seguir en esta vida!... Sólo Él es Omnipotente!... Contra su

voluntad manifiesta, nada puede la voluntad de los hombres!... Sí!... -prosiguió abismándose en sus cavilaciones-. Sí; verás, sultana, rendido a mis pies al Príncipe de los fieles (¡prospérele Alá!)... Escucharás cuantas veces quisieres sus protestas de amor hacia ésta que tú llamas tu esclava y a quien tienes cautiva ... Pero no conseguirás el logro de tus torpes ambiciones ... La paloma tiene alas, y cuando llegue el momento preciso, Alá piadoso le mostrará el camino por donde pueda volar libremente en los espacios infinitos! ... Pero entre tanto ...

Ciertamente que aun dada la protección del Sultán, la situación de aquella infeliz huérfana, nada tenía de lisonjera, según ella misma se confesaba. Guiada por inextinguible sed de amor, del amor puro y santo de que no había disfrutado nunca, el amor de una madre desconocida, había llegado a vista de Granada, nada en su afanoso deseo significaban las fatigas y las privaciones que se había impuesto, con tal de arrojarse en brazos de la que le dio el ser. De nadie era conocida, no tenía más amigo que Alá, ni otro protector que Él, en quien confiaba ... ¿Por qué había seguido a Abu Saíd, y por qué aceptó su protección? Sin duda estaba escrito ... Oh! si ella en vez de seguir al príncipe, hubiese llegado hasta las mismas puertas de la ciudad, como se proponía! ... Quizás entonces no hubiera conocido al Sultán, ni sentiría su alma embargada por el extraño sentimiento que no sabía explicarse cómo había nacido! Entonces no habría perdido tan inicuamente la libertad, ni se hallaría en el duro trance en que la suerte la había colocado...

Pero, después de todo, aquellas reflexiones a nada conducían. Lo hecho, estaba hecho, y no era dable al mismo Alá deshacerlo. Lo que urgía, lo que interesaba, era resolver la conducta que en lo sucesivo debía observar, dadas las amenazas de aquella mujer ambiciosa y temible, que no vacilaría en sacrificarla.. . Ella podía haber seguido al Sultán la noche precedente ... Pero ¿comprendería el joven Muhámmad lo intenso, lo desinteresado, lo puro de su cariño? ... ¿Correspondería a él? ... Esto, en realidad, aunque le importaba mucho, no era en aquellos momentos supremos lo interesante. El Sultán le había dado el encargo de velar por su vida y de penetrar las maquinaciones y los planes de la sultana ... era evidente que ésta deseaba atraerle a los pies de la pobre huérfana, colocar el amor que le hubiere inspirado como cebo. y aprovechar las circunstancias para apoderarse del Príncipe a mansalva, sin escándalo, y deshacerse de él...; ella debía prevenirle, pues le había prometido el Sultán que todas las noches acudiría a verla ... Pero ¿cómo avisarle? ¿de qué manera hacer llegar hasta él la noticia de lo que se tramaba? Ella sabía escribir -pensaba-. Pero ¿de qué le servía? ¿De quién podría valerse para que lo escrito llegase a manos de Muhámmad? ¿Cómo se lo diría? La sultana había declarado que sus gentes la vigilarían sin descanso, y que le darían cuenta del menor de sus movimientos, amenazándole de muerte si ponía sobre aviso al Príncipe ... Morir! Qué le importaba! Alá la recompensaría en la otra vida! Pero ¿salvaba con su muerte al Sultán? ¿No buscarían otro medio para apoderarse de su persona? ...

VI

Qué tristes fueron para la pobre huérfana, y qué lentas las horas de aquella noche, sólo Alá lo sabe! ¡Y con qué ansia las había esperado no obstante, apeteciendo que acelerasen

su carrera! ¡A través de las ramas de los naranjos y de los limoneros del misterioso jardín, como estrella perdida en la inmensidad de los cielos, toda la noche había resplandecido la luz de la lámpara del aposento de Âixa, filtrándose por las entrelazadas celosías del cairelado ajiméz, por donde penetraba embalsamada y fresca la brisa juguetona, agitando sus alas incesante. Como irisada perla dentro de su concha, o preciosa alhaja guardada en su estuche -en aquella estancia de esmaltadas yeserías, de techumbre peregrina de colgantes, y de alicatados zocalos-, envuelta en nubes de perfumes que despedía esferoidal pebetero en sutiles espirales de humo nacarado por cada uno de los agujerillos que perforaban su superficie, aparecía ixa, hermosa como un sueño, reclinada sobre las muelles almartabas o cojinetes de brocado, del sofá en que reposaba con elegancia natural el cuerpo.

De tez morena y de color quebrado; los ojos negros, brillantes y señoriales; los labios, húmedos y jugosos provocativos y encendidos como la flor de fuego del granado; la frente espaciosa; dulces y perfectas las facciones; negro y abundante el cabello, recogido a la espalda; la mirada penetrante y apasionada; angelical aunque dolorosa la expresión; breve el pie, y delicada y carnosa la mano, semejaba en aquel aposento la joven sobrenatural visión fascinadora, más que ser real y viviente.

Cubierta llevaba la cabeza por gracioso bonetillo de raso, en torno del cual se arrollaba al desgaire en pliegues transparentes el blanco izár de gasa, con finas randas de oro en los extremos; ceñían la contorneada garganta sartales de aljófares, y entre ellos, peregrino collar de oro, cuyos colgantes de filigrana desaparecían entre el encaje del pecho, que, a manera de espuma perfumada, velaba discreta los encantos de la niña; anchas ajorcas, también de oro, con resaltadas piedras preciosas en el centro, ceñían sin oprimirles sus brazos de esculturales contornos, medio ocultos entre las amplias mangas de la aljuba de rico brocado que vestía y sujetaba a la cintura, dibujando la incitante curva de sus anchas caderas, vistosa faja tejida de oro y plata y sedas de los más vivos matices; y mientras otras ojarcas gruesas de aquel metal abrazaban la garganta de aquellos breves diminutos pies calzados de chapines de bordado raso blanco, por bajo de las haldas de la aljuba, cubriendo en parte los zaragüelles ajustados, descubríase la alcandora de labrada seda, blanca como la nieve de la cercana sierra, V sobre ella resaltaba la fimbria recamada de la aljuba.

Triste era la expresión de su semblante, en aquel momento iluminado por los rayos de la calada lámpara de plata que pendía del almocárabe del techo, y arrugaban la tersura de su frente los pliegues de profunda arruga, al mismo tiempo que el encaje del corpiño y los colgantes del collar se agitaban a compás de la respiración intranquila de la hermosa. .

Apoyada la cabeza sobre la mano derecha, permanecía con la mirada fija ora en el tapiz que cubría la cairelada puerta de la estancia, ora en el pedazo de firmamento, que recortaba el ajiméz y que cruzaban por mil partes los geométricos dibujos de la celosía. Olvidada al parecer de sí propia, quizás dejaba en trastornador diliquio vagar el pensamiento por las regiones desconocidas e inabordables de la fantasía, o evocaba acaso el recuerdo de placeres apetecidos y no logrados ...

Hondo suspiro entreabrió sus labios al postre; y con manifiesto esfuerzo y marcada impaciencia, dejóse deslizar de los almohadones hasta ponerse en pie sobre el pavimentó de alabastro, sin cuidar para nada del aderezo de su persona; y si hermosa con verdad aparecía sobre los cojines en que había hasta entonces permanecido, más hermosa aún apareció al desarrollar las elegantes formas de su cuerpo, su talle erguido y flexible, su

Librodot

gentil y esbelto continente.

-¡Cuánto tarda! -pensaba apartándose lentamente del sofá y dirigiéndose indecisa hacia el ajiméz-. ¡Cuánto tarda!

Aquella noche era la primera que transcurría desde que mutuamente se habían ella y el Príncipe confiado el amor que les unía.. . "Todas las noches vendré a verte" -le había él dicho apasionado al despedirse; y sin embargo, las horas pasaban perezosas, lentas, implacables y él no venía ... Ya hacía rato que el eco había llevado a sus oídos el pregón lanzado a los cuatro vientos, y con que desde la sumuâ de la cercana Mezquita Alyâmi convocaban los mue-

zines a los fieles para la oración de alâtima ... ¿La habría olvidado? ... ¿Por qué no venía?... ¿Qué pasaba? ... ¿Había conseguido la sultana sus reprobados designios? ... ¿Serían sólo vanas promesas las palabras cariñosas con que el joven Príncipe había sabido hacer suyo aquel corazón, ya por él impresionado? ...

Qué amargos momentos! ... Qué confusión de ideas se agolpaban en aquel cerebro, donde a intervalos resonaban las amenazas de Sitti Máriam, duras y crueles, y las halagadoras de Muhámmad, dulces y embriagadoras! ... Pero no podía ser ... Ella había visto al Sultán trémulo en su presencia; había sentido arder sus manos en las suyas, y había leído en los ojos del mancebo.

Intranquila, desasosegada, ahogándose dentro de aquella estancia, llegó por último al ajímez, y abrió la celosía de aromático alerce.

Como en tropel, una bocanada de aire penetró rumorosa por la abertura, azotó su semblante y agitó la lámpara, haciendo oscilar la luz que contenía ...

Silencio fuera; quietud de todos lados ... Nada que la sirviera de consuelo en su afán ...

Sí! La había olvidado de seguro! Y después de todo, ¿quién era ella para osar alzar la vista al Príncipe de los muslimes? ... Merecido lo tenía! ¿Por qué fiar loca en palabras que no comprometían nada? ... ¿Por qué suponer neciamente que el Sultán hubiera podido enamorarse de ella? ... ¿Qué de particular tenía en su persona, para que en dos solas veces que había visto a Abdul'lâh, hubiese éste reparado en ella como para entregarle su cariño? ...

Ya podía la sultana Sitti Máriam amenazarla: no conseguiría nada ... No era culpa suya si el Príncipe no la amaba ... Aquello era realmente providencial; solo Alá podía haberlo dispuesto, sin duda para libertar de las asechanzas de sus enemigos al Sultán de Granada! ... Si era aquella la voluntad de Alá ¿a qué oponerse? ... Bien dispuesto estaba. .. A Alá sólo está reservado el conocer lo que oculta en el corazón de las criaturas! ...

Así, en profunda agitación incesante, vertiendo a ratos abundantes lágrimas, cobrando en ocasiones esperanzas que se desvanecían en breve, con el corazón dolorosamente oprimido, unas veces asomaba al ajiméz, otras recorriendo palpitante las calles del jardín, y parándose a escuchar con frecuencia detrás del macizo, portón, así vio Âixa dîscurrir la noche, y así la sorprendió el alba ...

Rendida por el insomnio, habíase quedado como aletargada sobre uno de los sofás del aposento, permaneciendo en aquella disposición largas horas, tantas, que al despertar era ya muy tarde, y el sol había recorrido la mitad de su carrera.

Delante de ella, espiando sus movimientos, estaba la sultana Sitti Máriam; siempre aquella mujer funesta! ¿Qué le querría?

Incorporándose sobre los almohadones, la doncella, sin dar tiempo a que le dirigiese la menor pregunta, exclamó con acento lánguido, e impregnado de tristeza:

-Cuán inútiles han sido tus prevenciones, sultana, y cuán en balde fiabas en lo que tú llamas mi hermosura!.. .

-Pronto desmayas en tu empresa -replicó Sitti Máriam-. Sí; ya se que esta noche pasada aguardabas, según te había prometido, a ese desventurado joven a quien reconocen como Amir los granadinos, y que no ha venido a verte ... Mis gentes tenían orden de franquearle el paso.

-¿Como he de cumplir tus órdenes, señora, si me ha olvidado?

-Olvidarte! ... No lo creas: eres sobrado bella para que tal haya acontecido ... Tranquilízate ... Ya ves cómo yo estoy tranquila, y eso que mi ansiedad y mis deseos son aún mayores que los tuyos! -repuso la sultana con marcada ironía.

-Sí, es verdad -dijo Âixa, que ante su dolor había ya olvidado por su parte las intenciones de aquella mujer-.Tienes razón...

-Tanta que, por Alá, no puedes comprenderla, tú que has tomado por lo serio el amor de Muhámmad, y has dejado que tu corazón se entregue ... Pero ¿qué me importa? Si al servir mis intereses satisfaces tus ansias, no creas que habré de ser yo quien se oponga a ello... Pudieran mis gentes apoderarse de tu enamorado, si logramos atraerle a esta casa, cuando trasponga los umbrales; pero no me conviene que desaparezca de ese modo. .. No quiero que sospechen de mí ...

-No vendrá! No vendrá! -repitió entre lágrimas la joven...- No vendrá, porque los buenos genios le habrán advertido de los riesgos que corre en este sitio ... No vendrá, porque Alá no lo puede consentir ...

-Te engañas, Âixa; vendrá, porque tú le escribirás una carta desolada ... Vendrá porque te ama, lo sé ... Vamos, levántate; desecha tus temores, y escribe lo que yo te dicte.

Y así diciendo, aproximaba una de las taraceadas mesillas que en la estancia había, al lugar donde la enamorada niña se encontraba; y sacando de entre los pliegues de su túnica algunas hojas de papel brillante y de color de rosa, un tintero y un calám de caña pulimentada, depositó todo ello sobre la mesilla, y empujó suavemente a Âixa.

-Por ventura ¿la anciana de quien tantas cosas aprendiste, no te enseñó a escribir? ...

Tentada estuvo Âixa de contestar con una seña afirmativa; pero en medio de su quebranto y advertida por sus recelos, dejó a la sultana en la creencia de que ignoraba manejar el calám, contestando:

-Pluguiera a Alá ¡ensalzado sea! que las lecciones de aquella a quien tuve por madre hubieran llegado a tanto ... Oh! No sé escribir, sultana! ...

-Pues en tal caso -dijo ésta-, y pues Muhámmad desconoce semejante circunstancia y no ha visto nunca mi letra, seré yo quien por ti le escriba.

Y sin guardar respuesta, acomodóse en un cojín y empezó la carta.

En ella, empleando apasionadas frases, pintábale el desconsuelo de Âixa con tan vivos colores, llamábale con tal elocuencia y empleaba tal lenguaje, que la misma joven,

a haber dictado la carta, no habría empleado de seguro palabras distintas.

Leyó a Âixa la sultana el escrito, y cerrándole con el sello de la niña, despidióse de ella, diciendo:

-Dentro de poco tendrás respuesta, y yo te fío que Muhámmad en persona vendrá a traértela ... Ensancha el corazón, muchacha ... Enjuga esos ojos, y que torne la sonrisa a tus labios ... Cuesta tan poco el ser feliz! .. .

Costaba poco, era verdad; y tan poco, que sólo aquellas palabras de la ambiciosa sultana habían bastado para devolverle la calma en parte ... ¿Qué diría el Príncipe al leer

la misiva? ¿Vendría? Era seguro. Si en su corazón había algo de aquel celestial sentimiento que embargaba dulcemente el de la niña, vendría ... Si no ...

Pero no hubo necesidad de que se entregase a las negras cavilaciones que toda aquella noche habían exaltado su cerebro.

Queriendo abreviar las horas, tomó un laúd, y al estilo de su país natal, comenzó a cantar aquel pasaje del poema de Ántar, en que Abla se queja amargamente del desvío que le finge su enamorado...

Después, conversó con sus doncellas: pobres muchachas del interior del África, que apenas comprendían su lenguaje ... Luego, al declinar la tarde y después de hecha la oración en el musal'lâ de la casa, quiso engalanarse para agradar más al Sultán, y pasó al aposento destinado a tales usos, donde dejó a las esclavas que la adornasen a su gusto, cuidando de que entre todas las joyas resplandeciese siempre el magnífico collar que el Príncipe le había regalado...

Tendió la noche por fin, serena y majestuosa, su bordado crespón de estrellas ... Apagóse por último todo ruido, y llena de natural impaciencia, Âixa ansiosamente echada de pechos sobre el alféizar del labrado ajiméz, mientras respiraba con delicia el perfumado ambiente, sentía al más ligero rumor que el corazón saltaba dentro del pecho.

¡Con qué dulce sobresalto oyó los .golpes dados discretamente en el portón del jardín! ¡Con qué afán quisieron sus

ojos sondear las tinieblas, y con qué agitación tan agradable escuchó el crujir de la arena en las calles del jardín al poco rato!

Era él! ... Bendito sea Alá! Debía serlo!... No la había olvidado, y acudía a su cita! ... Cuántas cosas tenía que decirle! ... Pero ¿cómo?... Las estancias todas de aquel palacio parecían tener oídos ... La sultana lo había dicho. Todo cuanto ella le dijese, todo cuanto hiciera, sería conocido de aquella mujer maldita!... ¿Cómo averiguar si eran sólo medrosas amenazas las palabras de Sitti Máriam?... Si eran verdad, si no exageraba, entonces, ¿qué recurso ejemplar?... Casi estaba pesarosa de que el Príncipe hubiese asistido a la cita...

Cuando el rumor de los pasos, que hallaban singular resonancia en su pecho, se hubo extinguido dentro del edificio, apartóse ixa del ajiméz, cuyas celosías cerró de golpe, y rápida como la gacela en la pradera, se dirigió a la única puerta del aposento...

Alzó con mano temblorosa el tapiz que cubría la entrada, y conteniendo la respiración, aguardó breves instantes, suspensa entre mil zozobras, hasta que al fin la luz templada de la lámpara iluminó el cuerpo de un hombre avanzando sin vacilar por el corredor que guiaba desde el piso bajo.

Lanzó después un grito, y sin darse cuenta de sus movimientos, avanzó hacia el recién venido, y echándole al cuello los contorneados brazos, le estrechó febril contra su pecho.

¡Era él!...

Luego, así que ambos estuvieron en la estancia, ella ruborosa y como avergonzada, apartóse con los ojos bajos de su lado, en tanto que él, atrayéndola, la besó en los labios, exclamando:

-¡Âixa mía!

-¡Tuya y me olvidas!... -dijo ella dejándose abrazar y cayendo lánguida sobre uno de los sofás inmediatos.

-No me culpes, bien mío -replicó el Sultán-. Si ha sido grande tu disgusto por mi falta, no ha sido menor el mío... Por otra parte, me ocupaba en asuntos relacionados

contigo ... Y ocuparme en cosas tuyas ¿no era vivir en ti?... Pero aquí me tienes, y yo te prometo que tus ojos no volverán a verter más lágrimas por mi culpa ... ¿Creíste

que te había olvidado?... Primero olvidará Alá ¡ensalzado sea! el cuidar del destino de las criaturas, que te olvide a ti mi corazón, lleno del amor tuyo!

-No sé qué filtro me dan a beber tus palabras, que a tu lado, nada recuerdo ya! ... Es tan grande mi dicha, que, ya lo ves, señor: si lloro, lloro de felicidad. Todo el mundo se cifra para mí en tu cariño ... Todo el mundo! ... Quisiera tener cien lenguas, como el árbol que crece en el paraíso, para decirte con todas ellas al propio tiempo, así Alá me salve, cuánto te amo ... Quisiera que tú y yo, los dos solos, lejos de este aposento, muy lejos de él, si me fuera posible, nos dijésemos recíprocamente nuestro amor, sin tener oídos quizás más enemigos que indiscretos ... Cuántas cosas te diría entonces! ... Cuántas cosas leerías en mis ojos si supieras leer en ellos! ...

El Príncipe entre tanto había acercado un almohadón a los pies del sofâ donde Âixa continuaba, y sentado sobre él, teniendo entre sus brazos el talle de la hermosa, no quitaba de ella la mirada, apasionada y ardiente.

-Sí -dijo Abdul'lâh interrumpiendo a la doncella y creyendo interpretar sus palabras-. Leo en ellos, amor mío, leo lo inmenso de la pasión que el Señor de los cielos y de la tierra ha encendido en tu pecho, para corresponder a la que me abrasa ... Leo el placer inmenso que te posee... ¿No es eso lo que tus ojos dicen? ...

-Eso es, ciertamente... Pero dicen más, mucho más que mis labios no pueden expresarte en este momento... Y si evocases, Señor soberano mío, los recuerdos del pasado, así como yo leo en el curso de los astros el destino de los demás, leerías tú fácilmente en mis ojos el tuyo... ¿No aciertas a leer?... Mírame fijamente... Dime... ¿no lees más?...

Iba el Sultán a responder con galantes frases las de su enamorada, cuando acudió de súbito a su memoria cuanto había con efecto olvidado, ante los arranques de pasión de la niña ... La insistencia con que ésta ponderaba la imposibilidad de emplear otro lenguaje; el conocimiento del lugar en que se hallaba y el de las circunstancias especiales que rodeaban a ixa; la misión que le había confiado y para cumplir la cual permanecía ésta al lado de la sultana Sitti Máriam y del príncipe Abu Saíd, todo, con efecto; acudió en tropel a la imaginación del Amir, y como el corcel de batalla se encabrita bajo su armadura al escuchar el ruido de los añafiles, así Muhámmad despertó bruscamente, sospechando que algo importante deseaba comunicarle la doncella.

-Oh! ... -dijo recalcando las palabras-. Si no me es dado leer aún por completo en tus divinos ojos los secretos que se ocultan sin duda alguna en tu pecho, si me enseñas a deletrear en ellos, por Alá que has de ver si aprendo en poco tiempo tus lecciones! ... Pero ven conmigo, ven, y respiremos juntos el agradable fresco de la noche entre los árboles frondosos del jardín. .. Allí, teniendo por dosel la inmensa bóveda de los cielos, donde asienta el trono de Alá, ofrecerán para mí mayor encanto estos breves momentos de dicha que a mi pasión concedes! ... Ven -añadió con tono insinuante, por medio del cual hizo comprender a la joven que por su parte había comprendido la intención de las palabras que ella antes había pronunciado.

Entendiólo así Âixa, y aunque no tranquila, púsose en pie, como ya lo estaba el Sultán, y sin inconveniente alguno en la apariencia, bajaron juntos como aquél lo deseaba al jardín.

Por el camino, y en voz tan baja que hubiera podido confundirse con el susurro de la

Librodot

brisa, Âixa aprovechó los instantes y puso al corriente al Príncipe de los intentos y de las amenazas de Sitti Máriam, que no produjeron en Muhámmad otro efecto que el de acrecentar su cólera hacia ella. A su vez él la prometió prudencia para tranquilizarla, y le anunció que todas las tardes una paloma mensajera amaestrada, que enviaría desde su alcázar, les pondría sin peligro en comunicación, para prevenir lo futuro, y desbaratar los planes de la sultana.

Con esto, y después de breve rato de conversación amorosa en que ambos repitieron en mil tonos distintos sus juramentos, los cuales escucharon los buenos genios complacientes y Alá recibió benévolo en las alturas, tornaron de nuevo a la estancia de donde habían salido, para marchar luego el Sultán, lleno de felicidad, a sus bordados aposentos de la Alhambra.

Fuera le esperaban el arraís de sus guardias y su kâtib o secretario, quienes por precaución y contrariando en ello las órdenes recibidas, esperaban al Príncipe para librarle de cualquier peligro, tanto más cuanto que uno y otro conocían de antemano la mala voluntad de la sultana, y el nombre del propietario de aquel edificio.

VII

CUENTAN las historias de aquellos felices tiempos, en que las verdades del Islám eran todavía reconocidas y proclamadas en Alandalus, y en que todo parecía por disposición suprema del misericordioso Señor de ambos mundos (;ensalzado sea!), preparado para resucitar el poderío de los siervos de Mahoma, a quien Alá bendiga, renovando las glorias del poderoso Amauí Annâsir, vencedor de los cristianos en tantos y tan reñidos combates, -que jamás el sol, desde que allá por las regiones del Oriente asoma derramando salud, vida y alegría, hasta que se oculta en los profundos senos del mar de las tinieblas por el Occidente, alumbró complaciente felicidad más completa que la que inundaba los corazones de Âixa y del soberano Amir de los muslimes granadinos, ni que la luna misteriosa, como pupila vigilante del Omnipotente, y lámpara encendida delante de su templo celestial, sorprendió ventura más verdadera que la gozada por aquellos seres, nacidos en esferas tan distintas, y destinados desde su cuna por la mano del Sustentador de las criaturas, para ser el uno del otro en este mundo y en el reservado a los buenos musulmanes.

De las informaciones hechas por el cadhí respecto de aquellos servidores de la sultana que habían osado atentar contra el pudor y la vida de Âixa, claro y patente resultaba que Sitti Máriam no tenía participación alguna en aquel acto, y que sus intenciones por consiguiente al contribuir al secuestro de la joven, no habían sido tales, pues habrían entonces destruido sus proyectos. Las gestiones hechas en busca de la madre de Âixa por el Príncipe, aunque repetidas con singular insistencia, no alcanzaron igual fortuna: pues mientras recibían por orden del cadhí aquellos desalmados el merecido castigo, no habían los emisarios del Príncipe tropezado con huella alguna merced a la cual les fuera posible descubrir la persona a quien buscaban sin descanso por todas partes.

La luna de Xauâl tocaba a su término: las brisas que enviaba por las mañanas Yabal-ux-Xulair, eran cada vez más frescas, y como promesa de bienaventuranza para el

labrador, las nubes habían va varias veces abierto sus senos, derramando sobre la ciudad y sobre su hermosa vega abundantes raudales de agua, con los cuales llevaba el Darro su caudal crecido, y difundía a su paso la vida por los campos agostados a causa del calor sofocante del estío.

Todas las tardes, en la hora indecisa en que cierra el sol sus párpados para entregarse al reposo, la bella enamorada del Amir aguardaba asomada al mirador más alto de su casa la llegada del ave mensajera que le enviaba aquél, y que era portadora de inefables delicias para entrambos.

¡Qué alegría inundaba su corazón, cuando por entre las copas de los árboles distinguía confusamente primero las blancas alas de la fiel emisaria, y qué agitación tan grande se apoderaba de ella, cuando la veía detenerse sobre la balaustrada, para de allí saltar a sus hombros y acariciarla con su pico!...

Si era inmenso el amor que sentía Âixa por el Sultán, no era menor ciertamente el que Abdul'lâh la profesaba ... Como atraído por misterioso imán irresistible, esperaba con viva ansiedad desde una de las torres que caen al bosque sobre el Darro, el regreso por las tardes de la paloma mensajera; y después, cuando cerraba la noche, sin dar a nadie conocimiento de ello, aunque seguido siempre por sus dos fieles servidores que no le abandonaban a despecho suyo, embozado en los amplios pliegues de su alquicél seguía por la orilla del río y llegaba a las puertas de la morada de su amante, donde era introducido al momento.

La inacción de la sultana Sitti Máriam, a pesar de las noticias en un principio comunicadas por Âixa, había llegado a borrar en él toda sombra de sospecha; y confiado en su propia estrella y en su valor, no juzgando capaces a sus enemigos de su muerte, se lanzaba en aquella aventura en que gozaba deleites desconocidos e inagotables, como apenas pasada la tormenta, se lanza el ave en el espacio, ganosa de disfrutar en él placeres nuevos.

Una de aquellas tardes, y en el momento en que la joven se disponía como de costumbre a subir a la azotea de su casa para recibir allí el alado emisario del príncipe, vióse de repente sorprendida por la presencia inesperada de la sultana Sitti Máriam, en el mismo aposento en que tantas veces le había a sus plantas Abdul'lâh jurado amor eterno.

Era el último día de Xauâl[10], día triste por cierto, en que parecía como que la naturaleza, presintiendo ya la proximidad de la invernal estación cercana, se preparaba al largo y gestador letargo del que por voluntad excelsa del Creador Inmutable debía despertar llena de vida y galas, esplendorosa y bella, en el continuo e incesante laborar del mundo.

La lluvia benéfica, don precioso de Alá, que fecunda los campos y que espera con ansiedad el labrador, había estado cayendo todo el día: el cielo, opaco, ceniciento, como una coraza empañada; el viento, fuerte, desencadenado en turbonadas que hacían gemir los añosos álamos y tronchaban los jóvenes; el Darro había crecido, y sus aguas negras, precipitadas en vertiginosa corriente, formaban espumosos remolinos aprisionados en el cauce, del cual se disponían a libertarse para esparcirse a uno y otro lado, y sobre las espaldas de la corriente flotaban algunas ramas de árboles desgajados por el vendaval, que azotaba sin piedad a intervalos irregulares las murallas del recinto fortificado de la

[10] La luna de Xauâl consta de 29 días, correspondiendo el postrero en aquel año 759 de la H., al 3 de octubre de 1358 de J.C.

ciudad, cual si amenazara destruirlas, y que como una exhalación se lanzaba por las estrechas calles encajonado, arrebatando colérico los toldos y las cortinas de las tiendas en el Zacatín y en la Alcaicería principalmente.

De vez en cuando, el tableteo medroso del trueno, que reproducían los ecos de la colina roja y del Generalife, de Sierra Elvira y del Cerro del Sol, montes cuyos contornos borraba la masa de agua que en diagonales estrías cruzaba el espacio, interrumpía el mortal silencio que reinaba en Granada, y todo hacía semblante de anunciar que aquella noche, cuando las negras sombras que avanzaban semejantes a un tropel de caballos desbocados, impelidas por los golpes del viento cubriesen el horizonte, el horror acrecería sin duda, en especial si el Darro, a juzgar por los indicios, salvaba con sus aguas turbias el pretil que a duras penas lo contenía, inundando la población sorprendida en medio del sueño.

A la escasa luz que penetraba incierta por la entrecruzada celosía, Âixa reconoció a la sultana en lo arrogante de su apostura y lo majestuoso de su andar; parecía una sombra evocada, más bien que un ser viviente, y lo que más confundía a la joven, era que Sitti Máriam para penetrar en aquel aposento no había entrado por la puerta, que permanecía cerrada, pues ignoraba la existencia de la comunicación secreta de que aquella solía servirse, y disimulaba la yesería de los muros.

-¿Te sorprende mi presencia a estas horas y en este sitio, no es cierto -dijo la sultana, comprendiendo lo que pasaba por la niña.

-Oh señora mía -replicó ésta-, nada puede ya en realidad sorprenderme viniendo de ti ... Aquí a tus ordenes me tienes como siempre, ya que la voluntad suprema de Alá así lo tiene decretado!

-Pues bien, en ese caso, tomemos asiento, que es largo lo que tenemos que hablar, y los momentos urgen.

Sentáronse en efecto la una al lado de la otra, y mientras Sitti Máriam se disponía a tomar la palabra, Âixa llena de extrañeza, reparaba en que las ropas de aquella mujer no conservaban huella alguna de la persistente lluvia, que no había cesado un instante.

-No podrás por Alá, quejarte de mí -exclamó al cabo la dama-. La luna de Xauâl va a desaparecer dentro de breves horas, y durante toda ella, ni te he importunado con mi presencia, ni te he impuesto acto alguno, ni te he privado de ninguno de los goces que el amor del Príncipe te ha proporcionado todas las noches ... Libre has sido de hacer de tu persona lo que deseares, y yo no he intervenido para nada ... ¿Es verdad cuanto digo....

-Cierto es, señora, y yo no tendría motivo de queja alguna, si no me hubieses privado dé mi albedrío ...

-Todas las noches, los buenos genios, tus protectores, han derramado sobre ti benévolos y complacientes: como

imagen de la vida futura, los sueños más agradables, y en ellos te han sonreído todas las venturas ... Si tú, desventurada muchacha, hubieses recobrado esa libertad que tanto pregonas ¿habrías nunca podido disfrutar placeres semejantes? ... ¿Habrías llegado jamás a conocer al Sultán? ... ¿Habrías con tus míseros harapos atraído su amor? ... Confiesa, así Alá me salve, que de tu fortuna presente sólo a mí eres deudora.

-Todos los beneficos que recibimos, proceden de Alá, ¡ensalzado sea!

-;Ensalzado sea! -repitió la sultana.

Las sombras habían ido espesándose entre tanto, y como sin duda alguna Sitti Máriam deseaba conocer el efecto que sus palabras producían en. Âixa, lo cual impedía la oscu-

Librodot

ridad en que ambas se hallaban envueltas, dio orden a la doncella para que mandase encender la lámpara, como lo verificaba una de las servidoras de ésta, volviendo a desaparecer discretamente.

Al propio tiempo, ixa se sentía consumir por la inquietud: había pasado la hora en que la paloma mensajera debía haber llegado a la azotea, e ignoraba cuál hubiera podido ser su suerte ... En el semblante de la niña se transparentaban ingenuos los sentimientos de su corazón, y a la luz de la lámpara, no pudo menos Sitti Máriam de advertir la agitación de que era presa. Fingiendo no reparar en ella, prosiguió:

-Aunque tengo noticia cierta de cuanto haces, aunque por ella sé que el Sultán todas las noches acude enamorado al lado tuyo, y para que tú misma te persuadas de la imposibilidad de eludir mis órdenes, quiero ser esta noche testigo de tu entrevista con ese abominado engendro, y convencerme por mis ojos y por mis oídos de la verdad, y de la forma en que me obedeces ... Pero no te alarmes -añadió-. Tu amante, si lo es, no tendrá conocimiento de mi presencia; pero quiero que, tú sepas que yo te observo.

Y esto diciendo, se alzó del sofá, y con paso mesurado y lento, dirigióse hacia uno de los costados de la estancia.

Formaba en tal paraje ésta gallardo arco de angrelada archivolta, el cual adelantaba sobre el perímetro general del aposento, para dejar espacio a reducida alhenia; y bien que parecía en realidad falta de comunicación y cerrada de todos lados, cual simulaban acreditarlo el zócalo de peregrino alicatado y las labores no interrumpidas de los muros, oprimiendo la sultana oculto resorte, abrióse estrecha puerta allí perfectamente disimulada, quedando al descubierto la negra boca de una galería.

Había Âixa seguido en silencio a la sultana, quien venía envuelta en los paños de sencilla alcandora de labrada lana, y llevaba oculto el rostro entre los pliegues de la tupida toca que rodeaba por completo su cabeza; y al contemplar abierta aquella comunicación, por ella nunca sospechada, retrocedió temerosa, procurando recordar de golpe si en las plácidas conversaciones que con el Sultán había tenido, sus labios indiscretos habían pronunciado palabra alguna comprometedora.

-Oculta en esta alhenia -exclamó la sultana-, podré mirar cuanto hiciéreis y oir cuanto dijereis ... Ya ves como el Sultán no podrá inquietarse por mi presencia, y cuán poco molesta habré de serle.

No contestó nada Âixa, profundamente preocupada tanto por la circunstancia que le impedía recibir el mensaje del Amir y darle respuesta, como por lo extraño de aquella comunicación, cuya existencia había hasta entonces ignorado ... Así se explicaba cómo la sultana no llevaba señal alguna en sus ropas de la lluvia ... ¿A donde conduciría la galería abierta delante de ella? ... ¿Qué misterios no encerraría la vida de aquella mujer? ... Y al propio tiempo, cómo se convencía de que sus amenazas no habían sido vana palabrería! ... Pero ¿consentiría la misericordia de Alá que se cumpliesen los designios de Sitti Máriam? No podía ser ... Todo demostraba lo contrario ...

-¿Qué meditas?... -dijo de pronto la dama, volviendo de nuevo a su asiento, y reparando en la preocupación visible de la joven-. ¿Temes por ventura que tu amante

me sorprenda en este sitio? ... Oh! No temas ... Mi gente está muy bien amaestrada, y antes de que él llegue aquí, no quedará rastro de mi presencia.

-No es eso, sultana -replicó casi maquinalmente la doncella-. Lo que me preocupa, es el ver cuán grande es tu poderío, y qué inflexible es tu voluntad en todas las cosas! . .. Pero dime, por la clemencia de Alá, cuando te hayas por ti misma convencido de que con

efecto, el Sultán de Granada, protéjale Alá, es mi rendido amante, ¿me devolverás por fin la libertad que me has arrebatado? ... ¿Podré salir de aquí y disponer para en adelante sin temor de mi persona? ... ¿Me reintegrarás en mi voluntad perdida? ...

Iba Sitti Máriam a dar respuesta a las preguntas de Âixa, cuando abriéndose sigilosamente la puerta, apareció por ella un esclavo etíope, que sin pronunciar palabra volvió a salirse en el momento.

Al verle la dama, alzóse presurosa del asiento, y haciendo a la niña expresiva seña, corrió a ocultarse en la alhenia, al tiempo que la puerta del aposento volvía a abrirse y aparecía por ella la gallarda figura del Príncipe de los muslimes.

Despojóse éste del gambáx que le cubría, y desciñéndose la espada, que colocó sobre un almohadón al lado del gambáx, apresuróse a estrechar entre sus brazos a la niña, que toda trémula y sin ser dueña de dominar la emoción que la embargaba, había permanecido como clavada en su sitio.

-¿Qué tienes? ... ¿Qué pasa? ... -exclamó el Sultán reparando en la actitud de su amante, quien había procurado volver la espalda a la secreta alhenia, temiendo que el Amir pronunciase alguna palabra inconveniente. Antes de que Muhámmad pudiera proseguir, la niña, procurando dominarse, apresurábase a contestar, al propio tiempo que con el mayor disimulo y pretextando recoger algunos cabellos que el abrazo del Sultán había desordenado, le hacía seña de que callase, exclamando:

-¡Qué quieres, señor, que tenga! ... Todo el día, como el cielo ha permanecido empañado por las nubes que lo ocultan, mi alma ha permanecido suspensa y llena de sobresalto, temiendo que mis ojos no te verían hoy, y gozasen del beneficio a que les tienes acostumbrados ... He tenido miedo, mucho miedo; y cuando escuchaba el rugir del trueno estrepitoso, me parecía que los genios indignados y llenos de cólera conmigo, me privarían de ti ... Pero ahora estás a mi lado, y bien puede la tormenta estallar, pues estando contigo, no hay nada que me amedrente.

No era el Sultán Muhámmad de tan menguado entendimiento, como para que al notar el apresuramiento con que su amada le interrumpía, y al advertir sobre todo la seña, no comprendiese la existencia de un peligro. Temeroso de él, cuando había regresado la paloma, llevando todavía el mismo mensaje con que él la había enviado a Âixa, y no acertando a explicarse el suceso, habíase lleno de inquietud apresurado a desembarazarse de sus servidores, para correr en busca de la doncella; pero la presencia del primero de sus visires que entró en aquel momento para notificarle una de tantas algaradas como los nasâríes de la frontera verificaban en el reino granadino, le impidió realizar su intento, deteniéndole más tiempo del que esperaba.

Al fin, y ya solo, había echado sobre sus hombros un gambáx de lana gruesa, había cubierto su toca con el capuchón del mismo, y colocando en el tahalí la espada, sin cuidarse de nadie, había por el bosque salido a la ciudad y cruzado el Darro por uno de los muchos puentecillos inmediatos al Zacatín, llegando desalado a la puerta de la casa donde vivía Âixa.

Ni las tinieblas, que ya habían cerrado, ni el agua que caía con violencia sobre el, ni el rugido del trueno, ni el ímpetu del viento, pudieron detenerlo en su rápida marcha; ni reparó siquiera en que el río comenzaba a extenderse por las márgenes, ni advirtió que entre las sombras le seguían siempre fieles, su kâtib Ibn-ul-Jatib y el arraîs de su guardia personal en el palacio.

Febril, ansioso, lleno de recelos y zozobras, empapado en agua, llegaba a la puerta del

Librodot

edificio, alcázar de sus amores; así, sin dar respuesta a las salutaciones del esclavo que le facilitó el ingreso, cruzó el jardín no esquivando los charcos formados por la lluvia, y así como el huracán desencadenado, había llegado a presencia de la niña y estrechándola entre sus brazos enardecido.

¿Qué ocurría? ... ¿Qué era lo que Âixa procuraba advertirle? ... ¿Era llegada la hora en que sus parientes ambiciosos habían decretado su muerte?. .. Pero ¿qué le importaba todo? Lo que él quería saber, lo que supo desde luego, era que Âixa vivía, que vivía y que le amaba siempre.. . Lo demás no podía interesarle, teniendo al lado su espada... Alá velaba por él, y su amor le daría fuerzas si llegaba el momento de la lucha.

Contra sus prevenciones, Âixa, recobrándose, estaba con él más cariñosa, más expresiva que nunca. Es verdad que no le daba espacio para interrogarla respecto de la devolución de su billete intacto ... Quizá la paloma, acobardada por lo recio del temporal, no se había atrevido a llevar el mensaje como de ordinario ... Pero ¿cómo era que Âixa no le interrogaba por su parte? ...

Preocupado, triste, pero galante y rendido siempre, Abdul'lâh permaneció al lado de su enamorada más tiempo que el de ordinario ... Quizo Alá que ya a la hora de alâtima, cesase la lluvia por un momento y que el huracán se enfrenase; y aprovechando aquella tregua que la naturaleza se concedía para volver de nuevo a la lucha que tenía trabada consigo propia, el Amir se despidió de la doncella, y con paso lento abandonó la estancia saliendo a la calleja donde le siguieron como sombras y sin él advertirlo sus servidores.

Entretanto Âixa, apoyada la cabeza sobre la mano derecha, permanecía reclinada sobre el sofá, con la mirada fija en el tapiz que cubría la cairelada puerta de la estancia,

por donde había desaparecido el Príncipe. Olvidada de sí propia, dejando vagar el pensamiento por las regiones desconocidas e inabordables de la fantasía, pesaba en su interior los acontecimientos, y padecía al comprender que en medio de sus frases halagadoras, Muhámmad no había conseguido ocultar por completo su preocupación y extrañeza, sus recelos y su disgusto. ¿Qué pensaría de ella?... ¿Le dirían acaso los buenos genios en el silencio de la noche lo que ella no había podido manifestarle? ... ¿Sospecharía otra vez de su lealtad y de su cariño?

Hondo suspiro entreabrió sus labios, y con marcada repugnancia y nerviosa decisión, antes de que Sitti Máriam hubiese abandonado su escondite, dirigióse a la alhenia donde permanecía oculta, y oprimiendo con mano febril el oculto resorte, hizo girar la puerta, en tanto que con aire resuelto y voz segura, exclamaba:

-Sal ya, Sitti Máriam! Estamos solas! ...

Avanzó sobre el fondo oscuro la sultana, y al distinguirla la joven.

-Ya lo has visto, señora! -añadió con amargo acento-. No en vano me dotó Tâgút de las armas de la hermosura... Ya lo has visto!... El Amir de los muslimes, dilate Alá sus días, es el esclavo de amor de Âixa... ¿No es eso lo que apetecías! ...

-Alabado sea Alá!... -replicó Sitti Máriam-. Ciertamente que, como incauto cervatillo perseguido en la pradera por el cazador se halla en mis redes preso el enemigo de mi dicha y de la de los míos ... Ya es hora de obrar ... Es preciso, pues, no esperar más tiempo.

Al escuchar tales palabras, pronunciadas por aquella mujer con reconcentrado encono y satisfacción mal disimulada, palideció Âixa, y sus ojos se fijaron escudriñadores en el velado rostro de la sultana, queriendo sorprender su pensamiento.

-Aquí tienes -prosiguió la madre de Ismail presentándole un pomo de vidrio de color

Librodot

que había sacado de entre las ropas-, el medio de conseguir la libertad ofrecida.. .

Este pomo contiene tu dicha para lo futuro ... Es llegado, muchacha, el momento de poner fin a tu obra.

-;Cómo! -exclamó ixa tomando con ansia el poco de manos de Sitti Máriam-. ¿Este vaso contiene mi felicidad y mi dicha? ... Habla, sultana ... Te escucho con impaciencia!

-Sí, ixa: ¡tu felicidad y tu dicha! ... Porque mañana cuando Muhámmad venga a buscar en tus brazos la ventura que con tu amor le ofreces, cuando sus labios sedientos de placer se acerquen a las copas donde el dorado vino se contiene., .

-;Comprendo! ... -interrumpió ixa con vehemencia-. Cuando venga a mis brazos enamorado, cuando a mis plantas invoque mi amor, cuando sus labios murmuren en mis oídos dulces y cariñosas frases, yo acercaré a ellos esta ponzoña, para que Isrâíl[11] separe su alma de su cuerpo ... ¿No es eso lo que deseas? ... ¡Oh! Nunca, sultana, nunca! Te equivocas!

Y rápida como el rayo, antes de que Sitti Máriam pudiera prevenir sus intenciones, arrojó con horror lejos de sí el pomo, que, roto en mil pedazos, manchó el pavimento con el venenoso líquido que contenía.

Sombrío fulgor brilló en los ojos de la sultana; sus facciones se contrajeron, sus manos se crisparon, y avanzando amenazadora hacia Âixa, que esperaba resuelta, asióla frenética de uno de sus desnudos brazos, y exclamó:

-¿Qué has hecho, miserable? ... Olvidas por ventura que te hallas en mi poder, y que a una mirada mía puedo hacerte pedazos? ... ¿Ignoras que es ya tarde para retroceder? ... Por Alá, que no vale tu vida, esclava, el precio de ese líquido que has derramado!

Y estallando en cólera, sacudió violentamente a la infeliz muchacha.

-;Tienes razón! -replicó ésta-. Estoy en tu poder:... Te has apoderado de mi cuerpo contra la santa ley de Alá, sin que yo pudiera precaverme ni evitarlo ... pero no eres

dueña de mi alma! ...

-¿Te niegas, pues, a obedecer mis órdenes?. .. -rugió fuera de sí Sitti Máriam-. Pues yo te juro por el Profeta,

que te has de arrepentir bien pronto!!

Era tan terrible el acento de aquella mujer al pronunciar estas palabras, que a pesar de su energía, ixa tuvo miedo; temblábale la voz de ira, y sus ojos, como dos puñales, permanecían clavados con feroz tenacidad en el semblante conmovido de la niña.

-¿Qué intentas?... -exclamó ésta con verdadero espanto.

-¡Qué intento! ... ¿Piensas, vil esclava, que cuando voy a recoger el fruto ambicionado de mis desvelos y de mi paciencia; cuando he preparado cuidadosamente el actual momento para asegurar mi venganza y el logro de mis deseos con ella, me ha de obligar a retroceder obstáculo tan despreciable como tu vida? ... Cuánto te engañas! ... Si el instrumento de mi venganza resiste a mi voluntad, yo sabré aniquilarle! ...

Y con salvaje furia esgrimió en sus manos contra Âixa la afilada hoja de una gumía[12] que había sacado como antes el pomo de entre sus ropas.

-Mátame si quieres -dijo la doncella-; sepulta en mi pecho ese puñal con que me amenazas ... Pero no exijas de mí cosa en que no puedo obedecerte ni exigiste tampoco al prometerme como recompensa la libertad de que me has privado ...

[11] El ángel de la muerte.
[12] Puñal corto, a manera de daga.

-La libertad! ... Sí, voy a darte la libertad! ... La libertad eterna!...

Veloz como el relámpago que con su lumbre cárdena rasgaba sin interrupción las tinieblas en aquella noche espantosa, cruzó por la mente de ixa salvador pensamiento sin duda, cuando aunque no amedrentada, arrojándose a las plantas de aquella mujer terrible,

-¡Perdón! ... ¡Perdón, en el nombre del Misericordioso! -gritó postrada en tierra.

-¿Perdón?... ¡Miserable! ... -dijo Sitti Máriam conteniéndose-. ¿Piensas conmoverme con tus súplicas? ... Sabes ya demasiado, y es muy tarde para que retroceda.. . ¡No hay perdón para ti! .. .

-Yo soy tu esclava, sí! Tu esclava! ... Manda, sultana, y serás obedecida! ... Haré cuanto dispongas, y seré muda como el sepulcro! -exclamó la enamorada del Príncipe de los muslimes, sintiendo ya en su pecho el frío del acero.

-Al fin te rindes! ... Por Alá, que málak-ul-maút[13] batía ya sobre tu cabeza sus alas de sombra! ... -dijo la sultana mirándola con desprecio-. ¡Así! ... ¡A mis plantas, miserable! -prosiguió-. ¡Ese es tu puesto! ...

Y sonriendo con malévola satisfacción, continuó al cabo de algunos instantes, durante los cuales, a través del fragor de la tormenta que rugía fuera espantosa, sólo se oyó los sollozos comprimidos de ixa, a quien aquella escena aniquilaba realmente:

-Escucha, esclava, y guarda religiosamente en tu memoria cuanto voy a decirte, porque los momentos son para ti solemnes y de tu fidelidad responde tu existencia! ... Mañana, ¿lo oyes? ... Mañana ha de morir en tus brazos el desvanecido Muhámmad, y han de ser tus manos mismas las que corten el hilo de su vida maldita! ... Si un solo momento vacilares en obedecer mis órdenes, como ahora; si la menor indicación tuya llegara hasta el Amir, y naciera en su alma la más leve sospecha, no serán ciertamente tus lágrimas ni tus lamentos los que salven la vida de ese engendro de Xaitán y la tuya! ... Pues en tu presencia sabrán mis gentes cumplir mi voluntad mejor que tú, y sobre su cuerpo ensangrentado, caerá después el tuyo! ... ¡Escoge!

Y sin detenerse a escuchar las últimas palabras que, anegada en llanto, sollozaba la infortunada niña, con gesto airado y ademán imponente, abrió la puerta de la disimulada alhenia, y por lo oscura galería desapareció como un espectro.

VIII

No bien se hubo perdido entre el rumor fragoroso de la tormenta el metálico ruido del resorte que cerraba la puerta de aquella secreta comunicación, alzóse Âixa del suelo, donde había como anonadada permanecido durante la pasada y terrible escena, y poseída de invencible espanto, dejóse caer desfallecida sobre las ricas almartabas del sofá, tantas veces testigo de sus alegrías.

-¿A qué oponerme -pensaba- a la voluntad irresistible de esa mujer funesta, si es como el huracán del desierto, que destruye y arrastra cuánto a su paso encuentra?.. . ¿Qué pueden mis súplicas, qué mi deseo, qué mi astucia y qué el amor que hierve en mis venas, cuando está decretada la muerte de Abdul'lâh? ... Pero no! ... No es posible que Aquel que rige el mundo, que vela por el más miserable de los insectos, y provee y satisface todas las necesidades de sus criaturas, permita crimen semejante! ... No mienten, no pueden mentir los buenos genios ... Y sin embargo: urge tomar cualquiera que sea una deter-

[13] El ángel de la muerte.

minación, pues cada hora que se pierde es un siglo en estos momentos! ...

Vencida por el dolor, aniquilado su espíritu por la lucha que acababa de sostener, al pálido resplandor de la lámpara que iluminaba la estancia, parecía la pobre joven aletargada, mientras con prodigiosa actividad su pensamiento recorría los limbos del pasado, evocando memorias sonrientes, que destrozaban su combatido corazón, como las olas del mar enfurecido destrozan los restos del bajel abandonado.

Consentir ella en las proposiciones de la sultana, ser sus manos las que acercasen aquella ponzoña activa a los labios del Príncipe, por quien estaba dispuesta a sacrificar su vida, era imposible ... Tan imposible como permanecer en la inacción, dejando de dar pronto conocimiento a Muhámmad de lo que ocurría ... Esperar la venida de la paloma mensajera de su amor, era acaso hacer irremediable el daño ... Huir de aquella casa, pedir amparo al Sultán, era abandonarle cobardemente y nada resolvía ... ¿Quién podría entonces conocer y penetrar los designios de Sitti Máriam?.. . ¿Quién los prevendría? ... ¿No había sido el mismo Amir quien había ordenado que permaneciese al lado de sus enemigos y fingiese doblegarse a ellos?.. . Si los genios que hasta entonces la habían protegido quisieran ayudarla! ... Alá es el refugio en todas las tribulaciones! Alá es el más misericordioso entre los misericordiosos, y no podía autorizar el cumplimiento de las amenazas de aquella mujer implacable!

En medio de su desesperación y de su abatimiento, sentía vibrar en los oídos Âixar con lúgubres acentos la voz de Sitti Máriam, y escritas con caracteres de sangre veían sus ojos sobre el labrado almocárabe de los muros, donde quiera que miraba, en todas partes, las fatídicas palabras de la sultana, que trastornaban su debilitado cerebro. Poco a poco, y tras larga pausa, durante la cual acudieron a él mil proyectos distintos, tan pronto surgidos como abandonados, fue apoderándose de la hermosa doncella extraño sopor invencible: la lámpara, como si una mano invisible hubiera extinguido su claridad misteriosa, pareció para ella sembrar de sombras tenebrosas el aposento: suspendieron la lluvia y el huracán su destemplada cantilena entre las celosías, y todo ruido apagóse a la par, no de otra forma que si la diestra omnipotente del Señor de ambos mundos hubiera por completo cesado de sostener los ejes sobre los que descansa el universo.

En aquel silencio, en aquel reposo repentino de la naturaleza, sintió Âixa cerrarse pesadamente sus párpados; falto a su pecho aire en la estancia para respirar, y tomando su cuerpo la rigidez de un cadáver, cayo desvanecida sobre las almartabas en que se hallaba reclinada.

Por sus venas parecía no circular la sangre, y el corazón, hasta entonces agitado, detuvo sus latidos.

Al cabo de algunos momentos, los ojos de la doncella se abrieron lentamente: su mirada, vaga e incierta, aparecía velada por extraño influjo, y en aquella inmovilidad, semejante a la de la muerte, descorriendo el manto de sombras en que todo se mostraba envuelto, vio de súbito surgir entre las nieblas del pavoroso libro del porvenir, el cuadro sonriente de la alegre comarca donde, felices y tranquilos, transcurrieron los dichosos días de su infancia.

El sol, regocijado y esplendoroso, derramaba sus ardientes bienhechores rayos sobre la campiña, que aparecía engalanada como para una fiesta: poblaba el aire el rumor apacible de la naturaleza agradecida, y los cielos sonreían de contento ... Allí, en medio de aquel edén se veía a sí propia, ataviada rica y lujosamente, como las mujeres dispuestas a recibir su prometido; como la inocente desposada que aguarda al hombre que ha hecho

Librodot

latir su corazón y que ha vertido sobre él el líquido inefable de todas las delicias, el bálsamo del amor, que colorea las mejillas de la joven, que da brillo intensísimo a su mirada y presta alientos a sus labios, más rojos que la amapola del valle.

Luego, allá en el lejano horizonte, envuelto en nube resplandeciente de oro, confusamente primero, pero después con claridad y fijeza, vio alzarse, risueño y cariñoso como siempre, al gallardo mancebo, Príncipe de los muslimes granadinos, al joven Abu Abdil'lâh Muhámmad, cubierto de finísimas telas de sírgo bordadas de mil colores y recamadas de brillantes pedrerías: en sus ojos ardientes se retrataba la pasión poderosa que ella había sabido inspirarle, y la dicha inundaba su rostro, bañándole en celestiales efluvios, que hacían resaltar la gallardía del Nasarí.

Llevaba en sus manos un laúd sonoroso, y de sus cuerdas arrancaba con diestras pulsaciones sentidas armonías, cuyo eco divino conmovía las fibras del corazón de la hermosa. Detúvose la visión ante ella, y toda trémula Âixa, sintió que a sus oídos llegaban, dulces como el suspiro de la brisa, apasionadas como un himno de amor, las palabras que su amante pronunciaba acompañándose con el laúd, pareciéndole escuchar, débilmente repetidos por el aura, los acentos de una casida melodiosa que brotaba suave y perezosamente de los labios del joven Príncipe:

"Sultana cariñosa
del alma mía,
cuyos labios son rosa,
miel y ambrosía,
flor delicada
del jardín delicioso
de mi Granada:

"Sal, perla de los mares,
luz de la aurora,
a escuchar los cantares
de quien te adora!
De quien ansía,
para verte, en naciendo
que muera el día!

"Sal, lucero brillante,
sueño encantado!
Sal, que te espera amante
tu enamorado!
Sal sin tardanza,
que mi pasión se aumenta
con la esperanza!"

Después, cuando el gallardo mancebo se disponía a comenzar enamorado la segunda parte sin duda de su amorosa canción, mientras ella le veía pulsar confiado y sonriente en armonioso preludio las cuerdas del laúd, miró con horror alzarse de entre las sombras misterioso personaje, en cuya diestra brillaba desnuda y amenazadora la gumía con que pocos momentos antes había a ella propia amenazado la sultana ...

Nervioso estremecimiento recorrió todo su cuerpo: sus ojos, asombrados, vieron en silencio levantarse el arma fatal sobre el pecho de su amado, sin que éste, tranquilo y sonriente siempre, pareciera percatarse de la presencia inopinada del misterioso personaje, ni hiciera movimiento alguno para esquivar el golpe.

Gritar quería en medio de su letargo Âixa para prevenir al mancebo, y en vano luchaba en su espíritu desesperada para apartar el arma mortífera, .. Al fin, entre angustias indecibles despertó sobresaltada.

Levantóse presa de terrible agitación, teniendo aún delante de sí el cuadro de horror que acababan de contemplar con estupor sus ojos; y, sin darse en realidad cuenta de sus actos, palpó trémula los muros de su aposento en pos de la visión que la perseguía, cayendo al postre y extenuada de nuevo sobre las almartabas del mismo sofá, con el corazón herido por crueles zozobras.

Al mismo tiempo, y cual si respondiese a algún conjuro, tornó a lucir para ella la lámpara de plata, que derramó a sus ojos templada luz sobre la esmaltada yesería del aposento y sobre los tapices persas que le decoraban, desterrando así las medrosas sombras que en el espíritu de Âixa lo habían invadido; breve instante permaneció la joven como deslumbrada por aquella claridad insólita que la volvía a la vida real, y se llevo ambas manos a los ojos.

Después, al apartarlas, su mirada, vaga e incierta, se detuvo como atraída por imán irresistible sobre el labrado estuco, y de entre las tracerías y las flores allí fingidas, donde quiera que tornaba la vista, vio destacarse enérgicos en pronunciado relieve e iluminados con mayor intensidad y viveza, los elegantes africanos caracteres de la siguiente leyenda que, con otras varias, resaltaba sobre el ataurique:

El auxilio de Alá y la victoria próxima.
Prosperidad continuada.

Su pecho entonces, agitado profundamente por lo horrible de la visión invocada, se dilato con fuerza: exhalaron sus labios un suspiro, y la sangre, detenida hasta aquel momento en los vasos del corazón, coloreó sus mejillas.

No era ya posible la duda. Como la vez primera, los buenos genios, emisarios misteriosos de Alá que vagan por el espacio para alentar a los mortales, habían respondido a las excitaciones de su pensamiento, y como entonces también, le anunciaban que la clemencia de Alá favorecía decididamente la causa de la justicia ... Triunfaría de las asechanzas de Sitti Máriam; la horrible visión que había contemplado presa de invencible espanto, quimérico ensueño era que no llegaría por fortuna a realizarse; pero, a pesar de todo, ¿de qué medíos podría valerse para hacer inútiles las tentativas crueles de la sultana? ... ¿Como evitar las contingencias que podrían surgir y surgirían sin duda de las amenazas de aquella furia, poniendo en peligro la vida de

Muhámmad?... ¡El medio! ... El medio, cuando tan manifiesta se declaraba la protección divina, se ofrecería él de por sí en la ocasión oportuna ... Y llena de salvadora confianza,

-¡Gracias! ¡Gracias! -exclamó cayendo de rodillas sobre el tapiz de terciopelo, mientras levantaba reconocida

a la altura las cruzadas manos y los ojos ... ¡Gracias sean dadas a Ti, el Creador de los cielos y de la tierra, el Señor del trono excelso! ¿Quién sino tú, da aliento con su mirada al que flaquea, luces al día y esperanzas al desesperado? ... ¿Quién sino Tú, ahuyenta las tinieblas de la noche y hace sonreír el día? ... ¿Quién sino Tú, eterno Alá, podría librar al justo de las iniquidades del malvado? ... ¡Alabado sea tu poder y ensalzado tu santo nombre por todas las criaturas, hasta la consumación de los siglos!

Tranquila ya, recobro la doncella su aspecto placentero: tornó la sonrisa a sus labios aún descoloridos, y en tanto que acomodaba las graciosas curvas de su cuerpo sobre la bordada seda del mullido sofá, procurando entregarse allí al descanso -las primeras luces del naciente día penetraban azuladas y lentas por las entrelazadas celosías del ajiméz, viniendo envueltas en las primeras ráfagas de la brisa matinal, húmeda todavía, e impregnada en el aroma penetrante de los campos.

En sus inmensas e infatigables alas, habíase el huracán de la pasada noche llevado prendidas las últimas nubes, y el cielo, despejado y sereno, se extendía diáfano por la inmensidad, halagado por las caricias del sol que aparecía por oriente cariñoso, y como deseando con sus sonrisas aumentar los beneficos de la pasada lluvia, que había absorbido con avidez la tierra llena de agradecimiento.

La mañana estaba fresca, y aunque en sutiles expansiones, el aura, que se reconciliaba con la naturaleza, agitando las copas de los árboles, aun no del todo despojados de su ropaje, amarillento ya y caduco, íntroducíase con entera libertad en el aposento donde Âíxa, en brazos de reparadores ensueños, gozaba del descanso que harto había menester su cuerpo, atormentado por tantas y tan punzantes emociones.

Mal cerrada la celosía, no pudo resistir sin embargo los embates reiterados de la brisa, la cual, como huyendo de la luz del sol y cual sí fuese zaguero residuo de la pasada tormenta, buscaba donde esconderse sin duda; y abriendo al fin una de las puertas de aquella, penetro de rebato en la estancia, recorrió sus labrados muros, deteniéndose en cada entalle de matizado estuco, giro en torno de la lámpara, agitándola asida a sus cadenas, contó los pliegues de los tapices, y vino por último a entretenerse en desordenar los rizos que caían sobre la frente de Âixa, despertándola con un beso glacial e insistente.

Incorporóse la doncella entumecida, y paseando en torno suyo la mirada, como si del mundo de los fantasmas hubiese descendido bruscamente al mundo real, alzóse del asiento, y corrió al ajirnéz, recreando los ojos con el espectáculo que ante ellos, desde allí, se ofrecía insinuante. Uniendo luego por misterioso enlace y singular encadenamiento lo pasado y lo presente, acudió a su memoria el espantable ensueño, desvanecido, y poseída de indefinible sentimiento, ya que no le era dado con los sentidos contemplar a su amante, ya que no le era posible correr a su lado, quiso a lo menos que el fatigado espíritu reposase en aquellos objetos para ella tan queridos, y subió precipitadamente a la azotea más alta de la casa, sin hacer caso de los dos esclavos que la servían y que halló solícitos en su camino.

Cuando desde tal punto, que por lo elevado semejaba el alminar de una mezquita, tendió la vista en torno por aquel hacinamiento de terrados que se dilataba a su vista, y distinguió a modo de profunda cortadura entre ellos, alineándoles, el cauce del Darro,

Librodot

cuyo rumor confuso llegaba hasta ella, y sobre aquella línea inacabable, vio al cabo las altas y rojizas torres de la Alhambra, como tronco y cabeza de la ciudad y asiento de los Sultanes naseritas, sintió dilatarse el pecho. le pareció que era libre y feliz, y un suspiro de satisfacción salió desde sus entrañas a sus labios.

Allí, frente a ella, levantaba esbelta sus contornos la colina roja, orgullosa de sustentar el maravilloso alcázar de los Jazrayíes, vestida siempre la recia armadura de ladrillos, piedras y argamasa que forman su encumbrada fortaleza, v accidentan con bellos salientes tonos los cubos del recinto que guarda y defiende la Alhambra soñadora, cuyos muros tapizan las sutiles creaciones de las hadas, y cuyos techos cuajaron los genios, cristalizando en ellos prodigiosamente la obra matizada de diestros alârifes.

Largo espacio permaneció en aquella actitud contemplativa la doncella, puestos los ojos en el enhiesto cerro de la Alhambra -hasta donde, semejante a la espuma de inmensa ola gigantesca, trepaba en irregulares ondulaciones el caserío-, y el alma toda entera dentro del recinto del fastuoso alcázar, del que solo la corona almenada de las cuadradas torres desde aquel punto se distinguía.

Bandadas de alegres pajarillos poblaban el espacio con sus gritos agudos, discurriendo por él con errante vagaroso vuelo, como si unas a otras se comunicaran aquellas aves su alegría al encontrarse después de la tormenta de la pasada noche, y bañarse en los dorados rayos del sol naciente que por los altos del Generalife aparecía, deteniéndose inquietas en los aleros de los tejados, saltando por las azoteas desiertas, y correteando por ellas sin temor en su regocijo. Ligeras y veloces cual saeta, las palomas se engolfaban en aquel océano de luz, y hendían bullidoras los aires en varias direcciones, recreándose en cruzar rápidas cien veces por el mismo sitio, abatiendo el vuelo de repente, y remontándose de nuevo en grupos caprichosos.

Aquel renacer de la vida, aquella expresión soberana de la libertad, despertó en Âixa sombríos pensamientos, y fijo al cabo su atención, dejando también ella volar inquieta la imaginación por los espacios, mientras seguían sus miradas el rumbo incierto de las aves, las cuales, desde el lugar en que la joven permanecía, simulaban girar sobre la Alhambra en círculos que se iban cada vez ensanchando más, hasta llegar a ella ...

Así le sorprendió en los aires un punto blanco, como copo de nieve, que brillaba a los reflejos del sol, y que, apartándose de las demás aves, caminaba en la dirección meridional en que se alzaba la casa ocupada por la joven. Vióle ésta crecer con rapidez inmensa agitando las alas, y al fin reconoció en él, palpitante de emoción la dulce mensajera de sus ansias amorosas, la cual en breve se detenía delante de ella sobre el antepecho en que la doncella se apoyaba.

Traía el ave, pendiente de una cinta verde, color en todas partes de la esperanza, una pequeña bolsa de terciopelo oscuro, bordado de oro, con el nombre del Sultán; y alzando en graciosa curva el cuello, inquieto y movedizo, mientras tomada descenso, dando a su cuerpo ondulaciones elegantes, clavaba con gravedad en Âixa los rojizos ojuelos, como si quisiera de esta suerte comunicarle las noticias de que era portadora.

Tendió la joven hacia ella la mano, y desatando ligera el cordoncillo que entre el blanco plumaje blandamente se sumergía, y del cual pendía el bolso, apoderóse de éste, encontrando dentro una hoja de lustroso y sonrosado papel, plegada en cuatro dobleces, y en la que el Príncipe de los muslimes había trazado con inseguro pulso algunas líneas, que devoró con avidez febril la doncella.

En aquel papel, Muhámmad enviaba a su amante sentidas quejas: inexplicable había

Librodot

sido para él cuanto la pasada noche leyó de misterioso en la actitud y en las palabras de Âixa, y con el corazón lleno de duelo, ahogado por la pena, que todo aquello, vago, incierto, inacostumbrado, le producía, dudando de sus propios ojos, sospechando hasta de sí mismo, al emprender el camino de la Alhambra, su alma era un caos donde se combatían sañudamente encontrados sentimientos.

Creyó que el amor de aquella mujer que le fascinaba era mentira, y que al faltarle, hasta le faltaba, iluso, el excelso Alá, como si fuera posible que la mano del Omnipotente se apartase de sus elegidos ... Sombrío, triste y agitado, en balde pidió al sueño descanso: parecíale que todo giraba en torno suyo, y que Izrâíl había separado su' cuerpo y su alma, arrojando éste a los horrores del yahánnam desde el sutil puente del assirât mientras aquél desaparecía en las húmedas negruras del sepulcro, donde se

apoderaban de él, para destrozarle todos cuantos seres bullen y se agitan en las entrañas de la tierra.

Horrible noche, en la que la voz atronadora de los elementos desencadenados, resonaba medrosa dentro de la estancia donde el Sultán se revolvía sobre los almohadones de su lecho, sin alcanzar sosiego, y en la que, más pavoroso aún, resonaba en su espíritu el estruendo de los dolores que le agobiaban; noche a que puso término la aurora, apareciendo sonrosada y fresca, de entre las blanquecinas nubes que desgarraba sonriente a su paso, borrando las huellas de la pasada tormenta, y empujando delante de sí al abismo las tinieblas en revueltos atropellados torbellinos.

Alzándose del lecho, si hubiera seguido el consejo de su pasión, Muhámmad habría volado a los brazos de Âixa, para convencerse de que todas sus penas eran quiméricas fantasías, interrogarla libremente, y recobrar la tranquilidad perdida; pero sobreponiéndose a los deseos que le espoleaban, aunque sin renunciar a su primera idea de pedir a la joven explicación de sus misterios -el Príncipe con ardorosa mano escribió sobre el papel cuanto sentía, y con asombro de sus esclavos y servidores, corrió él mismo en busca del ave feliz que debía ser portadora de sus ansias, y había tantas veces ya cruzado el camino que separaba el alcázar de los Nâsiríes de la morada de la niña.

Asomado a uno de los rasgados ajimeces de la Torre de Comárex, por la parte del mediodía, contempló afanoso los giros que la paloma describió primero en los aires al ser lanzada por la mano del Amir, viéndola palpitante de emoción hender como una flecha el espacio en la dirección en que confusamente y a la margen derecha del Darro, se distinguía el caserío de aquel barrio de la ciudad, que comenzaba a despertarse.

-Oh, dichosa avecilla, a quien Alá ha concedido clemente el poder de que ha privado al hombre! Bate, bate tus alas, blancas como el alma pura de mi amada, y llévale mi corazón, llévale mi vida, llévale mi pensamiento: que todo cuanto hay en mí es suyo! Dile cuánto sufro sin verla, sin escuchar su voz, tan suave como el susurro del viento entre las ramas de su jardín, y tan dulce como su mirada, donde todas mis alegrías se compendian! ... Dile, por Alá, cuân inmensa es mi pena, cuán grande mi inquietud, cuán profundo mi quebranto, y que una palabra suya escrita, así cual basta un rayo del sol muchas veces para calmar la tormenta, y una mirada del Omnipotente para enfrenar las olas del mar encrespado y revuelto, bastará para calmar mi angustia y mi zozobra! ...

Mientras contaba el Sultán con ardorosa impaciencia los instantes, y pretendía desde el ajiméz penetrar con sus ojos la distancia -leía y releía Âixa entre lágrimas el tierno mensaje del Príncipe, comprendiendo por la emoción que la poseía la de su enamorado en aquellos momentos y en la pasada noche. Llevando consigo la inocente emisaria, a la que

Librodot

colmaba de caricias sobre su pecho, encerróse con ella en el aposento que le estaba reservado, y allí, sobre otra hoja de papel, dejó correr el calám, y con apasionado lenguaje satisfizo las dudas, las inquietudes y las ansias de su amante, declarándole cuanto había entre ella y Sitti Máriam acaecido, y los funestos designios de aquella mujer que perseguía sin tregua ni respiro la muerte del Amir de los muslimes.

Selló con un beso de sus rojizos labios el billete, y después de doblarlo, colocólo en el bolso, que sujetó de nuevo al cuello de la paloma, y volviendo a la azotea, lanzóla en dirección de la Alhambra.

Pero al mismo tiempo, sintió sobre sus hombros la presión de una mano, y volvió los ojos con extrañeza.

Delante de ella, majestuosa, como siempre, airada y aún más ceñuda que de ordinario, se hallaba la sultana Sitti Máriam, contemplándola con sardónica sonrisa, y señalando el punto del espacio por donde se había lanzado la paloma, la cual era detenida en su carrera por una flecha disparada con tal acierto, que el animal, herido, caía como

un copo de nieve desde la altura, girando vertiginosamente sobre sí mismo.

-Imbécil!... -exclamó la sultana con desprecio¿Creías por ventura que eran vanas mis amenazas, y que podrías burlarme fácilmente? ... Ya lo ves! ... Mientras esa inocente avecilla fue sólo mensajera de tus protestas de amor, nada hice contra ella; pero hoy que conoces mi secreto, hoy que contraviniendo desvanecida mis órdenes tratas de oponerte a mi voluntad, entregando al aire lo que debe permanecer para todos oculto, ya lo ves, tú misma le has ocasionado la muerte ...

Atónita la joven y muda de sorpresa, no halló palabra que responder, comprendiendo la gravedad de la situación y su impotencia en aquellos momentos.

Lívida, trémula a la par de espanto y de coraje, con la mirada en el suelo y el corazón acongojado, ni lágrimas halló Âixa en sus ojos, como no había encontrado palabras en su lengua para contestar a aquella mujer, que así la atormentaba.

-Es inútil, por Alá, cuanto intentares... -prosiguió ésta-. Y si no fuese por que necesito de ti, como instrumento de mi venganza, no sería, yo te lo juro, tu suerte distinta de la de ese animal sacrificado por tu rebelde desobediencia ... ¿Cuándo habrás de convencerte de que te hallas en mis redes presa, de que mi voluntad es tu única ley, y de que todo ante ella se doblega y cede? ... Resígnate, esclava miserable, y no pretendas luchar conmigo, pues te haré en mis manos pedazos sin compasión alguna!

Y antes de que la joven volviera de su asombro, volvíale ella desdeñosamente las espaldas, y abandonaba la azotea, dejando a Âixa sumida en un mar de confusiones y de inquietudes, del cual venían a sacarla poco rato después dos de los servidores de la sultana a quienes debía aquella seguir por orden de ésta.

IX

Cuán perecederas y miserables, dice el poeta, son las cosas de la vida, y qué instable es la fortuna para los humanos! Sólo Alá es eterno, y sólo Él es Inmutable!...

Pero "así como ha concedido sus beneficos en lo pasado, los concederá clemente en lo que está por venir" a sus elegidos!

Tal pensaba el Sultán en su impaciencia, esperando el regreso de su alada emisaria. Tal pensaba consumido por ardiente afán, y dominado por honda preocupación invencible, mientras el tiempo, lento y majestuoso, como símbolo de la eternidad divina; discurría impasible, sin que los ojos del Amir, entre las avecillas que surcaban de todas partes el espacio, distinguieran el sosegado y rápido vuelo de aquella a quien había confiado su corazón, y de quien aguardaba como las plantas el rocío bienhechor de la mañana, palabras de esperanza y de consuelo!

Cercana estaba ya la hora de addúhur[14] , y todavía el Príncipe continuaba en su puesto. El sol, penetrando por entre los calados de los arcos que dan paso al Patio de la Alberca en el alcázar, llegaba casi hasta los pies del Príncipe para saludarle risueño; bullía la multitud en la calle que aprisiona con su pretil el Darro paralelamente a la colina roja, y del frontero Albaicín y de la ciudad, llevaba el aire hasta los oídos del joven el eco de mil rumores que denunciaban la vida de una población tan importante como lo era la celebrada corte de los Jazrayíes.

Juzgándose la más infeliz de las criaturas, Abdul'lâh, lleno de despecho, herido profundamente en su amor propio, y perdidas las esperanzas, dejóse ganar por la cólera ante aquel inexplicable silencio.

¿Cómo dudar ante la evidencia?... Como todas las mujeres, más que ellas aún, Aixa había jugado con su corazón para burlarse después sangrientamente! Aquellas palabras impregnadas de celestial encanto, y que resonaban tan dulcemente en el corazón de Muhámmad, eran falsas!... Bien había dicho el Profeta (Alá le bendiga!): "Oh hombres! Pensad que sólo las promesas de Alá son ciertas!... No os dejéis seducir por los halagos del mundo!..." Su presencia en el Serrallo; aquella madre en cuya busca había impetrado el auxilio del Sultán; la aventura misteriosa del jardín; la pasión de que decía sentirse inflamada por el Príncipe... todo mentira!... Todo engaño!... Todo sugestiones infernales de la protervia y de la ambición inicua de Sitti Máriam! Todo urdido para perderle y causar su muerte, sin duda alguna!... Como un ensueño agradable, como una fantasía que seduce por un momento el corazón y lo inunda de alegría, cual si procediese del alto Alá, cuando procede de las sugestiones del demonio, quedaría para él el recuerdo de aquella mujer en cuyas palabras había neciamente confiado, y que sólo ambicionaba, quizá por vil metálica recompensa, alejarle del camino derecho para conducirle luego a alguna siniestra emboscada, donde sus enemigos le harían perder la existencia...

Fuera toda vacilación... Indigno sería de un hombre de espíritu, y sobre todo de aquel a quien la mano del Todopoderoso había colocado como cabeza y guía de los fieles musulmanes en Granada, el dejarse ganar por seducciones de tal especie ... La misericordia de Alá era inmensa, y ella haría que se desvaneciese de su imaginación exaltada aquel fantasma, y se borrasen de su corazón para siempre aquellos dulces sentimientos que habían sido su único deleite durante un tiempo, tan leve antes, tal largo ahora, que tocaba las amarguras del desengaño!

Así pensaba el joven Abdul'lâh en su despecho, apartándose violentamente del ajiméz y decidido a olvidar para siempre a aquella cuyas angustias y cuyos dolores no había pentrado. En balde fué, no obstante, que pretendiese escuchando a sus visires en el consejo distraer su espíritu con los arduos negocios del reino: su atención, como reprochándole, estaba siempre fija en la misma idea, que, tenazmente aferrada, no le

[14] El mediodía.

Librodot

permitía momento de reposo.

Porque ¿y si después de todo se engañaba?... ¿Y si era verdad el amor que Aixa le había jurado?... ¿No se había convencido, por las informaciones del cadhí, de que la aventura de aquella noche en que fué herida la joven, no había sido preparada por ella? ¿No podía la sultana Sitti Máriam haber sorprendido su billete?... Sí: eso debía ser. Aquel rostro angelical, no era el rostro de una aventurera, y no mentía; no mentían aquellos labios tan puros... Alguna causa superior, por él desconocida, era sin duda lo que había impedido que Aixa contestase a su billete... Acaso la paloma se habría extraviado... Quizás, si Sitti Máriam la había sorprendido, hubiese cruel y sanguinariamente cumplido sus amenazas para con la doncella... Pero sólo Alá, el sabio, el conocedor de todas las cosas, era quien únicamente podía saberlo...

Cortando la palabra a uno de sus visires, se levantó febril en el consejo y despidió a sus ministros, quienes no acertaban a explicarse en su señor (¡Alá le haya perdonado') aquellas genialidades desconocidas.

Mandó después buscar al arraís de sus guardias, en quien tenía singular confianza, así como también al kâtib, y con ellos, devorado por la impaciencia, se dirigió a la casa de su amante.

¡Como le palpitaba el corazón al aproximarse! Al cruzar el Darro por el puente que unía la colina roja con la ciudad, vio a muchos vecinos del barrio de la Rambla ocupados en la tarea de desalojar de sus moradas el agua que las había inundado por la noche y durante las primeras horas de aquel día; pero no se detuvo, y dejando atrás impaciente a sus dos servidores que caminaban en pos de él en silencio, y a buen paso, llegó por fin delante de aquel portón, que tantas veces se había para él abierto, como se abren las puertas del paraíso para aquellos de quienes Alá no se ha separado, y han seguido en vida el camino derecho de su salvación eterna!

¡Ay de la sultana, se había osado tocar a un solo cabello

de Âixa! ... En su poder tenía el Príncipe desde su advenimiento al trono, al príncipe Ismaîl, hijo de Sitti Máriam,

y hermano suyo por consecuencia. No sin motivo le había hecho habitar la Torre, a que después dieron nombre los nasâríes de Torre de las Damas[15]; tomaría represalias en el joven, y de esta manera la sultana no tendría más remedio que devolverle la mujer a quien adoraba.

Mientras tanto, el portón se abría, y por él impetuosamente se lanzaba Muhámmad, seguido de Abd-ul-Málik y de Ibn-ul-Jatib, que habían logrado incorporársele.

Sin detenerse un punto, cruzó el jardín y subió las escaleras que al aposento de Âixa conducían; reconoció frenético el edificio de todos lados; pero en balde: todo estaba desierto. Hizo llamar al portero, personaje en quien hasta aquel momento no se había fijado nunca; pero era mudo de nacimiento, y no pudo por consiguiente obtener de él noticia alguna. Tornó frenético a sus pesquisas, ya desesperado; y al propio tiempo que el kâtib le presentaba el cuerpo ensangrentado de la paloma, hallado en uno de los rincones del jardín, el Príncipe por su parte descubría una arquilla de marfil, peregrinamente labrada, donde en lugar de la alheña, del cohol y de los perfumes que en ella debía haber

[15] "Venido al solio Muhámmad, destinó un palacio, cercano a las reales habitaciones, magníficamente adornado y dotado de toda clase de comodidades, a los usos de su hermano Ismaîl, que era hijo de su padre y su madrastra" (Ibn-ul-Jatib en su Ihata, apud Casiri, Bib. escurialense arábigo-hispana, t. II, pág. 314).

guardado Âixa, encontraba todos los billetes que por conducto del ave mensajera había él enviado todas las tardes a la joven.

Entre ellos, arrugado, estaba también el último, que ésta había tenido tiempo de ocultar en aquel sitio.

Entonces el Amir lo comprendió todo, reconociendo la mano de su madrastra Sitti Máriam; entonces comprendió la injusticia con que había sospechado de Âixa, y la causa de su silencio ... Oh! Si en lugar de la desconfianza que le había ganado aquella mañana, hubiese seguido el primer impulso de su corazón, corriendo entonces al lado de la joven!...

Tenía aún el ave, y a fría, pendiente del cuello el bolso de terciopelo, y para el Príncipe era indudable que la sultana se había apoderado del billete con que Âixa contestaba al suyo.

Poseído de mortal desesperación, y conociendo la mano que le hería, juró Muhámmad tomar venganza de sus enemigos implacables; y en tanto que daba orden a Abd-ulMálik para que permaneciese en aquel sitio, con el alma destrozada y respirando odio hacia los que le arrebataban su ventura, tornó a su alcázar de la Alhambra.

Allí, hacía ir a su presencia al prefecto de policía, comunicándole la resolución que había adoptado, al propio tiempo que encargaba al mexuár, ejecutor de sus justicias,

que apoderándose del príncipe Ismaîl y de su hermano Qais, los redujese a prisión en una de las torres del Alhisán, que se extendía a la parte de poniente del alcázar.

En los momentos mismos en que el Sultán, juzgándose juguete de las supuestas veleidades de Âixa, se apartaba del ajiméz desde donde le había mandado su último mensaje; cuando, muda de espanto y de sorpresa la niña veía de improviso surgir ante ella a la Sultana, caer la paloma herida por los sicarios de ésta, y desaparecer desdeñosa a Sitti Máriam de la azotea, después de haber llenado su alma de desconsuelo, apenas si la pobre niña tuvo alientos para darse cuenta de lo ocurrido, y volver vacilante a su aposento.

Sumida en tristes cavilaciones, y siniestramente impresionada, en vano pidió lágrimas a sus ojos, los cuales, secos y ardientes, giraban en sus órbitas; en balde trató de reunir sus pensamientos, y de invocar la protección de los genios invisibles. Derribada sobre los almohadones de un sofá, si tuvo tiempo para ocultar el billete de su amado en la arquilla donde depositados guardaba cuantos de él había recibido, no lo tuvo para tomar determinación alguna, después de que Sitti Máriam había descubierto el medio por el cual se comunicaba con el Príncipe, y se había apoderado del escrito en que ella daba a Muhámmad conocimiento de la trama infernal de la sultana.

Poco después de haberse encerrado en aquella estancia, aparecían en ella dos hombres desconocidos, los cuales, sin que la joven pudiera ofrecer aniquilada resistencia alguna, se apoderaban de su persona por la fuerza, y utilizando el camino secreto de la alhenia, conducíanla por orden de Sitti Máriam a un aposento subterráneo y húmedo. donde la abandonaban casi sin sentido, cerrando antes cuidadosamente la puerta.

…….

Era ya esa hora incierta de la tarde en que las sombras, avanzando cada vez más intensas, disputan su imperio al día moribundo, hora indecisa, sin color ni vida, que difunde melancolía singular e indefinible en el espíritu, y en que, como las imágenes de un sueño, todo va poco a poco borrándose y perdiéndose entre las cenicientas oleadas

precursoras de la noche.

De vez en cuando, e interrumpiendo el silencio respetuoso y lleno de majestad del crepúsculo, acompasadas, lánguidas y como un lamento, resonaban en los aires las voces del muedzín, convocando desde la cima del levantado alminar de las mezquitas a los fieles para el assaláh de almágrib cuya ora era; y el adán[16], repetido en todos los tonos, parecía la oración verdadera elevada por la población en masa a los pies del trono del Omnipotente.

Las calles de la ciudad iban poco a poco quedando desiertas yen silencio, destacando a modo de manchas negras los escasos transeúntes sobre los enlucidos muros de las casas.

A la falda del Albaicín, en una de las miserables y estrechas callejuelas que van a morir al Darro, como resto de antigua fortificación, ya abandonada, conservábase aislado y enhiesto aún, denegrido torreón cuadrangular, desmochado y en ruinas, que parecía próximo a derrumbarse bajo su propia pesadumbre. Crecían entre la argamasa de sus muros las parietarias; y el jaramago tomando triunfante posesión de aquel despojo de las edades, coronábale orgulloso de exuberantes penachos, que le daban aspecto pintoresco. Morada de nocturnas aves, nadie habría seguramente sospechado que allí ninguna criatura humana se albergase; mas cuentan las historias, que por los escombros de aquel resto deforme, vagaba el espíritu infernal, asegurando que por entre las muchas grietas de los carcomidos muros, y por las estrechas saeteras de los mismos, solía verse por la noche, en pos de inciertas claridades, salir espesas y negruzcas humaredas de olor acre y nauseabundo, que apartaban las gentes del contorno.

Daba el vulgo al torreón nombre de Torre de Axxaitán, y con efecto, en el recinto estrecho de la misma, sentado sobre un pequeño taburete de cuero de Fez, y apoyada en ambas manos la cabeza, que cubría una toca de seda bastante usada, a la tenue claridad de un candil colgado de las grietas del muro, hubiera podido la noche indicada verse un hombre de avanzada edad y aspecto repugnante, sumido en grave y profunda meditación delante de un tablero sobre el cual se hallaban dibujadas varias y cabalísticas figuras.

De rostro moreno y facciones huesosas y pronunciadas, formaba singular contraste la blancura de su luenga y revuelta barba con lo oscuro del miserable traje que vestía, no pareciendo, en medio de aquella estancia, rodeado de sombras, y cercado de retortas y otros utensilios esparcidos sin orden por el suelo, sino maléfica visión o espectro, más que persona humana. Abandonado encima del tablero, veíase un compás mohoso de hierro; y en medio de su abstracción, aquel ser extraño pronunciaba de tiempo en tiempo frases entrecortadas e ininteligibles, como un conjuro.

La débil luz del candil, rojiza y oleosa, derramábase oscilante y sombría por los muros del mezquino aposento, dando fantásticos relieves a las excrescencias desordenadas e irregulares de los mismos, las cuales proyectaban confusamente siniestras sombras, de intensidad y de figura distintas a cada bocanada de viento que penetraba del exterior por los mechinales y las estrechas saeteras, fingiendo formas extravagantes, y descubriendo de vez en cuando singular mezcla de signos y cartones extraños, alimañas y pergaminos, que llenaban por todas partes las paredes.

En uno de los rincones de la estancia, blanqúeda a intervalos sobre el negro fondo de aquellos, con horrible expresión, la descarnada osamenta de un esqueleto; y a su lado

[16] Pregón exterior que se hace a los cuatro vientos desde la torre de las mezquitas, llamando a la oración, el saláh de almágrib tiene efecto a la puesta del sol, y no cuenta sino una sola hora.

Librodot

sobresalía cierta especie de tarima de aliceres, ahumada y medio derrúída, sobre la cual, y al fuego activo de las brasas, hervían diversas vasijas y retortas, arrojando en espirales sofocante y denso humo, que difundía en torno singular ambiente.

Al cabo de largo espacio de silencio, interrumpió tablero

mi serable anciano sus meditaciones; y dejando

el compás que había tomado nuevamente entre sus manos, alzóse con lentitud de su asiento y se dirigió con tardo paso a la tarima de azulejos.

-¡Eso es! -exclamó contemplando con deleite una de las vasijas-. Nada hay imposible para Xaitán como no hay para él nada oculto en las entrañas de las criaturas...

Y tomando otra vez asiento en el taburete, tornó a sus meditaciones, trazando líneas y midiendo ángulos en el tablero de que había vuelto a apoderarse.

-Sí, eso es -decía a cada línea que trazaba sobre la arena con nerviosa mano-. ¡Eso es!... No logrará ahora ese maldito engendro libertarse, y como su padre, caerá también cuando menos lo espere y lo presuma, quedando así cumplida mi venganza! Su figura se desvanece apenas señalada, y su nombre aborrecido no deja huella alguna ... ¡El momento está cercano!

Sumióse en pos en profundo silencio, sin dejar de seguir sus trazas preocupado, cuando interrumpiéndole a deshora, resonó en la estancia metálico ruído, a cuyas vibraciones se levantó del taburete, con más celeridad de la que podía esperarse de los años que aparentaba.

-Ya está aquí -dijo-; y con efecto, breve tiempo después, y sin que al parecer hubiera en aquel recinto pavoroso entrada, al dudoso fulgor del candil, dibujóse en uno de los lados de la torre el bulto oscuro de una persona, completamente oculta entre los pliegues del ropón que la envolvía.

Avanzó en silencio al medio del aposento; y desembarazándose allí del solhám, apartó a un lado con rápido ademán el velo que encubría su rostro exclamando al mismo tiempo:

-Ciertamente, Abu-x-Xakal, que no esperarías mi visita ni a esta hora ni en este sitio.

-Te equivocas, sultana -respondió el miserable-. Para mí nada hay oculto, y ha rato que te espero, porque sabía que habías de venir.

-Luego ¿sabes también... -replicó Sitti Máriam, porque ella era-, sabes ya que nuestra empresa ha fracasado?...

-No lo ignoro, sultana. No hay para mí secretos en la tierra -dijo el anciano.

-¡Oh! Es preciso concluir... ¡Sí!... ¡Es necesario que ese hombre perezca!... Si tus brazos no vacilaran y fuesen todavía fuertes como en otro tiempo... ¡Pero es inútil!...

-Bien sabes, Sitti Máriam, que si no titubeé un solo momento en ejecutar tus órdenes, exponiéndome a una muerte cierta por satisfacer nuestra venganza, tampoco, siendo necesario, vacilaría hoy en librarte de ese mancebo, a quien persigue nuestro odio. Pero no es aún preciso. Conviene antes apurar los recursos de mi ciencia, y ellos, así como han logrado hasta aquí nuestros deseos, acaso mejor que mi gumía, sabrán desembarazarnos a tiempo de nuestros enemigos.

-¡Alá te oiga! -exclamó Sitti Máriam-. Pero mejor mil veces que tus filtros fue tu mano certera, cuando cayó a tus golpes Iúsuf, el enemigo de nuestra dicha, el padre de Muhámmad... ¡Maldígale Alá! ... ¿Por que vacilas, cuando tan cercano es el momento de que se colmen tus esperanzas? ¿No estás aún satisfecho? O ¿quieres todavía prolongar esta vida miserable, que arrastras desde la muerte de Abu-l-Hayyây? Si nuestro hijo Ismaîl ocupase el trono de Granada, ¿que más podrías apetecer teniendo el amor de Sitti

Librodot

Máriam, que no te olvida?

-¡Calla, sultana, calla!... -murmuró Abu-x-Xakar-. ¡Aún no ha sonado la hora de la venganza! Cuando la implacable fortuna te arrancó de mis brazos, para llevarte a los del padre de Abdul'lâh, jure exterminar la raza de los tiranos, y no olvides que se cumplir mi palabra. Podrán pasar los años, encanecer mi barba, flaquear mi cuerpo; pero lo que siempre subsistirá en el fondo de mi corazón, será el odio jurado a los Alahmares. Vive, pues, tranquila, que yo velo por ambos.

-Entre tanto -prosiguió después de algunos momentos de silencio, encaminándose hacia la tarima de azulejos donde hervían las vasijas allí colocadas, aquí tienes la ponzoña que ha de poner termino a nuestra obra... ¡Oh! ¡No hay miedo de que escape, porque no existe sustancia que altere este veneno, una de cuyas gotas bastaría para que en un instante pasase el assirât[17] quien lo probara!

Y el anciano sonreía, mientras apartaba del fuego una de aquellas vasijas, y con el mayor cuidado removía el líquido contenido en ella.

Breves momentos duró esta operación, y al postre, valiéndose de un extraño aparato, del fondo de la vasija mencionada extrajo una hermosa fruta, que no parecía sino arrancada en aquel instante del árbol.

-;He aquí nuestro vengador! -dijo, avanzando hacia la sultana, quien atentamente había contemplado los movimientos del anciano.

-;Quiéralo Xaitán el apedreado! -exclamó aquella.

-No lo dudes, Sitti Máriam -replicó su cómplice, envolviendo cuidadosamente la hermosa fruta en un trozo de perfumado alhame-. Pero no te descuides -prosiguió mudando de tono-; la noche avanza, y es preciso que el nuevo sol salude, al levantarse, la obra de nuestro odio.

-Tienes razón -dijo la sultana-. Es preciso que el nuevo sol sea testigo de nuestro triunfo, y que nuestros desvelos alcancen el termino apetecido!... Pero es para ello necesario que me ayudes: que contribuyas con tu esfuerzo a que nuestros afanes y nuestras esperanzas se cumplan, y que esa despreciable criatura en cuyas manos

está la satisfacción de nuestros designios, se someta también a ellos dócilmente...

-No temas -replicó Abu-x-Xakar sonriendo de un modo repugnante-. Nada pueden sus artes conmigo, y ella misma caerá en la red que cree prepararnos... ¡Oh! Conozco sus intentos ... Sé que trata de hacer traición a tus mandatos; pero no me inquietan por manera alguna sus maquinaciones, de que ha de ser víctima a pesar suyo... ¿Cree Âixa, por ventura, que habré de retroceder, cuando llevo andado ya casi el camino?... ¿Crees tú misma, que no ambiciono salir de este recinto en que me ahogo, y recoger el fruto de mi venganza?... Cuán engañada vives si otra cosa has pensado, sultana! Si mi cuerpo ha envejecido, si surcan mi faz acusadoras del tiempo las arrugas, si mi barba es blanca cual la nieve del Yabal-ux-Xulair, habrás de verme el día del triunfo como en aquellos días felices en que, ajenos al peligro que nos amenazaba, gozábamos juntos y olvidados las delicias del paraíso... Volverán, sí, volverán aquellos días! Recobrará mi tez la juvenil tersura, mis ojos el brillo atenuado, mi cuerpo la fortaleza perdida, y mientras el genio que me protege no me abandone, viviré siempre joven a tu lado! Ya verás, ya verás, Sitti Máriam: tú misma, que aún conservas por mis filtros y mis esencias prodigiosas los

[17] Puente largo y estrecho como un cabello, colocado sobre el fierno. Y por el cual habrán de pasar los buenos y los malos; s unos para ir al cielo, y los otros al infierno.

encantos de tu hermosura, te sentirás renacer a nueva vida: discurrirá por tus venas y por las mías la sangre hirviente de la juventud pasada, y la mano de málak-ul-maút será imponente para nosotros, sonriéndonos eterna primavera!

-No retardes -prosiguió-, ese feliz momento, y pues la suerte nos favorece y ayuda, acabemos de una vez!

-Que Tâgút nos proteja! -exclamó estremeciéndose de emoción Sitti Máriam al escuchar las palabras del anciano-. El día en que tus promesas se realicen, el día en que mis sueños se cumplan, y esa perpetua primavera nos sonría, ¿qué habrá de importarnos ninguna de las delicias del paraíso, si todas juntas habremos de gozarlas eternamente? Y mientras ocultaba entre sus ropas la envenenada fruta, y echaba sobre sus hombros el solham, volviendo a cubrirse el rostro con el alharime, dirigía a Abu-s-Xakar provocativa sonrisa, quizás pensando en lo lisonjero del porvenir que a sus ojos presentaba lleno de halagos el miserable siervo del infierno.

Poco después, desaparecía en las sombras; y entregándose de nuevo a sus maleficios, dejábase caer el viejo sobre el taburete, bajo el vacilante fulgor que arrojaba el candil en aquella medrosa estancia.

X

En tanto que Âixa, presa de mortal zozobra y dominada por extraños presentimientos al darse cuenta de su situación, se había a su inquietud abandonado sin reserva dentro del lóbrego aposento a donde fue por las gentes de la sultana conducida, invocando fervorosa la protección de Alá el Omnipotente y el auxilio de los buenos genios, la noticia del arresto del príncipe Ismaîl, como torbellino desenfrenado del huracán deshecho, corría por Granada, y caía sobre el Alcâzar de Saîd cual rugiente exhalación, produciendo singular estrago, y llevando consigo la desesperación y el pánico, en medio del asombro que ocasionaba.

El Sultán había aquella vez ganado por la mano a sus enemigos, y tal muestra de energía inesperada, era segura señal y como presagio de más graves medidas. Hacíase pues preciso por consiguiente acudir a la defensa y procurar desarmarle y adormecerle, a fin de que el golpe, con tanta habilidad preparado, le hiriese cuando aún no hubiera tenido tiempo de pararlo. Para el triunfo de las tenebrosas intrigas que Sitti Máriam urdía en secreto, la persona de aquel niño, a quien hasta entonces había mirado Abdul'lâh con fraternal afecto, era de todo punto indispensable; y urgía, antes que nada, no ya sacarle solamente de la prisión, sino del poder del Amir, que en el tendría siempre un arma, para esgrimirla con éxito contra las ambiciones de su madrastra.

Dado lo excepcional de las circunstancias, no se ofrecía sino un medio a fin de conseguir el primer objeto, y la sultana, careciendo del derecho de elección, no vaciló un instante: la libertad de Âixa, y la vida del joven, respondían con efecto de la libertad y de la vida de Ismaîl; por esta causa pues, cuando de regreso de su visita a Abu-x-Xakar, Abu-Saîd daba conocimiento a Sitti Máriam de la medida tomada para con su hijo por el Sultán, sin detenerse un punto, y comprendiendo desde el primer momento de dónde

partía y a dónde iba encaminado el golpe, resolvíase a volver a Granada, cuyas puertas no habían sido cerradas todavía, y utilizando siempre la comunicación secreta, hacía personalmente poner en libertad a Âixa, mandando que fuera conducida a la casa por donde tenía entrada el subterráneo, y cuya humilde apariencia, por el lugar en que se alzaba, ya a la otra orilla del Darro, no podía infundir sospecha a nadie.

Así que la joven se halló en presencia de la sultana, sin darle esta tiempo a hablar, colocó delante de ella sobre una mesilla una hoja de papel, y alargándole el cálam, exclamó con acento breve e imperioso, que no admitía réplica:

-¡Escribe!

-¿Que quieres y a quién quieres que escriba, cuando apenas se trazar el santo nombre del Omnipotente?... -preguntó la niña.

;-No importa: es preciso que el Sultán reciba esta misma noche el billete que voy a dictarte, como ha recibido ya otros tuyos, y que ignore siempre lo que hoy ha sucedido... Tú te encargarás de fraguar a tu antojo la historia que mejor te parezca para explicarle la. muerte de la paloma y tu desaparición, y cuenta tuya será tranquilizarle... ¡Escribe pues!

Acomodóse sin voluntad para resistir la joven en el almohadón que había inmediato a la mesa, y tomando el cálam que Sitti Máriam le ofrecía, a la luz escasa del candil de cobre que ardía oleoso, se preparó a obedecer, diciendo:

-Comienza.

Breve fue el billete: Âixa en el citaba a Muhámmad para la siguiente noche.

Cuando hubo terminado, entrego a la sultana el escrito, y alzándose de su asiento, muda, con pasividad extraña, aguardo a que aquella mujer dispusiese de ella.

-Volverás de nuevo a tu morada -dijo la madre de Ismaîl- pero no olvides que la menor indiscreción que cometas, será causa de tu muerte. Mañana, antes de la hora en que ese maldito que se dice Príncipe de los muslimes en Granada, venga a tus brazos, mañana volveremos a vernos... Nada de resistencia a mis mandatos, nada de oposición a mi voluntad; porque de todos modos está escrito que Abdul'lâh ha de morir, y a pesar de tus esfuerzos, se cumplirá su suerte.

Bajo Âixa la cabeza en silencio, y comprendiendo que era en vano tratar de conmover aquel corazón de roca, dio dos pasos hacia la puerta del aposento, donde aparecieron los servidores de Sitti Máriam que hasta allí la habían conducido, y que acompañándola a través de las desiertas calles de la ciudad, cruzaron el río por uno de los puentes que sobre el se tienden, y penetraron con ella en la morada donde tantas penas y tantas alegrías había al propio tiempo experimentado.

Allí, en cumplimiento de las órdenes del Sultán, encontraba a Abd-ul-Málik, el arraís de la guardia personal del Príncipe, quien desde por la tarde permanecía en su puesto, y quien al reconocer a Âixa, apresurábase después de cumplimentarla, a dirigirse al alcázar de los Bani Nassâres, comprendiendo la inquietud en que el Amir estaría, y el placer que habría de proporcionarle con nueva tan de su agrado como lisonjera, mientras Âixa se recogía en su aposento, extenuada y triste, y convencida de que no era posible para ella luchar con la sultana.

Bien hubiera querido Abdul'lâh, a cuyas manos hacía poco había llegado la misiva de la joven, correr al lado de ésta en su impaciencia, mucho más aún, cuando el arraís le daba la noticia del regreso de Âixa; pero cediendo a los ruegos de Abd-ul-Málik y prometiéndose para el siguiente día asistir a la cita de su amada, desistió de su propósito, y aquella noche derramó sobre él en larga vena la benevolencia de Alá placenteros

Librodot

ensueños, como en señal de su protección manifiesta.

No sucedió de igual suerte a ixa: acongojada y triste, veía con temor aproximarse el cercano día, dando vueltas sobre su lecho, sin encontrar descanso para el cuerpo y sin hallar paz tampoco para el espíritu. El decaimiento, la postración de ánimo que la señoreaban, eran completos; y aun que revolvía en su cerebro mil proyectos e ideas confusas, ninguno de los primeros le parecía realizable, así como tampoco ninguna de las segundas le prometía lo que anhelaba.

Podía, es verdad, burlar acaso la vigilancia de que era objeto, huyendo de aquella casa como otras muchas veces lo había ya pensado; quizás lograría salvar al Príncipe de las asechanzas de Sitti Máriam; pero volvería de nuevo aquella mujer funesta a tejer sus redes con mañosa astucia, y entonces ¿quién podría salvar a Muhámmad, si ella no estaba allí para lograrlo?... No: era preciso destruir para siempre aquellos enemigos, y ella era la única persona capaz de lograrlo... ¿Quién profesaría al Amir cariño igual al suyo?... ¿Quien resistiría como ella las rudas pruebas a que la sultana la había sometido?... Era pues indispensable que continuara viviendo en aquella casa; que penetrase los planes de la ambiciosa princesa, y que los destruyese, condenándola a la impotencia para siempre.

Pero urgía también que el Sultán estuviera prevenido, y no hallaba recurso alguno para ello... La muerte está más cerca de la criatura, que la pestaña del ojo, dice el sabio; pero también ha dicho que el que corre abandonando la vida a la esperanza, no se detiene hasta su muerte!...

Por esta razón ixa, sin perder la confianza en la protección de Alá y en la de los ángeles buenos, comprendía la necesidad de tomar un partido, y de obrar sin pérdida de momento. Así, con lentitud mortificante, vio penetrar por las celosías del aposento las primeras azules tintas del alba; así, oyó el pregón del salât-us-sútbh: así, como el despertar de un cuerpo gigantesco, llegó hasta ella el rumor de la población, y así la hallaron los primeros rayos del sol, que cual lluvia de addinares relucientes, caían sobre el pavimento filtrándose por entre las entrelazadas celosías.

Saltando entonces del lecho, cubrióse a toda prisa con recia alcandora de lana, ciñó a su cabeza una toquilla, e indecisa, vacilante, sin que aún hubiera acudido a su cerebro ninguna idea salvadora, ni le hubiese ocurrido medio para comunicarse con el Sultán antes de que llegase la hora de la cita, subió como el día anterior a la azotea, y cual entonces, sus ojos erraron por el espacio vagamente, contemplando al fin, como labradas en coral, las rojizas fortificaciones de la Alhambra.

Si Alá, que ha dado al pensamiento la facultad inapreciable de suprimir el espacio, hubiese concedido al cuerpo igual virtud, cuán presurosa habría tendido sus alas, y navegado por aquel inmenso azulado océano, que la luz del sol llenaba de dorados reflejos, hubiera volado a los brazos de Muhámmad, le hubiera en sueños sorprendido, y quedo, muy quedo, como susurro de la brisa, hubiera murmurado en los oídos del Sultán aquellas dulces palabras embriagadoras que constituyen toda la felicidad para los amantes. Luego, entre caricias, le prevendría de cuanto contra él se tramaba; y fuerte con la justicia y con la protección divina, sabría él imponer castigo a los malvados...

Si, a lo menos, aquel ave inocente que hendía los aires orgullosa, conociendo la importancia de su cargo cual mensajera del amor, no hubiera sido cruelmente sacrificada por Sitti Máriam, podría poner sobre aviso al Príncipe; pero ella la había visto caer mortalmente herida por traidora flecha, y aquellos ojuelos encendidos, que parecían ser reflejo de la pasión ardorosa del Sultán, se habían apagado para siempre!, Si ella pudiera

Librodot

sobornar a sus guardianes!... Pero el portero, esclavo etíope, era sordo-

mudo de nacimiento, y sólo comprendía las miradas de su ama; las doncellas que la servían, en medio de las atenciones que para con ella guardaban, eran incorruptibles, como lo había ya una vez experimentado... Ni podía, cual las demás mujeres, concurrir al baño público, ni recorrer las huertas frondosas de Granada, ni abandonar aquella verdadera prisión en que se encontraba... Conocedora del secreto de la alhenia, la idea de utilizar aquel subterráneo, por donde había sido conducida el día anterior a un calabozo, y desde el cual la noche precedente fue llevada a una casa desconocida, había acudido en varias ocasiones a su imaginación...

Quizás, aquel sería el único camino ... ¿Cómo antes no se le había ocurrido? ... Sí; no había que vacilar: aprovecharía la primera ocasión oportuna, y antes de que el sol hubiese recorrido la mitad de su carrera, huiría por allí y vería al Príncipe ... Su plan estaba ya concertado, y sólo la extrañaba que antes, durante el insomnio de la noche anterior, no se le hubiese ocurrido aquella idea.

Así pensaba, abstraída completamente, cuando al levantar los ojos que había hasta entonces tenido fijos en una de las macetas que engalanaban la azotea, advirtió la insistencia con que en torno de esta, y dando giros en el aire, volaba una paloma, negra y solitaria. Ignorando los usos de la corte, no sabía la doncella que el Sultán poseía multitud de aquellos animales, dóciles y amaestrados, cuyo destino era el de servir de emisarios en la guerra; pero extrañando las evoluciones a que el ave se entregaba, ya abatiendo el vuelo hasta tocar casi con las alas el piso yesoso de la azotea, ya remontándolo hasta la altura -llamóla con un grito, y no sin sorpresa advirtió que el animal se acercaba a ella sumiso y obediente. Entonces fue cuando sus ojos repararon en que pendiente del cuello, como el otro, llevaba un bolso igual, y desatándole agitada y presurosa, halló en él un billete del Príncipe.

La alegría de Âixa fue inmensa... ¿Cómo dudar de la providencia de Alá? ... Bien manifiesta estaba ante sus ojos. Leyó con avidez el escrito, en que el Sultán pintaba sus zozobras del precedente día, refiriéndole cuánto había sufrido en su ausencia, y cuanto había pasado; y conmovida hasta el fondo de su corazón, bajó a su estancia presurosa y dejó correr el cálam sobre el papel. Siguiendo el consejo que el Príncipe le daba, cuando volvió a la azotea, depositó ambos billetes en el bolso que la paloma traía; y acariciándola cariñosamente, la impulsó en los aires en dirección de la Alhambra, y siguió su vuelo con la vista por largo espacio de tiempo.

Cuando al llegar la noche el Sultán acudiese a la cita, vendría prevenido, aquella vez la paloma no había encontrado obstáculo en el camino, y bogaba serena por la región del viento. En aquel billete, escrito por ixa con suma rapidez, no sólo le daba cuenta la niña de los siniestros planes de la sultana, sino que le recomendaba al propio tiempo que no acudiese a la cita, mientras no llevase consigo un talismán poderoso y un contraveneno.

Tranquila respecto al porvenir, ixa descendió a su aposento, y allí permaneció las largas horas del día, satisfecha de sí propia, y fortaleciendo su espíritu entre lágrimas bienhechoras de esperanza, con la de que su enamorado, advertido ya del peligro que le amenazaba, sabría evitarlo diestramente.

En tal disposición de ánimo se hallaba, cuando persiguiendo siempre sus funestos designios, alzaba sigilosamente Sitti Máriam, al caer la tarde, el bordado tapiz que cubría la entrada de la estancia, y sin que la joven advirtiera su presencia, avanzaba como fatídico fantasma, resbalando suavemente por las marmóreas losas del pavimento.

Librodot

Gozándose de antemano en la sorpresa de ixa, hacía algunos instantes que a su lado sonreía la sultana; y hubieran sin duda permanecido ambas mujeres de esta suerte más tiempo todavía, si la implacable perseguidora del Amir no hubiese roto bruscamente el hilo de las meditaciones de la joven, arrancándole con sus palabras del mundo superior a que la habían arrebatado sus abstracciones.

-¿Que piensas, esclava? -preguntó con desabrido acento, colocándose ya resuelta delante de ella-. ¿Por qué han derramado lágrimas tus ojos, cuando es sólo el dulce fluido del amor lo que deben derramar esta noche, para que caiga en tus brazos embriagado tú maldecido amante?

Extremecióse la joven al sonido de aquella voz, y abriendo los negros, grandes y expresivos ojos, clavólos con repugnancia en el rostro de la sultana, aunque sin desplegar los labios; pero al ver cerca de sí a su mortal enemiga, que siempre se aparecía cual evocación malévola; al comprender que era llegado el momento tan temido por ella, frío sudor inundó su cuerpo, y no halló su lengua palabra alguna con que articular una respuesta.

Bien revelaba en la palidez de que se cubrió su semblante, y en el círculo azulado que rodeaba sus hermosos ojos, lo profundo de la agitación de que era en aquellos momentos presa: como la víctima olfatea al verdugo, y el cervatillo, perdido en el bosque, olfatea al cazador que acecha el momento de lanzar sobre el el mortífero dardo, así ixa instintivamente conocía que había para ella sonado la hora decisiva, y temblaba a pesar suyo, cual tiembla el ave presa en la red, y la gacela herida que ve acercarse al que es causa de su muerte.

No era ciertamente un misterio para Sitti Máriam lo que pasaba en el alma de la doncella; por eso sonreía con insolente satisfacción, recreándose en el daño que producía y más aun en el que pensaba causar, pues aquella vez, y de un solo golpe, iba a dar muerte a dos corazones, que por el amor y para el amor vivían.

-¿No contestas?... Sin duda -prosiguió con tono sarcástico- pides a tú amor recursos para salvar a tu amante! Pero es inútil tú empeño! Está decretada la muerte de Muhámmad, y morirá! Morirá! ¿Lo oyes?... El ángel confidente de Alá, ha calculado ya los días que le restaban de vida, y en estos momentos se dispone a borrar su nombre execrado del libro de los vivientes, porque se está cumpliendo el termino prefijado!... Y después que la muerte del que usurpa a mis hijos la herencia que el justo de Alá les tenía destinada, haya satisfecho todos mis deseos, y colmado todas mis esperanzas, no será tan cruel contigo como para negarte el derecho de que te reúnas con el en el Paraíso!

Tan terrible amenaza produjo en ixa nerviosa sacudida; pero recobrando con titánico esfuerzo ante el peligro la serenidad que estaba muy lejos de sentir, obligó a sus labios a que ensayaran una sonrisa, y murmuró:

-Es en balde, sultana, que pretendas llenar de más negros horrores mi espíritu. Alá, que bendice desde alaáx[18] la pasión que tú quisiste encender en mi alma, sabe y conoce todo! El amor del Príncipe, a quien tanto odias, es para mí cien veces preferible a la existencia que me has hecho insoportable!

-Por el mismo Alá que invocas, esclava miserable, ¿qué me importan a mí los sentimientos de tu alma? -respondió Sitti Máriam con desprecio-. ¿Qué me importas tú, vil instrumento? ... ¿Piensas que por ventura he venido ahora para ser confidente de tus

[18] El trono de Alá.

Librodot

amores?... ¿No se te alcanza la razón de mi presencia hoy en este sitio?... ¿No sabes que eres tú la causa de que mi hijo Ismaîl (¡Alá le bendiga y le proteja!) se halla preso en poder del hombre a quien aborrezco y cuya muerte ansío?... Sella el labio imprudente, y oye con atención cuanto voy a decirte, porque es ya tarde para enjugar tus lágrimas, y esta es, si Alá quiere, la última vez que has de verme!

-He jurado obedecerte -contestó Âixa- y pues nada hay que pueda resistirte, no verás en mí un solo momento de vacilación ... Ya lo sabes... Yo acallare la voz de mi corazón, ahogaré mis sentimientos, ya que Alá lo quiere y me abandona; porque después de ésta, que aborrezco, hay, como tú has dicho, señora, otra vida de goces inefables en el Paraíso, hasta donde no habrán de llegar tus persecuciones.. . Impondré silencio a mi lengua: no temas que ella revele a Abdul'lâh la inicua trama de que es víctima inocente... No temas que mis lágrimas delaten tus infames proyectos ... Ya lo ves -añadió conteniendo sus sollozos- no lloro, y va a morir aquel a quien amo, aquel por quien daría hasta la última gota de mi sangre!...

-Basta ya de lamentos! -gritó llena de coraje Sitti Máriam al escuchar las sentidas palabras de la muchacha-. Y pues me ofreces cumplir las órdenes que te tengo dadas -prosiguió presentando a ixa la emponzoñada fruta que la tarde anterior le había entregado el odioso cómplice-, aquí tienes otra vez el único medio que ha de proporcionarte, con la libertad que hace tanto tiempo anhelas, una vida tranquila y sosegada ... Cuida que, a pesar de tus protestas de fidelidad, no fío en tus palabras, y que ¡ay de ti, sí por acaso el Príncipe llegase a sospechar alguna cosa antes de probar esa fruta! ¡Ay de ti, infeliz esclava, porque no perdonará a ambos mí coraje!... ¿Crees, desventurada, que no hay en el mundo otra cosa que tu amor? -continuó después de breve pausa-. ¿Te juzgas tan necesaria como para que tu obstinada negativa pueda salvar la vida de tu amante? Brazos hay esforzados en Granada que a una señal mía hundirán en el pecho de Abdul'lâh el arma homicida: pero yo no quiero sangre ... Quiero que muera en tus brazos; quiero que muera gozando los placeres prometidos en la otra vida a los fieles musulmanes, y morirá a pesar de todo y sobre todo!

Las últimas palabras de la sultana, pronunciadas con tono incisivo y frío, penetraron como afilado puñal en el corazón de la infortunada doncella, trayendo a su memoria cuanto había noches anteriores contemplado entre sueños angustiosa; y llena de ansiedad, no atreviéndose a levantar del suelo la mirada, turbia por el llanto, guardó silencio breves instantes.

Había en tanto cerrado la noche, y no se escuchaba otro rumor que el de los comprimidos sollozos que ixa procuraba en vano contener delante de su odiosa enemiga.

Al cabo, en medio del silencio, resonó sobre el pavimento de la calle ruido de pasos precipitados, y poco después un silbido prolongado y tenue dejóse oír afuera del recinto de la casa.

Al escucharle, sintió Âixa correr por sus venas frío mortal; sus ojos se cerraron involuntariamente, y sus labios, obedeciendo a la voluntad, negaron la salida a un tierno suspiro que pugnaba por escapársele del pecho.

La sultana, al mismo tiempo, enrojeció de ira; y poniendo sobre los hombros de la muchacha entrambas manos, exclamó a su oído:

-Voy a ocultarme, porque quiero gozar con la agonía de ese pobre necio; pero antes, por última vez quiero recordarte que es la muerte el premio de los traidores; y que si tus ojos o tu voz descubren a mi enemigo ¡maldígalo Alá! el peligro que le amenaza, antes

Librodot

que puedas apercibirte, pereceréis ambos a mis manos, pues ambos estáis en mi poder, y nadie existe que pueda salvaros de mi cólera. Tiembla, esclava, y no trates de engañarme! ¡Mi venganza será terrible!

Y colocando sobre un precioso tabaque de plata la fruta emponzoñada, corrió a ocultarse en la disimulada alhenia, desde la cual podía ver cuanto en el camarín ocurriese.

Ya era tiempo, porque los pasos de Abdul'lâh resonaban cerca del aposento, y no tardó en aparecer en él, gallardo, risueño, lleno de amor y de esperanza como nunca.

XI

Sin embargo, Âixa había tenido espacio suficiente para volver sobre sí; y aunque recordaba una por una las palabras pronunciadas por la

sultana Sitti Máriam, no por ello olvidó tampoco

que el Príncipe estaba prevenido, y trató de componer el semblante, para disimular sus temores: había vuelto el carmín a sus mejillas de raso, y de su frente habían huído

también las sombras que pocos momentos antes la anublaban; sus ojos se fijaron amorosos en Muhámmad, y sus labios fingieron una sonrisa provocadora.

Recostada voluptuosamente en los ricos almohadones del sofá, y envuelta en las perfumadas espirales que despedían los braserillos de azófar, donde el almizcle se que maba, parecía la hechicera, cubierta de ricas joyas y galas primorosas, a la dulce claridad de la calada lámpara de plata que pendía del techo, una hurí encantadora, que como mágica visión, al acercarse, se desvaneciese muy luego en el espacio.

Detúvose el Príncipe suspenso a su presencia, y en sus ojos brilló un rayo de adoración hacia la hermosa que le fascinaba.

Avanzó, no obstante, hacia ella bajo la influencia de su mirada magnética, y mientras rodeaba con los brazos el gentil talle de la muchacha, un beso apasionado unió sus labios y fundió sus almas.

Al mismo tiempo, y cual obedeciendo a una consigna, invadían como otras veces la estancia muchachas deliciosas y gallardamente vestidas, trayendo unos riquísimos jarrones de plata cincelada llenos de odoríferas esencias, que derramaban sobre el Amir con graciosos movimientos, otras, lindos tabaques de aquel metal, primorosamente labrados y cubiertos de hermosas frutas y de dulces, y otras por último, copas de oro resplandecientes que contenían vinos exquisitos de Málaga y de Chipre, de los cuales ofrecían a Muhámmad con miradas de fuego.

El joven, en tanto, bien que en su rostro no revelase ninguno de los sentimientos que en su alma combatían, habíase acomodado gentil a los pies de su amada, quien no sin inquietud palpitante le contemplaba, dando a su imaginación tormento con el fin de hallar el medio de prevenir a Muhámmad del inminente riesgo que corría. No parecía sino que la felicidad presente que gustaba, había hecho desaparecer en el Sultán los recuerdos de lo pasado, o que, mejor aún, la senda de sus amores continuaba no interrumpida cubierta de flores y de delicias, según lo regocijado de su semblante, lo tranquilo y cortés de su apostura, y la confianza extrema de que se mostraba poseído. Tanto era así, que fingiendo

Librodot

no adivinar las torturas de su amante, y como si hubiera estado con ella de concierto para engañar a la sultana -en el supuesto de que hubiese podido conocer su secreta presencia-, al propio tiempo que aspiraba con deleite el aroma embriagador de los labios de ixa, superior a todos los aromas -con tierno enamorado acento, y después de darle sus quejas por que la noche precedente no le había aguardado, sin darle tiempo a responder siquiera, continuaba:

-Oh encanto de mi vida! ... Cuán hermosa eres, y cómo te adora mi corazón ... ¿Quien hay que se te parezca? ... Tus cejas son dos arcos del país de los negros; tus ojos, saetas mortíferas, prontas a dispararse; tu boca, un rubí engarzado en un anillo; tus dientes, más blancos que la leche de la camella; tu cuello se asemeja al cristal, como tus brazos a dos espadas montadas en plata fina; tu pecho es como la nieve de Yábal-ux-Xulair, y tu talle esbelto y elegante, recuerda la palmera del desierto! Tu imagen hechicera viene a mí todas las noches, y veo tu rostro, resplandeciente como la luna llena, cuando el sueño cierra mis párpados! Bendito sea Alá, que te ha creado! Hermosa de lejos, graciosa y seductora de cerca, tu vista sola cura todas las dolencias del alma y del cuerpo! Mientras tú anoche me cerrabas cruel la puerta de este paraíso, donde reinas como soberana, viviendo en tu recuerdo, yo te dedicaba mi pensamiento...

Sultana cariñosa del alma mía,
cuyos labios son rosa,
miel y ambrosía, flor delicada
del jardín delicioso de mi Granada ...

Enardecida con las frases apasionadas de Abdul'âh, abandonábase con delicia ixa al placer inefable que en aquellos momentos experimentaba, oyendo a su amante, y no pensando sino en él; pero cuando la voz conmovedora y dulce del Príncipe hizo resonar en sus oídos la cadencia de aquellos versos, recordando que eran los de la casida que había escuchado en su letargo como señal de muerte -perdida toda fe en el auxilio de los buenos genios, a quienes había invocado, se sintió desfallecer, viendo desarrollarse ante ella la escena pavorosa que había soñado, y se levantó trémula, con el semblante descompuesto y visiblemente agitada, exclamando con ronco acento, en tanto que dirigía la mirada con señales de extravío a todas partes:

-¡Oh! ¡Calla! ¡Que tus labios jamás pronuncien esos versos!...

No fue ciertamente poca la sorpresa del Sultán al contemplar en tal estado a la amada de su corazón, y al advertir el singular efecto que en ella producía el comienzo de la canción que había en honor suyo compuesto apasionado. Sin comprender, en medio de su asombro, la causa de aquel extraño accidente, aunque lleno de vagas pero insistentes sospechas, hizo seña para que las muchachas que aún permanecían en el aposento se retirasen, y lleno de emoción, cubría de besos ardorosos el semblante demudado de la niña, murmurando:

-Bien mío! Vuelve en W.. ¿Por que tiemblas, cuando yo, tu siervo amante, estoy a tu

Librodot

lado?... ¿Qué temes? ... ¿Por ventura no me amas ya?... Que la mano de Alá piadosa calme tu pecho, y le devuelva la tranquilidad perdida!...

-La tranquilidad!... -repitió sordamente ixa-. No! Yo no podré ya nunca recobrarla ... Huye de aquí!... ¡Pronto!... ¡La muerte te amenaza!...

Y la infeliz, en medio de su exaltado extravío, se detuvo temerosa de lo que iban a pronunciar sus labios.

-¿Qué dices?... -respondió Muhámmad levantándose a pesar suyo y requiriendo la espada-. ¿Quién en Granada puede desear mi muerte?... Sin duda te equivocas... Sosiégate, por Alá -continuó volviendo a tomar asiento-. Sosiégate, y no temas por mí... Alá me protege y, ya lo ves, nadie me amenaza ...

Volvió ixa sus miradas recelosas en torno del camarín, pretendiendo vencerse; pero al distinguir la alhenia donde se ocultaba Sitti Máriam, un relámpago de odio animó su semblante. Logró con grande esfuerzo fingir, sin embargo, la tranquilidad que no sentía, y dejándose caer pesadamente sobre los blandos almohadones del sofá de que se había levantado, procuró devolver a su rostro la expresión del placer que antes le inundaba, y con voz cariñosa y halagadora, murmuró:

-Tienes razón, señor y dueño mío!... No sé qué extraña alucinación se ha apoderado de mi espíritu... Pero ya pasó!... ¿Quién puede desear tu muerte? ... ¿Quién podrá vencer la voluntad de Alá, que te protege? ... Soy tan feliz al lado tuyo -prosiguió con marcada volubilidad-, que temo perderte a cada instante! A ti, que eres mi vida!... ¿Por qué me hiciste conocer con las delicias de tu amor las que están reservadas a los fieles en la otra vida?... ¿Qué filtro me has dado a beber en tus palabras cariñosas, en tus miradas expresivas, que no vivo ni aliento sino por ti y para ti, bien mío? ... Horrible pesadilla que noches pasadas hizo huir el sueño de mis ojos, me ha guiado al desvarío hace un momento... ¡Oh! No hagas caso de ella! Ya estoy tranquila ... Pensemos sólo en gozar la ventura de hallarnos juntos!

Y desprendiéndose ligera de los brazos del Amir, tornó a levantarse sonriendo nerviosamente, para escanciar el aromático vino malagueño en las copas de oro cincelado que sobre la mesilla dejaron las doncellas al retirarse. Presentando después el dorado licor al Príncipe con gracioso ademán y ojos provocativos e incitantes, continuó:

-Bebamos! El vino dará muerte a los pueriles temores que me han asaltado, y no tienen más fundamento que lo ardiente de mi pasión!... Bebamos! -añadió-. El poeta lo ha dicho: "es preciso dar al pesar y a la tristeza sepultura en el vino, para olvidarlos"!... Pero antes de que acerques la copa a tus labios -repuso deteniendo a Muhámmad -júrame por Alá, júrame por tu barba, por el descanso de tus ascendientes los Jazrayíes y por la paz de tu padre (Alá le haya perdonado!), que en vida y en muerte, en el mundo y en el Paraíso, seremos el uno del otro para siempre!

No era posible que a la perspicacia del Sultán se ocultase el hecho de que la conducta y la actitud de Âixa encerraban un secreto misterioso, quizás de importancia para él, y que los labios de la joven no se atrevían a revelar, sin duda bajo la presión de alguna terrible amenaza. Acaso alguien espiase en aquel lugar oculto de que en su último billete le hablaba la doncella; quizás la misma Sultana Sitti Máriam presenciaría la entrevista, y por eso debían ser las vacilaciones y los cambios singulares que advertía en su amante. Gracias a ella, sin embargo, iba Abdul'lâh prevenido: bajo la bordada aljuba llevaba puesta la finísima cota de malla que para él habían trabajado los mejores armeros de Damasco; traía consigo como siempre la afilada gumía, templada en las aguas del Darro,

Librodot

y a su alcance estaba la ancha espada granadina, que sabía manejar tan diestramente. Sospechar de ixa, era indigno de él, y antes sospecharía de la verdad del Islám que de su amante ... Las dudas que en un principio se habían apoderado de su ánimo, aprisionándole como con sañudos garfios el alma, habíanse aumentado, comprendiendo que algún peligro le amenazaba; pero deseando mostrarse fuerte por una parte, si era de alguien espiado, y puesta por otra la confianza en Alá y en su mismo valor, sin que el semblante revelara vacilación ni recelo, al escuchar las últimas palabras de ixa, alzóse con gesto gozoso de su asiento, y al mismo tiempo que estrechaba con solemne ademán la mano que la joven le tendía[19], llevó a los labios la dorada copa, sin visible repugnancia.

Volvió a sentarse, luego de prestado el juramento, procurando que no se escapara nada a su atención despierta, en tanto que, como si quisiera aturdirse para no pensar en lo grave de las circunstancias, que ella conocía, presentó por su propia mano ixa a Muhámmad el tabaque donde Sitti Máriam había hecho colocar la emponzoñada fruta, y sin tocar a ella, comieron ambos de los sabrosos dulces que aquél en abundancia contenía.

Largo rato conversaron de su amor, de sus ilusiones y de sus esperanzas, sin que el diálogo decayese en animación por una ni otra parte; y con verdad, que bien podía Sitti Máriam estar desde su escondite orgullosa de la fidelidad de la esclava, pues jamás estuvo más risueña, más ocurrente ni más cariñosa que en aquella ocasión, ni su voz dejó un solo momento de ser acariciadora y dulce como siempre, ni sus palabras abrieron camino en realidad a la menor sospecha; pero en cambio, sus ojos hablaban bien distinto lenguaje, expresando elocuentes la ansiedad y la angustia que embargaban su corazón, y le atenaceaban sin piedad crueles, sumiendo al Sultán en la incertidumbre, y ahogándole en un mar de confusiones.

Y sin embargo: al mismo tiempo que murmuraban amor los labios, ambos jóvenes, y en especial ixa, eran presa de indecibles tormentos... Porque había llegado para ella la hora de obrar, y su fe vacilaba, temiendo que todo fuera en balde, y que aquella felicidad soñada en más dichosos momentos, se desvaneciera para siempre. Y ella, ella que la ambicionaba, era quien debía destruirla!

Por eso, a cada palabra de ventura que pronunciaba el gallardo Abdul'lâh, haciendo esfuerzos para comprender lo que los ojos de ixa le decían; cuando poseído del dulce fuego en que ardía su alma, desplegaba ante la joven, con la verbosidad elocuente que sólo brota de la pasión cierta, el bello panorama del porvenir, parecíale a la. niña que una mano de hierro le oprimía el corazón, conteniendo sus latidos, turbábasele la vista y se sentía desfallecer, cual si le faltase aire para renovar el de sus pulmones agitados.

-;Cuán felices seremos! -decía el Sultán-. Alá derramará sobre nosotros entera la copa de sus beneficios, y viviremos siempre bendiciendo su clemencia!... Ya verás! ...

Cuando juntos, cual las mariposas que en primavera van revoloteando y acariciándose en torno de las flores, desde los altos ajimeces de la Alhambra contemplemos a nuestros pies tendida como un chal bordado por las hadas esta ciudad hermosa y floreciente, destinada por la divina voluntad del Excelso a ser cuna del Islám en Alandalus, renovando los triunfos y las glorias de otros tiempos; cuando al fulgor de las estrellas, que semejan sobre el azul oscuro del firmamento lámparas encendidas en inmenso santuario, para honra de Alá, sorprendamos dormida a mi Granada al blando arrullo del

[19] Prestan los musulmanes juramento y contraen sus obligaciones dándose la mano.

Librodot

Darro, que celebra músico los encantos de su amada; cuando las postreras luces de la tarde borden de flameantes randas las nubes nacaradas del horizonte, mis labios repetirán a tus oídos que te adoro, y en el murmullo del río, en el aleteo de la brisa, en el centelleo de las estrellas, en la majestad de la noche, como en las risas de la alborada, escucharás mis juramentos de amor constantemente reproducidos, y todo te dirá, bien mío, que es tuyo mi corazón, tuya mi vida y tuyos los sueños encantados de mi alma!... Sólo Alá ¡ensalzado sea! conocedor de todas las cosas y Señor del cielo y de la tierra. sabe y conoce lo intenso del placer que inunda mi espíritu. cuando, como ahora, tu talle en mis brazos, tus ojos en mis ojos. y tu aliento de ámbar y almizcle dándome vida, pienso en el porvenir que a tu lado me aguarda... Porque serás mía! Mía, como es del sol la luz, como es de Alá el Edén, como es suyo cuanto existe!

-Vivir a tu lado, señor! ... Adivinar tus pensamientos, prevenir tus deseos, templar tu cólera y tus penas, aumentar tus alegrías!... Poder decirte siempre y a todas horas cuánto te amo, y que en el labrado techo de tus aposentos de la Alhambra repita el eco cien veces mis palabras!... ¡Qué hermoso sueño!... Quiera Alá que sea cumplido el realizarle! Quiera Alá que pueda para siempre ser tuya!

-Y ¿quién podrá impedirlo, si tú me quieres?. .. ¡No hay en el mundo fuerzas para tanto! El imperio de todas las cosas corresponde a Alá, y Alá protege nuestro cariño!

¿Quién, más fuerte que Alá? ... ¿Quién, más poderoso que el Sultán, en Granada?

Hubiérase de esta suerte prolongado el tierno coloquio de los dos amantes, que en él parecían olvidados de todo, cuando, en el momento en que más dulcemente se hallaban ambos enamorados entretenidos en la sabrosa plática que sostenían, fatigada sin duda la sultana de sus protestas de amor, en cien tonos distintos repetidas -hizo, en la oscuridad de su escondite, un brusco movimiento de impaciencia que produjo un ruido claro y perceptible.

Al escucharle, uno y otra, por diferentes caminos, volvieron a la realidad, y mientras el Amir se alzaba de un solo impulso requiriendo la espada, ixa, sin que su rostro denunciase ni los temores ni las angustias que la atormentaban, exclamó, dando ostensiblemente distinta interpretación al movimiento de Muhámmad. aunque lo había perfectamente comprendido

-No te vayas, no, señor y dueño mío... Aún es temprano ... Es tan hermoso cuanto tus labios pronuncian!... Siéntate a mi lado!... Que yo te tenga cerca de mí!... Bebamos otra vez...

No quiso el Amir que su enamorada dudase de su valor; y más alerta que nunca, mientras acariciaba disimuladamente el pomo de marfil de su gumía, tornó a sentarse.

ixa al propio tiempo se había levantado, acercándose a la mesilla donde se hallaban las copas, y después de servir de beber al Príncipe, presentábale con resuelto ademán de nuevo el tabaque, donde estaba la emponzoñada fruta, que entre las otras confitadas se confundía.

Ya no temblaba: aceptaba el reto, se disponía a la defensa para salvar la vida de su amado a todo trance.

-¿Qué nos importa el mundo?... -dijo-. Gocemos, Abdul'lâh, del presente, y olvidemos en nuestro amor cuanto nos rodea...

-Tienes razón! Gocemos! -replicó el Sultán.

Y como si una mano misteriosa hubiese guiado la suya, seducido por la belleza de la fruta, tomó directamente la envenenada por el asesino de su padre y cómplice de Sitti

Máriam, y prosiguió:

-Ciertamente que sólo en los jardines de mi Granada puede criarse fruta tan hermosa como ésta... No parece sino que acaba de ser cogida del árbol... Por Alá que en vano busco otra semejante para ofrecértela, y ya que no hay sino una en el tabaque, como partiremos mañana nuestras alegrías y nuestros dolores, quiero partirla ahora contigo.

Y haciendo con efecto de ella dos mitades, presentó ambas galantemente a ixa para que escogiese.

Si en aquel instante hubiera la joven podido ver el rostro de la sultana, habría retrocedido con espanto!... Tan repugnante era la feroz alegría que animaba en las sombras sus facciones.

No le vio sin embargo; y al escuchar la voz risueña de su enamorado que, sin saberlo, le brindaba con la muerte, horrorizóse de sí propia, y dispuesta ya a jugar el todo por el todo, con rápido movimiento, que dejó sorprendido en medio de sus no desvanecidas sospechas al Amir, hizo que ambas mitades de la fruta cayeran al suelo, y mientras con una mirada prevenía a su enamorado del riesgo que corría, poníales el pie encima, tomaba las copas de licor, no vaciadas, y brindando con una de ellas a Muhámmad, apuraba la otra febrilmente, exclamando como para aturdirse:

-¡Bebamos! El vino es como el agua de los cielos, que a todos conviene!... Que Alá te preserve de todo mal durante tu vida, y que la hora de la muerte ¡oh Sultán! te sorprenda sobre un lecho de sumisión y de obediencia!

Por poca que fuese la penetración del Sultán, no pudo menos de comprender lo que aquello significaba; y a punto estuvo de romper abiertamente, para dar el merecido castigo a los criminales, si la reflexión, viniendo en su ayuda, no le hubiese refrenado a tiempo. Para él lo de menos era apoderarse de la persona de su madrastra y de la de su primo Abu-Saîd, a quien apellidaban El Bermejo, como ya se había apoderado de las de sus hermanastros Ismaîl y Qais el día precedente; lo que deseaba conocer era los hilos de la conjuración tenebrosa contra él tramada, saber su extensión y su alcance, para en el momento oportuno caer sin compasión sobre sus enemigos, los agitadores del público sosiego.

Disimulando pues, lo mejor que le fue dable apuró la copa que ixa le ofrecía, luego que vio que ésta por invitación suya había tomado en ella un sorbo, y se disponía a continuar divagando con la joven por los espacios imaginarios, a punto que rasgaba el silencio de la noche el eco lejano y religioso del aladán pregonado desde el alminar de la mezquita de aquel barrio por el muedzín, para el último salâh de alâtima[20].

Desprendióse de los brazos de ixa, y estrechándola entre los suyos con amoroso transporte, besóla en los párpados, que se cerraron estremecidos, apagando por un momento la luz intensísima de aquellas pupilas brillantes, en las que resplandecía ahora como la luz del sol, la luz de la alegría que entre las sombras del temor reverberaba.

Colgó de sus hombros después, ayudado por Âixa, el tahalí de que pendía la espada, y cubriéndolos con el blanco albornoz, salió del aposento, sin haber dejado traslucir ninguna de las sospechas que, semejantes a venenosas sierpes, le roían sin piedad las entrañas. Ya en el jardín, embozóse en el albornoz, y juzgándose solo, se dirigió al alcázar, seguido no obstante por su Kâtib Ibn-ul-Jatib, y Abd-ul-Málik el arraîs de sus guardias.

[20] Oración del segundo tercio de la noche.

XII

Alá sólo, sabe el estado en que el Sultán. dejaba el pobre corazón de su infortunada amante.

Las torturas que había padecido, y las que padecía al ver que aquél por quien habría dado gustosa hasta la última gota de su sangre, le envolvía en las mismas sospechas que a Sitti Máriam ... Bien claro se lo dijeron la conducta y los ojos del Príncipe, a pesar de los esfuerzos hechos por éste para disimularlo... Bien claro lo había visto ... ¡Oh! Muhámmad no la amaba como ella le amaba a él ... Si él hubiera podido traslucir cuanto pasaba en el alma de la doncella, entonces hubiese caído a sus pies, pidiéndole perdón de rodillas por tan injuriosos recelos ... Pero ya llegaría el día en que las tinieblas habrían de desvanecerse... Creed, ¡oh hombres, ha dicho el Profeta, que la hora ha de llegar! ¡No hay duda en ello!

Mientras el Príncipe cruzaba el portón que ante él, obsequioso y servicial, abrió el portero, ixa dispuesta a todo, se dirigió lentamente a la alhenia desde donde había presenciado oculta la sultana las escenas anteriores; pero antes de que hubiese puesto mano en el resorte, roja de indignación, aparecía Sitti Máriam ante ella, y con paso rápido y ademanes coléricos, aproximábase a la joven.

-¡Le has salvado! -rugió frenética, oprimiendo con violencia los brazos de la muchacha entre sus manos crispadas por la furia-. ¡Le has salvado! -repitió-. Sí, lo he visto, y aún aquí permanece el testimonio acusador de tu desobediencia -dijo dando con el pie a los dos pedazos de la emponzoñada fruta que yacían sobre el pavimento ... ¡Dos veces te has opuesto, infame, a mis designios: dos veces has burlado mis órdenes, pero no-las burlarás la tercera! Si en esta ocasîón ha logrado escapar a mi cólera, yo te juro que no será así en la cercana... Porque antes se cansará el sol de alumbrar la tierra, que yo de perseguir mi venganza! Sólo Alá sabe a dónde puede llegar el odio de una mujer! Tiembla, Muhámmad, porque aún no estás asegurado en el solio que usurpas, y si esa ponzoña, tan hábilmente preparada, no ha producido el efecto codiciado, si no ha cortado el hilo maldito de tu aborrecida existencia, no faltará quien decidido ponga fin a tus días y cumpla mis esperanzas!

-Me haces daño, señora -se atrevió a murmurar ixa aterrorizada-. Me hacen daño tus manos, y no ha sido culpa mía ciertamente, que no se hayan cumplido tus deseos...

-No me engaña tu hipócrita mansedumbre -repuso Sitti Máriam soltando los brazos de la joven amoratados por la enérgica presión de sus manos-. Tú, tú has sido, sierva miserable, quien ha hecho estéril mi venganza.. . No lo niegues! ... Sería en vano! Te conozco ya, y se cómo amas a ese abominable enemigo de mi dicha... Tú has apartado la fruta de sus labios! ... Tú le has advertido sin duda ... Pero son inútiles tus artes ... Yo te ahorraré, por la barba del Profeta, el trabajo de consultar las estrellas para saber la suerte que espera a tu enamorado ... Sí! Porque mañana, ¿oyes bien? ... mañana morirá en Bâb-ur-Rambla ... Y si el veneno no ha sido bastante por tu causa, no habrá medio de evitar que penetre hasta su corazón el hierro de una lanza, o la afilada hoja de una gumía!

Era tan sangrienta y espantable la expresión del rostro de aquella mujer al proferir tal amenaza, que hubiera puesto miedo en corazón más varonil que el de la doncella, quien

estremecida de horror, cavó como anonadada a los pies de la implacable madrastra de su amante, exclamando:

-Perdón para él, sultana!... ¿Qué te hizo, para que le aborrezcas de ese modo? ... Toma mi sangre, si ella basta a satisfacer tu cólera ... Toma mi vida entera, someteme a las pruebas más duras y crueles..., prívame de la luz del día, del aire, de todo, donde quieras, pero que tus labios no pronuncien palabras de muerte para Muhámmad!.. . Que tu corazón no abrigue odio alguno hacia él, y perdónale piadosa, para que Alá te perdone en la otra vida tus culpas y tus errores!...

-¿Que dices?... Imbécil! Por ventura ¿crees que estoy aquí para escuchar tus importunos ruegos y tus plañideras lamentaciones?... Antes que a mi venganza, renunciaría gustosa a la existencia ... Y quieres que le perdone! ...

-Pero ¿no habrá, sultana, no habrá -decía en la mayor desesperación y medio loca Âixa- medio alguno para aplacar tu cólera?... Alá es el más grande, pero es también el más misericordioso entre los misericordiosos!... Las súplicas de los fieles ahuyentan su enojo, y la oración y las buenas obras desarman su cólera omnipotente!... ¿No me oyes, sultana y señora mía?... -añadió la joven viendo que Sitti Máriam se apartaba de su lado sin darle respuesta, y arrastrándose en pos de ella por el suelo-. ¿No me oyes? ... Alá escucha la voz de todas las criaturas, lo mismo la del miserable que la del potentado, la del pecador que la del justo... ¿No hay nada que calme tu ardiente coraje? .. .

-Sí... -dijo al cabo la sultana-. Un solo medio existe...

-Habla pronto!... ¿Qué no podrá alcanzar del Príncipe quien posee su amor? -interrumpió la doncella con desgarrador acento y alentando una esperanza.

-Me inspiras desprecio!... Pero no sabes lo que dices... Eres, criatura vil, mi esclava, y me brindas protección!... Necio es tu orgullo, muchacha, como es necio y criminal tu amor desatentado por el Príncipe! Basta ya de inútiles palabras!

-Tú has dicho, sin embargo, señora mía -prosiguió Âixa sin hacer alto en la dureza con que Sitti Máriam la trataba-, que sólo para aplacarte existe un medio.. . Dime, por Alá, cuál es, y yo te juro, así Alá me maldiga, por tu cabeza y por la mía, que haré los imposibles para satisfacerte!

-¿No lo has comprendido aún, desventurada?... ¿De qué te sirven, pues, tus artes misteriosas?...

-Pero ese medio. .. -insistió la joven retorciéndose las manos desolada.

-Ese medio, es la muerte de Muhámmad! ¿No lo habías adivinado?...

Súbita reacción operóse en la doncella al escuchar declaración semejante... Alzóse de un salto, e irguiéndose soberbia, avanzó hacia Sitti Máriam con el rostro encendido por la desesperación y la ira, que le daban ánimo y energía inesperados.

-Pues bien, basta de súplicas -exclamó fuera de sí-. Me he arrastrado a tus plantas pidiéndote misericordia, y me has rechazado cruel, burlándote de mi dolor y de mi angustia!... Tú lo has querido, Sitti Máriam!... Y si has jurado la muerte de Abdul'lâh, si sólo con su sangre, para mí idolatrada, puedes como el lobo carnicero satisfacerte, yo te juro a mi vez, por la verdad de los cielos que Alá ha creado, por la bendición del Profeta, por Alá mismo, a quien no embarga ni estupor ni sueño, que mientras yo aliente no has de conseguir el logro de tus reprobados fines! Sí! ... Yo, mírame! Yo, la que llamas tu esclava miserable, colmándome de insultos, la infeliz criatura a quien en mal hora y con engaños arrebataste la libertad!... Y, sábelo, mujer orgullosa: si la ponzoña preparada para el Amir no ha colmado tus malditas esperanzas y tus inicuos deseos, yo, yo he sido quien

Librodot

lo ha impedido! Yo, que para defender y guardar al amado de mi corazón, débil criatura, sola, abandonada y pobre, me hallare siempre en tu camino, y siempre, como ahora, estorbaré tus planes con la protección divina! ... No me importa que llames a tus viles servidores... No me intimidan tus miradas, llenas de encono, ni me harán callar tus amenazas! ... Desafío tu cólera, aunque me tienes en tu poder indefensa!

Lanzó Sitti Máriam una carcajada burlona y despreciativa sobre la joven, y mal contenido su coraje,

-.Qué me importas tú?... -dijo-. ¿Crees que el demonio habría de pedirme cuenta de tu alma?... ¿Crees que sería para', mí tan difícil aplastarte con el pie como a reptil venenoso que eres?... ¿Crees que si la vida de mis hijos Ismaîl y Qais no respondiera de la tuya, no habría cerrado yo misma por mis propias manos y para siempre tus maldicientes labios? ... Que Alá me maldiga, si el día de mañana, no será el día en que el Sultán y tú no pagaréis vuestras deudas! ... Y ya que has conseguido librar esta noche de la muerte a tu enamorado, procura también, si puedes, que mañana no perezca!...

Y así diciendo, sin aguardar respuesta, salió del aposento, dejando a ixa trémula de coraje.

-Alá es el más grande!... No hay sino Él, el Eterno!... Sus arcanos son desconocidos para los creyentes! ... Cúmplase su voluntad! -murmuró al cabo la muchacha, dejándose caer desfallecida sobre un asiento.

-Pero -prosiguió al cabo de breves instantes levantándose agitada-, yo necesito saber lo que significa y lo que envuelve esa terrible amenaza que pesa sobre la vida del Sultán y sobre mi corazón como la losa de un sepulcro! ... Mañana, ha dicho! ... Quizá alguna emboscada!... Ilumíname. Señor! Haz que mis ojos penetren por una sola vez tus arcanos misteriosos!... Ayuda mi memoria!... Ah, sí!... Esa mujer es capaz de todo -dijo reflexionando- No era ilusión mi sueño! No era vano fantasma!... De nada habrá servido mi sacrificio, si no logro evitar la muerte de Muhammad!... No cuentes aún, mujer infame, con la víctima! Si el Señor de las tinieblas te ayuda y te protege, si Xaîtán el apedreado te auxilia, Alá en cambio guiará mis pasos! Mañana! -añadió como recordando-. Sí, es cierto, Mañana, me ha dicho el Sultán, en celebración del triunfo conseguido en las fronteras sobre los nassâríes y en honra de El Divisor[21], correrá cañas y lanzará bohordos en Bâb-u-Rambla!... Sin dudas esperas, despreciable criatura, lograr tu intento en la fiesta, y cuando el Sultán guerrero (¡ayúdele Alá!) rompa la primera lanza!... Oh! Eso debe ser ... Pero te engañas, porque estoy yo aquí para, impedirlo, y lo impediré! Te has olvidado en tu inicua ceguera de que el Sultán es la sombra de Alá sobre la tierra, a quien debe glorificarse, y aunque mi corazón no fuera suyo, le salvaría!! ...

Quedóse por un momento recogida meditando, y al fin, decidida, salió del aposento con paso rápido, para volver a él poco tiempo transcurrido.

Era ya pasada la media noche, y dentro del edificio no se escuchaba rumor alguno. ixa, envuelta completamente en los pliegues de ancho solhám[22] de lana que le cubría hasta los pies, y oculto el rostro por la capucha que llevaba echada hacia adelante, registró la casa; y sin duda encontró en ella todo conforme a sus deseos, porque sin vacilar, y llevando en sus manos un pequeño candil de cobre, encaminóse a la puerta de la disimulada alhenia.

Oprimió el resorte sin vacilación, pronunciando el santo nombre de Alá, y cuánta y

[21] Es uno de los títulos del Corán.
[22] Especie de manto con capucha: se coloca generalmente sobre el haique.

Librodot

cuán grande no sería su sorpresa, al ver que a su voluntad no obedecía!...

Una y otra vez intentó de nuevo hacerle jugar, y todos sus esfuerzos resultaron inútiles, lastimándose en balde las manos. Buscó entre sus ropas llena de desesperación una pequeña daga de que se había provisto, y pretendió forzarle, aunque sin resultado...

La sultana, sin duda, había previsto aquel caso! Estaba encerrada, y no podía salvar al Príncipe. ¿La habían también abandonado la clemencia divina, como estaba abandonada de todos?... No podía ser!... Alá no podía consentir que se cometiese aquel nefando crimen. Y urgía prevenir al Sultán, para que en las fiestas del ya cercano día no fuera vilmente asesinado!... Aquel, el único recurso con que contaba, volvíase como los otros en contra suya! ¿Y se había de ver detenida por semejante obstáculo?

Era preciso que Muhámmad tuviera aquella noche misma conocimiento de lo que ocurría, y lo tendría... Lo tendría! Pero ¿cómo?

En su desesperación, ixa revolvía mil proyectos a cual más irrealizable; y pareciendo al fin determinada, volvió a tomar el candil que había dejado sobre la taraceada mesilla. y con pasos precipitados abandonó la estancia.

Ligera como un fantasma, procurando acallar el ruido de sus pisadas sobre el pavimento, se deslizó por la galería, recorrió varios aposentos que halló en su camino, descendió la escalera que con los del piso inferior comunicaba, y hallando entornada la puerta, y dejando allí apagado el candilillo, salió al jardín, lleno de negras y medrosas sombras a aquella hora tan avanzada de la noche.

Trémula y agitada, sentía correr por sus venas fuego derretido; y la brisa, húmeda y fresca, templó el ardor febril que la abrasaba.

Parecía, ante lo apremiante y fatal de las circunstancias, haber tomado su partido, y sin detenerse, recorrió el jardín como una loca. Durante sus paseos solitarios, había más de una vez reparado en que por algunas partes no era tan alta la tapia que lo cercaba; así es que buscando uno de aquellos sitios, perdió ixa algún tiempo, aunque no sin fruto, porque al fin halló lo que afanosamente apetecía.

La tormenta de los pasados días había desmoronado parte de la cerca, y por allí, aunque con algún esfuerzo, no le sería imposible saltar a la calle.

Para fortuna suya, cerca del lugar crecía un arbusto, cuyas ramas, despojadas ya de su ropaje, le brindaban su auxilio; y arrojando lejos de sí toda vacilación, asióse a ellas, pretendiendo por este medio llegar a lo alto de la cerca.

Pero había contado demasiado con sus fuerzas la muchacha. Embarazábanle demasiado los vestidos, y sus manos, tan finas y delicadas, aunque la desesperación les prestaba inusitada energía, se destrozaban al contacto de la áspera corteza del arbusto. Despojándose del solhám, que arrojó al suelo, pudo ya con más facilidad trepar por las ramas, y al cabo, con un suspiro de satisfacción, se halló a horcajadas sobre el caballete de la tapia.

De un salto, y sin cuidarse de los inconvenientes con que tendría que luchar a la vuelta, si regresaba, púsose en la calle sin otro accidente, y trató en la oscuridad de orientarse.

El murmullo del río sirvióle de guía, y siguiendo el rumor de las aguas, no tardó en encontrarse al lado del pretil que las encauzaba por ambas márgenes.

El lugar era solitario, y hacíanlo imponente para la doncella la hora y la oscuridad que, semejante a un velo espeso de crespón, se extendía pavoroso sobre la ciudad dormida, confundiendo en inmensa mancha negra la tierra y el cielo a un tiempo mismo.

Librodot

-No impedirás ahora, sultana -murmuró para cobrar ánimo y mientras componía sus ropas-, que conozca Abdul'lâh tus inicuas maquinaciones ... Nada importa mi vida, la vida de esta esclava miserable, cual tú me llamas, y a quien crees tener aprisionada en tus manos, cuando se trata de salvar al Amir de los creyentes ... Te reías de mis amenazas!... Veremos ahora! Te he declarado la guerra, y con el auxilio del Todopoderoso, no será tuya la victoria.

¡Marchemos!

Y procurando reunir sus recuerdos, pues era aquella la vez primera que se hallaba sola en la ciudad, siguió cautelosamente aunque a buen paso por la orilla del río, llegando así al puente que le cruzaba frente al barranco sobre el cual se levantaban los torreados muros de Bâb-uluxâr, que daba entrada al foso de la Alhambra.

Allí ya, se detuvo indecisa y con angustia, sintiendo flaquear a pesar suyo el ánimo.

¿A dónde iría? Penetrar en la Alhambra a tales horas y llegar hasta el Príncipe, era locura. Sólo en aquel entonces, se le había ocurrido esta cuestión, en la que no obstante debía haber pensado, antes de hacer nada. ¿A dónde iría?... Ella no conocía a nadie, ni de nadie era conocida... ¿Tendría que renunciar a su empresa? ¿La abandonaría Alá en aquel trance? La soledad y las sombras no la amedrentaban ... Ella había creído en su aceleramiento que podría fácilmente llegar hasta el Sultán o alguno de sus más íntimos servidores; y ahora, que, venciendo toda suerte de obstáculos, se hallaba ya en la calle, no sabía el medio de que había de valerse para realizar sus propósitos...

El rumor acompasado de una patrulla que por el Zacatín parecía pronta a desembocar en la calle donde se encontraba, sacó bruscamente a Âixa de su abstracción, y sin darse cuenta de lo que hacía y como por instinto, corrió a refugiarse bajo el umbral de una puerta.

Pero era tarde: uno de los oficiales del prefecto de la ciudad, encargado por él de la vigilancia d, el barrio aquella noche, era quien al frente de unos cuantos subordinados, desembocaba con efecto por el Zacatín; habíala distinguido como una sombra vaga entre las densas que todo lo envolvían, y dio orden a sus gentes de avanzar en dirección del sitio en que la joven había procurado ocultarse.

Levantando hasta ella la luz de la linterna que en la mano llevaba, notó la agitación de que era visiblemente la doncella víctima; y disponiéndose a interrogarla, cuando ixa, sacando fuerzas de su propia flaqueza, solicitó de él hablarle aparte.

Accediendo a los deseos de aquella desconocida, separóse algunos pasos con ella el oficial, y la enamorada del Amir, con voz entrecortada, exclamó entonces:

-Soy portadora de una misión urgente y de importancia para nuestro señor el Sultán justo Abu Abdil'lâh Muhámmd (¡glorifíquele Alá y le proteja!), y no se de qué medio valerme para penetrar en la Alhambra, y hacer llegar al Príncipe el escrito.. . ¿Puedes tú, señor, facilitarme bondadosamente el camino, para cumplir las órdenes que tengo?...

-Si es cierto cuanto afirmas -replicó el oficial no extrañando lo que la joven le decía y creyendo sorprender alguna aventura galante del Sultán-, dame el billete, y yo haré que mañana esté en poder del Príncipe de los muslimes (¡ayúdele Alá!).

-Es imposible, señor, porque debo yo propia entregarlo, y ha de ser esta misma noche, pues mañana ya, sería demasiado tarde -replicó Âixa.

-En ese caso, muchacha, de nada puedo servirte, porque nadie se atrevería a turbar el sueño de nuestro señor el Sultán a estas horas en Granada -repuso el oficial-. Dí a tu ama -añadió- que tenga paciencia, y retírate, porque es tarde.

Librodot

-¡Oh, señor! No se trata de amor en este escrito -exclamó la joven angustiada, y desesperada de lograr sus generosos deseos-. No se trata de amor como supones ... ¿No debe el Sultán (¡glorificado sea su imperio!) tomar parte mañana en las fiestas que han de celebrarse en Bâb-ur-Rambla?...

-Así es verdad; pero si no se trata de amor en esa misiva, por Alá que no comprendo de qué otra cosa pueda tratarse en ella!...

-Por la santidad del Profeta te juro que es urgente, urgente para el Príncipe, y que a él solo interesa -dijo Âixa conteniendo su lengua, y no atreviéndose a dar otro detalle.

-Si tanto es, según tus palabras, lo que el billete de que eres portadora ha de interesar a nuestro señor, líbreme Alá de que yo por oponerme incurra en su enojo ... Ven conmigo, muchacha, y si a mí no me es dado penetrar sin justo y público motivo en el palacio del Príncipe a estas descompasadas horas, yo te conduciré delante de personas a quienes está permitido. Pero si es una burla -añadióno olvides que serás castigada.

-¿Dónde me llevas, señor? -preguntó la joven con sobresalto.

-No lejos de aquí vive el visir y Kátib Ibn-ul-Jatib, y con él deberás entenderte... Yo no puedo decirte más tampoco.

Volviéndose a los suyos, el oficial, seguido de Âixa, tomó por el puente el camino de uno de los barrios nacidos al pie de la colina roja, e internándose por él, a poco se detuvo delante de una puerta, descargando sobre ella varios y repetidos golpes.

Tardaron algún tiempo en dar respuesta; pero al cabo una voz varonil preguntaba por una ventana, y después de enterarse de la calidad del oficial, oyóse dentro ruido de pasos y de hierros, y en breve se abrió la puerta, por la que apareció levando un candil de latón, la figura de un esclavo negro.

-¿Quién eres tú?... -preguntó de mal talante y encarándose con Âixa-. ¿Qué buscas a estas horas en esta casa?

-No te importa quien sea -dijo la muchacha-. Busco a tu señor... Busco a Ibn-ul-Jatib.

-Duerme -contestó el esclavo- y por Alá que no seré yo quien le despierte. Vuelve de día, y entonces podrás verle quizás, sin importunar a nadie -añadió disponiéndose a cerrar la puerta.

-Es de orden de nuestro señor y dueño el Sultán! -exclamó ya perdiendo toda esperanza la doncella.

-Alá le proteja! -dijo el servidor deteniéndose-. Pero no acostumbra a servirse de tales emisarios.

-¿Qué sabes tú?... ¡Es una carta urgente! ¡Son órdenes que deben cumplirse antes de que el alba asome!... ¡Y si no avisas a tu señor, sobre ti caerá la cólera del Príncipe de los muslimes!

Ante tal imprecación, por Alá, que bien pudo no tenerlas todas consigo el pobre esclavo; y aunque vaciló un momento, la presencia del oficial, a quien había reconocido, tranquilizó su conciencia, por lo que, dejando abierta la puerta, se internó presuroso por el zaguán, llevándose consigo el candil.

Transcurrido no largo tiempo, volvió a iluminarse el zaguán, y envuelto en un haique, que le cubría de pies a cabeza, apareció un hombre, en que sin dificultad conoció ixa al secretario del Príncipe, por haberle visto en varias ocasiones.

-¿Dónde está la orden de mi señor el Sultán?... -preguntó dirigiéndose al grupo que formaban en las sombras el oficial de policía, Âixa y los agentes.

-Aquí la tienes -dijo la joven avanzando y entrando en el círculo de luz que despedía el

candil en las manos del esclavo.

-¿Quién eres tú?... -volvió a preguntar Ibn-ul-Jatib, pues él era, sin aguardar a que Âixa le entregara el billete que pocas horas antes había escrito, y al mismo tiempo que el esclavo levantaba el candil iluminando el rostro de la niña, medio oculto por el alharime de seda.

-¿Me conoces?... -preguntó ésta por su parte.

Lanzó un grito de sorpresa Ibn-ul-Jatib, e inclinándose respetuosamente delante de la joven.

-Pasa, señora mía, pasa adelante, y aunque esta casa sea indigna del favor de tu presencia, por Alá que no serás por ello recibida con menos veneración de la que mereces -dijo el secretario del Amir, con grande asombro del oficial y de sus gentes.

-El tiempo urge, y fío en ti-replicó la niña tranquila y gozosa al ver las muestras de respeto del kâtib-. Toma este escrito, y haz por que ahora mismo se entere de él nuestro señor y dueño ...

Y al notar la vacilación que se pintaba en el rostro leal de Ibn-ul-Jatib, añadió:

-Puedes leerlo; y si después no crees que por él deba ser molestado el Príncipe (¡prospérele Alá!), haz lo que mejor te parezca.

Tomó no sin sorpresa el secretario el billete que ixa le alargaba, y mientras lo llevaba a su cabeza en señal de obediencia, procuró la joven marcharse; pero ya el kâtib, a la luz rojiza del candilillo, había tenido tiempo de recorrer con la vista rápidamente aquel papel, donde ixa, había trazado pocas, pero expresivas palabras, sobrado elocuentes para no producir efecto en el ánimo del poeta, en cuyo semblante se retrató súbita ansiedad, así es que sin ocultar su inquietud, y extendiendo la mano hacia la enamorada del Amir, exclamó con tembloroso acento:

-Detente, por Alá, señora mía, y lleva tu bondad al punto de permitir que te hable breves momentos.

Adivinando lo que pasaba por el poeta, ixa se detuvo, y adelantando hacia el umbral de la puerta, penetró en el zaguán, donde, haciendo que el esclavo se retirase, dijo el kâtib:

-¿Sabes, señora, la gravedad de lo que contiene este escrito?...

-Sí -replicó la joven-, y los instantes son supremos. Por eso no he vacilado en exponerme, a éstas horas, salvando todos los obstáculos, y jugando la vida seguramente. No hay tiempo que perder, si hemos de salvar al Príncipe ... Ve pronto, pronto, así Alá te bendiga, y dile que yo, burlando la vigilancia estrecha de sus enemigos, he venido en persona a entregarte este escrito... Que su vida está amenazada ... Que no fíe de ninguno de los que le rodean, y sobre todo... que se guarde mañana de romper lanzas en Bâr-ur-Rambla como tiene prometido.

Y cubriéndose rápidamente con la capucha del solham, avanzó hacia la puerta, aprovechando el estupor de que se hallaba poseído Ibn-ul-Jatib.

-Tus palabras descubren a mis ojos horizontes desconocidos -dijo éste deteniéndola-. Yo haré que el Sultán nuestro señor conozca en breve lo que dice tu carta, y Alá, el Omnipotente, nos ayudará. ¡Alá vela por sus criaturas! Pero no te vayas así, o déjame que te acompañe a tu morada, o acepta la hospitalidad con que te brindo en la mía...

-¡Que el Excelso premie tus buenas intenciones! Pero más importante que mi vida es la vida del Amir ... De un momento a otro puede ser advertida mi ausencia, quizás ya lo haya sido, y esto podría comprometer seriamente nuestro negocio... ¡Que la misericordia

de Alá nos ayude!

-¡Que ella te acompañe y te preserve de todo mal!... -contestó Ibn-ul-Jatib, a tiempo que ixa ya en la calle de nuevo, echaba a andar aceleradamente.

El oficial, comprendiendo por cuanto había visto que la desconocida era persona de importancia, apresuróse a acompañarla seguida de sus agentes, mientras ella, abriendo el corazón a la esperanza, y tranquila ya respecto de la suerte del Amir, caminaba rápida por la orilla del Darro, no tardando en llegar delante de la tapia por donde había saltado.

Hasta aquel momento -tan embebida había caminado-, no advirtió que el oficial la seguía; y como viese la dificultad de trepar a la tapia, pidióle auxilio, que él se apresuró a prestarle, y exigiéndole el secreto, merced a una escalera que le pudo ser facilitada, subió sobre la albardilla del muro y se deslizó al jardín.

Atravesóle temerosa, y hallando entornada la puerta de la casa, según ella la había dejado, respiró tranquila, segura de que nadie había notado su ausencia, y se encerró en su aposento.

-¡Oh! -exclamó cayendo desfallecida sobre los blandos almohadones del sofá-. ¡Ahora puedo morir!... ¡Mi vida por la suya!... ¿Qué mayor ventura?... ¡Sitti Máriam,

Sitti Máriam, no lograrás tu intento! ¡Bendito sea la misericordia de Alá!

Con mano presurosa, despojóse de sus vestiduras; y entregando el espíritu a goces hasta entonces no logrados, abandonó su cuerpo al sueño entre las ropas perfumadas del blando lecho.

XIII

Mientras la enamorada ixa ponía audazmente en ejecución su pensamiento, y hacía entrega aquella noche al celebrado poeta Ibn-ul-Jatib del billete escrito por ella el Sultán (¡Alá le haya perdonado!), verificábanse no lejos de aquel sitio acontecimientos de importancia e íntimamente enlazados con los que se habían desarrollado en presencia y con la intervención misma de la joven.

El estado de ánimo del Príncipe, al separarse de ella, no podía ser más aflictivo. Sabía a qué atenerse en orden a sus parientes, y no era ya misterio para él, que procuraban su muerte a todo trance. Arrepentíase Muhámmad de su benevolencia; deploraba la debilidad con que había procedido respecto de ellos, pues no se le ocultaba que con su vida lo que pretendían al par era el dominio de los muslimes de Alandalus.

Así pues, decidido a proceder con energía, cuando llegó a los aposentos destinados para su uso en el alcázar de los Bani Nassâres, hizo llamar al arraís de sus guardias Abd-ul-Málik, que le había seguido y acababa de separarse del kátib, y dándole orden de que llevase a su presencia a los dos príncipes Ismaîl y Qais, sus hermanastros, celebró con ellos larga conversación aquella noche, de la que adquirió la evidencia de que su madrastra y su primo Abu Saîd, tenían con dádivas y con promesas sobreexcitados los ánimos de aquella parte de la población más apegada a las luchas intestinas que a esgrimir las armas contra los guerreros castellanos.

Entregando a la vigilancia del arraís los dos príncipes, de cuya inocencia no tuvo duda, resolvióse al propio tiempo a libertar a ixa del poder de Sitti Máriam. pues ya no le era necesaria la peligrosa permanencia de la joven cerca de sus personales enemigos; porque

Librodot

si bien hubo un momento, en que las circunstancias parecieron justificar sus sospechas respecto de ella, la reflexión le hizo comprender por último, que cuando su enamorada no había pronunciado palabra alguna alusiva a los proyectos de que le había hablado en el billete de la mañana, no sería ciertamente por su voluntad, y que al arrojar al suelo como lo había hecho la hermosa fruta confitada, debía ser porque acaso fuese aquel el arma homicida de que pretendía valerse la sultana.

De cualquier modo que fuese, resultaba evidente para él que la niña no era digna de sus sospechas, sino muy por el contrario merecedora de todo su cariño, con lo cual, despidiendo a los sirvientes que esperaban sus órdenes, entregóse al descanso, deseoso de que la luz del sol le permitiera realizar prontamente todos sus proyectos.

No habían mentido ciertamente los príncipes al asegurar a Muhámmad que la sultana y el bermejo Abu Saîd promovían y estimulaban el descontento entre los veleidosos granadinos; pero ni Ismaîl, que era el mayor, ni mucho menos Qais, conocían en toda su extensión los planes de su madre y de su primo, y por ello, con verdad, no pudieron decirle que aquella noche en el populoso Zacatín debía celebrarse una de las muchas reuniones que celebraban los conjurados, y acaso la más interesante de todas ellas.

Desde que Córdoba y Sevilla, como Valencia y Murcia, habían caído en poder de los cristianos, y Almería y Málaga habían perdido su importancia mercantil y política, era sin disputa el Zacatín el primero y principal de los mercados existentes en los dominios islamitas de Alandalus. Tenían allí sus tiendas multitud de mercaderes, a quienes sonreía la fortuna, y sobresalía entre todos ellos por sus riquezas innumerables, un judío de edad madura, que había buscado en la floreciente capital del reino de los Alahmares refugio al fanatismo intransigente de los castellanos.

Ambicioso por naturaleza, e hipócrita y astuto por carácter, como todos los de su raza, manifestó desde un principio intentos de apoderarse de la recaudación de las rentas en todo el reino, pretendiendo hacerse con el almojarifazgo y la voluntad del Sultán, cuando a la sazón era todavía muy reciente el triste acontecimiento por el cual heredaba el solio granadino el Príncipe Abu Abdil'lâh Muhámmad V, cuya buena fe y cuya juventud aspiraba a sorprender, abusando de su inexperiencia.

Confundido en la cohorte de aduladores ambiciosos de mando, que acudía ávida al alcázar donde residía el Amir, fueron inútiles todos los esfuerzos para lograr sus propósitos, siendo una vez y otra vez enérgicamente rechazado por el joven Sultán sin escucharle; y conocedor de las secretas intrigas que comenzaban a urdir entonces la sultana Sitti Máriam y Abu Saîd, sedientos ambos de caer sobre el imperio granadino, como cae el buitre sobre la presa codiciada, buscó sagaz el medio de asociarse a ellos, y abrazando su causa con fingido entusiasmo, consiguió ser para ambos indispensable, con la esperanza de que el día de la victoria, el triunfo habría de ser para él seguramente.

La casa en que habitaba era una de las mejores sin disputa en todo el barrio: extensos almacenes, donde se confundían los productos granadinos, tan afamados como los del extremo Oriente, y los del África, y donde se ofrecían en conjunto extraño los frutos de la naturaleza con los del arte y de la industria de todos los países, ocupaban entera la planta baja del edificio, hallándose convertido en depósito de mercancías el piso superior hasta el extremo que apenas en él tuviera habitaciones ni para su persona, ni para las de su familia. Tenía además el edificio un recinto subterráneo, desconocido para los demás comerciantes, y donde cuatro años hacía solían reunirse los conspiradores, bien seguros de que en tal paraje no podrían ser descubiertos por la policía del confiado Muhámmad.

Librodot

Pocos momentos antes de que ixa hubiese puesto en ejecución su atrevida empresa para salvar la vida de su amado, y apenas se hubo separado de la aterrada joven, la sultana Sitti Máriam, envuelta en ancho ropón y cubierto el rostro por la capucha del solham, penetraba resuelta y rápidamente por la estrecha calle que forma el Zacatín, sin parar mientes en las cuadrillas de carpinteros y pintores que, a la luz resinosa de las antorchas, trabajaban en Bâb-ur-Rambla para levantar el palenque, destinado sin duda para las fiestas que con todo aparato habían sido anunciadas por la ciudad en los tres días anteriores, y debían al cabo celebrarse en el siguiente.

Antes de llegar la sultana a uno de los puentecillos que ponían en comunicación desde el Zacatín ambas orillas del Darro, detúvose delante de la casa del judío, allí situada, y dio discretamente varios y acompasados golpes sobre la puerta con el anillo de hierro que de ella pendía, esperando breve tiempo, al cabo del cual, abrióse aquella en silencio y cual movida por un resorte, y en medio de las oscuras sombras, oyóse el eco de una voz que en tono misterioso pronunciaba la siguiente salutación, contraseña acaso por la cual debían ser reconocidos los traidores:

-¡Assalâm-u-alâ man-it-tabaa-l-hudâ![23].

-¡Assalâm-u-alâ áhl-is-salâm![24] -respondió la sultana en el mismo tono misterioso, y franqueando la puerta, que volvió a cerrarse detrás de ella con igual silencio.

Iluminóse entonces el estrecho zaguán, y la sombra de un hombre se dibujó oscilante sobre los muros. Echando a andar sin que sus labios hubieran pronunciado palabra alguna, se dirigió por largo corredor sombrío hacia una abertura practicada al fondo del mismo y que daba paso a los almacenes del judío; allí, caminando siempre delante y sin volver la cabeza, pero persuadido de que el visitante le seguía, cruzó hábilmente por entre los fardos amontonados, y llegó a un ángulo del edificio, donde levantó no sin esfuerzo le pesada piedra que ocultaba la boca de un pozo, oscuro y frío.

Asomándose a él, dejó oír un silbido prolongado y tenue, que repitieron las angostas paredes de aquel antro, y poco después, una gruesa escala de cáñamo retorcido era sujeta por invisible mano en la boca del pozo.

Sin manifestar extrañeza alguna, la sultana comenzó a descender por la escala con ligereza increíble y como persona habituada a tal ejercicio, viéndose obligada en la mitad de su descenso a detenerse para contestar a nuevas preguntas que misteriosamente también y con lúgubre entonación, le eran dirigidas desde el fondo, sumido en las tinieblas. Contó veinte peldaños más, y halló el término de la escala, sintiendo entonces que en las sombras una mano se apoderaba de las suyas, y que atraída de esta suerte, sus pies tocaban, húmedo y resbaladizo, el piso de una galería abierta horizontalmente en una de las paredes del pozo, cuyo orificio superior se había cerrado.

Al final de la galería, por donde caminó conducida siempre por la misma mano, halló una escalera cuyos peldaños bajó en silencio, llegando así a una puerta, delante de la cual el guía se detuvo; abierta a una señal, dejó al descubierto vasto recinto abovedado de ladrillo, profusamente iluminado por la luz de varias antorchas colocadas a lo largo de los muros.

Traspuesta aquella entrada, la puerta volvió a cerrarse, y la sultana y su guía penetraron en el subterráneo, donde a la sazón se encontraban reunidos algunos hombres,

[23] ¡Salud a aquellos que siguen la buena dirección!
[24] ¡Salud a las gentes de la salud!

Librodot

en cuyos rostros veíase retratado el afán vivísimo que les dominaba, el cual no estaba exento de inquietud ciertamente.

Sobresalía entre los circunstantes, por lo gallardo de su apostura, la riqueza de su traje y lo rojo de su barba, el príncipe Abu Saîd, por esta última causa apellidado El Bermejo, quien al distinguir y reconocer a la sultana, se adelantó con marcadas muestras de impaciencia a recibirla, adivinando en el gesto que contraía las facciones de Sitti Máriam que todo se había malogrado por entonces, defraudando sus esperanzas. y que el Sultán vivía.

-¡Xaitán nos abandona! -exclamó la madrastra del Amir así que estuvo en el centro de la estancia, dejándose caer furiosa y como fatigada sobre la esterilla de juncos que cubría el pavimento-. Aún vive el Sultán (¡Alá le confunda!). ¡Todavía alienta nuestro enemigo! ... Fuerza es ya que concluyamos de una vez, si hemos de alcanzar el logro de nuestros deseos.

-Lo esperaba, sultana -replicó Abu Saîd lentamente y con sombrío acento-. Lo esperaba, y nadie más que tú tiene la culpa... Si en lugar de esos filtros, que tanta fe te merecían, hubieras aceptado mi proyecto desde un principio, tiempo ha que Muhámmad habría gustado en el yahannam el fruto amargo de Zaqqúm y Guislín[25], sin que nadie hubiera podido impedirlo.

-,Yo no quería la violencia!... ¡No quería sangre! -repuso Sitti Máriam-. Pero ya que es preciso y los momentos son preciosos, pues tú, oh Abu Saîd, te ofreciste a dar por tú propia mano muerte a ese maldito engendro del demonio, en cuya diestra permanece ociosa la espada invicta de Alahmar (¡Alá le haya perdonado!), sea tu fuerte brazo, ¡oh descendiente de los Alhmares! el que libre a Granada y a los siervos del Misericordioso de la odiosa tiranía en que viven. ¡Y ya que todo por prevención tuya se halla preparado, que mañana, cuando en Bâb-ur-Rambla se presente a correr lanzas orgulloso, seas tú el intérprete y ejecutor providencial de la justicia! ¡Que tu corazón y tú mano no tiemblen! ¡Qué el hierro de tu lanza separe su alma de su cuerpo!

-¡Así será, no lo dudes! -exclamó entre el murmullo aprobador de los circunstantes el príncipe-. ¡No otra era la ambición que abrasaba mis entrañas! Yo te prometo por mi barba -prosiguió avanzando hacia Sitti Máriam con una mano sobre el pecho y los ojos fijos en la ahumada techumbre de aquel lóbrego recinto-, que mañana, cuando se crucen en Bâb-ur-Rambla su lanza y la mía, buscará sin vacilación el agudo hierro de mi pica, entre el oro de su marlota el lugar donde oculto late el aborrecido corazón del que aún se llama Príncipe de los fieles.

-Juremos todos -añadió desnudando con arrogancia la espada que ceñía-, juremos en nombre del Islám, cuya causa defendemos, que si mañana vacilara mi mano, o falsease el golpe de mi lanza (¡Alá no lo permita!), os bastaréis vosotros para enviar a las profundidades del infierno el alma de nuestro odiado enemigo, y que sabremos morir defendiendo la justicia.

Juraron todos unánimes, conforme a los deseos de Abu Saîd, y aplacado un momento el rumor producido, encomendándoles la prudencia, el príncipe despidió a los conjurados, diciendo:

-¡Os dejo en las manos de Alá! ¡Que Él os proteja!

-¡Que Él nos reúna en la hora afortunada! -replicaron abandonando silenciosamente el

[25] Arboles cuyo fruto, según el Corán, sirve de alimento a los condenados.

Librodot

subterráneo, y uno a uno la morada del ambicioso judío, para prepararse a la fiesta del siguiente día. No tardaron mucho en imitarles Abu Saîd y Sitti Máriam, quedando a cargo de ésta el imponer a Âixa el severo castigo a que por su desobediencia se había hecho la esclava acreedora, luego que hubiere sido asesinado el Sultán y estuvieran por consiguiente libres el príncipe Ismaîl y su hermano.

Decretada estaba, pues, la muerte de aquel joven generoso y valiente que, dueño del imperio granadino, y ansiando emular los gloriosos triunfos de su infortunado padre Abu-l-Hayyây (¡hóyale Alá recompensado en la otra vida!), aspiraba por medio de una paz bienhechora a engendrarle, preparándose a más altas empresas, con el fin de extender en su día y hacer prevalecer sobre las religiones todas la ley santa del Islám, predicada por el Profeta. ¡La bendición de Alá sea sobre él y los suyos!

Y entretanto ¿qué podía esperar Âixa, aquella niña cuyo único delito había sido amar al Príncipe de los fieles, y que el acaso había fatalmente puesto en manos de la sultana, entregándola ahora indefensa al odio cruel de su mortal enemiga?

No era dudoso por desgracia: negros pensamientos de muerte bullían en el cerebro de Sitti Máriam, y era seguro que no negaría a ambos amantes la dicha de beber juntos el agua del Iasmîm[26], bien que no sin destrozar antes el corazón de la enamorada doncella, ofreciendo ante sus ojos sobre la arena en Bâb-ur-Rambla, el sangriento cadáver de su adorado.

Aquel día, tan temido por unos y tan deseado por otros, amaneció al fin sereno y hermoso: no manchaba el puro azul del cielo la más ligera nube, y el sol brillaba en el espacio, derramando alegría.

Distinguíanse a lo lejos, a una parte, los enhiestos picos de Yabal-ux-Xulair, reflejando como sobre bruñida coraza en su eterna envoltura de reverberante nieve los ardientes rayos del sol, y Yabal-ul- Úqâb, con las ruinas abandonadas de la antigua Elvira, aún envuelta en la azulada neblina de la mañana, se levantaba hermoso al otro extremo, Medina-Alhambra, iluminada espléndidamente por la sonrisa ardiente de los cielos, semejaba una ciudad de fuego, recordando así la ocasión suprema en que fueron sus esbeltos torreones y sus macizos muros levantados por los árabes.

Todo era animación en Granada: circulaba la gente engalanada y gozosa como en los días festivos de la cercana Pascua mayor, y resonaban las calles de la población con los cantares alegres y jubilosos de la muchedumbre.

Desde bien temprano habían proseguido los carpinteros su tarea, no terminada en la noche anterior, y multitud de banderolas y gallardetes adornaban ya el circuito destinado para la fiesta, flotando a merced de la juguetona brisa de la mañana, mientras el arrayán, el mirto y el laurel alfombraban bien olientes y con profusión las calles próximas a la explanada de Bâb-ur-Rambla, y principalmente el Zacatín y la cuesta que hasta Bâb-ul-Uxâr en el recinto fortificado de la Alhambra conducía.

Las casas vecinas al lugar de la fiesta habían adornado sus escasos ajimeces, sus ventanas y sus azoteas, con paños de sedas de tan distintos colores, que no parecían los muros sino extraño y continuado pendil, esmaltado por multitud de flores, o inmenso chal, tendido de uno a otro extremo de la plaza.

Comparsas de músicos recorrían la ciudad, llenando los aires con los acordes de sus varios instrumentos, entre cuyos ecos sobresalían el del bullicioso adufe, pandero que

[26] Fuente en cuyas aguas apagan su sed los próximos a Alá: los que van a morir.

Librodot

marcaba los compases, y de la dulce axxabâba, el estridente del rabel, el grave del attabal, el majestuoso del albo que, el agudo del añafil, y el estrepitoso de las alegres karkabas o castañuelas, que eran incesante y diestramente agitadas entre los dedos por muchachas danzadoras.

Todo aquel movimiento y aquella animación inusitada, que hacía aún más grato lo hermoso del día, reconocía por causa la fiesta con que el Sultán generoso Abu Abdil'lâh Muhámmad V obsequiaba a sus vasallos el Bâb-ur-Rambla; y como era la primera que se celebraba desde que fue exaltado al solio por muerte del magnánimo Abu-l-Hayyáy, su padre, y el espectáculo no era sino muy del agrado de los granadinos, habíase publicado por medio de pregones tres días consecutivos, y de los pueblos, de las alquerías y de los lugares inmediatos a Granada, así como de Málaga, de Guadix y de Almería, habían acudido tantas gentes, que se hacía el tránsito difícil por las calles, no bastando la espaciosa explanada de Bâb-ur-Rambla para contener la muchedumbre.

Cuando hubieron terminado los carpinteros de colocar la última tabla y de clavar el último clavo en el cadalso destinado a los músicos, la multitud prorrumpió en gritos de alegría; y aunque hasta la hora de addúhur[27] no debía dar comienzo la fiesta, cada cual buscó un sitio donde acomodarse en torno del palenque, y como si hubieran obedecido a una consigna, invadían a torrentes la explanada confundidos y alegres, granadinos y forasteros, regocijándose de antemano con los lances que habían de ocurrir en el guerrero simulacro. Coronaba las azoteas multitud impaciente, escalaban los más curiosos y atrevidos las ventanas, y se producía continuo y general movimiento, parecido al incesante flujo y reflujo de la marea.

Poco antes de la hora convenida, y abriéndose con dificultad paso entre aquel océano viviente, los músicos, vistosamente ataviados, subieron al cadalso, y aunque ante el asordante bullicio no esperaban hacerse oír, comenzaron a tañer sus instrumentos, dando tiempo a que desembocase en Bâb-ur-Rambla una de las cuadrillas de jinetes, bizarramente vestidos, ocasión en la cual resonaba en el espacio universal grito de entusiasmo que obscureció las albólbolas y los lelilíes con que las mujeres acogieron la presencia de los justadores.

ixa entretanto, presa de mortal incertidumbre, y obedeciendo las órdenes de la sultana, se abandonaba en manos de las esclavas que en balde se ufanaban por realzar las gracias y la incitante hermosura de la joven. Con refinada crueldad Sitti Máriam quería que ésta presenciase el militar simulacro, segura de que en él hallarían termino sus reprobadas ambiciones con la muerte del Amir; y la pobre niña, temerosa de la ineficacia de su aviso, o de que no hubiese éste llegado a tiempo al Príncipe, temblaba entre horribles angustias, las cuales demudaban en ocasiones su semblante, haciéndole palidecer, así como otras veces parecía transfigurada con los alientos de la esperanza.

-No hay duda, por Alá -pensaba con ironía en medio de sus temores- de que la sultana es obsequiosa conmigo, y que nunca podré pagar debidamente las bondades con que me distingue... ¡Por la santidad del Islám, que es implacable como el destino, y cruel como la muerte!... ¡Aún no está satisfecho su corazón de hiena! ¡Acaso crea que no son todavía bastante grandes los dolores con que ha herido mi corazón, y tal vez piense que no es mucho padecer el obligarme a ser verdugo del Amir, cuando sabe que le amo, y que por él daría mi vida!... ¡Sin duda juzga que es posible mayor tormento, y quiere que presencie

[27] La hora del medio día.

Librodot

la agonía del Sultán, a quien pretende dar la muerte!... ¡Pero no será así!... ¡Alá es justo y poderoso, y en Él fío!...

-¿Qué mi importan estas galas -prosiguió reparando en el lujoso traje que le habían vestido las esclavas-, si soy como ellas una sierva miserable, sin voluntad y sin fuerza para impedir que se cumplan los terribles decretos de esa mujer ambiciosa e infame? ¡Galas, cuando debo quizás cubrirme de luto! ¡Joyas, cuando debía correr en busca de mi amado para ahuyentar el ángel de la muerte que agita ya las negras alas sobre su hermosa cabeza! ¡Si Muhámmad, con la protección de Alá, triunfa hoy de las asechanzas de sus enemigos; si, como ayer, logro desbaratar los inicuos planes de éstos, cuán feliz habrá de ser, Excelso Alá, ésta, la última de tus criaturas! ... ¡No le abandones piadoso, tú que no abandonas al que sigue tus consejos y obedece tus mandatos supremos: y cuando libre y dichoso puedan mis ojos verle, me arrojaré a sus plantas, y mis labios le dirán entonces lo que tanto tiempo le han callado a pesar mío!... ¿Has querido, sultana, que presencie la muerte de Abdul'lâh? ... Con el auxilio del Omnipotente, espero contemplar tu derrota, y si mi alma fuese como la tuya, por Alá que no quedaría satisfecha hasta verte en brazos de Tâgût (¡maldito sea!). ¡Él es tu protector y apoyo, y el dueño de tu espíritu reprobado!

Habían ya terminado su tarea las esclavas, cuando ixa llegaba a este punto de sus reflexiones; y como la hora se acercaba, desprendió la joven con un movimiento de cabeza el vaporoso izár que pendía de la ostentosa albanega, y envolviéndose en él como en una nube, después de asegurarse de que el alharime bordado sólo dejaba al descubierto sus negros ojos, echó a andar, atravesando varios aposentos.

Momentos después, y acompañada de dos servidores, de los cuales uno iba delante abriendo paso, mientras el otro caminaba en observación a la zaga, cuando los músicos hacían resonar en Bâb-ur-Rambla sus instrumentos, llegaba por detrás de la alcaisería a una de las casas que daban frente al lugar de la fiesta, y tomaba asiento, sólo por excepción acaso, en uno de los ajimeces del edificio, por entre cuyas cruzadas celosías echó rápida ojeada con el corazón palpitante, distinguiendo desde allí cómo se extendía y agitaba la inmensa muchedumbre, que había invadido las avenidas todas de la plaza, ansiosa de contemplar el espectáculo.

El remolino que de súbito formó la gente, guió sus miradas a uno de los extremos del ancho recinto, y con indecible ansiedad vio por el Zacatín desembocar lucida tropa de jinetes, gallarda y lujosamente ataviados, y cuyas monturas, marchando al paso por entre la multitud, levantaban con orgullo las cabezas, de que pendían infinidad de lazos y de cintas, así como de las trenzadas crines.

Ostentaban los caballeros en sus trajes pintorescos los matices verdes y blanco, que enriquecían estrellas de plata y cintas y lazos de los mismos colores, los cuales se ofre

cían diestramente combinados en el adorno de sus cabalgaduras, en los arneses, y en todos los arreos, que eran de sorprendente gusto.

Iba delante, apuesto y erguido, el príncipe Abu Abdil'lâh Muhámmad, conocido y designado generalmente por Abu Saîd, oprimía los lomos de hermoso caballo, negro, como el terciopelo, de bella estampa, ancho de pechos, nervioso de brazos, fogoso y un tanto indócil, el cual tascaba el freno obligado por la diestra mano del jinete.

Bien se echaba de ver lo encumbrado del linaje de éste en el lujo que desplegaba en su persona, y en los arreos de su montura aparecían mezclados vistosamente la plata y las piedras preciosas, las cuales eran, tanto en él como en los caballeros de su cuadrilla, esmeraldas y perlas, por conservar los colores con que habían de distinguirse en el

Librodot

simulacro.

Vestía marlota de brocado, blanca toda ella, y cuyas mangas, de sirgo verde, se rizaban caprichosamente, dibujando el contorno de su nervudo brazo; cubría su cabeza un bonete damasquino, adornado con dos únicas plumas, verde la una y blanca la otra, y ambas oscilaban blanda y acompasadamente a cada movimiento del príncipe, o mecidas por el suave vientecillo que templaba los ardores de un sol brillante y un día de calma, como era aquel en que Granada se disponía a disfrutar de uno de sus placeres predilectos, y de que hacía no poco tiempo se veía privada.

Entro en la arena con la frente alta, el labio sonriente, alegres ojos y la faz serena, sin afectación ni arrogancia; y al llegar frente a la azotea donde Sitti Máriam se hallaba en medio de su servidumbre, saludó con una sonrisa, y a la cabeza de los suyos dio una vuelta en torno del palenque, yendo a colocarse por último con su tropa frontero a la sultana.

La música no había cesado, al mismo tiempo, de resonar, aunque apagada entre el griterío de los espectadores, a quienes seducía sin duda la apostura del Bermejo Abu Saîd, cuando le aclamaban con regocijo de uno a otro extremo de la plaza.

Las damas agitaron por entre las celosías y por los terrados sus bordados pañuelos de muselina blanca, que semejaban, así movidos, inmensa bandada de palomas, y todos aguardaron con visible impaciencia la llegada de la otra cuadrilla, a cuya cabeza debía aparecer el mismo Sultán, para honrar más la fiesta.

Largo espacio transcurrió sin embargo antes de que tal sucediese; circulaban entre la multitud las noticias más contradictoras y las especies más absurdas, sin que nadie pudiera con efecto explicarse la tardanza del Amir; la sultana Sitti Máriam y Abu Saîd sobre todo, temían que aquella ocasión tan propicia se escapase de sus manos si el Sultán no llegaba por cualquier accidente inesperado, y ya la muchedumbre y los justadores se impacientaban, aunque sin atreverse por respeto a hacer demostración alguna, cuando por la misma calle del Zacatín se oyó el rumor de muchos instrumentos, penetrando entre el universal griterío en el palenque hasta veinte ligeros jinetes, delante de los cuales cabalgaba sobre un potro tordillo, fogoso y vivaracho, un apuesto mancebo, a cuyo paso gritaba con entusiasmo la muchedumbre:

-Gloria a nuestro señor el Sultán generoso Abu Abdil'lâh Muhámmad. ¡Bendígale Alá!

Espléndido y verdaderamente regio era-el atavío del jinete que capitaneaba la segunda tropa, y en su vestido y montura, lo mismo que en los de sus caballeros, resplandecían en feliz combinación vistosa, el oro, el azul y el rojo. Cruzaba su pecho ancha banda de color azul, limpio y brillante, que semejaba el cielo, y sobre él, alrededor del mote distintivo que dio a los Alahmares Fernando el Santo de Castilla, multitud de estrellas de oro resplandecían a los rayos del sol como chispas de fuego.

De fino ricomás de sedas y oro, en que predominaba el color grana, era la aljuba, de ancha y graciosa manga adornada de cabetes dorados, y de haldas enriquecidas con labores de cordoncillo de oro, como el pecho, cubriendo la cabeza airosa toca azul sobre la cual destacaba afiligranado

broche de aquel metal precioso y de rubíes; la silla, las riendas y toda la guarnición del caballo, eran de terciopelo carmesí ricamente bordado en oro y de cobre esmaltado, pendiendo del pretal, como del cabo de las riendas, hermosos borlones de seda azul de diverso tamaño y hechura.

Llevaba el jinete oculto el rostro por el izár, a través del que brillaban unos ojos negros

Librodot

y expresivos; y aunque no dejo de sorprender a algunos que el Sultán se presentase en esta forma, nadie al cabo hubo de extrañarlo, estimándolo cual muestra de excesiva delicadeza en el Príncipe de los creyentes, a fin de ofrecer por tal camino mayores ventajas a quien con él justase, y a quien impondría respeto sin duda en otro caso, la idea de que era el Amir su competidor, tanto más cuanto que los caballeros de su cuadrilla llevaban de igual suerte cubierto el semblante. y no era fácil del todo el distinguirle entre ellos.

Al penetrar en el anchuroso palenque, dos mujeres habían clavado en él sus ojos con igual ansiedad, aunque intención diversa: y si alguien que no fuese el mismo Alá hubiera podido contemplar su rostro bajo los pliegues del alharime, habría comprendido desde luego los encontrados sentimientos de sus almas.

Una de aquellas mujeres era la sultana Sitti Máriam: en su mirada, recelosa y ardiente al par, parecía reconcentrado su encono entero, de tal manera, que si sus ojos hubieran podido lanzar la muerte, habría el Sultán dejado de existir antes de dar comienzo a la esperada fiesta.

Âixa era la otra; y en su semblante demudado y lívido por la emoción, en el sobresaltado latir de sus entrañas, en la agitación de todo su ser, y en la tensión de sus músculos, hubiérase podido conocer los tormentos indecibles que en aquel instante solemne padecía... ; Si le hubiera sido dable por entre el calado de la celosía llamar la atención del Príncipe y prevenirle del inminente riesgo que le amenazaba!

Dio la lucida tropa una vuelta en torno del palenque, y saludando su caudillo a la sultana, como Abu Saîd lo había hecho, fue a colocarse frente a frente de la cuadrilla que capitaneaba El Bermejo, no sin haber dirigido antes ceremonioso saludo a su cortés contrario.

En tal disposición, se reunieron por medio de hábiles evoluciones ambas tropas, y juntas recorrieron la arena al compás de las músicas y de los gritos de alegría y las aclamaciones de la apiñada muchedumbre.

XIV

Los sitios más próximos a las barreras, donde mayores debían ser la animación y el bullicio, y donde no sin dificultad habían logrado puesto los más madrugadores sin duda, eran no obstante los más silenciosos, en medio del general ruido y la algazara propios de la fiesta, advirtiéndose entre la gente del pueblo que ocupaba aquel lugar codiciado, grupos de personajes ceñudos y de misteriosas miradas, que ni aplaudían ni voceaban ante los alardes de habilidad y de destreza en que se extremaban a porfía los caballeros del uno y del otro bando.

Recorrían estos grupos, de tiempo en tiempo, abriéndose paso con violencia entre aquella masa de carne humana, otros personajes no menos misteriosos, sin que nadie echase de ver ni hallase nada de particular en aquellas inteligencias, y sin que el aspecto sombrío de tales individuos, a quienes nadie conocía, tomándolos por forasteros, turbase la alegría de los demás, que hubo de estallar ruidosa y ardiente en el momento en que después de haberse reunido caprichosa y pintorescamente, las cuadrillas se disponían a

separarse para luchar cada uno de sus caballeros en opuesto bando.

Sítti Máriam y ixa, sin embargo, no apartaban la mirada de los dos capitanes: la una, como queriendo comunicar al príncipe Bermejo con sus ojos todo el odio, todo el rencor de su alma, para que en momento decisivo no flaqueara su brazo ni desfalleciese su corazón, al cual quedaba confiada su venganza; la otra, considerando ya de todo punto imposible, sin un milagro, el salvar la vida del temerario Amir de los muslimes, si era, como suponía que Ibn-ul-Jatib le había a tiempo entregado su billete.

Al llegar ambas tropas delante de la azotea donde se hallaba la sultana, que era precisamente el sitio señalado por los jueces del campo, separándose por medio de graciosas evoluciones los caballeros de la una y de la otra parte, armados todos ya de pequeñas lanzas corteses, adornadas con flores, lazos y cintas, que, combinadas por modo caprichoso, daban siempre por resultado el de los colores elegidos por cada uno de los bandos.

En medio de los acordes de la música, resonó la nota aguda y penetrante de los añafiles, y ambas cuadrillas, ordenadas por sus capitanes de antemano, se embistieron a aquella señal lanza en ristre.

Palmoteaban las damas detrás de las celosías, y el populacho manifestó con estruendosa explosión de aplausos su contento, mientras la lucha general se individualizaba, y los jinetes, confundidos al principio del encuentro, se iban separando en personales escaramuzas.

Abu Saîd habíase naturalmente colocado desde el primer momento a la cabeza de los suyos, de manera que, sin afectación, se hallase frente a frente del caudillo del opuesto bando, como correspondía; y a la señal hecha por los añafiles, picando su cabalgadura, cual por su parte el contrario, se había arrojado sobre él, si bien esquivando diestramente el encuentro, abatía con exquisita cortesía su lanza, y pasaba de largo, inclinando la cabeza en muestra de respeto.

Revolviendo después entrambos sus caballos, tornaban a citarse de nuevo, y lanza en ristre partían el uno contra el otro, procurando mutuamente desarzonarse, aunque sin conseguirlo, pues eran igualmente diestros y fuertes; pero la lanza del príncipe Bermejo había saltado en astillas, por lo cual tomaba otra que le presentaba su paje.

La atención general, si divertida al principio en los varios lances de los caballeros de las cuadrillas, al fin se detenía sobre los dos caudillos, quienes merecían ciertamente tal distinción, así por lo elevado de su estirpe, como por lo noble de su apostura y por la fortaleza de su brazo, comprendiendo que de ellos dependía el éxito final de la fiesta.

Colocados por tercera vez en sus puestos, mientras medían ya la arena con su cuerpo algunos jinetes en varios sitios, los dos campeones se dirigieron un saludo, y tomando carrera, volvieron a encontrarse, con ánimo Abu Saîd de derribar al contrario de su montura.

Pero fue inútil de todo punto su empeño: porque afirmándose éste en los estribos, y conteniendo con rápida mano y singular habilidad el ímpetu de su corcel, aguardó sereno y firme como una roca, al mismo tiempo que sorteaba esquivándola, la lanza del príncipe Bermejo.

La violencia de la carrera y el esfuerzo visible hecho por Abu Saîd con aquel propósito, producían efecto tan inesperado como contrario; pues perdiendo al choque los estribos, vióse en la precisión de asirse el Bermejo a las crines de su cabalgadura, que exasperada por la resistencia había emprendido un galope precipitado, a fin de evitar el

Librodot

riesgo y juntamente la vergüenza de dar en tierra con su persona.

Dominado al cabo el bruto, que no en balde era Abu Saîd diestro jinete, citáronse ambos combatientes de nuevo, y partieron entre la expectación de la muchedumbre, silenciosa ahora y verdaderamente interesada en el lance.

Antes sin embargo de que tal sucediera, y al recobrar el príncipe Bermejo total dominio sobre su cabalgadura, había levantado los ojos rápidamente y con disimulo a la azotea desde la cual contemplaba Sitti Máriam, llena de dudas y esperanzas, el espectáculo; y advirtiendo la imperceptible seña que ésta le dirigía, determinóse Abu Saîd a concluir de una vez con su contrario, según tenía prometido, poniendo término al combate, del cual hasta entonces no era él quien salía con verdad airoso.

Otra persona había también advertido la indicación hecha por Sitti Máriam, que lo era indudablemente de la muerte del Sultán; Âixa, con efecto, seguía palpitante los lances de aquella escaramuza, cuya solemnidad y cuyo alcance conocía de sobra, y al advertir la seña, comprendiendo lo que significaba, con la faz desencajada, fría, llena de horror, y temblando como las hojas del árbol azotadas por tempestad furiosa, echóse sobre el ajiméz, cuyas débiles celosías de madera crujieron, y pretendió gritar para advertir a su enamorado; pero ni en la garganta halló sonido que articular, ni la lengua acertó a moverse: que tales y tan grandes eran su dolor y angustia.

Entretanto, habíase con la rapidez del rayo verificado ya el choque entre los dos valientes campeones; y fue tan recio esta vez y tan certero, que ambos perdieron los arzones, y el jinete, cuyo rostro ocultaba el tupido izár, se tambaleó sobre su cabalgadura, y cayó pesadamente en tierra.

Un grito, grito al par de espanto y de alegría, indefinible, pero unánime, universal y espontáneo llenó los ámbitos todos del palenque, y multitud de espectadores saltaron a la arena.

Los caballeros de ambas cuadrillas que habiendo cesado de luchar entre sí, contemplaban hacía rato, y muchos de ellos sin comprender su importancia, aquella especie de duelo, apeándose veloces de sus monturas, corrieron presurosos al herido, quien permanecía en el polvo, inerte y sin hacer movimiento alguno. Confusión espantosa reinó en la muchedumbre, que se agitaba violentamente, como las olas del mar a impulso del huracán desenfrenado, produciendo un rumor tumultuoso y significativo, en medio del cual, una voz recia, estentórea, que dominó todo ruido

y que nadie supo de dónde salió, pero que todos escucharon, gritó distintamente:

-¡El Sultán nuestro señor ha muerto! ¡Perdónele Alá! ¡Gloria a nuestro señor y dueño el Sultán Abu-l-Ualîd Ismaîl!...

Y aquel grito, repetido de uno a otro extremo de la plaza como una consigna, resonó amenazador en todas partes.

Brillaron las armas; y cual suele conmover la tormenta la tranquila superficie de los mares en calma, aquella muchedumbre, poco antes alegre y serena, presentó el aspecto de deshecha borrasca.

ixa en tanto, loca por el dolor, y sin darse cuenta exacta ni de lo que habían presenciado con estupor sus ojos, ni de lo que hacía, habíase por instintivo impulso apartado del ajiméz, y ya se disponía a descender al palenque para estrechar por última vez entre sus brazos el cuerpo de su amante, cuando con el mayor orden, abriéndose camino por entre la multitud, a la fuerza, arrollando aquella masa humana que se oponía a su paso, desembocó por el Zacatín numerosa tropa de jinetes armados, a cuya cabeza

Librodot

cabalgaba grave, severo y con el rostro ceñudo el Sultán Abu Abdil'lâh Muhámmad, seguido del arraís Abd-ul-Málik con la espada desnuda.

El efecto fue indescriptible. Cesó como por encanto la gritería; serenóse todo con su presencia, y la calma se restableció al cabo, resonando no obstante, más espontáneo que el anterior, el grito de:

-¡Gloria a nuestro Señor, el Sultán Abu Adil'lâh Muhámmad! ¡Prospérele Alá! -que salió de todas las bocas, pronunciado con visibles muestras de cariño.

A la desbandada, gran número de espectadores, y principalmente aquellos que habían saltado al palenque desde las barreras, y se habían distinguido por sus aclamaciones reiteradas al príncipe Ismaîl, procuraban huir y confundirse entre los grupos, muchos de los cuales les abrían paso, mientras otros les detenían, comprendiendo por la alevosía del príncipe Bermejo en un combate de armas corteses como aquél, que se había tratado de asesinar al Amir y de producir una revolución en Granada.

Otros eran presos, maniatados y golpeados a la vista de Sitti Máriam, en cuyo semblante descompuesto se pintaban al par la cólera, el odio y el despecho.

Penetró al fin Muhámmad en el palenque, y dirigiéndose a Abu Saîd, su primo -quien habiendo pensado recrearse en su triunfo, permanecía atónito y suspenso, sin acertar a moverse del lado del herido-, dio orden a Abd-ul-Málik para que públicamente se apoderase de la persona del príncipe, lo cual efectuaba el arraís sin grave esfuerzo, y acudiendo presuroso al caballero que había vestido sus galas en la fiesta y que continuaba tendido en tierra, saltó del caballo, desgarró con mano enérgica el velo que cubría el semblante herido, y profundamente conmovido, exclamó al reconocerle:

-¡Alá premie en el paraíso tu acción heroica, valeroso y leal Ibn-ul-Jatib! ¡Alá vela por aquellos que marchan siempre por el camino derecho! ¡Bendígate Alá! Pero, ¡ay de aquellos que te han puesto en este estado!

Venciendo la emoción que le embargaba, y sin perder momento, rasgó el Sultán con sus propias manos las ricas vestiduras del poeta, desabrochó el rico corselete de acero que llevaba éste oculto bajo las ropas, y reconoció la herida, de la cual manaba sangre en abundancia.

El hierro de la lanza que traidoramente blandía el príncipe Bermejo, había penetrado en el cuerpo de Ibn-ul-Jatib por un costado, produciéndole el desmayo que aún le poseía y por el cual todos le habían juzgado cadáver.

-¡Ay de aquellos que han atentado contra tu vida! -continuó el Sultán inclinado sobre el cuerpo de su querido visir y secretario-. ¡Alá colma de beneficios a aquel que se le une, y llena de angustias a aquellos de quienes se separa! ¡La clemencia de Alá es infinita, pero su justicia es implacable!

El físico del Sultán, llamado a toda prisa, llegó en aquel momento; y después de reconocer la herida, cuya gravedad no era dudosa, restañó la sangre diestramente, colocó luego un apósito, y dispuso la traslación inmediata a su domicilio del elegante y leal poeta, que aún no había recobrado el sentido, con lo cual, aquel hermoso día, que el pueblo de Granada había considerado de público regocijo, convirtióse en día de tristeza para todos, pues sobre que Ibn-ul-Jatib era universalmente estimado por su genio y por sus cualidades entre los granadinos, la justicia del Sultán no tardaría de imponer el castigo merecido a los que de manera tan infame como alevosa atentaron contra el, persiguiendo su muerte.

Si en medio de su espanto, había logrado ixa conservar aunque con singular

Librodot

perturbación, su presencia de espíritu al ver herido e inmóvil en tierra al caballero a quien todos, y ella también, creían el Príncipe de los fieles (;Alá le haya perdonado!), no sucedió lo propio cuando, inopinadamente, le veían sus ojos aparecer, inflexible como la justicia divina, hermoso como siempre, por la desembocadura del Zacatín, al frente de sus guardias.

Su pobre corazón, combatido por tantas emociones, no pudo resistir más, y al mismo tiempo que los labios de la joven dejaban escapar un grito de alegría, tan intenso como el de dolor que habían antes lanzado, caía desvanecida al suelo en el aposento en que se hallaba, vigilada de cerca por los dos hombres que hasta allí la habían por orden de la sultana conducido.

Siervos ambos del príncipe Bermejo, desde el lugar que ocupaban habían tenido ocasión de advertir cuanto ocurría en el palenque; y al presenciar la detención y apresamiento de su señor, que coincidió con el desvanecimiento de ixa, fue tan grande el terror que hubo de apoderarse de ellos, y tal el pánico de que se sintieron poseídos, que, sin ponerse de acuerdo ni fijar siquiera la atención en el estado en que quedaba la doncella, abandonaron precipitadamente el aposento, dejándola en él tendida.

Bien lo dijo el poeta, inspirado sin duda por acentos proféticos: "No faltará nunca al reino quien lo defienda, ni quien le haga resplandecer, ni quien le llene de gloria con sus servicios, ni le abandonará nunca la prosperidad, mientras no le abandone la protección del Omnipotente".

La clemencia del Señor de ambos mundos (¡reverenciado sea su nombre en todas las regiones de la tierra!) no había podido consentir, en efecto, que los torpes planes de la sultana Sitti Máriam y del príncipe Bermejo llegaran a realizarse, entronizando la inquietud sobre las ruinas de la virtud y del derecho.

Por esta causa, pues, seguramente, había dado en medio de su postración alientos a la infeliz muchacha, enamorada del Amir, para salvar todos los obstáculos, sortear todos los riesgos y vencer todas las dificultades, cuando más parecía que el Misericordioso dejaba de su mano y apartaba su mirada bienhechora de los que todos lo esperaban de la protección divina, y restablecía en el momento decisivo el imperio de la justicia sobre los maleficios de la inquietud que se ofrecía ya como triunfante.

Grandes eran, en verdad, la perplejidad y el asombro en que dejaba ixa al kátib Ibn-ul-Jatib, el poeta más inspirado y elegante de cuantos florecían bajo el amparo del egregio Sultán de Granada, y el más querido por el Príncipe, que había hecho de él su visir y compañero inseparable, cuando al desaparecer aquella entre las sombras de la noche, quedaba a solas consigo mismo, bajo el peso de semejante e inesperada declaración que exigía resolución pronta y decisiva.

En vano buscó el sosiego, y llamó en su auxilio a los genios protectores que inspiraban todos sus cantos en elogio del Amir, para que en aquella ocasión solemne, y después de leído una y cien veces el lacónico pero expresivo escrito que ixa le había personalmente entregado, iluminasen su espíritu, aconsejándole el medio por el cual le sería dable salvar la vida, sagrada para él, del Príncipe, a cuya amistad había consagrado toda su existencia. Los genios permanecieron mudos a sus evocaciones reiteradas, y su fecundo ingenio pareció en dolorosa esterilidad agotado.

Correr al regio alcázar, despertar al Sultán y darle conocimiento del secreto de que ixa le había hecho depositario, que era cuanto la joven apetecía, empresa resultaba de todo en todo irrealizable para el poeta. Nadie como él conocía el carácter de aquel Príncipe, en la

Librodot

primavera de la vida, halagado por la suerte, con el alma henchida de caballerosas y delicadas ilusiones, arrojado, vehemente y valeroso, y para quien tanto valdría mostrarle el escrito acusador de su amada, como impulsarle al riesgo de que urgía libertarle sin demora.

Una palabra sola bastaría para que, encendido su ánimo, le hiciera apetecer el momento de hallarse frente a frente de aquellos que codiciaban su vida.

No era posible, pues, cumplir los deseos de ixa: no era posible por entonces dar al Amir aviso alguno. Lo que sí aparecía como indispensable, lo que era necesario conseguir a todo trance y de cualquier manera, era que el Sultán no tomara como había prometido, parte en el militar simulacro que debía en Bâb-ur-Rambla celebrarse aquel día, cuyas primeras luces sorprendieron al kátib entregado por completo a sus meditaciones, y sin haber nada todavía resuelto.

Tampoco resultaba fácil la empresa de conseguir una sustitución, como le había en los primeros momentos ocurrido a aquel esclarecido hijo de las musas, a quien dieron por su elocuencia sus contemporáneos el honroso sobrenombre de Lisán-ud-Dín o lengua de la religión, pues sobre que para ello sería preciso vestir las riquísimas ropas del Sultán, no conseguiría tampoco el fin que apetecía, porque nadie había en Granada que no conociese al Príncipe, y mucho menos el Bermejo, con quien debía justar en el palenque.

Así es que, no bien el sol comenzó a derramar su lluvia de oro desde el espacio, dando animación y vida a la ciudad, que empezaba a despertarse, luego de invocada en la mezquita del barrio 1- protección del Todopoderoso, tomó pensativo y lentamente el camino del alcázar, lleno de indecisión y de zozobra el ánimo, y meditando siempre acerca del medio de que podría valerse para impedir que el Sultán se presentara en la fiesta.

El anuncio de una enfermedad repentina e inesperada en el Príncipe, hubiera sido motivo suficiente para avisar a sus enemigos de que estaban sus planes descubiertos, y no se conseguía otra cosa, al suspender la fiesta, sino encender los ánimos, y poner más en peligro la preciosa vida de Muhámmad.

Por otra parte, el pueblo, que esperaba con verdadera ansiedad aquella diversión tan de su agrado, y aun los mismos caballeros de la corte que debían intervenir como justadores, recelarían de tan importuna dolencia, pensando quizás que el temor de una derrota en el palenque, obligaba al Sultán a suspender la fiesta, lo cual cedía en desprestigio del soberano señor de los muslimes, dado el caso de que se lograra que éste no asistiese.

Nada había pues aceptable; y sin hallar solución alguna, encerrado en infranqueable y fatal círculo de hierro, cuyos límites no le era dado traspasar, volvió otra vez el elegante autor del Esplendor de la luna llena acerca de la dînastía Nâsiríah a pensar de nuevo en la sustitución, como el único recurso realmente eficaz y provechoso, en aquellas tan críticas cual solemnes circunstancias.

En semejante situación de ánimo, llegó a las puertas del alcázar de los Jazrayíes, y penetró en sus dorados aposentos, batallando consigo propio, y pidiendo a Alá un rayo de luz divina para resolver el conflicto en que se hallaba.

Preocupado con lo extraño de los sucesos de la pasada noche, había el Sultán abandonado el lecho bien de mañana, y en aquellos momentos respiraba el aura que enviaban hasta él llena de aromas de cármenes frondosos que bordan las orillas del Darro, desde uno de los hermosos ajimeces de la Torre de Comárex, cuyos cimientos había echado sobre la roca viva, según la tradición, Alhmar el Magnífico, y cuyos muros había

Librodot

bordado diestramente la munificencia de su augusto progenitor Iúsuf I.

Vagaban sus miradas por el espacio, donde con estridente clamoreo y rapidísimo vuelo, cruzaban en bandadas las africanas golondrinas preparándose como en inmensa caravana, a cruzar el Estrecho y regresar a las abrasadas arenas del Mágrib, donde las arrojaba ya la proximidad del invierno, pues faltaban muy pocos días para que diera comienzo la luna de Du-1-Qáadah[28] ; y mientras seguía distraído el giro de aquellas avecillas incansables, la tranquilidad del hermoso panorama, iluminado por los rayos del sol naciente que caían sobre él desmenuzados como lluvia de oro; la agradable frescura de la brisa matinal; el perfume del arrayán y del mirto, y el tranquilo murmurar del río, que se deslizaba entre huertos y jardines bajo el embovedado de los puentes, de tal manera impresionaban al Sultán que, olvidado del presente, dejaba volar el pensamiento en alas de su pasión lejos de aquel alcázar encantado, y cruzando el espacio azul y sereno, cual seguían cruzándolo bulliciosas con afán las golondrinas, deteniéndose en la morada donde vivía la virgen de sus sueños.

Pensaba en ixa; y en la sábana inmensa de los cielos, en las rosadas nubes que coronaban la frontera sierra, entre el follaje ya amarillento de los cármenes que distinguía en lo profundo del valle a sus pies tendido, sobre las apiñadas y confusas azoteas del caserío de la ciudad, donde quiera que detenía la mirada, allí veía el sonriente rostro de la bella, cuyos labios de fuego no parecían sino murmurar palabras de amor por el sólo entendidas, y cuyos negros y rasgados ojos encendían y avivaban en su pecho aquella pasión, que era su única delicia.

De buen grado, como otras veces, habría enviado desde allí a la doncella alguno de aquellos amorosos billetes, confiados al instinto de una de sus palomas mensajeras; pero el recuerdo de cuanto había acaecido la pasada noche, convenciéndole de que sus enemigos estaban alerta, y de que ixa sin duda se hallaba más que nunca vigilada, le disuadían de su propósito.

En ocasiones, permanecía suspenso y como abismado en la contemplación de la naturaleza, cual si en sus galas y en su alegría viese su propio espíritu retratado.

No atreviéndose a turbar aquellos sueños deliciosos que al Sultán embargaban, detúvose breves momentos Ibn-ulJatib; consideróle un punto, indeciso y vacilante, no habiendo aún hallado la fórmula que tan ardientemente perseguía, y se alejó discreto de la espaciosa estancia, sin que el rumor de sus pasos interrumpiese, por fortuna suya, las meditaciones del Príncipe de los fieles.

Los momentos urgían: la situación se agravaba a cada paso que el sol daba en su carrera, y comprendiéndolo así, el poeta era presa de invencible desesperación, acusándose a sí propio y haciéndose responsable de cuanto pudiese acontecer en la fiesta.

Usando de la libertad que en el alcázar gozaba por su cargo de confianza al lado del Amir, discurría ensimismado por el anchuroso Patio de la Alberca, ora deteniéndose a contemplar los pececillos que en el agua del estanque bullían desasosegados y semejantes a relucientes chispas de luz, ora mirando los surtidores de las fuentes que parecían verter líquida plata, y ora por último, atendiendo a los rumores que llegaban hasta el, como si esperase que en la disposición difícil de su ánimo, bastara una palabra para decidirle.

Así penetró en el ala meridional del palacio, destinada a la vida particular del Príncipe: la casualidad parecía ayudarle, guiándole a aquellos reservados aposentos, y tomando a

[28] Octubre a Noviembre de 1358.

Librodot

buen augurio la soledad que en ellos reinaba, resolvióse al cabo a salvar la preciosa vida del joven Muhámmad, con el más heroico de los sacrificios.

Ocupar él el puesto reservado al Príncipe en la fiesta, y recibir la herida destinada a su señor y dueño: tal fue el noble pensamiento de su alma generosa.

No reflexionó ya más: las circunstancias eran sobrado solemnes e imperiosas para detenerse, y el tiempo transcurría veloz e impasible, sin consentir aplazamientos.

Y entrando resueltamente en la cámara particular del Sultán, detúvose temeroso de ser sorprendido en la ejecución del audaz proyecto que meditaba.

Sobre los cojinetes sedosos de un escaño, hallábanse dispuestas las ricas vestiduras que debía ostentar en Bâb-urRambla el gallardo hijo de Iúsuf I, y bien podía asegurarse que el alfayate encargado de aquella obra, había apurado en ella toda su ciencia, pues era realmente una maravilla.

De costoso ricomás en que, salpicados de estrellas de oro fino y de rubíes, jugaban el rojo, el azul y el jalde, era la tela de la graciosa aljuba. cuyas haldas y cuyas fimbrias todas contenían en tejidos caracteres dorados el nombre del Amir, una y cien veces repetido; ancha banda de sirgo azul celeste que, en un círculo de estrellas, también de oro, llevaba el mote de los Alhamares, y se cerraba por medio de un broche de granates y de encendidos rubíes, veíase al lado de la aljuba y de la toca, asimismo azul como la banda.

Temeroso respeto le contuvo al contemplar aquellas galas resplandecientes: hubo un momento en que se arrepintió de lo proyectado; pero animoso y resuelto, poniendo entera en Alá su esperanza, y aprovechando la favorable coyuntura de encontrarse solo, asió rápidamente de las ropas, hizo con ellas un lío poco voluminoso, y ocultándolas lo mejor que pudo debajo de su ancho albornoz, salió del aposento y del alcázar con la precipitación y el sobresalto del ladrón que teme ser sorprendido en flagrante delito.

Huyendo de las gentes, como si tuviera por qué avergonzarse de su acción generosa, y pudiendo todos leer en su rostro el hurto cometido, caminaba cautelosamente, procurando ocultarse en las espesas arboledas de los jardines que rodeaban la espléndida morada de los Jazrayíes, y donde buscando un sitio apartado, se dejó caer desfallecido y anhelante sobre el césped, al lado de una de las muchas corrientes de agua que procedían del sobrante de los canales de riego de la Alhambra.

Allí se entregó de nuevo a muy serias meditaciones: ya tenía en su poder las prendas con que debía el Sultán presentarse en la fiesta. Vestirlas, era empresa arriesgada y comprometedora, bien que no imposible, aun a trueque de concitar acaso luego la cólera del soberano; pero lo que consideraba después de todo como más difícil, aquello en que hasta entonces no había pensado, y mayores obstáculos le ofrecía, con apariencias invencibles, era el que el jefe de las caballerizas le entregase enjaezado convenientemente el caballo que había de montar el Príncipe, y hacerse acompañar y seguir luego por la tropa de caballeros que formaban la cuadrilla, bajo las órdenes personales de Muhámmad.

Habría él deseado poder llevar a cabo aquella empresa sin necesitar el concurso de ningún otro de los servidores del Príncipe, no porque le inspirasen desconfianza todos ellos en absoluto, ni porque quisiera recabar por sí solo la gloria de haber salvado la vida del soberano, sino porque sabía muy bien la verdad del adagio que dice: "no temas de aquel de quien te guardas; pero guárdate de aquel en quien confías."

Quizás disentiría de su parecer; acaso estorbara por torpeza sus proyectos, malográndolo todo; pero el insigne poeta comprendía que nada le era dable lograr solo, y como la persona más fiel y devota al Príncipe, pensó en el arraís de la guardia personal

Librodot

del Amir, en el bravo Abd-ul-Málik que tantas pruebas tenía ya dadas de su lealtad, y que de bía acompañar precisamente a Muhámmad, al frente de sus caballeros en la fiesta.

Alá sin duda, que vela siempre por sus elegidos y todas las cosas las endereza y guía a su sabor para mayor gloria suya y ensalzamiento de su santa ley, quiso que por aventura, y al tiempo que a Ibn-ul-Jatik ocurría tal pensamiento, por delante del sitio en que el poeta permanecía oculto, y siguiendo la estrecha senda que conduce a Bâb-

ux-Xarîaah o Puerta de la ley, pocos años antes terminada, acertara a cruzar el propio Abd-ul-Málik en persona, caballero en un hermoso potro cordobés que braceaba por la empinada cuesta con el mismo desembarazo y con la elegancia que hubiera podido hacerlo en tierra llana.

Llamóle Lisán-ud-Dín, levantándose impaciente del suelo; y antes de que aquél, sorprendido, hubiera tenido tiempo de reconocer al poeta y de refrenar su montura, estrechando el kâtib sobre el pecho bajo el arbornoz las ricas vestiduras de que acababa de apoderarse, corrió hacia el arraîs, y sin detenerse a saludarle, exclamó jadeante:

-Por la santidad de la ley de Mahoma ¡bendígale Alá!... Por tu vida y por la de tus hijos, oh valeroso arraís, te conjuro para que me sigas donde nadie pueda vernos sino el señor del Trono Excelso, ni nadie sino Él pueda escuchar lo que mis labios deben con toda urgencia revelarte.

Algo había de extraño en el rostro y en la voz del kâtib, cuando Adb-ul-Málik, que conocía de antiguo al poeta y le respetaba por su virtud y por su ciencia, después de haber detenido vigorosamente la cabalgadura, le hundía en los ijares los acicates, mientras respondía:

-Aguarda por Alá a que entregue en Bab-ux-Xaîaah el caballo, y soy tuyo enseguida.

Y con efecto: pocos momentos después volvía presuroso y desmontado al lugar donde entre indecibles zozobras permanecía en pie Ibn-ul-Jatib aguardándole.

-Así el Omnipotente me salve -murmuró Abd-ul-Málik al tiempo de reunirse con el poeta-, que en tus ojos y en tu semblante leo que algo grave acontece.

-En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso, que ni engendró, ni fue engendrado, ni tiene semejante -expresó con tono solemne Lisán-ud-Dín sin dar respuesta al arraís, y conduciéndole al lugar oculto de donde había antes salido-. Dime, oh tú, la mejor espada del imperio, el corazón más leal y más noble de Granada, dime si es para ti la vida del Sultán, justo y generoso, tan sagrada como el mismo libro dictado por Alá con el intermedio del ángel Gabriel al Profeta de Qurdix!...

-¡Ciertamente que es por demás extraña tu pregunta, honrado Ibn-ul-Jatib, y que a no ser tú quien me la hicieras, creería que la habían formulado los labios de algún loco! ¿Qué pretendes de mí, cuando tales cosas invocas? ... Por Alá, el vivo, que te expliques... -replicó Abd-ul-Málik, en cuyo ánimo crecían a la par el asombro y la sorpresa.

-No hay tiempo que perder en inútiles palabras -prosiguió el kâtib-. Si es para ti, cual me consta, la vida de nuestro señor el Sultán (¡prolongue Alá sus días!) más preciosa que la tuya, y tan sagrada como la misma Ley del Islám, me has de jurar por tu cabeza y por las de tus hijos, por la divinidad del Creador del cielo y de la tierra, que no ha de faltarme tu apoyo en la arriesgada empresa que medito.

-¿La vida de nuestro señor corre peligro?... ¡Habla? -exclamó el arraís profundamente agitado.

Sin darle tiempo a que pronunciase otras palabras, buscó afanoso Ibn-ul-Jatib en los anchos bolsillos de la almalafa el escrito de Âixa, y con él en la mano, replicó:

-No es prudente en este sitio darte explicación de mis angustias: tengo miedo del aire, de la luz y de mí propio... Llévame donde nadie pueda oirnos, y tendrás cumplida la explicación que pretendes.

Tomando la misma cuesta que a la Puerta de la ley conducía, el arraís y el kâtib, silenciosos, siguieron hasta las cuadradas y rojizas torres del alhisán que al otro lado de la colina se levantaba frente al alcázar, y haciéndose el primero franquear con un pretexto la entrada de la más alta de aquellas, subieron después de cerrar la puerta cuidadosamente al terrado de la misma, desde el cual se descubría el hermosísimo panorama de la ciudad entera, y allí ambos se detuvieron.

-¿Estamos aquí seguros? -preguntó Ibn-ul-Jatib, volviendo a todos lados la vista con no aplacado recelo.

-¡Sólo aquí tendremos a Alá por testigo -replicó Abdul-Málik, apoyándose en una almena-, y Él únicamente podrá escuchar nuestras palabras!

-¡Alabado sea! -exclamó el kâtib-. Y pues nadie sino Él puede oirnos, lee y medita acerca del contenido de ese escrito que me atormenta desde anoche. Él te demostrará si son justos mis temores, y si es legítima la agitación que me posee y has sorprendido en mi semblante -añadió poniendo en manos del arraís la carta de Âixa.

-¡Qué Alá me maldiga como a un judío, si no es en efecto grave cuanto declara este escrito, y si no doy a nuestro señor el Sultán noticia de ello sin tardanza, a ser cierto! -dijo Abd-ul-Málik así que hubo leído el billete.

-Sí; es cierto; debe de serlo, porque procede de la enamorada del Príncipe de los fieles (¡protéjale Alá!) y ella misma ha sido quien lo ha puesto en mis manos -contestó el poeta, añadiendo en seguida-: Pero, guárdate de hacer lo que has dicho, si en algo estimas la vida de nuestro señor ... ¿Piensas que sólo para darte conocimiento de la horrible traición que amenaza su sagrada existencia, es para lo que me he acercado a ti, y para lo que invoco tu auxilio?

-Habla, así tengas segura tu salvación, porque entonces no comprendo lo que de mí deseas.

-¿No lo comprendes, oh Abd-ul-Málik? Escucha: nuestro señor el Sultán (¡Alá prolongue sus días!) ¿no ha prometido correr lanzas en la fiesta que dentro de breves horas se ha de celebrar en Bâb-ur-Rambla? ... ¿No has de ser tú el arraís y jefe de los caballeros que deben justar al lado suyo? ¿No eres tú el encargado de tenerle el estribo cuando haya de montar para bajar con este objeto a Granada?

-Ciertamente que no te equivocas.

-¿No es también cierto -continuó el poeta-, que si llega a tener noticia de lo que dice este billete, volará presuroso a Bâb-ur-Rambla desafiando el peligro?... ¿No lo es, asimismo, que ignorando la ocasión y la mano que le ha de herir, correrá desalado a la muerte, y será torpemente asesinado a nuestros ojos, sin que tú, ni yo, ni nadie pueda impedirlo, y que el castigo de los criminales no le ha de volver a la vida?...

-Así es -repuso Abd-ul-Málik sencillamente.

-Pues entonces, es preciso que el Sultán, nuestro señor, ignore todo esto -dijo el kátib.

-Júrote por Tâgút (¡maldito sea!), que ahora te comprendo menos.

-Escucha y calla -replicó sencillamente el poeta-. Es preciso que lo ignore; pero es preciso al propio tiempo que no llegue a justar en Bâb-ur-Rambla.

-La suspensión de la fiesta alarmaría a todos, sin que se consiguiera nada -expuso Abd-ul-Málik, con su natural buen sentido.

-Y ¿quién habla de suspender la fiesta? Lo que hemos tú y yo de impedir es que tome en ella parte nuestro señor, para que podamos unidos desbaratar esa conjuración y apoderarnos de los conspiradores.

-Por mi barba, que es difícil lo que intentas... Y ¿de qué medios piensas valerte para conseguir que el Sultán, tu dueño y el mío, falte a su promesa? -preguntó el arraís con visible incredulidad.

Ibn-ul-Jatib, por toda respuesta sacó de debajo de sus ropas los vestidos del Príncipe, y los mostró silenciosamente a Abd-ul-Málik, quien al advertir su riqueza y las inscripciones bordadas en oro, que sólo podía usar aquél, no volvía en sí de su asombro.

-;Las ropas del Sultán! -exclamó.

-; Sí, las ropas del Sultán! ¡Las que precisamente debe vestir en el palenque! ¡No te equivocas! ¡Pero las vestiré yo, y yo seré quien reciba en su lugar el golpe del traidor asesino! -dijo pausadamente el poeta.

Había tal grandeza y tal majestad en la acción y en las palabras del esclarecido Lísán-ud-Dín, que el arraís se sintió conmovido.

-Y ¿piensas? -repuso-, que habrá de consentir semejante trueque nuestro joven Amir?

-No pretendo tal cosa... Cuando la hora de addúhur, que es precisamente el momento en que debe comenzar la justa, sea anunciada por el muedzín en los alminares de las mezquitas, el Sultán habrá buscado inútilmente estos vestidos ... Tú te encargarás de entretenerle todo el tiempo que puedas, y como te inspire Alá; y cuando juzgues llegada la ocasión, muéstrale ya este escrito y dile cuanto ocurre, que no vacilará nuestro señor en lo que debe hacer, una vez que haya leído el mensaje y sepa de lo que se trata.

-Pero... -interrumpió Abd-ul-Málik.

-No he acabado todavía. Como tú eres quien ha de acaudillar la guardia y los caballeros de la cuadrilla, les obligarás a que sin ti me sigan y obedezcan, en la creencia de que es realmente el Sultán en persona aquel a quien acompañan... Para eso llevaré oculto el rostro, y lo llevarán también los jinetes de mi bando... ¿Entiendes ahora, oh noble arraís?

-¡Por mi alma, que he comprendido al cabo cuánto de mí deseas! ¡Pero me toca a mí, el jefe de la guardia personal del Príncipe, caudillo también de sus tropas, el papel que te adjudicas!... ¡Yo seré quien vista esas ropas! ¡Yo seré quien juste por el Amir en Bâb-ur-Rambla, y a mí es a quien corresponde la honra de derramar mi sangre y aun perder la vida por nuestro dueño y señor!... ¡Dame, pues, esas prendas, y quede para ti la misión de hacer que Muhámmad caiga en el engaño fraguado por tu leal ingenio... Dame, que el tiempo urge! -exclamó con generoso arranque el arraís, brindándose a la muerte.

Grande fue el trabajo que hubo de costar al poeta el hacer que Abd-ul-Málik desistiese de su proyecto, al cual se había asido con tenacidad comparable a la de los malos genios, cuando hacen presa en el alma de las criaturas; pero vencido al fin y principalmente por la consideración de que su corpulencia le delataría, pues nadie podría confun

dirle con el Sultán, por ello cedió, aunque no sin pena, y derramando lágrimas de ternura, estrechó entre sus mem brudos brazos contra el pecho el cuerpo flexible y elegante de Lisán-ud-Dín, mientras decía con voz por la emoción entrecortada:

-¡Oh! ¡Con todas mis fuerzas te he de ayudar, valiente Ibn-ul-Jatib! ¡Diestro eres en las armas, y en más de una ocasión has acreditado tu fortaleza! ¡Alá quiera salvarte del hierro homicida, y si a Él agrada, hemos de oír por mucho tiempo alegres noticias tuyas, y juntos hemos de asistir al castigo de los criminales!...

-¡Alá te oiga y premie tus buenos deseos! -respondió el poeta.

Y como ya el tiempo apremiaba, bajaron ambos de la torre, y juntos, hablando de cosas indiferentes, se dirigieron a las habitaciones que en el recinto del alcázar estaban destinadas para el arraîs; depositó en una de ellas Ibn-ulJatíb su fardo, y encaminándose a la cercana Mezquita, labrada en los comienzos de aquel siglo por la piedad benéfica del Sultán Abu Abdil'lâh Muhámmad III, como buen muslíme, postrado de rodillas delante del Mihrâb, elevó su espíritu por medio de la oración a los píes del trono del Excelso, confió a su misericordia el amparo de sus hijos, y pidió perdón humildemente de todas sus culpas pasadas.

Fortalecido ya su ánimo, tornó al aposento de Abu-ulMálík, de cuyos labios recibió la nueva de que todo estaba prevenido según lo concertado, y ayudado por el arraís comenzó a vestirse.

Siguiendo los prudentes consejos del esforzado militar, encerró primero el cuerpo en el templado coselete de batalla que aquél le ofrecía, y cubrió también de acero sus brazos; y ocultando aquellas armas defensivas bajo los pliegues de la hermosa aljuba de ricomás, cruzóse la ancha banda azul sobre el pecho, después de vestirse las demás prendas, colocando en aquella una de las espadas conocidas del Príncipe y que el arraís le había proporcionado.

Ciñóse luego la lujosa toca a la cabeza, y tomando los cabos flotantes del izár que de aquella pendía, cruzólos por el rostro, de manera que sólo quedaron al descubierto los ojos, azules y expresivos como los del Sultán Muhámmad, con quien, así ataviado, ofrecía tan estrecho parecido, que produjo singular sorpresa en el arraís la semejanza.

-¿Insistes todavía?... -preguntó éste contemplándole.

-Más que nunca, Abu-ul-Málik -repuso el poeta-. Ya lo ves: las ropas del Amir de los fieles me cubren y no es tiempo de retroceder ... ¡Por Alá, que no han de sospechar sus enemigos que bajo ellas late otro corazón que el de nuestro señor y dueño!

-Ciertamente ¡oh generoso Lisán-ud-Dín! que admiro lo grande de tu abnegación ... Y pues el momento solemne se aproxima, permite que te recuerde lo grave del compromiso que contraes...

-Demasiado lo sé -interrumpió Ibn-ul-Jatib-. Acaso el golpe alevosamente destinado al Príncipe corte el hilo de mis días. Pero, -añadió con acento profético- ¡hay en el Paraíso un lugar destinado a los que mueren como yo moriré! ¡Déjame, pues, y no hablemos de esto!

-¡Sea como quieras!... ¡Qué Alá haga que encuentres la ventura! ¡Contigo va mi corazón! -exclamó melancólicamente Abd-ul-Málik, humillado por el valor y la abnegación sublimes del poeta, quien por tañer la cítara de oro, no tenía ni mucho menos olvidado el noble ejercicio de las armas en que era tan diestro como en componer casidas.

Cuando la voz del muedzín resonó en lo alto del minarete de la Mezquita de la Alhambra, pregonando el adán para el salâh de addúhur, lucida tropa de jinetes vistosamente engalanada y con los mismos colores en los trajes que aquellos que aparecían felizmente combinados en las ropas de que se hallaba Ibn-ul-Jatib vestido, aguardaba a la puerta del alcázar de los Bani Nassâres al Sultán Abu Abdul'lâh Muhámmad, para tomar parte en los regocijos de Bâb-ur-Rambla.

Delante, sujetando del diestro la cabalgadura, ricamente enjaezada, que debía montar el Príncipe, mostrábase, al lado del jefe de las caballerizas, para tener a aquél el estribo, el arraís Abd-ul-Málik, en cuyo semblante hubiera podido notarse la agitación de su

Librodot

espíritu.

Poco después, llevando el rostro oculto por el izár, aparecía con paso firme el poeta Ibn-ul-Jatib, a quien todos, sin dificultad ni sospecha, confundieron por su apostura con el joven Sultán; y montando rápidamente, púsose a la cabeza de los caballeros, quienes se apresuraron a imitarle cruzando también los cabos del izár de sus tocas respectivas por el semblante. Picó luego espuelas a su caballo, no sin que hubiese tenido ocasión el arraís de estrechar furtivamente entre las suyas la mano del poeta, y desapareció, seguido de los jinetes, entre una nube de polvo, por el camino de Bâb-ul-Gudûr, entrando en Bâb-ur-Rambla cuando, ya con muestras de impaciencia, aguardaban el príncipe Bermejo y los caballeros de su cuadrilla en el palenque.

XV

EN medio de sus meDitaciones, impregnadas de aquel fantástico v dulce colorido que presta una imaginación joven y ardiente a cuanto la conmueve y excita, como ensueño deleitoso, pareció despertar Muhámmad sorprendido al escuchar el eco de los pregones de la salâh de addúhur, repetidos en todos los alminares de las mezquitas de Granada.

Pasóse con lentitud ambas manos por los ojos, cual si de esta suerte quisiera apartar de ellos y de su ánimo visiones extrañas y no todas lisonjeras, y se separó con esfuerzo del ajiméz, con el alma agitada por diversas y profundas emociones, tropezando entonces sus miradas con las del arraís Abd-ul-Málik, quien en actitud respetuosa, permanecía de pie, dibujando su figura corpulenta sobre los bordados muros de la espléndida Sala de Comárex.

Miróle distraído; y sin contestar a su saludo, echó a andar el Príncipe en dirección al espacioso Patio de los arrayanes, llegando en breve a sus particulares habitaciones.

-¡Oh poderoso Amir de los creyentes! -exclamó haciendo profunda reverencia ante él el arraís, que hasta allí le había seguido-. ¡La bendición de Alá sea sobre ti y sobre los tuyos! ... Ha sonado la hora del regocijo, y ya desde aquí se oye resonar en Bâb-ur-Rambla el rumor de las músicas ¡Que Alá te esfuerce y te proteja!...

-Mis galas pronto, y partamos -contestó el Sultán penetrando en sus aposentos.

Aguardábale allí la sorpresa de no hallar ninguno de sus servidores; y como volviese con asombro los ojos en torno suyo y sólo viese el arraís, para quien era tarea mucho más difícil entretener al Príncipe, que luchar en campo abierto, cuerpo a cuerpo y lanza a lanza con los terribles guerreros de Castilla.

-¿Qué es esto? -le preguntó-. ¿Por qué mis servidores no se hallan aquí para vestirme?... ¿Cómo es que tú no te apresuras a hacerlos venir?... Por mi barba, que he de imponerles ahora mismo el castigo que merecen.

-Así Alá te conceda en esta vida y en la otra el gozar sin término los beneficios de su bondad inagotable -dijo Abd-ul-Málik todo tembloroso, y sin saber qué hacerse-, como yo te suplico ¡oh soberano señor y dueño mío! que me otorgues clemente tu atención breves momentos, y acaso pueda explicarte mi lengua ruda lo que produce tu justificada extrañeza.

Librodot

-¡Tú estás loco! -exclamó Abdul'lâh golpeando con impaciencia el pavimento-. Has oído como yo, y sabes como yo que ha sonado la hora de addúhur, y ¿quieres, cuando soy aguardado en Bâb-ur-Rambla, que olvide mi palabra prometida y departa aquí tranquilamente contigo? ... Ve en busca de mis esclavos, y prepárate a seguirme sin tardanza -añadió ardorosamente, al mismo tiempo que se dirigía presuroso a uno de los extremos de la lujosa estancia, pocos años antes edificada por su orden, y hacía allí resonar un timbre.

A pesar de lo terminante de las órdenes, y del tono con que fueron dadas por el Príncipe, Abd-ul-Málik permaneció en su sitio sin moverse, clavados los ojos en el suelo.

Rápidos fueron los instantes que transcurrieron de esta manera: el joven Sultán, asombrado de ver que no acudía nadie a su llamamiento, sentíase ganar por la cólera, y paseaba por la estancia como león encarcelado, mientras el arraís, lleno de confusión y de temores, pero con ánimo decidido y resuelto, cruzados sobre el pecho los brazos, le contemplaba con inquietud de aquella suerte, esperando que la ira del Príncipe estallase.

Dominado por ella al cabo, y reparando en la actitud impasible de Abd-ul-Málik, detúvose de súbito delante de él Muhámmad, y mirándole severamente, rompió el silencio, diciendo impetuoso:

-¿Qué haces, muslime, que estás oyendo llamar a tu señor, y no acudes?... ¿En qué piensas, arraís?... ¿Qué demonio te posee, que cuando he ordenado que te prepa

res a seguirme permaneces clavado en ese sitio?... ¿Qué ocurre de extraño en torno mío?... ¿Que significa esa actitud de desafío con que osas continuar a mi presencia?

¡Por Alá el Inmutable, que me están dando tentaciones de castigar con mis propias manos tu desobediencia y tu audacia incomprensibles! ¡Y ya que nadie acude -prosiguió impulsado por súbito arrebato-, ya que ninguno de mis servidores, incluso tú, arraís, oye mi voz, ni se precipita a ejecutar mis órdenes, cuando mi pueblo creerá que huyo cobarde de la fiesta que yo mismo he preparado, sin galas, sin arreos, bajaré a Bâb-ur Rambla solo, si es preciso: que lugar habrá luego para saber lo que aquí sucede, y hacer que mi cólera descargue sobre todos vosotros!

Y ciñendo apresuradamente la larga espada de combate, corrió a la puerta del aposento.

Pero Abd-ul-Málik, silencioso, espiaba todos los movimientos del Amir, y al verle dirigirse en aquel- estado de exaltación a la puerta, interpúsose diestramente extendiendo sus brazos para impedir la salida del Sultán, mientras caía a sus plantas murmurando:

-¡Que Alá me ampare! Pero por tu cabeza, ¡oh señor y dueño mío! que no abandones este aposento, ni muevas tu planta fuera de él sin haberme oído.

-Pues qué -rugió Abdul'lâh-, ¿han triunfado por ventura mis enemigos?... ¿No soy yo el Sultán de Granada?...

¿Eres tú acaso, miserable, el encargado de apoderarte de mi persona?... ¡Aparta!... ¡Aparta, o por mi salvación te juro que habré de abrirme paso con mi espada!...

-¡No pasarás, soberano Príncipe de los muslimes! ¡Aquí me tienes a tus plantas! ... ¡Aquí está mi pecho, siempre leal, siempre lleno de sumisión, y de respeto para contigo! ;Alá sabe lo que hay en él oculto, y ve y comprende todas mis acciones! ¡Él me librará de tu cólera! ¡Pero no pasarás sin escucharme!

-¡Aparta por última vez, digo! -exclamó el joven Príncipe dejando estallar su cólera, y desenvainando el acero:

-¡Aparta, o por la santidad de Aquel que ha creado los cielos y la tierra con su palabra, que el filo de mi espada enviará tu alma ruin a las profundidades del infierno!...

-¡Cúmplase tu voluntad, si así lo quieres!... ¡Tú eres mi señor y mi dueño, y tuya es mi vida! -dijo Abd-ul-Málik inclinando humildemente la cabeza, y cruzando sus manos sobre el pecho.

No era el Sultán, aunque mozo, tan arrebatado y ciego, como para que en medio de su cólera no comprendiese que alguna oculta razón había para que el arraís, el más leal quizás de sus clientes, procediera en la forma en que lo hacía; y como su alma era noble y generosa, sintióse a pesar suyo conmovido por la humildad de aquel hombre que podía sin grave esfuerzo desembarazarse de él, si tales hubieran sido sus intenciones. Contúvose, pues, Muhámmad, y aprovechando semejante inesperada tregua, como Abd-ul-Málik juzgase suficiente el tiempo transcurrido, temeroso de provocar más aún el enojo del Amir, sacó de uno de sus bolsillos de la almalafa que vestía el billete que ixa había entregado a Ibn-ul-Jatib la noche anterior, y que el poeta le dejó al partir confiado, y sin atreverse a alzar los ojos del suelo, lo tendió silenciosamente.

-¿Qué pretendes, insensato, con ese papel?... -preguntó Muhámmad tomándolo no obstante, y estrujándolo colérico.

-Ábrele, señor, y fija en lo que dice un momento tu mirada. ¡Acaso halles en él la explicación de cuanto excita tu cólera contra mí, el más humilde de tus esclavos! -replicó el arraís con respecto, y sin abandonar la postura en que se hallaba.

Con marcadas muestras de impaciencia, pero verdaderamente interesado, desarrugó el Príncipe el billete, y leyó con avidez su contenido, reconociendo al primer golpe de vista la letra de Âixa. Conforme avanzaba en la lectura, crecía ostensible su agitación, y sus cejas se fruncían, lo cual nada bueno auguraba, hasta que al postre, ciego por la cólera, que no trató ya de contener ni disimular, exclamó encarándose con Abd-ul-Málik, arrodillado siempre en el umbral de la puerta:

-Y sabiendo lo que este escrito declara, ¿intentabas, infame, impedir la salida de tu señor y dueño? ... ¿Has pensado, por un momento siquiera, que podría yo consentir, que soy tan cobarde, tan miserable y tan bajo, que he de dar a mis enemigos el placer de que crean que ha tenido miedo de ellos el Sultán de Granada?... ¡Pero es en vano!... ¡Si fuera preciso, pasaría por cima, no de tu cuerpo, sino del de mi mismo padre, así Alá me perdone!

Y apartando con violento empuje al arraís, que ya no trataba de oponerse, lanzóse Muhámmad por las galerías del alcázar apellidando sus guardias. Alzóse también Abdul-Málik, que todo lo tenía previsto y prevenido, y siguiéndole de cerca, legó en pos de él a una de las puertas del palacio.

Aguardaba en ella numerosa tropa compuesta de los mejores jinetes de la guardia, y bastantes peones, perfectamente armados todos como para entrar en batalla; y allí, dispuesta aquella gente de antemano por orden del arraís, permanecía desde que el heroico Lisán-ud-Dín había partido para Bâb-ur-Rambla. Al ver al Sultán, separáronse respetuosamente los soldados, y mientras un esclavo se adelantaba hacia el Príncipe conduciendo un hermoso caballo encubertado que montó de un salto Muhámmad, Abdul-Málik por su parte hacía lo propio sobre su poderosa yegua cordobesa.

Ambos, el Sultán y el arraís, con igual impaciencia, clavaron al mismo tiempo los agudos acicates en sus cabalgaduras, y partieron al escape sin pronunciar palabra, seguidos por aquella tropa que no sin sobresalto, como una exhalación, vieron bajar por la pendiente de la Alhambra los pocos habitantes de aquel barrio y de los inmediatos, que no habían podido asistir a la fiesta.

Librodot

El cálculo de Abd-ul-Málik no había sido erróneo, pues ya era tiempo, ciertamente: porque cuando al rápido correr de los corceles desembocaba en el Zacatín el Príncipe, caía Ibn-ul-Jatib herido por el hierro de la lanza de Abu Saîd, el Bermejo, y los conjurados aclamaban con estentóreas voces al imberbe Ismaîl como Sultán de Granada, entre el asombro, la indignación y la sorpresa del pueblo que presenciaba el espectáculo.

Al penetrar en Bâb-ur-Rambla, bastóle a Abu Abdil'lâh una mirada sola para hacerse cargo de cuanto acababa de ocurrir, dando como consecuencia en el primer momento las órdenes oportunas para apoderarse de los conjurados que huían, y para poner a buen recaudo a su primo y cuñado el príncipe Bermejo.

Una vez hecho esto, y después de reconocida y de primera intención curada la herida de Lisán-ud-Dín, paseó el Sultán la vista en torno de la plaza, procurando entre el gentío que asomaba por las azoteas y los ajimeces distinguir el rostro de la hechicera ixa, no dudando de que la crueldad de Sitti Máriam la habría obligado a presenciar el triunfo por ella tan hábil como traidoramente prepa

rado; pero su afán fue inútil, como era casi irrealizable su deseo. Y con el de poner término al triste cuadro que ofrecía aquella ciudad, estremecida por lo inesperado de los sucesos, y poco antes confiada y dichosa, mandaba a sus jinetes, cuyo número habían aumentado los caballeros de la que debía haber sido su cuadrilla en la justa, que despejasen el palenque y la explanada, y pensativo, malhumorado y triste, volvía a tomar el camino de la Alhambra, seguido como siempre de Abd-ul-Málik y de su tropa, dejando al cuidado del prefecto y de sus auxiliares el perseguir a los rebeldes y hacerse dueños de sus personas.

Abandonada en el primer momento de sobresalto por sus guardianes, aún tardó algún tiempo ixa en recobrar el sentido. Obscurecida la luz de su inteligencia por lo intenso de la conmoción experimentada, lo violento del choque sufrido y lo brusco de la transición operada en sus sentimientos, creyóse al abrir los ojos víctima de invencible pesadilla, cuando por todas partes se consideró sumida en las tinieblas.

Rota la cadena de sus recuerdos, ni fue dueña de si propia, ni acertó tampoco a explicarse la situación en que se hallaba. Perdida la memoria, el aplanamiento era completo. ¿Estaba muerta? ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaba? ¿Eran aquel silencio y aquella oscuridad que la envolvían, la oscuridad y el silencio de la tumba? ... Ella no recordaba nada de su muerte. Sus últimos recuerdos, evocados con todo esfuerzo, alcanzaban a la terrible escena de la noche anterior ... Acaso Sitti Máriam la habría hecho asesinar... Pero ¿y su amado?... ¿Cómo habría podido librarse de las asechanzas de sus enemigos?...

Mas no, no debía ser aquella la tumba. No se encontraba .envuelta en el sudario, ni sentía la opresión que deben sentir los muertos teniendo sobre sí la tierra que los cubre ... Acaso estaría aún en su lecho.. . Quizás dentro de poco sería invitada a cruzar el sirât imponente, por el que sólo pasan con ánimo sereno los que han observado las prescripciones dictadas a Mahoma... ¡Que momento más solemne! ¡Cómo reconcentraba de buena fe la joven su espíritu, y lo elevaba a Alá murmurando sus labios unas en pos de otras distintas oraciones!

Al pronunciarlas, el eco de su voz, resonando en el espacio, hirió con extrañeza su oído. ¡Los muertos no hablan -pensó-; yo no debo estar muerta! Y como una idea despierta en pos de sí todas las que a ella se hallan por algún modo asociadas, hizo un movimiento, y extendiendo las manos, que antes había tenido recogidas, tocó con ellas el suelo frío y

Librodot

viscoso sobre el cual se encontraba.

La impresión que hubo de experimentar fue grande: y tras breve momento de indecisión, durante el cual recobró con la conciencia la memoria de lo ocurrido, trató de incorporarse, lográndolo al cabo, sin que por ello sus ojos percibieran luz alguna.

-¿Dónde estoy! -se preguntó-. ¿Habré perdido la vista? ... ¿No estaba hace un momento en aquella casa desconocida, donde fui llevada por orden de Sitti Máriam, y desde cuyo ajiméz han presenciado mis ojos el triunfo de Muhámmad?... ¿Estoy soñando?...

Y con los brazos extendidos, llegó a tocar los muros húmedos del aposento; y recorriéndole así guiada, sólo tropezaron sus manos con el herraje de una puerta, que trató de abrir en vano...

-¡labado sea Alá! -exclamó cayendo de rodillas-. ¡Mil veces sea alabado!... ¡Porque su clemencia infinita me ha hecho comprender la verdad de cuanto me ocurre! ¡No estoy muerta!... ¡No han cegado mis ojos, ni soy víctima de ninguna pesadilla! Reconozco la mano de Sitti Mariani! ¡Ella es quien me tiene aquí encerrada!

Sin hacer alarde alguno, después de pronunciadas estas palabras, pareció resignarse. ¿Qué le importaba, después de todo, su suerte?... Sabía que el Sultán había triunfado de Sitti Máriam, y esto en su abnegación le bastaba para estar satisfecha de sí propia, dando con generoso corazón al olvido su situación presente. ¿Cuáles serían, sin embargo, respecto de ella, las intenciones de la sultana?... ¡Quién es capaz de saber lo que se oculta en las entrañas de las criaturas! Ella confiaba en la protección de Alá, de Alá que conocía la pureza de su alma, y que no desampara nunca a los que con fe invocan su santo nombre.

Entregada a tales pensamientos, y al regocijo que inunden Bâbdur-Rambla, y que semejaba el del bosque azotado sintió transcurrir las horas que, lentas, implacables, se deslizaban con la pesadumbre de los siglos, sin que nada turbase el silencio ni la obscuridad de aquella estancia, a donde con efecto, había sido conducida por orden de Sitti Máriam la doncella, cuando el Sultán abandonaba la explanada arenosa de Bâb-ur-Rambla, después de la prisión del príncipe

Bermejo.

Cuánto tiempo permaneció así ixa, jamás lo supo; sus ojos, familiarizándose al cabo con las tinieblas, diéronle conocimiento exacto de las condiciones de su encierro, cuyos muros de piedra exudaban constantemente un líquido negruzco, y cuyo pavimento aparecía a trechos encharcado; su oído, adquiriendo la finura de percepción que nace del silencio absoluto, distinguía sin interrupción acompasado murmullo, vago, confuso, sin determinación posible, pero cierto e indudable, cuya procedencia le era desconocida.

En medio de aquel rumor, que no carecía de ritmo, percibió claramente un ruido seco, desigual, vigoroso y resonante, que no era dable fuese con él otro confundido, y que aumentando en intensidad, cesaba tan cerca de ella, que no pudo desconocer lo que significaba.

Eran los pasos de un hombre. ¿Venían a buscarla?... ¿Sería acaso ilusión de sus sentidos?...

El girar de una llave en la cerradura de la puerta, y el rechinar de un cerrojo, desvanecieron bien pronto sus dudas, pues habriendose el portón, apareció ante ella la figura de un hombre, que llevaba en la izquierda un candil de latón, encendido, cuya llama hirió de tal modo los ojos de la doncella, que ésta retrocedió vivamente, sin reparar en la fisonomía del recién venido.

Librodot

Colgó aquel hombre el candil en el muro, de una de las juntas de las piedras, y volvió tranquilamente a cerrar el portón, mientras ixa, acostumbrándose a la luz, separaba las manos con que había instintivamente resguardado sus ojos, y fijaba sus miradas en aquel personaje, para ella completamente desconocido.

-¡Ha llegado la hora! -exclamó el recién venido-. ¡Prepárate, esclava, porque va a cumplirse la terrible venganza de nuestra señora la sultana Sitti Máriam! ¡Alá es justo! ¡Golpe por golpe!

XVI

El día, que bajo tan alegres auspicios había comenzado para el creyente pueblo de Granada, empezaba a declinar pausada y tristemente, en medio del silencio medroso de aquella gran ciudad, de que hicieron a porfía los siervos del Misericordioso nueva y floreciente Damasco. Solitarias estaban las calles, cerradas, como en día de revuelta, las tiendas de los mercaderes en el Zacatín y en la Alcaisería, y los pocos transeúntes que circulaban por la población, hacíanlo con paso apresurado y cual temerosos de sí propios. De vez en cuando, ya algunos jinetes armados, ya algunos peones igualmente dispuestos, recorrían la ciudad en patrullas silenciosas, velando por el orden que habían pretendido turbar los burlados enemigos del nieto ilustre de Algâlib Bil'lâh, a quien Alá haya recompensado en el paraíso.

No resonaban ya las alegres músicas, ni se escuchaba el rumor confuso de las gentes reunidas en bullicioso júbilo en Bâb-ur-Rambla, y que semejaba el del bosque agitado por la furia del vendaval, desencadenado y poderoso: sólo el murmullo monótono y constante del Darro interrumpía como un quejido el general silencio, al batir los cimientos de los edificios que le limitaban por ambos lados a su paso por la ciudad, y deslizar sus aguas presurosas para incorporarse con el Genil a no larga distancia.

Cuando cerró la noche, el aspecto que ofrecía Granada, era con verdad imponente.

La luna, esquiva, había recatado el rostro, y no parecía sino que envolvía la ciudad de las mil torres sombrío manto de luto, según eran densas las tinieblas, y según era negro el cielo, donde no brillaba estrella alguna.

Tan negros, tan sombríos como la noche, tan tristes como aparecía en Granada la naturaleza, eran los pensamientos del joven Sultán, dedicados todos a la encantadora criatura a quien debía la vida, y a quien había consagrado su alma.

¡Qué lento había sido para él el día! ¡Con qué especie de ensañamiento, y cual burlándose de él y de su impaciencia, había el sol, indiferente a las miserias de la tierra, permanecido en el horizonte hasta poco después del salâh de almágrib, embozándose con desenfadada majestad como en blanco alquicél en las nubes de nácar hacinadas en torno suyo!

¡Cuántas veces ideó el Príncipe volar a la morada de ixa acompañado de sus gentes de armas, y haciendo uso allí de su autoridad, apoderarse de la doncella salvándola de las manos de Sitti Máriam, y llevársela consigo; y cuántas veces el temor instintivo que le infundía la sultana, le hizo desistir de sus propósitos!

Devorado por la inquietud, vencido por la impaciencia, y sin ser dueño ya de resistir la

ansiedad que le poseía, desechando todo temor, no bien la noche cubrió de sombras el espacio, y quedaron confundidos en la obscuridad el cielo y la tierra, Muhámmad, echando sobre sus hombros amplio albornoz, salió de sus aposentos de la Alhambra, y como fugitivo, se deslizó por el bosque sobre el Darro, abrió con mano trémula el postigo de la cerca, pasó con el rostro recatado, por entre medias de los soldados que custodiaban la torre allí levantada para defensa de la almedina, y cruzando el río por humilde puente de madera, echó a andar por la alameda que florece al pie del Albaicín, continuando su camino por la orilla derecha del Darro en dirección a la ciudad, que semejaba solitaria macbora.

Oprimiendo el puño de su espada, marchó con pasos precipitados, siguiendo a lo largo de las paredes de. los edificios que le servían de guía en la oscuridad, y así llegó sin inconvenientes ni tropiezo alguno al Zacatín, por el cual penetró resuelto, y así prosiguió por las calles solitarias hasta encontrarse delante de la casa en que con el amor de ixa, tantas y tan puras delicias había gozado.

La calle, como todas las demás por donde había transitado, se hallaba desierta, y asiendo con mano febril de la argolla de hierro del portón, descargóla con fuerza varias veces, interrumpiendo con aquellos golpes el silencio que reinaba.

Momentos después, giró la puerta sin hacer ruido, y penetró en el jardín, dirigiéndose al edificio, que se alzaba en el extremo de la calle central, seguido por el portero, en quien no reparó Muhámmad, y en cuyo rostro, a la luz del candil que aquél llevaba, habría podido ver el Príncipe algo de siniestro.

Guiado por la costumbre, el Sultán cruzo el zaguán solitario y a obscuras, subió con el corazón palpitante la escalera que a los aposentos de ixa conducía, y entró en el camarín, donde la noche anterior había tenido tan cerca de sí la muerte sin sospecharlo.

A la templada luz de la lámpara, que apacible y serena iluminaba los delicados esmaltes y la entalladura de la techumbre, Abu Abdil'lâh de un golpe de vista recorrió la estancia.

El estuche estaba allí, con sus muros de labrada yesería, sus tapices recamados, sus sitiales blandos y voluptuosos, sus almartabas ampulosas... Todo en igual estado que él lo había hallado siempre; pero no estaba la joya, no estaba la enamorada doncella, cuya presencia difundía en torno suyo singulares encantos, y por quien para el Sultán la estancia había sido tantas veces trasunto de los cielos mismos.

Aquella soledad, tan temida como sospechada, llenóle de confusión y de sobresalto: no era natural aquel abandono. Ciertos habían sido sus recelos; ixa no estaba allí, y quizás la vengativa sultana habría atentado a la existencia de la pobre niña. Acaso aquello era un lazo... ¡Qué mal había hecho en dejarse arrastrar por su deseo el Príncipe, y en no haber aquel mismo día libertado de las manos de Sitti Máriam a su adorada!

Con el corazón oprimido por horrible duda, Muhámmad se dispuso a abandonar el aposento; pero antes de que hubiera podido salvar la puerta, retrocedió vivamente contrariado, y como impelido por la invencible repugnancia que le produjo la presencia inesperada de una persona, a quien no pensaba encontrar en tal paraje.

Con los labios sonrientes, irónica, provocativa y el ademán resuelto e imponente, Sitti Máriam avanzaba en efecto por la única salida del camarín, impidiendo de este modo la del Príncipe.

-Qué la paz de Alá sea contigo, y que Él te guarde y te proteja ¡oh soberano Príncipe de los creyentes! -exclamó con calculada lentitud la sultana, fijando los ojos con im-

Librodot

pertinencia en el bello rostro de su hijastro.

-Que Él te ampare y ayude, señora mía -respondió éste sin salir de su asombro, ni ocultar su repugnancia.

-¡Alabada sea su misericordia, y ensalzado sea su santo nombre! -repuso Sitti Máriam-. ¡Bendito sea Él, que ha consentido librarte hoy de las asechanzas de tus enemigos, y conservar tu vida para gloria del Islám y ensalzamiento de su doctrina! -añadió con acento burlón en el que se traslucía no obstante su despecho.

Y como nada replicase el Príncipe a tales palabras, ella prosiguió, fingiendo no hacer alto en el silencio de Muhámmad.

-Ciertamente ¡oh señor y Príncipe mío! que será para ti extraña mi presencia en estos lugares; pero yo te prometo por la memoria de tu excelso padre y mi señor (¡perdónele Alá!) y que si me prestas atención un momento, habrás de salir en breve del asombro que veo retratado en tu semblante.

-Antes, señora mía, de que tus labios pronuncien las palabras que vas a decirme, es preciso que sepas por tu parte que nada ignoro de cuanto a ti concierne, que conozco tus intenciones y propósitos, que no lograrás ahora engañarme, y que necesito me digas sobre todo, dónde está ixa y qué has hecho de ella -contestó el Amir con energía y ya repuesto de su momentáneo aturdimiento.

-¡A Alá está reservado el conocimiento de todas las cosas! -replicó en tono sentencioso Sitti Máriam con hipocresía-. Más tarde sabrás lo que deseas... Ahora escucha.

-No pases adelante sin complacerme -interrumpió Abdul'lâh, rechazando la invitación que le hacía la sultana para que tomara asiento al lado suyo.

-¡Tú lo quieres, cúmplase tu voluntad! ¡Tú eres mi Sultán y mi dueño! óyeme, pues, y sosiega tu espíritu intranquilo -contestó la sultana-. ixa, la esclava a quien tú amas y por quien me preguntas, la sierva a quien buscas en vano aquí afanoso como otras veces -prosiguió procurando herir el corazón del Príncipe-, olvidando el amor que te juraba engañosa, goza en los brazos de otro más afortunado que tú los deleites celestiales que sin duda para ti soñabas.

-¿Qué pronuncia tu lengua?... -dijo Abdul'lâh, no pudiendo a pesar suyo contener un movimiento de celos, que venció bien pronto.

-¿No me crees?... ¿No sabes que ixa es una esclava, y que la historia que te contó para llegar hasta ti en el alcázar, es vil impostura, como es inventiva el falso amor que te juraba?

-¡Mientes, sultana, mientes! ¡La herida de la lengua causa más dolor que la del filo de la espada! ¡Ay de ti, si prosigues calumniando a la mujer que amo, porque sería capaz de todo! -exclamó ya colérico el joven, recordando cuánto debía a ixa, y sobre todo lo hecho por ella para conjurar el peligro que había corrido él en la pasada fiesta.

-¿Crees, desventurado, que mis labios pueden mentirte? -replicó Sitti Máriam sonriendo irónicamente-. ¡Júrote

por Alá que nos oye (¡ensalzado sea!) que han de decirte verdades que no te habrán de agradar seguramente! ¡Oye pues!

-¡Dime dónde se halla ixa, y no intentes intimidarme con amenazas que desprecio! ¡Habla pronto, y por tu cabeza no aguardes a impacientarme! ¡Contesta!

-Pues bien: ¿a qué fingir? ixa te ama, ixa te adora; sí, es cierto; pero jamás, ¿lo entiendes? jamás volverás a ver su rostro, ni escuchar su acento, porque yo, yo, la sultana

Sitti Máriam, la mujer a quien a tu vez amenazas, te desafía. .. ¡Porque, ya no eres el Sultán de Granada; porque te hallas en mi poder, incauto mancebo! ¿Qué? ¿Creías, por ventura, desgraciado, que yo podía consentir tu aborrecida presencia en el trono de Granada? ¿Crees, así Alá me maldiga, que iba yo a conformarme con que mis hijos dependiesen siempre de ti, y que no anhelo para ellos otra vida que la obscura que les aguarda al lado tuyo? ¡La mano de Alá, el Justo y el Clemente, te ha traído hoy a esta casa! ¡Te esperaba, porque te conozco! ¡Y ya que ni la fruta envenenada, que deposité yo misma anoche en el tabaque, ha concluido contigo, ni la lanza de Abu Saîd, tu primo, ha cortado hoy el hilo de tu existencia abominada en Bâb-ur-Rambla, ahora, hijo de la mujer que jamás dijo que no a nada, ahora, vas a fenecer a mis manos! ¡A mí! ... ¡A mí, pronto! -gritó roja de ira la sultana, levantándose amenazadora de su asiento y dirigiendo sus gritos al interior de la casa, donde resonaban fatídicos.

Desconcertado ante aquel flujo de injurias y de amenazas, Muhámmad no halló al punto palabra alguna que responder; Sitti Máriam había a sus ojos rasgado el velo misterioso que encubría muchos de los acontecimientos de la pasada noche, que él no había logrado explicarse por completo; y aunque preocupado con tales pensamientos, no por ello perdió la conciencia de su situación ni su presencia de ánimo ante el nuevo peligro, por lo cual, desnudando la espada, exclamó al mismo tiempo que detenía a la sultana oprimiendo fuertemente uno de sus brazos:

-¡Ahora me explico tu presencia en esta casa! ¿Me aguardabas, no es cierto? ... ¿Tú y tu hijo, y mi primo Abu Saîd pretendéis el trono que heredé de mi padre? ... ¡Temblad, pues, porque aún no he muerto!

Algunos hombres invadieron en aquel momento la estancia. Armados de espadas, de lanzas y de chuzos, gritaban feroces amenazando al Príncipe; pero tenían que habérselas con un hombre fuerte, hábil e ingenioso, a quien ni el corazón ni el pulso flaqueaban. Eran veinte contra él; mas, ¿qué le importaba? ... Lucharía hasta deshacerse de aquella chusma, o perecería vendiendo cara su vida. Arrojó lejos de sí a su madrastra, y buscando con la vista un lugar a propósito, escogió uno de los ángulos de la habitación, donde esgrimió la espada.

-¡Invoca ahora, si gustas, el auxilio y la protección de Alá y de los tuyos, porque ha llegado tu hora, Muhámmad! -exclamó la sultana incorporándose del suelo, donde había caído al ser rechazada por el Príncipe, e incitando con el gesto y la mirada a aquellos hombres, a quienes contenía un resto de respeto.

-¡A él! ¿Qué vaciláis? ¿Es que os da miedo un niño?

A estas palabras respondieron los asesinos blandiendo sus armas; y rota ya la traba de respeto que hasta entonces y a pesar suyo les había contenido, se arrojaron sobre el Sultán llenos de furia.

Casi al propio tiempo, y siguiendo la orilla del río, un grupo numeroso de embozados se detenía delante de las tapias del jardín que rodeaba la casa de ixa y después de breves momentos, durante los cuales uno de aquellos que parecía ser jefe, daba a los demás órdenes en voz baja, el grupo se deshizo, repartiéndose los hombres que lo formaban en cuatro secciones diferentes que se distribuyeron silenciosas en derredor de las tapias, marchando al frente de una de aquellas el que los acaudillaba.

Por su corpulencia y por la preocupación que ostensiblemente le dominaba, habría sido sin duda alguna cosa fácil reconocer en él desde luego al arrais de la guardia personal del Príncipe, quien temeroso de cuanto pudiera ocurrir al Sultán cuyos actos

Librodot

espiaba, habíale seguido sin que el Amir lo advirtiese desde que salió al bosque de la Alhambra, y comprendiendo por la dirección que tomó aquél al entrar en el Zacatín, el lugar a donde iba, había vuelto a la almedina precipitadamente, y reunido el número que pudo de oficiales y soldados de la guardia, habíase a buen paso puesto en marcha con ellos hacia la casa de ixa por el camino más corto.

Los acontecimientos de aquel día, la revelación del escrito de Áixa, la prisión del príncipe Bermejo, y lo que de público se decía y había hasta él llegado, noticias eran suficientes para excitar la legítima desconfianza del leal arrais, por cuya razón no había vacilado un instante, sospechando que la sultana Sitti Máriam, cuyo nombre era pronunciado como el del alma de la conjuración fracasada, no desperdiciaría la ocasión de ejecutar sus siniestros planes, si el Sultán caía incautamente entre sus manos.

Sabía él, como lo sabía todo el mundo, que aquella casa era propiedad de Sitti Máriam; y guiado por su lealtad y por su instinto, como primera medida, juzgó oportuno rodear el edificio por sus gentes, encaminándose él en persona a la puerta, dispuesto a hacerla abrir, y no sin antes haber dado instrucciones terminantes y precisas a los oficiales que se habían puesto a la cabeza de los restantes grupos.

Así que hubo llegado al portón, golpeóle con la anilla de hierro, y pareciéndole que tardaban en abrir, disponíase a violentar la cerradura, cuando la puerta giraba silenciosamente, asomando por la rendija la faz estúpida del portero mudo, quien levantando a la altura de su cabeza el candil de que iba 'provisto, trató de ver la persona que a tales horas y de aquella suerte llamaba.

De un empujón vigoroso, Abd-ul-Málik rechazó al esclavo y abriendo de par en par las hojas del portón, sin hacer caso de aquel hombre, a quien había derribado en tierra, penetró en el jardín seguido de su gente, y como conocedor del terreno, dirigióse al cuerpo de la casa, de la cual salía confuso rumor de voces que turbaba el silencio de la noche, y entre las cuales creyó reconocer, alterada y casi ronca la del Príncipe.

Sin pronunciar palabra, pero agitado poderosamente y lleno de zozobra, el arrais atrajo hacia sí a dos de sus soldados, que, acostumbrados a obedecerle, se dejaron conducir sin resistencia; y colocándolos inmediatos a la pared, de un solo impulso saltó sobre sus sus hombros, encontrándose por esta maniobra, casi a la altura del piso en que se hallaba el camarín donde el Sultán luchaba cercado de asesinos. Extendió allí los brazos, y asiendo el parteluz del ajiméz, se detuvo anhelante, escuchando siempre, hasta que al cabo, dando un silbido y lanzando su grito de guerra, se colocó sobre el alféizar del ajiméz por un esfuerzo prodigioso, y exclamó blandiendo el acero:

-¡La vida del Sultán peligra! ¡Adentro todos!

Destrozando entonces con su espada las celosías, penetró en el aposento donde se hallaba el Sultán, defendiendo su vida.

La situación, con efecto, no podía ser más apurada para el animoso y joven Príncipe.

Al arrojarse sobre él las gentes de la sultana, su espada había trazado un círculo que no osaba traspasar ninguno de aquellos forajidos, quienes le atacaban no obstante denodados y con la confianza del número, que les prometía la victoria.

Más de uno había caído ya tocado por la espada del Sultán sobre el pavimento, y el Príncipe, acosado de cerca, acudiendo sin cesar a todos los golpes de armas diferentes que le dirigían, vióse en la precisión de retroceder hasta el ajiméz, esgrimiendo incansable el ensangrentado acero.

-¿Qué os detiene?... -gritaba la sultana-. Acabad con él pronto, que son siglos los

momentos y sois bastante para un niño. ¡Animo, pues, valientes!

Y agrupándose con estrépito, estrechándose con rabia y sin temor a la espada de Muhámmad, que a cada golpe aparecía manchada, era tal el tumulto que no fué posible que entre él oyeran ni el silbido de Abu-ul-Málik, ni su grito de combate, ni la orden dada a sus gentes de penetrar en la casa.

Comprendiendo que al postre el Sultán cedería rendido, menudeaban los asesinos de todos lados los ataques; y, con efecto, aunque procuraba animarse a sí propio, el joven Amir sentía ya que sus fuerzas flaqueaban, y hubiera al fin caído a los golpes de sus enemigos, si la presencia inesperada del bravo arrais no hubiera contenido llenos de sorpresa a los satélites de la sultana.

De una sola mirada, se hizo Abd-ul-Málik cargo de la situación; y conociendo el riesgo inminente en que su señor se hallaba, lanzóse sin vacilar sobre el grupo, desconcertado ya, y en breve descompuesto por el esfuerzo de su brazo y los golpes de su espada.

-¡Valor, señor y dueño mío! -exclamó el noble arrais, poniéndose al lado del Sultán-. ¡Un momento de valor, y todo habrá concluído!

Requirió la espada el mancebo, no menos asombrado por el oportuno auxilio de Abd-ul-Málik que los estaban Sitti Máriam y los suyos; y, unidos ambos, avanzaron sobre los asesinos, en el instante en que a los rudos golpes que descargaban sobre ella las gentes del arrais, caía la puerta de la estancia e invadían espada en mano aquellas el aposento, guiados por los gritos de los combatientes.

Al silbido lanzado por Abd-ul-Málik en el momento de saltar sobre el alféizar del ajiméz, las tres secciones restantes de sus soldados escalaban por diversos puntos las tapias del jardín, y penetrando en el edificio, se incorporaban a los que primero habían llegado, derramándose furiosos en torno de los bordados muros del camarín ensangrentado, que tantas veces escuchó las frases apasionadas del Amir y de la infeliz doncella, y llenando con esto de sorda y terrible furia el corazón de la sultana, cuya última esperanza de salvación, la puerta misteriosa de la alhenia por donde pensó huir, quedaba por tal medio desvanecida.

-¡Rendíos, miserables! -gritó el arrais-. Ya veis que no podéis escapar con vida, y que de nada os servirá vuestro ardimiento.

-Antes morirán que entregarse -rugió Sitti Máriam trémula por la ira, y cegada por el odio, al propio tiempo que desarmando a uno de sus esclavos, adelantó rápida sobre Muhámmad, e intentó sepultar en el pecho del Príncipe el acero que esgrimía.

Pero su golpe fué en vano, pues el recio puño de Abdul-Málik la contuvo, y el arma se desprendió de las manos de la sultana, quien cayó sofocada por la cólera en los brazos del arrais.

Mientras tanto, las gentes del Amir se habían apoderado de aquella turba de asesinos, y después de desarmarlos, sujetáronlos de dos en dos con fuertes ligaduras.

-¡Alabado sea Alá! -exclamó el Sultán fijando los ojos lleno de gratitud en el jefe de sus guardias-. El ángel de la muerte parecía dispuesto ya a separar mi alma de mi cuerpo, y gracias a la misericordia de Aquel a quien todo en ambos mundos obedece, y a ti, mi noble Abd-ul-Málik, todavía respiro. ¡Que la bendición de Alá sea sobre ti y los tuyos!

-Oh soberano señor y dueño mío! -respondió el arrais depositando el cuerpo de la sultana en los brazos de uno de sus oficiales-. ¡Demos gracias a Alá, que ha guiado mis pasos, y ha librado tu vida de las asechanzas de tus enemigos! ... Mas antes, por tu

Librodot

salvación y la mía, señor, dime si las viles armas de esos malditos hijos del demonio han llegado a tocar tu cuerpo.

-Tranquilízate, ¡ni leal arrais: la sangre que adviertes en mis vestiduras, no es mía ... Estoy sano ... Pero, ¡por mi barba, salgamos pronto de aquí! ¡Urge que registremos

hasta los últimos rincones de esta casa, de la cual no que dará mañana piedra sobre piedra! Que esos miserables y toda la gente que encontremos en nuestro registro, sean entregados esta noche misma a mi justicia, y que la sultana Sitti Máriam sea conducida a mi disposición al alcázar -añadió volviéndose a sus guardias, que esperaban sus órdenes sin moverse.

Y al propio tiempo que parte de estos comenzaban a cumplir los mandatos del Sultán, seguido de Abd-ul-Málik y del resto de la fuerza, daba el Amir principio, aunque inútilmente, al registro de la casa, guiado por el afán de descubrir el paradero de Âixa.

Los servidores de Sitti Máriam, asustados, si no opusieron resistencia, tampoco pudieron calmar la ansiedad del Príncipe, quien llamaba por todas partes y como loco a la doncella, pues ignoraban que la sultana aquella manaña había hecho conducir a la joven a uno de los encierros de la galería subterránea, y desconocían el secreto de la alhenia.

Cuando Muhámmad se hubo convencido de la esterilidad de sus esfuerzos, con el alma cubierta de mortal inquietud y profundamente entristecido, tomó el camino de su regia morada, escoltado esta vez por Abd-ul-Málik y por sus guardias, que caminaban silenciosos detrás del Príncipe.

A la mañana siguiente, hizo conducir a su presencia a la sultana Sitti Máriam, recibiéndola en el departamento superior de la Torre de Abu-l-Hayyây, labrada en los días de Iúsuf 1, de quien tomaba nombre, y desde la cual se distinguía el hermoso panorama de la ciudad que se extendía pintoresca hacia poniente por una y otra orilla del Darro.

Aquella mujer, de ánimo inquebrantable, compareció ante el Sultán, agresiva y feroz como siempre. Sus primeras palabras fueron otros tantos insultos que despreció Abdul'lâh, decidido a averiguar la suerte de su enamorada.

Con cinismo comparable sólo a la aversión cordial que le profesaba, Sitti Máriam pareció complacerse en referir a Muhámmad menudamente cuanto concernía a la joven, de quien había pretendido hacer instrumento de su venganza, pero sin revelarle ni mucho menos toda la extensión de la trama urdida contra él, ni las secretas reuniones de casa del judío, ni los nombres por consiguiente de los conjurados. Sabía que el corazón del Príncipe era noble y generoso, y esperaba confiadamente en que aquellas condiciones ingénitas del Sultán, explotadas con destreza, tarde o temprano habrían de dar el triunfo a ella y a los suyos.

-¿Qué te he hecho yo, sultana y señora mía, para que de ese modo cruel me aborrezcas, y conspires contra la vida de quien procuró honrarte siempre, respetando la memoria de Iúsuf, nuestro señor y mi padre, a quien Alá ha abierto las puertas del Paraíso? -preguntó el Sultán dominado por singular melancolía, y dando al olvido los insultos y la procacidad de su madrastra.

-¡Que qué me has hecho! -replicó Sitti Máriam-. ¿Por ventura lo ignoras? ... ¿No te lo han dicho ya mis labios? ¿No te lo han dicho todas mis acciones? No sabes que te aborrezco, porque tu existencia maldita es el despojo constante de mis hijos, a quienes has privado de la posesión de Granada? ¿No sabes que tu presencia es para mí como agudo puñal que envenena los días de mi vida, v que destroza sin piedad mis entrañas?

¿No sabes que tu felicidad, en el sitio que ocupas y que sin ti sería de mis hijos, es un reto continuo?... ¡Y me preguntas qué me has hecho! ¡Te aborrezco, sí! ¡Te aborrezco tanto, que ciaría con gusto mi parte de paraíso por ver correr la sangre toda de tus venas! ¡Y si no mandas que me quiten la vida, mientras aliente, mientras quede en mi cuerpo una gota de sangre, habré de maldecirte, impío, hijo de impía, y habré de procurar sin tregua tu ruina y tu muerte! ... En tus manos estoy: ¡véngate ahora que puedes hacerlo, ya que la suerte y el demonio te protegen!

-¡Calla. mujer, calla! No me hagas olvidar ¡por Alá' quien eres, y dime dónde está Âixa.

Âixa ¡Qué me importa a mí esa miserable criatura! ¡Si tú no la amases, habría seguido su suerte; pero sé que sufres, sé que tu corazón se hace pedazos pensando en ella, y esa es mi alegría! Jamás sabrás lo que he hecho de tu amante...

-Estás en mi poder, sultana; en mi poder están también tus hijos, y ellos y tú me responderán de la vida de ixa con la vuestra.

-¡Mis hijos! ¡Ya no están en tu poder, imbécil! ¡Yo sí lo estoy, y te brindo con mi sangre para que te vengues! ¡Aquí me tienes! ¡Soy una débil mujer! ¡Puedes, por tanto, saciar tu cólera en mí, y habrás ejecutado hazaña propia de un ruin espíritu! .

-¡Calla, Sitti Máriam! -volvió a repetir el Sultán trémulo de coraje-. No aumentes mi indignación y el horror que me inspiras con tus palabras... Pero no lograrás lo que apeteces ... No conseguirás que mis manos se manchen con la sangre de la que fué mujer de mi padre y sultana a un tiempo de Granada.

-¿Qué mayor prueba de tu ruindad y de tu cobardía? ¡Puedes vengarte, y no lo haces, temiendo que alguien te pida mañana cuenta de mi muerte!

-¡No!... ¡No, por Alá!... ¡Me vengaré, sultana! ¡Me vengaré, pues lo deseas y a ello me provocas, aunque hubiera de morir enseguida! ¡La muerte con la venganza es preferible a la vida con deshonra! ... ¡Quizás te arrepientas de haberme excitado a ella. .. pero será ya tarde!

-¡Hiere, pues! -exclamó Sitti Máriam-. ¿Qué hace esa gumía ociosa? ¡Aquí está mi corazón que te odia!

-No es así como pienso vengarme, y tu vida es muy poca cosa ya para satisfacerme -replicó el Sultán procurando calmarse, y llamando a sus guardias para que acompañasen a la sultana.

Sus gritos, sus denuestos, sus injurias y sus amenazas, se estrellaron ante la impasibilidad del joven Príncipe, a quien la inquietud consumía por ignorar el paradero de ixa pero al fin, a viva fuerza los guardias lograron hacerla callar, y la obligaron a abandonar el aposento, donde quedó el Amir pensativo.

-¡Yo la encontraré! -exclamó al cabo-. ¡Sí, yo la encontraré, Señor, si tú me ayudas! ¡Ella es mi encanto, ella es mi esperanza, y tú, que eres el Dispensador supremo de todos los beneficios, tú la has puesto en mi camino!...

Aquella tardé, convocado el consejo de los visires, dictó éste sentencia de muerte para el príncipe Bermejo y los principales conjurados aprehendidos; y mientras a los pocos días los pacíficos habitantes de Granada presenciaban extremecidos de horror la ejecución de aquella terrible sentencia, para escarmiento de traidores, el príncipe Abu Said, generosamente perdonado por el Sultán, y acompañado del arrais Abd-ul-Málik hasta la frontera, abandonaba el reino granadino, acariciando en su interior distintos proyectos de venganza.

Librodot

La sultana Sitti Máriam quedaba encerrada en una de las torres de la Alhambra, y sus dos hijos Ismail y Cais, que habían vuelto a poder de Abdul'láh, recibían por cárcel sus propios aposentos en la Torre, donde hasta entonces habían habitado.

XVII

Largo tiempo hacía que, entregada la naturaleza al letargo laborioso del invierno; las crestas de Chebel-al-ôkab y de Chebel-ax-Xolair, aparecían cerrando el horizonte cubiertas completamente de nieve, como devotos peregrinos que se preparan a emprender el viaje o que regresan de visitar el santo templo de la Caába (¡prospérele Alá!), envueltos en sus blancos alquiceles.

Los árboles que en el verano y el otoño matizaban con la esmeralda de sus frondosas copas el cuadro seductor de la hermosa Granada, y que brindaban apacible reposo con la fresca y agradable sombra que sobre el alfombrado suelo proyectaban, tendían ahora sus ramas secas y desnudas al cielo, cual los fieles en la oración levantan sus brazos a la pintada techumbre de las mezquitas, y sus troncos, rugosos y retorcidos los unos como poseídos del demonio, húmedos y derechos los otros como esbeltos alminares, se levantaban tristes sobre la tierra obscura, desprovista de galas, o sobre la sabana reverberante, que habían tendido las nubes al deshacerse en menudos y frecuentes copos de nieve.

Engrosado su caudal por el de los arroyos torrenciales que se despeñaban bramando desde las alturas de los montes, el Darro, con sus aguas revueltas y cenagosas, que parecían vestidas de luto, se deslizaba murmurador y sombrío entre sus orillas desprovistas de vegetación, estrellaba con furia su corriente contra las escarpadas estribaciones de la colina roja, y se arrojaba con estrépito por medio de la ciudad, golpeando como loco los edificios hasta llegar al punto que huyendo de sí propio, buscaba en el seno del Genil legítima defensa, espaciándose luego por el valle, unido con aquel en perennal abrazo.

Gris, como una coraza engrasada, estaba el cielo, sombrío a veces cual la techumbre de una caravana o la bóveda de un subterráneo, no sin que en ocasiones, y a modo de promesa celestial, recordase los días esplendentes de la primavera, vistiéndose de azules gasas, y testificando la misericordia de Alá, el Alto, con las sonrisas del sol que llenaban de regocijo a las criaturas, y hacían fermentar el grano en las entrañas de la tierra.

Cuatro lunas, cuatro largas lunas habían transcurrido con efecto desde que, triunfante en Bâb-ur-Rampla, el Sultán Abu Abdil'lâh Muhámmad, recogido en los dorados aposentos de su fastuoso alcázar, como el sol se recogía en el firmamento detrás de la masa espesa de las nubes, sufría los tormentos horribles de la ausencia, separado de la mujer que había hecho latir su corazón, y había abierto su alma generosa a sentimientos para él nunca conocidos.

Bien se vengaba la sultana Sitti Máriam, aun confinada en su prisión dentro de la fortaleza de la Alhambra... Cuantas gestiones habían hecho Abdul'láh y sus servidores para averiguar el paradero de la infeliz doncella, todas habían resultado inútiles ... En balde, cumplidas las órdenes del Amir, había sido piedra a piedra demolido el edificio donde ixa fué aposentada por Sitti Máriam... No parecía sino que la tierra abriéndose al

conjuro infernal de la sultana, había ocultado en su seno a la enamorada del Príncipe.

Ninguno de aquellos aposentos, donde ella tantas amarguras tenía sufridas, donde acarició tantas y tan risueñas esperanzas, donde por vez primera oyó de labios del Sultán de Granada, como ella trémulo y balbuciente, la declaración apasionada de sus ansias, conservaba rastro ni huella alguna de la joven; ni aquel subterráneo cuya oculta entrada dejó al descubierto la piqueta de los cautivos nassáríes empleados en la obra de destrucción mandada por Muhámmad, ni los departamentos húmedos y fríos, como silos, que en tal secreta comunicación encontraron, ni la humilde casa que a la otra orilla del Darro daba al subterráneo salida, guardaban memoria, ni facilitaban indicio aprovechable.

¡Acaso la vengativa sultana había para siempre apagado la luz de aquellos ojos que derramaban la pasión a raudales, y paralizado con la muerte aquel sentido corazón, que sólo por el amor y para el amor del Príncipe latía!

Tal pensaba, según los contadores de historias, el Sultán de Granada, cierto día, al mediar de la luna de Rabí-ulaúal del año 760 de la Hégira[29], tristemente asomado al ajiméz de la Torre de Ismail que se encarama sobre el bosque de la Alhambra, y finge contemplar desde allí las corrientes del Darro, que socavan los cimientos de granito de la colina roja.

Detrás de él, ya completamente restablecido, aparecía con el rostro resplandeciente de bondad e impregnado de melancolía, como si en su pecho se reflejase la del Príncipe, el noble Lisán-ud-Dín, y a su lado, con el visir Riduán, Abd-ul-Málik, sombrío y ceñudo, miraba el paisaje, cual si en los hilos sutiles de la lluvia que caía espesa, hubiera encontrado algo de indescifrable y misterioso.

Permanecían los tres silenciosos hacía ya rato, y al fin, el Príncipe, exhalando un suspiro y con lágrimas, que no pudo reprimir, se apartó bruscamente del ajiméz, y se dejó caer sobre un asiento, exclamando con acento conmovido:

-¡Es más fuerte que yo!... ¿Cuándo acabará mi angustia?...

Deseando distraerle, lbn-ul-Jatib se adelantó hacia él, y con voz llena de sentimiento, improvisó en el metro Basit unos versos, que comenzaban:

¡Tus ojos lloran en la triste ausencia
de la que tu alma adora,
cual la del sol, sin luz ni transparencia,
el cielo también llora!

"¡Volverá con la hermosa primavera
del cielo la alegría,
y volverá a tu pecho placentera
la ventura algún día!"

[29] 14 de febrero de 1359.

Librodot

Al escuchar la sentida improvisación del poeta, Muhámmad experimentó grande alivio.

-¡Sí; tienes razón, Lisán-ud-Dín!... -dijo el Sultán¡Oigo resonar dentro de mi ser la voz piadosa de Alá, que me promete ha de llegar el día feliz en que me sea dado volver a gozar con la presencia de aquella a quien lloran como perdida mis ojos, la ventura por quien mi alma suspira!... ¡Tú, que has sido confidente de mis ansias locas y de mis alegrías en otros tiempos, tú sabes cuánto padece mi corazón!... ¡Todo parece asegurarme que aquella por quien peno ha bajado al sepulcro a los golpes de la venganza; pero hay en mí secretos impulsos que me aseguran que vive!... ¡Si no fuera así, yo tampoco viviría!... ¡Nada ha sido suficientemente poderoso para hacer que la sultana Sitti Máriam declare el lugar donde mandó ocultarla, y ni aun sus propios hijos, inocentes, han tenido sobre ella prestigio para arrancar una confesión sincera de sus labios!

-¡Vive, sí! ... ¡Alá, en su inmensa misericordia, no habría consentido semejante crimen! ¡Vive, y sufre y llora como yo, quién sabe dónde!... ¡Vosotros me habéis ayudado a buscarla por todas partes, y todo a sido en vano! ... ¡Alá es el Dispensador de todos los beneficios, y en su justicia espero!... ¡Ensalzado sea su santo nombre!..."

Sí; ixa vivía. Era cierto.

Encerrada en uno de los profundos silos de la galería subterránea descubierta por los cautivos empleados en demoler la casa, la doncella, con efecto, conducida allí durante el desvanecimiento producido por la presencia del Príncipe en Bâb-ur-Rambla, cuando le juzgaba como todo el mundo asesinado alevosamente por el hierro de la lanza del príncipe Bermejo, debía también experimentar igual suerte que la deparada al Sultán, para satisfacer así los sanguinarios deseos de venganza de Sitti Máriam, burlada una vez más por la joven.

Cuando sus ojos, en la tarde que sucedió a aquella angustiosa mañana, pudieron soportar aunque con molestia el resplandor del candil que había el desconocido colgado de una de las grietas del muro, al penetrar en el encierro, fijáronse con extrañeza y curiosidad en aquel personaje, quien adelantado hacia ella, pronunciaba con voz ronca en sus oídos las fatídicas palabras por las cuales no pudo dudar ya de su destino, ni de las intenciones con que ante ella aquel hombre se presentaba.

No era cobarde ixa y demostrado lo tenía; no era tampoco su vida lo que le importaba Pero la sorpresa fué en ella tan grande, que paralizó su lengua.

El hombre, sin hacer alto en la impresión producida por sus palabras, deslió lentamente de su cintura una cuerda larga y recia que enrollada llevaba, y, como quien se dispone a ejecutar acción a los ojos del Altísimo meritoria, pareció complacerse con bárbara sonrisa en desplegarla a la presencia de la atónita joven, por cuyas mejillas, pálidas como el cáliz de la camamila silvestre, se deslizaron silenciosamente dos lágrimas que se perdieron entre el encaje del alharime que cubría su semblante.

-¡Nada sucede sin la voluntad del Excelso! -dijo con resignación-. ¡Ensalzado sea!

-Haces bien, por mi cabeza, en dirigirte a Alá, porque dentro de poco -replicó el hombre- serás seguramente a su presencia. Aprovecha los instantes -añadió mientras hacía con la cuerda un nudo corredizo-, pues son pocos los que te quedan de vida.

Sin duda esperaba el emisario de Sitti Máriam una explosión de quejas y lamentos como respuesta a sus crueles palabras, pues extrañando por su parte el silencio de la

Librodot

doncella, suspendió su maniobra, y se volvió a la niña, diciendo con brutal sarcasmo:

-Puedes gritar cuanto quieras, hija mía. Nadie habrá de oírte, porque sobre nuestras cabezas corre el Darro, y el murmullo de sus aguas es muy bastante para sofocar tus gritos.

-No esperes que mis labios se abran para exhalar queja alguna -repuso dulcemente ixa ¿De qué me serviría? ¡Si mi muerte está decretada, cúmplase la voluntad del Señor de las criaturas! Estoy dispuesta.

-¡Pareces valiente, muchacha! Y a fe, que más que tu conformidad habría querido que excitaras mi coraje con tus insultos y tus quejidos. ¡Por la santa ley de Mahoma (¡bendígale Alá!), que tus ojos son como luceros de la noche y es lástima que tan pronto haya de apagarse su lumbre!

Y así diciendo aquel hombre, corpulento y grande, de recios puños y de semblante tosco, alargó una de sus manos y con rápido movimiento, que ni pudo prever ni prevenir Aixa, arrancó de un golpe el alharime que ocultaba desde el nacimiento de la nariz las facciones de la doncella, exclamando al propio tiempo:

-¡Eres hermosa como las huríes del paraíso!... ¡Tus labios, como la flor del argován son rojos y frescos, y tus mejillas parecen el capullo de una rosa recién abierta ... Jamás vieron mis ojos otra como tú!

Quedó un momento suspenso contemplando el rostro de la joven; de sus manos se deslizaron al húmedo pavimento los cabos de la cuerda, y pasando su gruesa y nervuda diestra por la cara, como para desechar algún mal pensamiento, retrocedió cual herido, vacilante.

Después, se inclinó pausadamente y como a pesar suyo al suelo, exhaló un suspiro, y volvió a tomar la cuerda, prosiguiendo la operación comenzada.

En el estado en que el ánimo de Aixa se encontraba, todo aquello, era un peligro, había pasado inapercibido para ella, no acertando tampoco a hacer movimiento alguno, mientras el hombre, con los ojos bajos unas veces, fijándolos otras en ella, continuaba su faena, cual si hubiera sido la cosa más pesada y sobremanera dificultosa del mundo.

Al fin, dando por terminada su obra, volvió a acercarse sin pronunciar palabra a la joven, y se apoderó de sus manos, que ella le abandonó sin violencia; colocóselas a la espalda, pasó por las muñecas de ambas el nudo corredizo, y tiró con tal fuerza de la cuerda hacia atrás, que Aixa, sin fuerzas, estuvo a punto de caer al suelo.

-No tengas miedo -dijo el satélite de Sitti Máriam-. Procuraré hacerte el menos daño posible. Pero si tú quisieras.. . -añadió deteniéndose.

-Por ventura, así Alá me abra las puertas del paraíso, ¿puedo yo ya querer algo en el mundo? -contesto Âixa.

-Sí, sí puedes querer, y tu voluntad, muchacha, sería obedecida por mí sin vacilación ...

-¿Qué dices? ... No te entiendo ...

-Mira -exclamó el desconocido, colocándose resueltamente delante de la niña, que temblaba de comprender-. ¡Yo soy un pobre siervo, cuya vida es de mi señora la sultana Sitti Máriam, a quien Alá proteja! Bien sabes, tú que eres como yo una esclava, que a nosotros no nos toca pensar, sino obedecer las órdenes y los caprichos de nuestros dueños, sin murmurar siquiera ... He recibido, con amenaza de mi propia cabeza, el mandato de darte muerte, y he venido a cumplirlo sin importarme quién fueres, porque en la hora del juicio, yo no sería responsable, como no lo sería este cuchillo -prosiguió

Librodot

golpeando el que llevaba sujeto en la faja-. Pues bien, muchacha, jugaré por ti mi cabeza, si quieres ser mi mujer, y en lugar de darte muerte y abandonar aquí tu cuerpo, huiremos de estos lugares. huiremos de Granada, y Alá nos protegerá o me protegerá por haber salvado una de sus criaturas ... ¿Quiéres?

-¡Que Alá te bendiga, hermano mío! -dijo la doncella realmente enternecida-. Que Alá te recompense esta bella acción a que te arrojas por una pobre mujer a quien no conoces ... Pero yo no puedo ser tuya ...

-Entonces, muchacha, que Alá me perdone; pero no puedo yo tampoco desobedecer a mi señora.

Y esto dicho, sujetó sólidamente con la cuerda el cuerpo de ixa y de un impulso la derribó en tierra.

Al choque, rebotó sobre el pavimento la cabeza de la enamorada del Sultán, y sus labios lanzaron un quejido: pero no pronunciaron una queja.

Después, el esclavo quedóse contemplándola un instante, y al cabo, empuñando el cuchillo, hizo brillar su hoja, ancha y corva, a la luz rojiza del candil que iluminaba sombríamente el encierro.

Elevó ixa a los pies del trono de Alá su pensamiento, evocó la imagen de su amado, por quien iba a morir, y cerrando los ojos se dispuso a recibir el golpe, recitando mentalmente el xahâdah: ¡No hay otro dios que Alá! , Mahoma es el Enviado de Alá!

-¡Levántate, muchacha! -gritó con voz ronca el esclavo-. No seré yo quien te quite la vida en este momento ...

-¿Qué quieres de mí? -preguntó ixa ¿Por qué no hieres mi pecho?

-¡Levántate -dijo-, y prepárate a seguirme!

-¡Oh, no' ¡Prefiero morir!

-¡Por el mismo Satán el Apedreado, que ya no puedo más! -exclamó aquel hombre incorporando a la fuerza a la doncella-. ¡Tú serás mía! -añadió-- "Si tú no puedes entrar por la puerta del amor, dice al adagio, entra por la puerta del oro." Yo no tengo oro, pero tengo en cambio este cuchillo. Vas a seguirme.. Sé que lo harás a la fuerza; pero si gritas, si haces el menor movimiento, clavaré la hoja de este arma en tu corazón hasta el puño...

Descolgó el candil rápidamente, abrió después el portón, y empujando a Aixa, hízola caminar por el subterráneo largo trecho, hasta que tropezaron con los primeros peldaños de una escalera.

-¿A dónde me llevas? -interrogó Aixa llena de temor y de angustia.

-¿Qué te importa? No olvides que si gritas, caerás herida por mi mano.. . ¡Adelante!

De esta forma, subieron la escalera, y la doncella reconoció en seguida el aposento en que desembocaba. Era la casa aquella en la cual la implacable Sitti Máriam la había obligado a escribir al Sultán, dándole cita para la noche anterior en que debía ser envenenado.

Sin detenerse, el esclavo cruzó varias estancias abandonadas, y al postre, después de apagar el candil y de arrojarlo al suelo, descorriendo el cerrojo de una puerta, una bocanada de viento hizo comprender a ixa que se hallaba en la calle.

Aspiró con deleite y recibió como una salutación halagüeña aquella caricia que Alá sin duda le enviaba para fortalecerla, y volviéndose al esclavo, le interrogó con un gesto acerca del camino que debía seguir, mientras acomodaba sobre el rostro el desgarrado alharime.

Indicóle el hombre con la mano el camino, y ambos se pusieron en marcha, ella

delante, detrás él, prevenido y siempre dispuesto.

Era va de noche, v los acontecimientos ocurridos en Bâb-ur-Rambla la hacían más imponente, pues no transitaba a aquella hora alma viviente por la ciudad solitaria, a excepción de las patrullas que la recorrían.

Siguiendo la cintura de murallas que rodeaba la población tuvo la fortuna el esclavo de que no estorbase a deshora sus propósitos nadie; y así, sin hacer alto en parte

alguna, condujo a la doncella a uno de los barrios más apartados de Granada, y llamando a una casa de miserable aspecto, hízose abrir la puerta, y penetraron ambos dentro.

Por el camino Aixa había reflexionado. Intenciones tuvo al principio de llamar en su auxilio, para que el esclavo, cumpliendo su palabra, la libertase de la vida, pues no esperaba volver a gozar ventura en el mundo lejos de su amado; pero luego, ocurrióle la idea de que viviendo, luciría para ella al fin el día en que habría de serle dado reunirse con el Sultán, burlando con la protección del Misericordioso los brutales deseos de aquel hombre. Llevando éste al que le había franqueado la entrada, a uno de los extremos de la reducida estancia que, alumbrada por miserable candil de barro, embarazaban de todos lados distintos aperos de labranza y fardos de diverso tamaño y forma, habló con él en voz baja algunos momentos, y volvió al lado de la joven, mientras el otro desaparecía por una puerta abierta en el fondo de la sala.

Poco después volvía de nuevo, y a una seña suya, el esclavo empujó a Aixa delante de sí, y salieron otra vez a la calle.

Esperábales allí, ya enjaezada, una cabalgadura; y montando en ella de un salto el siervo de Sitti Máriam, extendió rápidamente los brazos, y con un movimiento vigorozo del que él solo parecía capaz, cogió a Aixa por la cintura, y a pesar de sus protestas, la montó sobre el arzón delantero, aguijando al propio tiempo al animal, que emprendió en las sombras velocísima carrera.

Los soldados que guardaban Báb-Bonaita le vieron pasar como una exhalación, y bien pronto desapareció por el camino de Atarfe.

Aixa vivía pues, era cierto; pero vivía lejos de Granada, e ignoraba cuanto había sucedido desde el momento en que perdió el sentido en Bâb-ur-Rambla.

Al caer la tarde de aquel día, cesó la lluvia, y el tiempo pareció serenarse. El Sultán, triste como siempre, se recogió a sus habitaciones, y allí solitario abandonóse a su dolor, invocando el auxilio de los cielos, mientras la sultana Sitti Máriam, encerrada en uno de los fuertes torreones de la Alhambra. y echando en él de menos la libertad, no sólo no había desistido de sus proyectos sanguinarios, sino que excitado su coraje, más que nunca anhelaba el momento de la venganza, que veía siempre como el único medio de saciar sus ambiciones, exaltando hasta el trono su descendencia.

La soledad en que vivía y el aislamiento a que su propia impaciencia y su carácter la habían reducido, eran para ella más crueles, más intolerables que la misma muerte. Privada de toda clase de noticias, devoraba en el estrecho recinto de la prisión la rabia de su impotencia, renegando de su destino y de su suerte, invocando en ocasiones, y como si el Señor de ambos mundos pudiera escuchar benévolo sus súplicas, la protección de Alá para vengarse del Sultán de Granada, a quien entre horribles amenazas y juramentos maldecía sin tregua, y a quien, para más martirizarle, había resistido siempre, ocultándole que en su encono había mandado dar a ixa la muerte.

También habían para ella transcurrido aquellas cuatro lunas entre angustias sin límites,

Librodot

que exaltaban su cerebro debilitado por la cólera y obscurecían su razón; con la luz de cada día, habían sus ojos visto apagarse y desvanecerse al par una de aquellas locas esperanzas que las sostenían. En vano pretendían inquirir sus miradas, contemplando el horizonte, los acontecimientos que podían halagar su envenenado corazón, satisfaciendo sus deseos y sus instintos sanguinarios, pues cerrado por todas partes, se ofrecía indiferente para ella; en vano intentó seducir a sus guardias: no parecía sino que era sonada la hora de la justicia divina, y que por decreto del mismo Alá había para siempre descendido a las lobregueces del yahannam, donde era consumida por el fuego eterno.

Desde el estrecho ajiméz de la torre en que permanecía prisionera, su inquieto espíritu la condenaba a escuchar anhelante cuantos ruidos, vagos y confusos, de la ciudad llegaban hasta ella, y en cada uno creía sorprender y distinguir la señal apetecida del triunfo conseguido por los parciales de su hijo Ismail; pero en balde eran su exaltación y sus afanes. Granada no parecía acordarse de ella, y, grano de arena en el desierto, su desaparición y la del príncipe Bermejo no habían sido notadas más que por los mismos a quienes podía interesar para sus planes la ruina de Muhámmad.

Poseída entonces de salvaje furor, mesaba sus cabellos, se arañaba el rostro, y convulsa y fuera de sí, renegaba de los hombres, invocando los espíritus infernales, por cuya intercesión y con cuyo auxilio, pensaba conseguir sus designios reprobados.

Asida febrilmente a los hierros del ajiméz, suelto el cabello, ralo y ceniciento; en desorden sus vestiduras y pintada en el semblante la repulsiva ansiedad que la impulsaba; exaltada como nunca hasta el delirio, y presa de inquietud extraña, hallábase a la sazón la sultana Sitti Máriam aquella misma tarde del 16 de Rabi-ul-aúal en que el Príncipe de los fieles, desfallecido, se retiraba a sus aposentos propios, buscando en la soledad consuelo a sus dolores.

La lluvia había cesado de golpear con triste monotonía los muros rojizos de la torre en que Sitti Máriam se encontraba; pero el cielo estaba obscuro y medroso. y el viento. huracanado y frío, penetraba violentamente en el interior de la prisión, estrellándose con furia contra las paredes desnudas del aposento, que parecían gemir al rudo embate.

Ningún humano ruido turbaba el espantable silencio de la noche, escuchándose sólo el rumor constante del viento, que al precipitarse desde la altura y como rechazado desde ella, semejaba, ya el revuelto vocerío de un pueblo entero levantado en tumulto, ya mil quejas confusas, apagadas por el continuo fragor de aquella tormenta que fingía, ya el

estruendo de las armas, al chocar en terrible lucha, y ya, por último, el estrépito horroroso de alguna fortaleza, desplomada al empuje de las máquinas de guerra.

Dominada por la influencia de su propio delirio, por aquellos sueños de exterminio que en su calenturienta imaginación forjaba, escuchaba Sitti Máriam afanosa, sin apartarse del ajiméz, recibiendo en el rostro, contraído y macilento, los golpes repetidos del huracán, y cada ráfaga arrancaba a sus labios una exclamación de lastimosa alegría.

-¡Triunfan! -decía-. ¿Qué me importan estas rejas, si Alá me permite gozar del espectáculo, si el viento trae hasta mí, como fiel emisario, el eco jubiloso de la victoria?

Y volvía a escuchar con mayor insistencia, pretendiendo sondear sus ojos extraviados las sombras, cada vez más obscuras, de la noche.

Embebida en tales pensamientos, permanecía la desventurada como fuera de la realidad, y no pudo oír, desde el lugar en que se hallaba y a través de los gritos del vendaval y de sus propias quimeras, que la puerta de su prisión se abría volviendo a ser cerrada, y que una sombra, más bien que un ser, penetrando hasta allí, se mostraba

Librodot

indecisa y silenciosa, sobrecogida de espanto, al lado suyo.

La obscuridad era, con efecto, tan profunda en el interior de la torre, que con dificultad habría sido a ojos humanos posible distinguir el misterioso compañero que la casualidad acaso deparaba a la sultana.

Asida como siempre a los hierros del ajiméz, y sin haber advertido nada, suspendía ésta la respiración anhelante, temerosa de perder el menor detalle de aquellos sucesos quiméricos, nacidos de su propia fantasía.

-¡Y no vienen!... -exclamaba en voz alta con sensible desaliento-. ¿Y han de ser eternas para mí las tinieblas y la soledad que me rodean?. .. La embriaguez del triunfo ¿será tal, por mi cabeza, que me olviden?... ¡No! ¡No era posible! -añadía a cada nueva bocanada de viento-. ¡No era posible!... ¡Ya escucho el rumor de sus voces!... Me llaman... Ya vienen...

Y aplicando los labios, trémulos y ardorosos, a la reja, gritó con todas sus fuerzas:

-¡Por aquí!... ¡Por aquí! ¡Salvadme!

Relámpago veloz cruzó el espacio, alumbrando sombríamente la torre, y Sitti Máriam al contemplarle, exclamó gozosa:

-¡Oh! ¡Ya están aquí! ¡La luz de sus antorchas ha iluminado las sombras de la noche! ¡No podían olvidarme! ¡Los he visto! ¡Que la bendición de Alá sea sobre ellos!

No siéndole dable contener su alegría, comenzó a recitar algunos versículos del Corán, dejándose caer de rodillas.

Como obedeciendo a una consigna, cesó de pronto el alborotado rumor del viento; no se oían ya los silbidos del huracán al azotar con sus cien* invensibles manos los muros de la torre y las descarnadas ramas de los árboles. Mortal silencio sucedió al estrépito de la tormenta, y Sitti Máriam, sorprendida por aquella repentina calma, corrió a la puerta de la prisión, aplicando con ansiedad creciente el oído a la cerradura.

El mismo silencio, lúgubre e imponente, reinaba en el interior de la torre, cual si la naturaleza, cansada de aquel rudo combate de los elementos, hubiese caído en fúnebre atonía.

Pero después, y pasado aquel momento de inesperada tregua, volvióse a escuchar la voz de la tormenta: bramó con nuevos ímpetus el viento, menudearon cárdenos y espantables los relámpagos, y el trueno llenó formidable el seno de las nubes, retumbando en el espacio, y despeñándose por los montes con fragoroso estruendo.

Desalentada, temblorosa, sin fuerzas y postrada, la sultana abandonó lentamente su posición, y fué a sentarse sobre el suelo, ocultando su rostro entre las manos.

-¡Era un sueño! -exclamó colérica-. ¡Ilusión de mi deseo! ¡Todo mentira!

Levantándose a poco, y cual impulsada por secreto instinto, se dirigió de nuevo al ajiméz por entre cuyos cru zados hierros penetraba a torbellinos el huracán revuelto con espesas gotas de agua.

Al mismo tiempo, y más intenso que los anteriores, rasgó las negruras de la noche la luz rojiza de un relámpago, iluminando rápidamente el aposento; a su fulgor, fugaz e incierto, sobre el fondo obscuro de aquellas paredes, vió Sitti Máriam destacarse la figura silenciosa y muda del misterioso compañero que había contemplado con estupor y sin moverse sus pasados extravíos, y había sorprendido sus vanas esperanzas de un momento.

Retrocedió espantada, y con agitación indecible se refugió en uno de los rincones de la estancia.

Librodot

La sombra, en tanto, avanzó eón lentitud hacia ella, y poniendo una de sus manos sobre la sultana, permaneció como indecisa y en silencio.

-¿Quién eres? -exclamó aterrada Sitti Máriam al contacto de aquella mano.

Y como no obtuviese respuesta, animada por su propia exaltación, y dudando de sus sentidos, se irguió soberbia la sultana, extendió los brazos, apoyó las manos en los hombros de aquella especie de fantasma, y procuró en las sombras distinguir su semblante.

-¿Quién eres?... -volvió a preguntar, mientras el resplandor de los relámpagos, que sin interrupción se sucedían en medio del desconcertado resonar del trueno, favoreciendo sus designios, le permitió contemplar con asombro en las del desconocido personaje, las facciones de ixa que aparecían ante sus ojos iluminadas por aquella lumbre fugitiva de modo sobrenatural y extraño.

Frío sudor inundó la frente de la madre de Ismail; sus manos se deslizaron de sobre los hombros de la joven; sus brazos cayeron pesadamente a lo largo del cuerpo, y como si hubiese visto una visión horrible, pretendió retroceder aun a través de los muros en que se apoyaba.

-¡Aparta!... ¡Aparta! -gritó fuera de sí con voz ronca y sofocada-. Málak-ul-máut se ha apoderado ya de ti, y

ha separado tu cuerpo de tu alma... ¡Aparta!...

Pero la sombra continuó inmóvil.

-¡Sí! -prosiguió la sultana cobrando aliento y exasperada por aquel mutismo-. ¡Yo mandé darte la muerte! La espada de la justicia armó mi brazo ... ¡Yo te odiaba, te aborrecía, porque amabas al Sultán, y porque tu amor imbécil fué siempre obstáculo para mí invencible! ¡Y si otra vez tuvieras vida, otra, y cien veces más, te daría muerte!

-Pero ¿qué quieres? ... ¿Qué pretendes de mí? ... ¿Qué es lo que aquí haces?... -continuó-. ¿Por qué has abandonado, maldita, perdida, hija de perdida, por qué has abandonado las sombras del infierno donde te sumergió mi cólera?... ¿No te ha consumido el fuego del infierno? ... ¿Qué intentas? ... ¿Qué deseas? ...

-¡No, sultana! -dijo al fin Aixa-. ¡No me dieron muerte tus infames servidores! ¡No he abandonado las sombras espantables del infierno, ni el fuego eterno me ha consumido tampoco! ¡Estoy viva!

-¡Viva!... -rugió Sitti Máriam-. Y ¿vienes a gozarte, engendro vil del demonio, en tu triunfo? ... ¿Vienes a vengarte? .. . ¡Estás en tu derecho! ¡Mira, sí, mira tu obra! ¡Complácete en ella!

Y al pronunciar estas palabras, adelantó resuelta hasta Aixa, y asiendo con furor uno de sus brazos:

-¡Pero no! -añadió-. ¡Estás en mi poder, y ahora, juro a Alá por la cabeza de mis hijos que no habrás de escaparte! ¡Vas a morir, esclava, porque aún tiene fuerzas mi odio para arrancarte la ruin existencia!

Llena de feroz encono, mientras con la siniestra mano mantenía sujeta a Aixa, buscó entre sus ropas destrozadas Sitti Máriam con la derecha un arma, esgrimiendo en las sombras un cuchillo, agudo y fino, que había logrado ocultar de sus guardianes.

Ante aquella explosión de odio, Aixa retrocedió a su vez amedrentada.

-¿Huyes? ... ¡Cobarde! ... ¡Ni aun tienes valor para morir! -exclamó la sultana avanzando amenazadora.

-Te equivocas, sultana -repuso Aixa con resolución y deteniéndose-. ¡Yo no te

buscaba; pero Alá, que es el más sabio, Alá que todo lo dispone y determina a su arbitrio, ha inspirado sin duda a las gentes que me han conducido a este lugar, para demostrarte con mi presencia inesperada que sobre la voluntad de las criaturas está la voluntad santa y poderosa del Eterno, el Inmutable, el Misericordioso, el Justo! ¡Ensalzado sea! ¡Aquí me tienes pues, a pesar tuyo ... Aquí estoy, a fin de que de una vez para siempre, acabe la horrible persecución que contra la vida de mi señor y dueño el Sultán (¡Alá le proteja!) mantenéis tú y los tuyos inicuamente! ¡Aquí estoy, sí; y ya que tú lo quieres, ya que no hay en ti nada humano, dispuesta me hallo a vengarme, porque amo tanto al Amir de los muslimes como te aborrezco a ti! ¡Te había perdonado, creyendo no volver a verte; pero ahora es tu vida lo que quiero, pues eres implacable, como quiero el exterminio de los tuyos! ¡No estoy ya en tu poder! ¡No soy tu esclava! ¡He recobrado mi libertad, y nada hay que contenga mi lengua! ¡Guárdete Alá de acercarte un paso más a mí, porque morirás a mis manos, y tu sangre me repugna: tu sangre pertenece al verdugo!

Aunque las palabras de la joven habían producido honda impresión por lo inesperadas y lo enérgicas en Sitti Máriam, dió ésta sin embargo un paso en la obscuridad hacia Aixa, de modo que sus alientos se confundieron; y entonces, fuera de sí la enamorada del Príncipe, asió con violencia a la sultana y sin grave esfuerzo logró desarmar su brazo.

Horrible fué la lucha que, en medio de las sombras, entre el rumor medroso de la tormenta, se trabó entre aquellas dos mujeres, exasperadas, locas, febriles y descompuestas.

El fugitivo resplandor de los relámpagos, como una sonrisa del infierno, iluminaba de vez en cuando la escena, sobre el fragor de la tempestad, destacaban sus gritos salvajes y enfurecidos, y el ruido de la respiración jadeante de ambas criaturas.

Las palabras de odio, las frases insultantes e injuriosas, las exclamaciones de rabia que salían de sus labios como saetas envenenadas, apagaban con infernal estrépito el estruendo de la lucha que entre sí mantenían fuera los elementos desencadenados en el espacio, y resonaban fatídicas en las concavidades de la torre.

XVIII

Sin que ninguna de ellas hubiese podido percibir rumor alguno, abrióse de pronto la puerta del aposento, y la luz de un candil, trémula y humeante, alumbró débilmente aquella extraña escena, al mismo tiempo que un hombre, cubierto

por recio capote oscuro, penetraba en la torre seguido de otros dos, que se colocaron a su espalda, y uno de los cuales llevaba el candil en la mano.

La rojiza claridad de aquella luz vacilante, que la fuerza del viento combatía, sólo permitió al recién llegado distinguir en el primer momento en uno de los rincones de la estancia el bulto informe que formaban ambas mujeres, agitándose furiosas en el suelo.

Aproximóse a ellas rápidamente; y cuando sus ojos, merced a la incierta lumbre del candil, reconocieron a aquellas dos criaturas, una exclamación de sorpresa se escapó de su pecho, y sin ser poderoso a contenerse, se arrojó sobre el grupo que, aún revueltas, formaban Sitti Máriam y la enamorada del Sultán, separándolas con un movimiento

vigoroso.

Librodot

-¡Âixa! -gritó, tomando entre sus brazos el cuerpo de la joven y contemplándola con ansia.

La pobre niña, destrozadas las vestiduras, mostraba al descubierto el seno ensangrentado; sus brazos cayeron automáticamente en virtud de la inercia, y en sus manos, crispadas todavía, retenía la hoja de un cuchillo, en tanto que sus ojos se cerraron en silencio.

Por su parte la sultana había logrado incorporarse, aunque no sin trabajo; en sus manos, llenas de caliente y rojiza sangre, brillaba la afilada gumía que había sacado de entre sus ropas y esgrimido contra ixa y encarándose con el desconocido que permanecía inmóvil, gritó, asiéndole violentamente por las haldas del capote:

-¡Ahí la tienes!... ¡Tuya es!... ¡Cuéntale ahora tus angustias y tus penas! ¡Dile ahora una vez más cuánto la amas, y que no vives si no aspiras su aliento!... ¡Ja! ¡Ja! ¡Imbécil! ... ¡Mira mis manos, llenas de sangre! ¡Es su sangre! ¡La sangre de ixa ¡Su corazón no late ya! ¡La he muerto, y soy feliz! ... ¡Soy feliz, y me da lástima de que tú, el autor de mis desdichas, no lo seas también! Pero aguarda: ¡voy a reunirte con ella, y lo serás!

Y antes de que el Sultán, pues él era aquel hombre, pudiera evitar la saña de semejante furia, su madrastra, intentó clavar ésta en el pecho del mancebo el arma homicida, y aún manchada con la sangre de Âixa.

Abu Abdil'lâh seguía sin embargo, impasible y como extraño a todo, contemplando el rostro pálido de su amada; dos lágrimas de fuego, que no pudo contener, cayeron de sus ojos sobre el seno de la doncella. Ni siquiera oyó las odiosas palabras de aquella otra mujer que le aborrecía de muerte, y que al acercarse a él para herirle a mansalva, se detuvo como herida del rayo, trémula, con los ojos desmesuradamente abiertos y fija la pupila en un amuleto de plata que los desgarrones de la túnica de ixa descubrían sobre el antebrazo izquierdo de la niña, caído en toda su longitud, y sobre el cual daba de lleno la luz del candil en aquel instante.

Como si cuanto delante de ella tenía, fuese una quimera, la sultana, dejando caer el arma, se llevó ambas manos a los ojos para despertar y desterrar lo que juzgaba pesadilla. Al cabo. convencida de la realidad. abalanzóse loca de terror al cuerpo de ixa sin que nadie pudiera impedir ninguno de sus movimientos por su misma rapidez, y cogiendo frenética el brazo de la doncella, oprimió temblorosa el amuleto, y a su vista extraviada, apareció ya amarillento un papel en varios dobleces.

-¡Hija mía! -gritó al mirarlo y reconocerlo, mesándose con desesperación los cabellos-. ¡Y he sido yo! ¡Yo, tu madre, aquella a quien con tanto afán buscabas! ¡Aquella por quien viniste a Granada, quien te ha muerto! ¡La maldición de Alá sea sobre mí!

Y tomando el cuchillo que tenía empuñado aún la crispada mano de Aixa, alzóle sobre su propio pecho, y lo hundió en él con furia repetidas veces, antes de que los dos hombres de armas que acompañaban al Sultán, pudieran evitarlo.

Ni un solo grito salió de sus labios: dió dos o tres pasos entre aquellos soldados, y cayó pesadamente en tierra, arrojando un caño de negra y humeante sangre por la boca.

Estaba muerta.

El espacio de tiempo necesario para parpadear, había bastado al desarrollo de aquella escena, de que el Sultán no pudo en realidad enterarse, embebido como estaba en sus propios sentimientos; pero al oír el golpe seco producido por el cuerpo de Sitti Máriam al caer desplomado. buscáronla sus ojos, y distinguiéndola cadáver lanzó un grito de horror y retrocedió lleno de espanto, abandonando la torre, siempre con el precioso fardo que

Librodot

estrechaba contra su pecho con pasión, y cual temeroso de que alguien se lo arrebatara.

De esta suerte, y seguido de los soldados que le alumbraban, descendió la angosta escalera, y llegó al piso bajo de la torre. sin que el cuerpo de Âixa hubiera perdido su rigidez, ni hubiera hecho el menor movimiento.

Allí, poseído de profunda agitación, y herido por la más horrible de las sospechas, ante la inmovilidad de su amada, sintió desfallecer el corazón, y acercó sus labios ardientes a los descoloridos labios fríos de la doncella, como si con su aliento quisiera devolverles el calor perdido.

-¡Oh poderoso Alá! -pensaba bajo la presión de aquella duda que destrozaba sus entrañas-. ¿Estrecharán mis brazos un cadáver?... ¿Estará, por ventura, muerta? ... ¡Muerta! ¡Y habrá sido esa mujer, su madre, el instrumento maldito del demonio, quien la ha privado de la vida! ¡Sería horrible! ¡No puede ser! ¡Alá, en su misericordia infinita, no puede haber consentido que yo encuentre a la que adoro, para entregarme sólo su cuerpo inerte!

En su angustia inclinó con un movimiento rápido la cabeza, y aplicó sobre el seno desnudo de la joven el oído. Tras breve momento de ansiedad, que se pintó en su semblante, un rayo de alegría brilló en sus ojos.

¡Vivía! Débil, lenta y dificultosamente, latía el corazón de la doncella, pero latía, y esto era lo que el Sultán deseaba saber ardientemente y sobre todas las cosas.

Volvió a repetir la prueba, y convencido al cabo, en su transporte posó de nuevo los labios sobre los entreabiertos de ixa depositando en ellos apasionado y largo beso.

-¡Bendito sea Alá! -exclamó en voz alta sin poder contenerse-. ¡Bendita sea su clemencia!

Después, cubrió el cuerpo de la joven con las amplias haldas de su propio capote, y dirigiéndose a los soldados que permanecían mudos de emoción y de respeto.

-¡Agua! -gritó-. ¡Agua pronto!

Mientras uno de aquellos hombres se apresuraba a obedecerle, puso el Amir en tierra una rodilla, y haciendo sobre ella descansar la descolorida cabeza de su amada, contemplóla a la luz del candil un instante, y luego, humedeciendo una de sus manos en la vasija que le habían aproximado, roció con ella varias veces el rostro de la niña.

La impresión del agua fría produjo al fin su efecto, y Áixa abrió los hermosos ojos para volver a cerrarlos en seguida.

Abdul'láh la contemplaba anhelante. Contenía solícito la respiración, y no se atrevía a pronunciar palabra, temeroso de producir con su acento alguna perturbación a su adorada, de quien tan largo tiempo había estado separado, y a quien encontraba de improviso de modo tan extraño en aquel paraje, cuando menos lo esperaba.

Tornó segunda vez a abrir los ojos la bella ixa más bella aún por la palidez intensa de su rostro, y su mirada se fijó entonces interrogadora en el rostro del Príncipe.

Guardó éste silencio, y mientras él la miraba con arrobamiento, ella ensayó una sonrisa encantadora.

-¡Bien mío! -exclamó al postre con voz débil, enlazando sus desnudos brazos al cuello del Sultán-. ¡Oh! ¡No es un sueño! ¡Sí! ¡Eres tú! ¡Qué feliz soy!

-¡Áixa! -gritó Muhámmad estrechándola contra su pecho-. ¡Al fin estás a mi lado! ... ¡Alá, compadecido de mis tormentos, te ha traído otra vez a mí, y ahora es para no separarnos jamás!

-¡Sí! ¡Jamás! ¡Porque para mí no hay dicha ni felicidad posibles fuera de tu cariño! -

Librodot

murmuró la joven con acento conmovido-. ¡Pero -añadió- es extraño! ¿Por qué mis manos están llenas de sangre?

Vacilaba el Sultán en dar respuesta a tal pregunta; pero al propio tiempo se incorporaba ixa y al pasear sus miradas por el aposento, esclarecióse su memoria y lanzó un grito.

-¡Todo lo recuerdo! -exclamó con horror-. ¡Sitti Máriam!... ¿Dónde está esa mujer, enemiga de mi ventura?... -añadió sin advertir aún el desorden de sus ropas, y queriendo dirigirse a la escalera que guiaba a los departamentos altos de la torre.

-¡Detente! -dijo Abdul'lâh procurando contenerla-. Nada tenemos tú ni yo que ver con el pasado. Alá, el Misericordioso, ha dispuesto ya de la vida de esa mujer, y nada tampoco tenemos que temer de ella... ¡Que Alá la haya perdonado!

-¿Ha muerto?...

-¡Sí, ha muerto! -repitió lúgubremente el Príncipe-. ¡La justicia de Alá armó el brazo de Sitti Máriam, y ella misma se ha dado muerte!

-¡Tienes razón, Príncipe mío -respondió Áixa-. ¡Que la indulgencia de Alá le haya perdonado sus culpas, como yo de todo corazón la perdono!

Y en tanto que así decía con acento sincero, el Sultán colocaba sobre los hombros de su amada el capote que había traído, y él tomaba uno de los albornoces de los soldados que daban guardia en la torre, disponiéndose felices y dichosos ambos a abandonarla.

Precedidos de dos hombres con antorchas encendidas, y aprovechando un momento en que la lluvia cedió algún tanto, Abdul'láh y ixa del brazo una del otro, cruzaron con paso rápido la distancia que separa del alcázar aquella parte de las fortificaciones de la almedina, y llegaban a la morada maravillosa de los Jazrayíes sin inconveniente alguno; ella con el corazón palpitante de alegría, y él inundado de placer inefable.

Allí, bajo los techos de brillantes estalactitas deliciosamente iluminados por hermosos orbes de cristal, que recreaban la vista; en medio de aquellas fantásticas labores esmaltadas que bordaban los muros; sobre aquellos escaños voluptuosos; en aquella mansión creada por los genios para el amor, ambos jóvenes, como fascinados, no apartaban la vista de sus rostros, en los cuales se pintaba la vehemente pasión que poseía su espíritu.

Allí, respirando el ambiente perfumado y tibio que despedían en aromosas espirales dorados pebeteros, mientras el Sultán, dando al olvido todas sus pasadas zozobras, todos sus dolores y todas sus angustias, atendía solícito a restañar la sangre del ligero rasguño producido por el arma de la sultana Sitti Máriam en el seno virginal de su enamorada, ella, cediendo a los deseos del Príncipe, con voz cariñosa y grave, le refería cuanto había sufrido lejos de él en las cuatro lunas transcurridas, después de descubrirle los planes y las maquinaciones de la madre de Ismail, que no sabía ni supo nunca era también su propia madre.

-Quiso Alá -decía la doncella- que cuando el esclavo de la sultana (¡hágala Alá perdonado!) cruzó la puerta llamada cual después supe de Báb-Bonaita o de la banderola, no encontrase dificultad alguna en su camino; y bien que transida de inquietud y llena de indignación por la alevosía de aquel hombre, tuve que resignarme, y entre sus brazos, al correr de la yegua entre las sombras, al cabo de no sé cuántas horas de marcha, llegamos a una alquería de poca importancia, situada no lejos de Qaláat-bnu-Iáhsub de quien dependía, ya en la frontera de tu reino, ¡oh Sultán y dueño mío!

"Durante el viaje, el esclavo no cesó de dirigirme frases apasionadas que demostraban

cuáles eran sus intenciones; pero por la misericordia del Todopoderoso, no se propasó conmigo a cosa alguna, guardándome todo género de consideraciones. En la alquería, encaminóse sin vacilación a uno de los miserables edificios allí construídos, donde vivía un hermano suyo, pastor, y haciéndose reconocer por él, contóle cómo se había fugado de Granada y del poder de Sitti Máriam, y cómo, encargado de darme muerte, se había enamorado de mí y me había arrebatado, con propósito de hacerme su esposa, con lo cual, me obligaron a reunirme con la mujer de aquel hombre, a cuyo lado he permanecido hasta esta mañana, oculta a los ojos de todo el mundo, y sin que nadie en la alquería tuviera conocimiento de mi existencia.

"En la imposibilidad de hacer nada, y con la intención decidida de aprovechar la primera ocasión favorable para huir de allí, fingí acceder a los deseos de mi raptor, pensando siempre en lo amargas que serían para ti las horas, sin tener noticias mías; así, buscando pretexto siempre para dilatar mi matrimonio con aquel hombre, a quien debía la vida y a quien debía también gran número de consideraciones, han transcurrido cuatro lunas, cuatro lunas mortales, sin que en mi dolor hallase otro consuelo que el de saber que tú vivías y que Alá te había preservado de las traidoras asechanzas de tus enemigos.

"Al fin, estrechada de todos lados, quedó para mañana señalado el día en que debíamos presentarnos al cadhí para celebrar el matrimonio. Puedes, tú, mi señor y mi Príncipe querido, comprender cuál habría de ser mi desesperación; los proyectos que formaría para escapar de aquel lugar odioso; la fe con que invocaría el auxilio de Alá en trance semejante ... Quise con nuevos pretextos dilatar más aún la ceremonia; pero todo fué en balde, y, loca, sin fuerzas, perdida toda esperanza, este mediodía salimos con dirección a Granada, donde mi raptor quería traerme para hacer la compra del ajuar, seguro ya de que no sería reclamado por nadie, porque hasta aquel rincón de tu reino había llegado el eco de la prisión de la sultana y del destierro del príncipe Abu Said.

"Acompañábanos el hermano y la mujer de éste; y al caer la tarde, llegábamos a las puertas de la ciudad, habiéndosenos incorporado la recua que conducían unos trajinantes, a quienes encontramos en el camino, por el cual avanzábamos con dificultad, a causa de la tormenta. En aquel momento, arreció tanto la lluvia, que las bestias que nos conducían se negaban a andar; y como hallásemos cercanas las ruinas de una zagüía, a ella nos acogimos todos, esperando que cesara de llover para entrar en Granada. Ignoro, sin embargo, qué hubo de ocurrir entre el esclavo mi raptor y uno de los trajinantes, pues comenzaron a disputar, sacando ambos los cuchilos; tomaron en la disputa parte el hermano del esclavo y los otros trajinantes, en defensa de su compañero...y siendo éstos en mayor número, cayeron sobre los dos hermanos, sin hacer caso de sus gritos. Juzgando el momento propicio, aunque la lluvia continuaba con creciente estrépito, aproveché la ocasión de hallar a mis raptores empeñados en tal y tan inesperado trance, y eché a correr en dirección a Granada, cubierta de agua y de barro, como aún lo estoy, logrando al cabo penetrar por Bâb Elvira, con ánimo de no detenerme, oh Príncipe mío, sino en tu alcázar de la Alhambra, y cuando estuviese fuera de todo riesgo al lado tuyo.

"Aún no había por completo anochecido; y segura de no haber sido seguida, como cesara de llover un momento, seguí la calle larga y tortuosa de Elvira, crucé el Darro, y me disponía ya a trasponer Bâh-ul-Uxâr, cuando los guardias que custodiaban esta entrada de la fortaleza me detuvieron tomándome por una vagabunda. En vano fueron mis súplicas, en las que pronuncié tu nombre, en vano mis ruegos, mis lágrimas y hasta mis promesas: apoderados de mi persona, los guardias me condujeron a una de las torres

Librodot

del recinto fortificado de la almedina, para entregarme al Prefecto de la ciudad al día siguiente.

"Al penetrar en el encierro, donde las sombras parecían haberse condensado, me dejé caer en el suelo rendida de fatiga, y así permanecí algún tiempo sin moverme, entregada a la alegría de haberme salvado y al dolor a la par de no haber podido llegar hasta ti, como deseaba ... Pero al fin, estaba en Granada, estaba libre de mis perseguidores, cerca de ti, y nada tenía que temer por tanto para en adelante, porque la luz del nuevo día habría seguramente de poner término feliz a todas mis angustias, pues contaba con que, al pronunciar tu nombre, el Prefecto me conduciría a tu presencia. Entre el ruido del vendaval y de la tormenta, que tornaba a rugir amenazadora, y en medio de las tinieblas que me envolvían, llena al principio de sobresalto, advertí que no me hallaba sola en la torre; y con inquietud y asombro dolorosos, escuché extrañas voces cerca de mí, que denunciaban la presencia de un ser, de una mujer, cuya razón extraviada divagaba por los espacios imaginarios en singular delirio, que hubo de llamar mi atención, y que despertó al cabo mis sospechas, respecto de la persona a quien la suerte me daba en la prisión por compañera. A la luz rápida de los relámpagos, que se sucedían con aterradora frecuencia, mis dudas se esclarecieron, pues asida a los hierros de la única ventana que había en la torre, llamando a los suyos con desesperación, y soñando en el triunfo de sus perversos planes contra ti, como siempre, pude reconocer a la sultana Sitti Máriam, en tal estado que inspiraba horror y lástima.

"Me aproximé a ella por impensado impulso compasivo; pero al reconocerme por su parte, al convencerse de que no era sombra evocada de la tumba por su exaltada fantasía, fantasma vano de su imaginación extraviada; al persuadirse de que no estaba muerta, cual suponía, fué tal y tan espantosa la cólera de que se halló poseíada contra mí, que abalanzándose como una furia, y profiriendo horribles amenazas, pretendió herirme en el paroxismo de su coraje, poniéndome en el caso desesperado de defenderme.

"Tú sabes, oh señor y dueño mío amado, lo que después ha sucedido, y a ti seguramente debo la vida, por la intercesión de Alá sin duda. Ahora, ya estamos reunidos y todos mis tormentos han cesado... Como la presencia del sol disipa las nubes, así tu presencia ha desvanecido mis penas, y la alegría ha vuelto a mi espíritu, haciéndome la más feliz de las criaturas ... ¡Bendita una y mil veces sea la mano próvida del Sustentador de ambos mundos, que ha consentido vea yo, al fin, realizadas mis esperanzas más ardientes, y bendito seas tú, que has sido el ejecutor de los designios del Inmutable para conmigo!"

Mientras hacía Aixa el relato de sus pasadas aventuras al Sultán, habíala escuchado éste sin interrumpirla, vivamente conmovido, y reflejando en su semblante las impresiones que experimentaba, con los ojos fijos en el rostro de su amada y pendiente de los labios de la doncella; cuando hubo concluído, echóle al cuello los brazos apasionadamente, y con voz trémula, que traducía sus sentimientos, exclamó estrechándola contra su corazón:

-¡La mano de Alá (¡ensalzado sea!) guió ciertamente mis pasos esta noche! ... ¡Los buenos genios me inspiraron

la idea de intentar una vez más que esa desventurada enemiga de mi reposo, que se ha hecho por sí propia justicia al darse la muerte, me declarase el lugar donde te tenía oculta, no imaginando nunca que hubiera tenido la intención de separar tu alma de tu cuerpo!... ¡Qué grandes son los arcanos del Altísimo, y por qué caminos tan misteriosos conduce a

las criaturas para darles el- premio o el castigo de que se han hecho merecedoras! ¡Ya nada podrá separarnos, ixa mía, y en adelante, yo haré que a fuerza de cariño olvides las amarguras por que has pasado hasta este feliz momento, por mí codiciado como la salvación de mi alma!...

Cuando el primer visir Riduán, el heroico poeta Ibn-ulJatib, y el valiente arrais, tuvieron noticia al día siguiente de los acontecimientos de aquella noche venturosa, quedaron altamentes maravillados; tornó la alegría a iluminar el semblante del Príncipe. y como el Sultán es en la tierra imagen venerada del Supremo Dispensador de todos los bienes, parecía que sobre Granada entera resplandecía nuevo astro con desusado fulgor, y que eran de nuevo vueltos desde aquel día, aquellos otros felices para el Islám, en que libre de peligros y de cuidados, dominaba por completo en las distintas regiones de Alándalus la palabra divina revelada al Profeta de Quráix, para salvación y gloria de las criaturas.

¿Quién más dichoso que Abu Abdil'láh Muhámmad en Granada? ... Alejado de sus dominios el ambicioso príncipe Bermejo, que pretendió la muerte del Sultán en Bâb-ur-Rambla; libre para siempre de las traidoras asechanzas de la sultana Sitti Máriam, a cuyo cuerpo dieron honrada sepultura en la Ráudha de la Alhambra; amado del pueblo, sobre el cual derramaba a manos llenas los tesoros de su generosidad y de su benevolencia; fiado en las protestas de sumisión que, todo trémulo y acobardado, le había hecho su hermano el príncipe Ismail; en paz con el sultán soberano de Castilla, don Pedro, a quien había servido, y con el ceremonioso sultán de Aragón, a quien no temía, y sobre todo, teniendo a su lado, en aquel suntuoso edificio de la Alhambra, cuyo engrandecimiento proyectaba, a la hermosa adorada de su corazón, a aquella niña, hechicera y valerosa, que había logrado desbaratar los planes siniestros de los enemigos del Amir, a Aixa, la bella ixa ¿quién más feliz que él? ... ¿Quién más venturoso, cuando todo parecía en el mundo sonreirle y Alá había clemente anticipado para él las alegrías inefables del suspirado Paraíso?...

Emulando el ejemplo del grande Abdurrahmán III, aquel Califa cordobés llamado con justicia por sus contemporáneos El Defensor de la Ley de Alá, terror de los infieles en la lucha, orgullo del Islám en la bendita tierra de Alándalus, a quien Alá haya concedido la salvación eterna, y que en honra de su amada había levantado los alcázares maravillosos y la ciudad entera de Madinat-uz-Zahrá, Muhámmad V anhelaba también, por su parte, consagrar la memoria de aquel suceso venturoso, al que debía el haber encontrado la felicidad suspirada, ensalzando en la morada fantástica de los Alahmares al nombre y a la gloria de los descendientes de Jázray, el nombre de aquella a quien había elegido su corazón entre todas las mujeres del reino; pero mientras que encargaba a sus alárifes el proyecto de la nueva construcción con que pensaba embellecer la Alhambra, disponía que no lejos del Generalife se abriesen los cimientos de una quinta de recreo, destinada sólo para morada de Aixa, y a la cual confirmó con el nombre poético de Casa de la novia, Dar-ul-aarûs, que aún conservan corrompido sus tristes ruinas después del transcurso de los siglos.

El recuerdo de los afanes, de las penas, de las amarguras, ya dichosamente pasadas, servíale al Sultán de poderoso estímulo para con ixa a quien rodeaba de tales atenciones, de tan profundo cariño, que bien podía la joven estimarse la más feliz de las mujeres; y viviendo en aquel ambiente de amor que todo lo embellecía, eran en el gobierno y fuera de él los actos del Príncipe reflejo sólo del estado de su corazón que, henchido de ventura

Librodot

y desbordando, anhelaba reinase en los dominios extensos de Granada la alegría, como reinaba en él sin límites, inmensa, transformando su espíritu y borrando por completo las huellas de fenecidas zozobras e inquietudes, que habían acibarado su existencia.

XIX

En medio de aquella atmósfera poética y voluptuosa, gozando el bien supremo con que le brindaba el amor de Âixa habíase deslizado el invierno, y una de las más hermosas noches de primavera, diez días por andar de la luna de Yumâdah segunda de aquel año 760 de la Hégira[30], el alcázar de Alhambra ofrecía aspecto verdaderamente esplendoroso.

La cámara del Amir, situada al mediodía del palacio y frente a frente de la esbelta Torre de Comárex, brillaba como el sol en medio de su carrera.

Del pintado artesón de su techumbre, pendían diversas coronas de luz con innumerables vasos de colores, cuya templada claridad se derramaba apacible y deleitosa sobre la resaltada yesería de los muros, el caprichoso alicatado de los zócalos, y la bruñida y reverberante superficie de los mármoles del pavimento, combinándose de tal modo los efectos de luz, que la estancia parecía encantada.

Recorriendo la periferia de los entrelazados arcos, enredándose peregrinamente en las pareadas columnillas de alabastro que los soportaban, y abrazando los capiteles de los mismos, multitud de orbes de cristal luciente semejaban, a pesar de su magnitud, sartas de transparentes y encendidas perlas, en tanto que, sobre braserillos de oro, lanzaban el almizcle y el áloe, el ámbar y la mirra sutiles espirales de oloroso humo con que embalsamaban el ambiente.

Al penetrante aroma del incienso, uníanse el de los nevados azahares y las purpúreas violetas, recogidos en vistosos ramos, los cuales desbordaban en los magníficos jarrones, de elegante forma y metálicos reflejos, que se erguían en el fondo de las labradas takas abiertas a uno y otro lado de los cairelados arcos del aposento.

Bordadas alfombras persas de vivísimos colores y mullida y sedosa blandura, se extendían al pie de los sofás y de los divanes que, cubiertos de paños de sedas y oro, con amplias almartabas o almohadones de voluptuosa comodidad y aparato se hallaban convenientemente repartidos.

Y sobre ancha taza de blanquísimo alabastro, en el centro de la cuadrada sala, un surtidor de aguas olorosas murmuraba constante y agradablemente, refrescando la atmósfera caliginosa de luces y de perfumes que allí se respiraba.

No parecía sino que, en aquella noche deliciosa, había querido remedar el Amir en su palacio los deleites y las maravillas de cada uno de los siete cielos recorridos por Mahoma (;complázcase Alá en él!), al visitar el Paraíso.

Allí, rodeado de sus poetas favoritos, del sentimental Riduán, su visir predilecto, del tierno, sabio y valeroso Lisán-ud-Dín, del fantástico visir Abu Abdil'lâh Muhámmad-bnu-Iúsufbnu-Zimriq, discípulo de Ibn-ul-Jatib, y de otros varios, sentado a los pies de la hermosa Âixa bebiendo en sus ojos a raudales el néctar delicioso del amor, embriagándose en la contemplación de su adorada, cuyas manos oprimía con transporte,

[30] 17 de mayo de 1359.

Librodot

aspirando el suave trastornador aroma que despedía la joven de su aliento, allí estaba, gozoso y satisfecho, Abu Abdil'lâh Muhámmad, el Sultán de Granada, feliz como los fieles que han alcanzado la gloria de vivir en los frondosos e inagostables jardines del Paraíso eterno, y han gozado la inefable dicha que prometen las huríes encantadas, imagen del placer perenne, siempre hermosas y siempre vírgenes.

Abiertos los postiguillos del labrado portón, extendíase delante de los ojos de la enamorada pareja, bajo el brillante cielo tachonado de estrellas fulgurantes, e iluminado suavemente por la templada luz de la luna, el prolongado Patio de la Alberca, con sus jardinillos de arrayán y de murta bien olientes, que destacaban vigorosos sobre la blanca superficie de los muros y de la galería de la Torre de Comárex, y se reflejaban con tintas oscuras en las mansas aguas del estanque, como la silueta de la Torre mencionada se recortaba gallarda sobre el cielo, con sus agudas almenas por corona.

A la derecha del diván central, ocupado por el Amir y Âixa, abríase, volteando graciosamente, el arco que ponía en comunicación la lujosa cámara del Sultán con el addâr de las mujeres; y en aquel sitio, agrupadas con arte, y ataviadas con esplendor y elegancia, se hallaban las del harén con el rostro cubierto por el bordado alharime, como Âixa los rasgados y soñadores ojos despidiendo fuego, la boca entreabierta, cual capullos próximos a su total eflorescencia, y anhelante el pecho, tañendo dulcemente melodiosos instrumentos, cuyo eco adormecedor y fantástico, repercutiendo en la labrada yesería del aposento, resonaba con extraña cadencia al compás rumoroso de la fuente, entre las espirales del incienso quemado en los pebeteros, bajo la luz de aquella serie de constelaciones que fingían combinados las coronas de luz y los orbes de cristal, allí reunidos.

De vez en cuando, algunas muchachas, bellas como ensueños, ligeras cual cervatillos, presentaban al Amir tabaques primorosos de coloridos mimbres, llenos de frutas secas y de dulces, en tanto que otras, con tazas y con ja rras de oro, escanciaban, sonrientes y provocativas, el licor delicioso que producían los pintorescos cármenes del Darro, v otras derramaban sobre la hechicera Âixa y sobre el Príncipe, ambos radiantes de ventura, esencias penetrantes que les inundaban de aroma, circulando después por entre los convidados, con quienes repetían la misma operación de nuevo.

Acompañándose con el laúd, cuyas cuerdas lanzaban sentidas quejas y suspiros melancólicos, una de aquellas mujeres cantaba con voz armoniosa la historia de los amores del novelesco Antar, que escuchaba con deleite el auditorio; cuando hubo concluido, conmovida y gozosa, enardecida por las miradas apasionadas del Sultán, Âixa pidió el laúd, y con acento dulce y expresivo, fijando en Abdul'láh sus bellos ojos, comenzó a cantar una improvisación que se la había ocurrido, en esta forma:

"¿Qué le importan al ave sencilla
que en la selva sus cantos eleva,
qué le importan las glorias del mundo
si amor y placeres caminan con ella?

Librodot

"¿Qué le importan los paños de oro,
los joyeles, las ricas preseas,
si en el fondo del bosque, anhelosa,
cantando sus cuitas su amante le espera?

"Pabellón de flotante verdura
de retiro le sirve en la selva;
y escondido en las ramas del sauce,
amor y placeres eternos encuentra.

"Cazador que la selva recorres
y amenazas al ave parlera,
¡de tus redes Alá le preserve!

¡Alá no permita que la hagas tu presa!

"¡Déjale sus amores, su dicha,
su ventura, sus glorias eternas!
Que en el fondo del bosque, anhelosa,
cantando sus cuitas su amante le espera!"

Después, el Sultán, tomando a su vez el laúd, e interpretando los sentimientos de su alma. acomodó la voz al instrumento, y cantó lleno de ternura dulcísimas endechas ponderando la hermosura de su enamorada, las penas de la ausencia, y la pasión que ardía en su pecho.

Al terminar, todos palmotearon con entusiasmo: y evantándose el Sultán, trémulo de emoción, rogó a IbnZimriq que recitase al compás de la música la última casida que había compuesto, a fin de disimular por su parte, el efecto que la improvisación le había producido.

Ibn-Zimriq entonces, se alzó de su asiento, y aproximándose a la cantadora, a cuyas manos había vuelto el laúd, luego de los primeros preludios, comenzó a recitar con acento vigoroso y simpático:

"¡Bendito Alá! ¡Bendito! ¡Pues con tus clemente mano
mansiones deleitosas cedió pío al Imám!
¡Por tu belleza y gala, del orbe soberano

encanto son, y gloria que envidia el africano,
morada de placeres, asiento del Sultán!

"¡Son un jardín espléndido! Tejidos de oro y rosas,
de blancos azahares, de azul y de coral,
sus muros me parecen florestas deliciosas,
y en ellos, peregrinas, hay obras primorosas
cuya belleza nunca podrá tener igual.

"¡Con perlas transparentes altiva se engalana!
¡Qué hermosas sus alcobas[31], luciendo tal collar!
¡Corónanlas ardientes, rubíes cual la grana,
topacios y zafiros, que fingen la mañana,
y un broche de esmeraldas, que brilla sin cesar!

"La plata fluye líquida por entre tal riqueza,
brotando cadenciosa de oculto surtidor.
No tiene semejante su espléndida belleza,
ni su blancura límpida, que a trastornarme empieza,
ensueños deleitosos forjando en derredor.

"Confúndense a la vista el agua murmurante
y el mármol transparente, do cae aquella en pos,
sin que le sea dado saber al visitante
que tal prodigio mira surgiendo a cada instante,
¡cuál el que se desliza, cuál es entre los dos!

"¡Oh tú, de los Ansâres[32] magnánimo heredero!
¡de tan sublime extirpe directo sucesor!
¡Tu herencia es de grandeza! ¡Con ella el mundo entero,
a aquellos levantados hasta el lugar primero,
bien puedes con desprecio mirar como señor!

[31] Toda habitación en general, cuya techumbre sea abovedada o en forma de cúpula.
[32] Los compañeros defensores del Profeta, de quienes pretendían por Sáad-bnu-Ubâdah descender los Alahmares.

Librodot

"¡Contigo y con los tuyos que sea eternamente
la bendición del Alto, del Inmutable Alá!
¡Que Él tu ventura pródigo, sin límite acreciente!
¡Y que bendito sea, de la una y de la otra gente
tu nombre soberano, que nunca morirá![33]"

Agradó por extremo al Sultán la encomiástica poesía de Ibn-Zimriq, y después de felicitarle con efusión por ella, despojóse Abdul'lâh de la hermosa cadena de oro que pendía de su cuello, y se la dió al poeta, quien la recibió de rodillas reconocido.

-Yo te prometo -dijo el Amir- que tan bella composición no será olvidada, y que la haré esculpir en mármoles, para que las generaciones futuras admiren ¡oh IbnZimriq! tu imaginación y tu talento.

Tocó entonces la vez a Ibn-ul-Jatib, llamado también Lisán-ud-Dín, y preparándose estaba para complacer al Sultán, cuando, sin demandar permiso y con paso precipitado, penetró en la estancia el arrais Abd-ul-Málik, y se dirigió a Muhámmad con muestras de agitación harto visibles.

-¿Vienes, ¡oh mi leal Abd-ul-Málik! a disfrutar al lado nuestro del placer con que brinda para nosotros esta noche, deleitosa y apacible, cuyo recuerdo grato jamás se borrará de mi alma?... -preguntó el Amir, cuando el arrais estuvo cerca.

-Soberano señor y dueño mío -replicó éste-. Alá el Excelso sabe cuán grande es mi deseo de complacerte y servirte; pero no vengo ahora a tomar parte en tus alegrías, como la he tomado en tus penas ... Acaso venga a enturbiarlas.

-¿Qué misterio envuelven tus palabras, arraîs?

-Señor: un enviado del muy alto y poderoso rey de Castilla acaba de llegar en este momento a Granada, y con singular urgencia solicita la honra de verte sin tardanza y a estas horas.

-Extrañas son por cierto -repuso el Sultán- y no alcanzo, así Alá me salve, qué puede determinar semejante urgencia ... Haz sin embargo entrar al mensajero de mi señor y amigo el rey de Castilla (¡protéjale Alá!) -añadió al cabo de un momento.

Y al mismo tiempo que pronunciaba no sin pena esta orden, que Abd-ul-Málik se apresuraba a ejecutar obediente, hacía señal el Sultán a los circunstantes, quienes, comprendiéndola, desaparecieron por diferentes puertas, las mujeres para recogerse en los aposentos del harén, y parte de los hombres, menos el visir Riduán, para esperar en otra estancia la terminación de la entrevista.

Âixa quiso también retirarse; pero a una indicación de Muhámmad permaneció en su sitio.

En breve, sobre el pavimento de alabastro resonaron las pisadas del arrais y las del mensajero extraordinario de don Pedro de Castilla, apareciendo ambos personajes a la

puerta de la regia cámara, seguidos de algunos caballeros de la corte del rey cristiano.

El Sultán adelantó algunos pasos, y saliendo así al encuentro del emisario, le tendió la

[33] Esta poesía es con efecto del poeta Iúsuf-bnu-Zimriq, y escrita en metro Tauïl, se lee en la taza de la fuente del Patio de los Leones, en la Alhambra, con ligeras variantes.

mano con ademán severo y majestuoso.

Inclinóse el castellano en señal de acatamiento, y levantándose después, mientras el Amir de Granada le deseaba paz por su llegada a la corte de los Alahmares, con una profunda reverencia ponía en manos del muslime un pliego cerrado que sacó de la escarcela.

Miróle antes de abrirle Abdul'lâh, y llevándolo luego al corazón y a los labios, colocábalo sobre su cabeza, abriéndolo en seguida para conocer su contenido.

-¡La bendición de Alá sea sobre mi señor y dueño el poderoso rey de Castilla! -exclamó el Sultán así que hubo leído el escrito, añadiendo-: Que Alá te bendiga, oh honrado caballero, a ti y a los que te acompañan, y que Él mueva tu lengua para comunicarnos las noticias a que en esta carta de creencia alude mi señor don Pedro (;glorificado sea!). Ruégote, pues, que hables, porque no puedo, a la verdad, dominar la impaciencia.

-Poderoso señor -contestó el castellano, hablando en algarabía-; mi Señor, el muy noble, el muy alto el muy poderoso y muy conquistador don Pedro, rey de Castilla y de León, de Galicia y Toledo, de Córdoba y Sevilla, de Jaén y de Murcia, envía mucho saludar a Vuestra Alteza,

por mi conducto os hace en primer término saber cómo a pesar de los buenos deseos de mi soberano y dueño, el príncipe Abu Said el Bermejo, a quien Vuestra Alteza des terró de este reino, no se encuentra ya en los dominios de Castilla.

-¿Habrá, tal vez, osado penetrar por las fronteras de Granada? ... Habla, cristiano, pues si fuera así, no sería ya para con él tan grande mi clemencia -interrumpió Abdul'láh algún tanto agitado.

-No, Alteza. No ha penetrado aún en vuestro reino. Abandonando el de Castilla, y conjurado con los parciales del conde de Trastamara, que tan dura como inicua guerra mueve desde Aragón a mi señor don Pedro, a quien Dios proteja y guarde, ha logrado penetrar en los dominios aragoneses, para concertar allí sin duda con el conde don Enrique, de quien ha demandado amparo y protección contra Vuestra Alteza, la manera de lanzaros del trono que habéis, magnánimo señor, heredado de vuestros mayores, y desde el cual regís los muslimes de España, disponiéndose por el pronto a invadir el territorio de Castilla. Varias veces ha estado el príncipe Bermejo para caer en manos de las gentes encargadas de su captura, cual deseábais; pero ha conseguido burlar artero toda vigilancia.

-¿Qué dices, caballero?... ¡Que Alá premie en el cielo las buenas intenciones de tu señor! ¡Gracias, gracias por esta noticia, que me promete quizás en el porvenir desdichas que juzgué desvanecidas para siempre! Sí: ya sé que ese bastardo de Trastamara, que intenta apoderarse del trono de mi señor don Pedro, jamás me perdonará vengativo el que haya con mis jinetes berberiscos luchado en Murcia contra las gentes del marqués de Tortosa en defensa del legítimo soberano de Castilla ... Di, pues, a don Pedro de mi parte, que de tal manera agradezco la atención que conmigo guarda, que desearía poder, no ya por obligación y como vasallo suyo que soy, sino libre e independiente, ayudarle a destruir y exterminar la torpe ambición de los que se llaman sus hermanos.

-Vuestras palabras ¡oh excelso Príncipe de los muslimes!, me llenan de supremo regocijo, pues ellas me aseguran que oiréis benévolo la segunda parte de mi mensaje;

porque mientras apercibe sus huestes a la lucha, Su Alteza el rey don Pedro espera y confía en que le ayudaréis en la empresa que medita, para acometer a Aragón antes de

Librodot

que el de Trastamara intente acometer el reino de Castilla, disponiendo sin tardanza que a la castellana se incorporen en Sevilla las naves de la flota granadina: que harto conocido os es, señor, el amor que os profesa, y la mucha afección que os ha tenido y tiene.

-Bien sabe Alá, násirí, y bien sabe tu rey y mi señor don Pedro (¡feliz sea su reinado!), que mi más ardiente deseo en esta ocasión sería el, de poseer tantos bajeles como fueran precisos para llenar con ellos el mar de las tinieblas[34], y el mar de Xams[35] y el Zocác[36] mismo, a fin

de ponerlos todos a su devoción y a su servicio, como lo están mi voluntad y mi persona; pero aun no siendo así, dile que cuente siempre con su vasallo, cual servidor y amigo suyo muy devoto, como ha contado hasta aquí, y debe contar en lo sucesivo. Y tú, acaso mensajero y nuncio para mí de nuevos males -añadió Abdul'láh visiblemente conmovido-, recibe en prenda de mi gratitud por tus noticias este anillo, y el ósculo de fraternidad que en tu frente deposito.

Y al propio tiempo que con ademán majestuoso le hacía entrega de la alhaja, posaba sus labios sobre la frente del castellano, quien hincado en tierra la rodilla, besaba a su vez la mano del Príncipe.

Cuando salió el enviado del Sultán de Castilla, a quien Abd-ul-Málik acompañaba, y a quien para mayor honra siguieron Riduán y Ibn-ul-Jatib, alzó Âixa el velo que cubría parte de su rostro, y abalanzándose a Muhámmad, le estrechó cariñosa entre sus brazos.

-¡Ya lo ves, Âixa -exclamó el Sultán tristemente-. ¡Tâgût protege sin duda a mi primo! ¡Quizás dentro de poco, y con el auxilio de los nasseríes de Aragón, conseguirá arrebatarme el trono de mi Granada!

-¿Por qué piensas así? -replicó la joven-. Yo también, como tú, he escuchado el mensaje del rey de Castilla, y no abrigo los temores ni los recelos que ese extranjero ha despertado en tu alma. ¿Quién hay en Granada que no te ame? ¿No eres tú la sombra de Alá sobre la tierra? ¿No saben tus vasallos que sólo a Alá corresponde el juzgarte? ¿No está aún para ti sobrado manifiesta la clemencia del Altísimo? ¿Ignoras por ventura que aquel que no dirige a su pueblo con benevolencia y con justicia, tarde o temprano se verá privado de la misericordia y de la protección divinas? ... ¿Por qué, pues, dueño mío, dejas penetrar en tu pecho el aguijón de la zozobra, y le consientes que flaquee? Destierra esos temores ¡oh soberano Príncipe de los muslimes!, y cual guerrero de la verdad, que sea tu corazón como el del león del desierto.

-Sí; tienes razón, amada mía ... Mas es tan grande la felicidad que ahora disfruto -contestó Muhámmad- que temo perderla a cada momento; y desde que estás al lado mío, desde que está mi corazón tranquilo, me asaltan a veces quiméricos temores quizás, pero temores al cabo, porque la espada de guerra duerme ha largo tiempo en la vaina, y temen los fieles que se haya enmohecido ... Apetecen la guerra, no ya para extender y reconquistar los perdidos dominios del Islám en Alándalus, sino para saciar sus ambiciones con la presa que esperan conseguir con la victoria.

-;A mí también -prosiguió tras breve pausa-, a mí también me humilla y me sonroja la ociosidad en que vivo, como enardece mi sangre el vasallaje que Granada rinde a Castilla! ¡Pero don Pedro es mi amigo; preso me tiene en las cadenas de los favores que le debo, y cuando ahora le veo amenazado por sus enemigos, no he de ser yo, cierta-

[34] El Océano Atlántico.
[35] El Mediterráneo.
[36] El Estrecho de Gibraltar.

mente, quien haga mayor su desdicha y ocasione su ruina, desenvainando la espada contra él, y proclamando la guerra santa en mis estados!

Calló Abdul'lâh, gravemente preocupado, sin pensar ya en proseguir la interrumpida fiesta, y Âixa en silencio, contemplábale con amoroso afán, sin atreverse a pronunciar palabra, aunque invocando la protección de Alá para su amado .

Poniendo término a aquella situación, apareció el arrais Abd-ul-Málik, y dirigiéndose a él el Sultán,

-Y bien -le dijo-. ¿Has dado ya digno hospedaje en Bâb-us-Xariaah[37] al honrado mensajero de Castilla?

-Allá queda, señor y dueño mío, entregado al reposo entre los suyos. Mañana, a la primera hora de assúbh, pretende partir de nuevo, y he dado en tu nombre las órdenes convenientes para que pueda realizar su propósito.

-¡Alá vaya en su guarda! -repuso Muhámmad tristemente-. Haz -prosiguió- que le sean entregados de mi parte ricos presentes para el rey don Pedro, y buenos caballos para él. ¡Quién sabe, si podré otra vez mostrarme generoso!

-Señor -observó Abd-ul-Málik advirtiendo la disposición de ánimo del Príncipe-. Tiempo hace que estoy a tu servicio, como estuve antes al de tu ilustre progenitor, el Sultán y mi dueño Abu-l-Hayyây Iúsuf, a quien Alá haya perdonado, y paso tras paso he seguido en su marcha el desarrollo de la traición que contra ti fraguaban la sultana Sitti Máriam y tu primo el príncipe Bermejo. Sé que hoy mismo sus parciales conspiran contra tu sagrada persona; pero, por mi salvación te juro, que no creo deban de este modo preocuparte las noticias que acaba de darte el castellano...

-¡Sé yo también por mi parte, valiente arraîs -contestó el Sultán sonriendo no sin amargura-, que puedo fiar en ti y en tu lealtad probada; pero acaso no hallen mis ojos en torno mío, muchos servidores de quienes pueda decir con seguridad otro tanto!

XX

CUANDO en la frontera de Jaén se separaba Abd-ul-Málik del príncipe Bermejo para regresar a Granada, Abu Said, aún no determinado todavía, se detuvo perplejo, bien que por el camino hubiese parecido adoptar una resolución conforme con la cólera que sentía arder en su pecho, y con sus ambiciones, locas y desmedidas.

Abandonando sobre el cuello las riendas de su cabalgadura, dejó que tomase ésta el rumbo que quisiera, mientras él, hondamente preocupado, se entregaba al estudio del problema de cuya resolución dependía para lo futuro su suerte. Libro estaba por el pronto de las iras de su pariente el. Sultán de Granada; hasta alllí, para mejor servir sus prpios intereses, había fingido seguir y obedecer a Sitti. Máriam, y favorecer sus intentos; pero él no se contentaba con tan poco... ¿No le había dicho aquella muchacha, aquella zahorí de quien había pretendido la sultana hacer obediente instrumento, que su estrella brillaría como la del mismo Sultán, su primo?... Sí: él quería ser Príncipe de los muslimes en Granada: su estirpe era la de Sáad bnu Ubádah, su sangre era la misma que corría por las venas del Amir, y tenía sobre éste la ventaja de su valor y de su audacia incomparables...

[37] La llamada Puerta Judiciaria o de la Ley.

El pueblo imbécil, halagado en sus instintos diestramente, serviría los planes que él sentía bullir en su cerebro, y la misma Sitti Máriam y sus hijos Abu-l-Ualîd Ismail y Qais, no serían sino juguete suyo.

Pero en aquel momento ¿a dónde debía dirigirse en demanda de amparo?... Don Pedro, el Sultán de Castilla, jamás se prestaría a sus proyectos; era él, como descendiente de Fernando, el conquistador de Jaén, a quien correspondía el señorío sobre Granada; nadie como el príncipe Bermejo conocía la intimidad de las relaciones que unían a Muhámmad V y don Pedro de Castilla: uno y otro habían heredado el trono casi en la misma edad, y uno y otro desde los comienzos de su reinado habían visto turbada la paz en sus dominios por la ambición de sus parientes. Él mismo, a la cabeza de sus guerreros berberiscos, había luchado en Murcia contra el Marqués de Tortosa, por orden del Sultán y al servicio de don Pedro: él mismo, había ido con las naves que deshizo el temporal en Guardamar, y entre las que quedaron destruídas las que envió Muhámmad V al castellano. No podía pues dudar: don Pedro de Castilla, lejos de atender las demandas del rebelde, pondríase de parte del Amir, y quien sabe si usando del derecho que le competía como señor del reino de Granada, haría efectiva en el príncipe Bermejo su justicia.

Su causa, la causa que él representaba y defendía, era por el contrario la misma de aquel infante don Enrique, conde de Trastamara, levantado en armas con iguales pretensiones que Abu Said, contra su hermano don Pedro; conocía perfectamente el Bermejo que su suerte dependía de la del conde, porque unida estrechamente la de las pretensiones del bastardo de Alfonso XI a la que podrían obtener las armas aragonesas en la lucha inminente que había provocado Aragón por tantos medios, convenía en gran manera al hijo de doña Leonor de Guzmán y del vencedor del Salado la alianza con el príncipe granadino. Interés sería de don Enrique el procurar y favorecer el éxito de las maquinaciones de Abu Saíd contra Muhámmad V, el amigo, el ayudador, el vasallo de Pedro I de Castilla; mantenerle después en el trono; recabar su auxilio incondicional y constante, y acaso, por su intervención, el de los Banu Marines africanos; dividir por tal medio las fuerzas del desventurado rey castellano para entregarle debilitado a las iras de los aragoneses, pues al triunfar la causa del Bermejo en Granada, declararía la guerra al de Castilla, y alcanzar por último la corona, venciendo y exterminando para siempre a su hermano.

Aquel era seguramente el camino que debía seguir sin vacilación alguna. Del bastardo de Castilla, y de los aragoneses, podía esperarlo todo sin exposición de ningún género, mientras de parte de Pedro 1 sólo le aguardaban riesgos.

Tomado este partido, empuñó las riendas de su corcel, y retrocediendo vivamente, volvió a penetrar en los dominios del reino de Granada, dirigiéndose, a través de los montes que accidentan el terreno, hacia la serranía de Cuenca, donde contaba hallar entre los mudéjares del país quien le favoreciese, para internarse luego en Aragón, y llegar hasta el conde de Trastamara, como lo verificaba con efecto y felizmente al cabo de largos días de camino, durante los cuales no dejó de correr peligro algunas veces, aunque se presentó como apazguado en las pocas poblaciones castellanas donde se atrevió a penetrar, y aunque, como esperaba, los mudéjares aragoneses le proporcionaron con el traje de los nasáríes, medios para avistarse con el infante bastardo de Castilla.

Cuando Abu Saíd v el de Trastamara se hallaron frente a frente, una sola mirada bastó para que se comprendieran:

uno y otro eran caudillos de conspiraciones de igual índole; uno y otro se hallaban

Librodot

animados del mismo execrable sentimiento hacia sus respectivos y legítimos soberanos, y por las del cristiano y del muslime circulaba la misma sangre que henchía las venas de Pedro I de Castilla y de Muhámmad V de Granada.

Cortas fueron, por tanto, las explicaciones que tuvieron necesidad de darse para entenderse, quedando entre ambos miserables firmado aquel nefando pacto, en el que resplandecía por igual la horrible perfidia de las partes contratantes.

Aunque a reserva de faltar a él cuando mejor le pareciese, el príncipe Bermejo juraba a don Enrique, mirándole ya como rey de Castilla, perpetuo homenaje y pleitesía por el reino de Granada, que recibía de sus manos, obligándose a servirle con gentes y dineros en la guerra contra el que ambos apellidaban hijo de judía, don Pedro, hasta arrojarle del trono.

En cambio, don Enrique, cuya generosidad con los bienes ajenos no tenía límites, reconocía desde aquel momento a Abu Said como rey de Granada, concediéndole perpetuo señorío sobre las tierras, comarcas y poblaciones cristianas de que lograra apoderarse mientras don Pedro permaneciera en el trono de Castilla y no hubiese triunfado la causa que él mismo representaba, obligándose a reconocer en su día en el dicho Abu Said el referido señorío, y agregando a él el antiguo reino de Jaén, parte del de Murcia, y algunas comarcas del de Córdoba.

De esta manera, la obra laboriosa de la reconquista cristiana y el engrandecimiento del Islám, iban a quedar desde luego sujetos a los azares de una lucha entre hermanos, como lo estaban a las ambiciones personales de aquellos dos inicuos príncipes.

Firmado, pues, el trato, con cuantas solemnidades estimaron oportunas, determinábase el Bermejo a permanecer en Aragón al lado del bastardo de Castilla, después de haber despachado a Granada un emisario que, partiendo de Denia, debía desembarcar en Almería, y partirse luego para la corte de Muhámmad, dónde daría conocimiento del éxito de la misión desempeñada por Abu Said a los conjurados, en quienes produjo grande impresión la noticia, recibida precisamente en los momentos en que el enviado del rey don Pedro de Castilla interrumpía tan inesperada como tristemente la fastuosa velada que, en obsequio de ixa se celebraba en el palacio de los Aláhmares.

Y en tanto que Muhámmad V ordenaba apresuradamente que de los puertos de Motril, Málaga y Almería partieran tres galeras con su dotación correspondiente, para incorporarse en el río de Sevilla con las que el castellano tenía ya dispuestas, los rebeldes de Granada hacían circular entre sus adeptos la palabra de orden, y salían fuera de la ciudad misteriosos mensajeros para los puntos principales del reino, a fin de que todos estuvieran apercibidos y preparados para el momento conveniente.

Así transcurrieron la luna de Ráyab y la de Xáabân, y así había dado comienzo con la de Ramadhán la Pascua de aquel año; en medio de la calma y de la tranquilidad aparentes que en la ciudad y el reino parecía respirarse, flotaban vagamente extraños vapores que hacían la atmósfera pesada, cargándola de amenazas, y preñando de nubes indecisas, no bien determinadas, pero cuya presencia se hacía sentir sin embargo, el horizonte político del reino granadí, sin saber de qué lado ni en qué ocasión descargaría la tormenta.

Entre los esplendores del verano, ardiente y seco en la gentil Granada a despecho del Darro, que corría deslizando mansamente el escaso caudal de sus aguas turbias por el ancho cauce, y del claro Genil que se desprendía de las heladas cumbres de Yábal-ux-Xulair, la severa Pascua aparecía como un momento de tregua, y los musulmanes granadinos no si no entregados a las naturales devociones parecían en aquel tiempo santo,

Librodot

dedicados a la meditación y el ayuno por los fieles.

De los alcores próximos, de las aldeas inmediatas y de los pueblos no lejanos, acudía como de costumbre en tal época del año a la ciudad multitud de forasteros, que frecuentaba las mezquitas piadosamente durante el día, y que por la noche se repartía por la población, o regresaba a. sus hogares.

Lo mismo durante el tiempo en que el sol permanecía sobre el horizonte, que cuando las sombras invadían el espacio, los templos permanecían invariablemente abiertos, y los fieles poblaban las naves con sus blancos albornoces, y henchían el aire con el murmullo monótono de sus rezos, invocando la protección divina y dando gracias a Alá por el beneficio del Libro santo.

Todo, pues, parecía tranquilo: el mismo Príncipe de los muslimes, queriendo dar ejemplo, asistía desde el recinto cerrado de la macssura a las preces públicas en la Mezquita Alyâmi, y en ella y en las calles del tránsito había siempre advertido las señas del mayor respeto entre los granadíes y los forasteros que saludaban su presencia.

Nada había cambiado ostensiblemente, en el aspecto de la población, aunque por ella circulaban noticias misteriosas, pues por algunos de los que habían formado parte de la escuadra con que el rey de Castilla desafió el poderío marítimo de los aragoneses, en cuya empresa hubo de ayudarle con tres galeras el granadino, sabíase que el príncipe Abu Said y el rebelde bastardo don Enrique estaban en gran intimidad, y de público así se decía que en breve el Bermejo haría su entrada en Granada, a despecho del Amir de los muslimes.

Cierto era que, bajo la fe de sus promesas, continuaban como apartados de todo trato Abu-l-Uulîl y su hermano Qais, hijos ambos de la sultana Sitti Máriam viviendo en uno de los edificios de la Alhambra, al lado del Sultán y sometidos a la vigilancia más estrecha; pero los rumores habían ido tomando cuerpo, y Abd-ul-Málik, a quien había sido confiado el peligroso puesto de Sdhib-ul-Madina o gobernador de la ciudad, como el perro de casa olfatea la presa, olfateaba también algo extraño, y estaba alerta, desconfiando de todo y de todos, pues en realidad no se sentía tranquilo.

Dos días faltaban aún por andar a aquella luna sagrada[38], y nada parecía justificar ni los temores ni las precauciones del valiente arrais, quien había doblado las guardias del amurallado recinto de la población, y en persona patrullaba por las noches. Habíase hecho tanto en Granada como fuera de la corte algunas prisiones en gente señalada por sus afecciones al bullicio y por su afecto a Abu Said, hasta se había descubierto el subterráneo del Zacatín, donde se reunieron un tiempo los partidarios enemigos de Muhámmad; pero no había sido posible coger los hilos de la conjuración, de la cual no tenía el Amir cabal concepto, y tanto el visir Riduán como sus compañeros, se hallaban alerta, presintiendo el peligro, aunque sin conocer su extensión ni el momento en que debía estallar la mina.

No podía pues extrañar a nadie, que aquel día 28 de Ramadhán, cuando apenas eran abiertas las puertas de la hermosa ciudad del Genil y del Darro, penetrase como desenfrenado torbellino muchedumbre de gentes, de apariencia inofensiva y aire devoto las unas, rústicas las otras de los alrededores, que ostensiblemente acudían a Granada para verificar las ceremonias religiosas, asistiendo a las mezquitas en silencio mientras el Sultán permanecía encerrado en la Alhambra, y ajeno a todo temor por el momento.

[38] 22 de Agosto de 1359.

En medio de la inquietud y de las sospechas de Abd-ulMálik y de los leales servidores de Muhámmad, discurrió sereno el día: los zocos de los pescadores, de los carniceros y de los mercaderes de paños, próximos todos estos lugares a la Mezquita Alyâmi, habían permanecido desiertos, no advirtiéndose novedad alguna tampoco ni en el populoso barrio del Albaicín ni en los demás de Granada, fuera de la natural y obligada en tales días; pero cuando cayó la tarde, espléndida y brillante, la multitud comenzó a invadir las calles, para hacer sus provisiones como de ordinario, recobrando su animación acostumbrada la ciudad, aunque sin desorden.

Desde la cima del esbelto alminar de la mezquita de la Alhambra, repetía a Oriente y Occidente, al Septentrión y al Mediodía el almuedzín las voces con que llamaba, ya a la puesta del sol, los fieles a la oración de almágrib, cuando, apasionados como siempre, el Sultán y la bella Âixa, con los brazos enlazados, reclinada la hermosa cabeza de la joven en el hombro del gallardo Príncipe, y murmurando ambos cariñosas frases, impropias de la santidad del tiempo, cruzaban las habitaciones altas del palacio, consagradas entonces al harén, y dirigiéndose por el Patio de la Alberca, hacia el niusal'lâ u oratorio próximo al serrallo, donde se verificaban las recepciones ordinarias de la corte, llegaban hasta la Torre de Muhámmad que avanzaba sobre el bosque, dilatando desde allí sus miradas por el espacio, y por la ciudad que se tendía como jazminero en flor sobre su izquierda.

A sus pies, lamiendo el tajo encima del cual se encaramaban aquellas maravillosas construcciones que fueron pasmo del cristiano -medio oculto entre los frondosos álamos, cuyas copas se levantaban, erguidas cual penachos, hasta casi el ajiméz en que la amante pareja se encontraba- corría el Darro, el de las arenas de oro; en la margen opuesta, algún tanto a la izquierda, se mostraba sobre una eminencia el barrio del Albaicín, distinguiéndose perfectamente a sus plantas, e inmediata al río, la Assabîkah, con su alameda pomposa y sus almunias; más a la izquierda, y siguiendo el curso del Darro, veíase, entre las ramas de los árboles, mezcladas y confundidas, las azoteas de los edificios particulares de Granada, sobresaliendo aquí y allí los alminares y la almenada crestería de las mezquitas; a la derecha continuaba subiendo frontero de la Alhambra el Yábal-ul-Uqâb, con su zagüia veneranda, y se distinguía Sierra Elvira, cuya cresta se recortaba ondulante e irregu

lar sobre el pálido celaje de aquella tarde tranquila, sosegada y magnífica, impidiendo el cuerpo de la Torre de Cornárex espaciar más la vista por aquel lado.

-¡Qué hermoso es esto! -exclamó ixa sin poder contenerse, y como si por vez primera contemplaran sus ojos aquel risueño panorama-. Escucha, oh señor mío, el dulce gorjeo con que las aves se despiden del día y se preparan a pasar la noche entre las ramas de los árboles... ¿No parece que repiten en su idioma sentidas quejas y palabras de amor?...

-Sí, hermosa criatura... Todo, en este momento sublime, todo parece entonar himnos de amor... Los átomos en el espacio, se buscan y se confunden en cópula perenne, a las últimas sonrisas del sol en el ocaso; como las aves en las copas de los árboles forman su nido, la brisa baja fresca y juguetona de las montañas, recorre el valle, murmura frases de amor entre las flores, deposita en ellas sus ósculos apasionados, y se duerme después entre las hojas, feliz y satisfecha, para despertar con la aurora y tornar a sus caricias y a sus halagos amorosos; confundidos en el horizonte, el cielo y la tierra, llenos de pasión se abrazan, y la mano de Alá piadosa, tiende sobre uno y otra el estrellado manto de la noche, como velo discreto que oculta sus transportes de cariño ... Sí: todo respira amor en la naturaleza, todo respira amor en la vida ... ¡Bendito sea el poder de Alá! Pero a tu lado,

Librodot

espejo de mi dicha, no envidio la felicidad de que gozan las aves que se persiguen y se arrullan, para esconderse luego entre las ramas ... Como ellas en su lenguaje se dirigen frases enamoradas, locas de ventura, yo también puedo decirte a todas horas que te adoro, que desde que estás al lado mío, nadie hay más venturoso que yo sobre la tierra, pues una mirada tuya disipa mis pesares, como la luz del sol disipa las tinieblas y alegra el día, llenándole de regocijo.

-¡Oh señor y dueño mío! -dijo ixa con transporte, acercando sus labios, rojos como la flor del granado, a los trémulos y ardorosos de Muhámmad.

-¡Por este momento embriagador, no cambiaría ciertamentemente cien reinos que tuviera! ¡Cuando tu perfumado

aliento resbala tibio y acariciador sobre mi rostro; cuando tus ojos negros y abrasadores agitan y conmueven, al mi

rarme, mi ser, entero; cuando siento en torno de mi cuello la seda de tus brazos, y oigo tu voz, dulce como un suspiro; que dice que me amas, creo, vida mía, que Alá me ha llamado a gozar de las venturas por él prometidas a los fieles en las regiones celestiales; que pasado el estrecho puente del assirât, he llegado a las mansiones que alfombran las estrellas y que el Eterno habita, y que eres tú la hurí encargada de hacerme disfrutar perennemente los desvanecedores deleites del amor en la otra vida, como me los hace disfrutar en ésta!

-Yo seré para ti, amado mío, yo seré esa hurí, toda abnegación, toda amor, toda deleite ... En mí encontrarás todos los días quien te ame de distinto modo, aunque con igual pasión constantemente. Seré imagen viva de las huríes, siempre vírgenes para los elegidos de Alá, y el día en que el Señor de los cielos y de la tierra disponga de nosotros y separe nuestras almas de nuestros cuerpos, juntos tú y yo, enamorados como ahora, como ahora del brazo uno del otro, recorreremos los jardines encantados del Paraíso, amándonos por toda la eternidad. ¡Sí, dulce dueño mío! ... ¡Ven! -añadió con voluptuosidad irresistible la muchacha-. ¡Ven! Bajaremos al bosque, que será remedo de los jardines del Edén: el rumoroso Darro, nos recordará los arroyos de agua que surcan las mansiones celestes, donde nacen al pie del cedro inmortal plantado a la derecha del trono del Excelso, el Nilo y el Éufrates; y así como las aves buscan, en esta hora indecisa, su nido encantador y misterioso entre el ramaje, así nosotros haremos del bosque de la Alhambra nido misterioso también de nuestros amores!...

Y arrastrando en pos de sí, fascinado al Sultán, cruzaron ambos por entre los arrayanes del jardincillo próximo a la Torre donde se hallaban, y bajaron al bosque, sombrío y solitario a aquella hora sublime del crepúsculo, desapareciendo en breve bajo la bóveda espesa de los árboles.

XXI

Poco después de que desde los alminares hubo sido anunciada la oración de alâtima; cuando el silencio imponente de la noche había totalmente reemplazado la animación, el movimiento y la vida de las primeras horas, en aquel tiempo santo, en que el devoto permanece en la mezquita por el día para entregarse de noche a sus habituales ocupaciones; cuando la Damasco del Mágrib parecía entregada a la meditación o al descanso, insólito rumor sin semejante, interrumpía a deshora la majestuosa tranquilidad de la serena noche, sembrando el estupor y el sobresalto en los muslimes granadinos.

Confusos y amenazadores, como el rugido del mar tempestuoso, resonaban en el torreado recinto de MedinaAlhambra gritos de furor y de muerte que reproducían medrosos y centuplicaban los ecos, y que de uno a otro extremo de la población sorprendida llevaba el regalado viento de la noche, sembrando el espanto y la zozobra por todas partes. Como de ordinario, toda la Pascua había permanecido abierta Bâb-ul-Uxâr para que los habitantes ele Granada pudiesen visitar el templo de la almedina, y durante el día y parte de aquella noche, grupos de devotos habían penetrado por ella sin infundir recelos; pero en aquel momento, al fulgor sombrío de las antorchas que, cual estrellas errantes, cruzaban por todos lados la enhiesta colina que señorea la población, entre el vocerío incesante v el estruendo de las armas que crecía a cada momento, otros grupos más numerosos se veían salir por la Cuesta de Gomeres, por el barrio de Maurór, por las vertientes occidentales del Darro; grupos de hombres armados que vociferaban furiosamente, y que repetían pavorosos los gritos lanzados desde la almedina.

Sorprendidas las guardias de Bâb-ul-Uxâr y de las Torres Bermejas, asesinadas las de Bâb-ux-Xarîaah y Bâb-ul-Gudûr la turba enardecida, como brotada de improviso a la evocación de misteriosos genios. había va penetrado en el recinto donde se levantaba el alcázar de los Aláhmares, apoderándose sin grave resistencia del Alhisán, y sembrando la desolación y la muerte a los gritos de ¡Muera Muhámmad! ¡Viva Ismail, el Sultán de Granada!

De nada habían servido las precauciones del Sâhib-ul-Madina, el valiente Abd-ul-Málik, ni de los visires. En vano aquél desde los primeros momentos había procurado oponerse al torrente popular con sus soldados... El grito de rebelión había resonado de súbito primero en las naves de la mezquita misma de la Alhambra, entre la multitud de fieles congregados en actitud piadosa bajo la luz templada de las lámparas; al escucharle, los devotos, abandonando el templo, se habían derramado por la almedina, apoderándose de las entradas, donde se trabaron los primeros combates; y al grito de los rebeldes, como un eco, respondía en la ciudad el de numerosos grupos que acudían
precipitados arrollándolo todo sin respeto, e invadiendo la Alhambra por todas. partes.

Entre ellos, como caudillo y jefe, a la luz de las antorchas destacaba la arrogante figura del príncipe Bermejo, conduciéndoles a la almedina, enardeciéndoles con sus promesas, y guiándoles experto. ¡Inútil resistencia la de Abd-ul-Málik y de sus gentes! Encolerizados los rebeldes con la que les opuso alguna de la fuerza obediente al Sultán, lanzaban frenéticos gritos de exterminio, y cual torrente desprendido desde la cima de la montaña, todo lo arrollaban a su paso con ímpetu incontrastable.

En medio del fragor de la lucha, trabada no obstante en algunos puntos, defendidos con tesón, el arrais y el príncipe Bermejo al resplandor de las teas y al del incendio que devoraba algunos edificios en la almedina, habíanse recíprocamente reconocido, y movidos de un mismo sentimiento de odio y de un mismo deseo, uno y otro se hallaron frente a frente.

-Alabado sea Alá, traidor, que consigo verte al alcance de mi espada -exclamó Abd-ul-Málík dirigiendo su acero al pecho del príncipe Bermejo.

-Alabado sea por siempre, Abd-ul-Málik, porque me permite que te envíe a la presencia de Xaitán, como tanto tiempo he deseado -contestó Abu Said, parando rápidamente la estocada.

-No tendrás ese gusto, perro, hijo de perro, infame renegado, pues he de arrancarte por mi mano el corazón perverso, y he de verter gota a gota tu sangre -replicó el arrais

Librodot

lanzándose de nuevo sobre el príncipe.

Trabóse entre ambos horrible pelea, que no debía, sin embargo, durar mucho.

Fuertes eran uno y otro, y manejaban el acero con singular destreza; pero por desdicha, la espada de Abd-ul-Málik saltó en dos pedazos al chocar en la cota que vestía el Bermejo, encontrándose aquél desarmado en consecuencia.

-¡No importa! -rugió el arrais arrojando el trozo de espada que tenía empuñado y desenvainando su gumía-. ¡Morirás a mis manos! -añadió arrojándose sobre Abu Said y arrancándole la espada con increíble esfuerzo-. ¡Morirás a mis manos, y no gozarán tus ojos del triunfo, así Alá me abra las puertas del Paraíso!

Y agarrados en mortal abrazo, ambos cayeron al suelo.

Poco después, se levantaba el príncipe.

¡Abd-ul-Málik había muerto! ¡Que Alá le haya perdonado!

Al propio tiempo, la turba desenfrenada, ebria y sin dique, penetraba tumultuosa en el sagrado del alcázar de sus señores, y después de asesinar cruelmente al visir Riduán, de aprisionar a Ibn-ul-Jatib, de prender fuego a los aposentos en que ambos visires se encontraban, se había derramado furiosa por las estancias del palacio, destruyéndolo todo con bárbara complacencia y criminal deleite.

Huían despavoridas del harén las mujeres del Sultán, perseguidas por el populacho que se cebaba en ellas sanguinario y en las hijas de Riduán, sin que nadie saliera a su defensa; huían los esclavos y los servidores del Amir como locos, sin saber a dónde dirigirse, acosados por todas partes, y huían los guardias, desarmados, sin alientos, llenos de invencible pánico, refugiándose en los lugares más ocultos hasta donde los perseguía la saña de los rebeldes. . . Y en tanto que el imbécil Ismail, a quien habían sacado de su morada, y habían conducido en triunfo a la Sala de Comárex, las turbas, recibía los homenajes de la amotinada muchedumbre, sedienta del robo y del pillaje, Abu Said, ensangrentado y colérico, recorría como loco los aposentos del palacio, buscando a su primo el Sultán para darle muerte.

Pero fueron en balde sus esfuerzos: el Sultán había desaparecido.

Gozando en brazos de su enamorada Âixa estaba Abdul'lah, después de haber regresado de su paseo por el bosque, en la Torre de Abu-l-Hayyây, cuando llegó a oídos de la gentil pareja, en medio del silencio poético y misterioso de la noche, rumor extraño y desacostumbrado a tales horas en la almedina y en el regio alcázar.

El fulgor movible y atropellado de las antorchas; el vocerío incesante que reproducían los ecos de los grandes y solitarios salones; el acongojado gritar de las mujeres del harén atropelladas; el ruido de las armas; los alaridos de los combatientes ... todo este conjunto de rumores, que se acercaba por momentos, llegaba a sorprender a Muhámmad V, en el momento en que más halagos y promesas tenía para él la felicidad de que disfrutaba.

-¿No oyes? -preguntó el Sultán poniéndose en pie de un salto, y lleno de inquietud, que en vano trataba de ocultar-. Sí... -prosiguió-. ¡La mano de Alá me hiere! ... ¡He aquí mis temores realizados! ... ¡Gritan mi muerte, y al mismo tiempo victorean a mi hermano Ismail! ¡Ya lo ves, Âixa! ¡Era imposible tanta dicha! ¡Ya lo ves! Sólo tú te hallas, infeliz mujer, a mi lado para luchar contra mi pueblo rebelde ... ¡Pero no importa! ¿Quieren mi muerte?... ¡Que vengan a arrancarme la vida! ¡Yo me basto para defenderme!

Y desnundando la ancha espada, se dirigió a la puerta de la cuadrada estancia a la cual un extenso patio, poblado de árboles y de flores, ponía en comunicación entonces con las dependencias del magnífico Salón de Comárex.

Mas antes de que hubiera podido abrir la puerta, Âixa, de rodillas, con las manos juntas, los ojos llenos de lágrimas y el pecho angustiosamente agitado, se colocó delante del Amir en actitud implorante.

-¡Oh, no! ¡No, amado mío, mi soberano Sultán y dueño! ¡No saldrás de este aposento! ¡Sí! ¡Son tus enemigos que triunfan! ¡Son aquellos que pretenden y desean tu muerte, y te buscan por todas partes!

-¡Déjame paso! -exclamó el joven Príncipe, enardecido.

-¡No saldrás, no! -repuso entre sollozos :a joven, abrazada a las piernas de su amado.

-¿No ves, insensata, que me buscan? ¿Prefieres que me asesinen a tus ojos? ¡No! ¡Quiero que -me encuentren!

¡Quiero que sepan cómo sabe manejar este acero, templado en las aguas dei Darro, el Sultán de Granada!

-¡Oh! ¡No saldrás de aquí, si no es pasando sobre mi cadáver! -gritó ella haciendo esfuerzos desesperados por contener a su amante.

-¡Ya están ahí! -añadió el Sultán-. ¡Abre pues, por última vez paso!

-¡Nunca! -exclamó Âixa poniéndose de pie.

Y al par que pronunciaba estas palabras, con febril rapidez y mano segura, despojándose de sus ricos atavíos; y antes de que Abdul`lâh hubiera podido oponerse, cubría la joven con el amplio solham de seda el cuerpo del Amir v le ocultaba con su propio alharime el rostro.

-Ahora -dijo la niña-, ahora puedes salir ... Pero saldrás conmigo y volveremos al bosque ... Tus enemigos triunfan... ¡Pero tú triunfarás, Príncipe mío! Tú no consentirás nunca el ultraje que te hacen... Perdonar el ultraje, es caminar al desprecio, y Alá te ampara y te protege.

Y asiendo de un brazo al Sultán, que se resistía, le arrastró hacia la puerta de la torre, se deslizaron ambos por la que daba desde el patio al bosque sobre el Darro, y desaparecían perdidos entre las sombras.

Momentos después, la turba, invadía la Torre de Abu-lHayyây. profiriendo soeces amenazas y gritos descompuestos: pero Muhámmad y Âixa, llegados con fortuna al río, confundidos entre los rebeldes, lograban guarecerse en uno de los cármenes inmediatos, y al galope del caballo que facilitó al Sultán un antiguo servidor que allí vivía, solos, llenos de sobresalto, tomaban el camino del Guadix entre las tinieblas, que hacía más espesas la noche de tristura de sus almas, dejando triunfantes a su espalda la traición, la infamia y la alevosía.

…….

Al día siguiente, mientras en medio de la universal agitación era tumultuosamente reconocido como Sultán de Granada Abu-l-Ualid Ismail, hijo de Sitti Máriam, el desposeído Príncipe Muhámmad se amparaba de los muros de la leal Guadix, donde era recibido con agasajo y con respeto.

XXII

Llegaban a Castilla las nuevas de aquel de plorable suceso, que privaba a don Pedro del más fiel de sus aliados, cuando el infortunado hijo de Alfonso XI veía la inminencia de la lucha con que Aragón le provocaba, y los bastardos le movían más cruda guerra. Las defecciones aumentaban de día en día, y aunque no recibió don Pedro con buen talante la noticia de la traidora destitución de Muhámmad V, imposibilitado entonces de ejercer el derecho de soberanía, propio de Castilla respecto de Granada, para devolver al hijo de Abu-l-Hayyây Iúsuf I el trono por él perdido, vióse en la precisión de tolerarla por el pronto, fijando la atención en acontecimientos de mayor urgencia y mayor bulto aún para su reino.

No se ocultaban, por cierto, ni al príncipe Bermejo ni a Muhámmad V, en medio de los esplendores del triunfo al uno, y en la soledad de su retiro al otro, las causas que impedían al de Castilla tomar partido por la razón y por el derecho; y al propio tiempo que el intruso Ismaîl se entregaba a los deleites del harén y de las sensuales fiestas por él en la Alhambra preparadas, y Abu Saîd afianzaba entre los granadinos su prestigio, Muhámmad V, en Guadix. deplorando la veleidad de sus vasallos, en quienes confiaba, convencido de la imposibilidad en que se encontraba don Pedro de auxiliarle en aquel trance a que le habían conducido su suerte y las ambiciones del príncipe Bermejo, más que la alevosía de su hermano Ismail II, volvía los ojos al África, buscando allí, en el Sultán de los Bani Marines, el apoyo necesario para recuperar el solio.

Patentes eran para él, sin embargo, las dolorosas consecuencias que habían los musulmanes de Alándalus sufrido en tiempos anteriores, al implorar el auxilio de los africanos; y al par que recordaba la confianza con que el grande Al-Mútamid de Sevilla había solicitado contra los nassâríes, mandados por Alfonso VI, el socorro de Iúsuf bnu Tâxifín, al final del siglo v de la Hégira (XI de J. C.), acudía a su memoria, según las historias le tenían enseñado, el desconsolador ejemplo de la destrucción del poderío muslime andalusí, reemplazado por el fanático e intolerable imperio de los almoravides, y la triste suerte que en Agmat cupo al último de los reyes Abbádíes, víctima de su ceguedad sin nombre.

Después, cuando en la siguiente centuria (cuántas veces se lo había referido Lisán-ud-Dín), arruinado ya el imperio almoravide, y triunfante en varias regiones de Alándalus el partido propiamente andalusí, el mísero régulo Aftasida llamó, desde su corte de Badajoz a los almohades, capitaneados en África por Abd-ul-Múmin, vió también erigirse a aquellos auxiliares en señores, hasta el feliz momento en que, derrotado el terrible Ibn Hûd de Murcia, Muhámmad I desde Arjona, había logrado levantar el ánimo de los muslimes españoles para fundar con ellos, en el siglo VII (XIII de J. C.), el imperio de Granada.

Todos estos recuerdos batallaban en el espíritu de Muhámmad V, y le hacían resistir las repetidas instancias de ixa para demandar de Abu Sálim, Sultán de Marruecos, el auxilio con el cual debían ser secundados los deseos de los leales habitantes de Guadix y de la Serranía de Ronda, quienes se habían francamente declarado en su favor, y en contra del usurpador Ismail II.

Vencido al postre, mientras el afeminado hijo de Sitti Máriam gozaba de cuantos deleites había soñado y le proporcionaba a manos llenas con siniestras intenciones el Bermejo; mientras parte del pueblo granadino. para quien en los primeros momentos el triunfo de los rebeldes significaba el triunfo de la causa del Islám, iba poco a poco

Librodot

persuadiéndose de que no era Ismail ciertamente el llamado a realizar sus esperanzas, en los últimos días de la luna Xaúá1 de aquel año de 760[39], enviaba Muhámmad expresiva embajada al Sultán de los Bani Marines, noticiándole lo ocurrido, y como preliminar de ulteriores negociaciones.

Pero ya Abu Sálim era conocedor de la traición de Ismail. y había conseguido de éste el permiso de que el destronado Sultán pudiera libremente salir de Yazirat-ul-Ándalus, así como la libertad al propio tiempo del visir y sentido poeta Ibn-ul-Jatib, a quien tenían preso los rebeldes.

Una fresca mañana de la luna de Yumádah primera del ario 761[40] , notábase en la gcisebalz de Guadix extraño movimiento.

Brillante tropa de jinetes se hallaba formada en la explanada de la fortaleza que, erguida sobre alto cerro, dominaba la población, y servía a Muhámmad de morada.

Al frente, cubierto por el amplio capellar bordado que le envolvía, dejando resplandecer a los rayos del sol la reluciente cimera del acerado casco, que aparecía a través del izár velase montado al visir Ibn-ul-Jatib Lisán-ud-Dín, cuya cabalgadura, de hermosa estampa y nervudos remos, piafaba de impaciencia.

A la puerta de la alcazaba, con hamugas el uno, y ensillado el otro a la jineta, dos magníficos potros cordobeses, negros como las sombras de la noche. y lujosamente enjaezados con gualdrapas y caireles de seda verde y oro, aguardaban sin duda sus jinetes.

Multitud de curiosos invadía las avenidas de la fortaleza, y la animación, que tenía en realidad algo de solemne y de sombría, era en Guadix grande e inacostumbrada.

Las mujeres cubiertas por recias alcandoras de tupida lana, la faz oculta de tal suerte que sólo era dable distinguir los ojos, y la cabeza envuelta con sencillas tocas de abigarrados colores, circulaban entre la muchedumbre, lanzando de vez en cuando penetrantes gritos, como si fueran a asistir a alguna fúnebre ceremonia.

Al fin, llevando de la mano a la hermosa Aixa, cuyas mórbidas formas desaparecieron entre los pliegues del solham de blanca seda recamada de oro que pendía de sus hombros, apareció en el dintel de la puerta principal de la alcazaba, gentil y apuesto como siempre, pero triste y conmovido, el magnánimo Abu Abdil'láh Muhámmad, el contento con la protección de Alá, como le llamaron más tarde sus cortesanos y aduladores. ¡Haya Alá bendito su alma, y se haya en él complacido en el Paraíso.

Vestía holgada marlota de seda verde, conforme a la excelsitud de su estirpe, toda ella con fimbria de oro guarnecida, bajo la cual se descubría la almalafa de veludillo carmesí con golpes de igual clase.

De su cintura pendía la ancha espada con los gavilanes en forma de cabezas de elefantes, el puño primorosamente esmaltado y la vaina de terciopelo con fornituras de oro labradas a cincel y asimismo esmaltadas, en tanto que, por entre el bordado tiráz, o ceñidor que rodeaba su cuerpo, asomaba en su vaina de terciopelo la corva hoja del alfange.

Seguían a Abdil'láh gran número de soldados con fuertes lanzas, y en tanto que el destronado Príncipe, llevando de la mano a Aixa, avanzaba en dirección de los caballos que le tenían dispuestos, los soldados se abrían en dos filas, en actitud respetuosa y en

[39] Mediados de septiembre de 1359.
[40] Marzo a abril de 1360.

medio del mayor silencio.

Hincando en tierra la rodilla para que montase, aguardó con cortés galantería Muhámmad a que su enamorada se hubiese colocado en la silla; y montando él luego de un salto sobre el potro que le estaba destinado, hízole dar una vuelta en torno de los circunstantes, y se situó al lado de la joven, rompiendo la marcha entre las aclamaciones de la muchedumbre, y los agudos gritos de las mujeres.

Cuando, bajada la pendiente rampa de la alcazaba, se hallo la comitiva en la plaza del pueblo, donde la multitud era aún más compacta, dio orden Muhámmad de hacer alto, y dirigiéndose a todos en general, con acento trémulo y conmovido, exclamo:

-¡La ilâha il'lâl'lâh! ¡Hua-l-Azîz! ¡Hua-l-Ákbar! ¡Ualâ gâlib il'lâl'lâh![41]. La paz y la bendición de Alá sea con

vosotros todos, fieles muslimes, que habéis abierto vuestros brazos al proscripto. ¡Alá sabe las cosas pasadas y venideras, y lo que se oculta en las entrañas de los hombres! ¡A Ifriquia[42] voy! ¡Allí, en aquella tierra, donde impera sin contradicción la palabra santa de Mahoma, donde resuenan solo las plegarias que los siervos del Islám levantan al Señor del Trono Excelso, tal vez encuentre mi causa en el Imán Abu Sálico (prospérele Alá) el auxilio que reclama mi autoridad escarnecida por esos devotos servidores de Tâgût, a quienes Alá maldiga! ¡La paz sea con vosotros! ¡Qué Alá acreciente misericordioso vuestros bienes y vuestra ventura!

Dijo así Muhámmad; y picando espuelas al fogoso corcel, seguido de Âixa, de Ibn-ul-Jatib, y de los suyos, abandono a Guadix, en tanto que la muchedumbre le aclamaba frenética, y le deseaba feliz y prospero viaje.

Al perder de vista, entre las sinuosidades y accidentes del terreno, la leal población que le había dado cariñoso hospedaje por espacio de diez lunas tributándole toda especie de agasajos, en medio del natural quebranto que los acontecimientos le habían producido, brotó una lágrima de sus ojos, y sombrío y cabizbajo, camino largo trecho en dirección a Marbella.

Larga era la travesía que emprendía en aquel momento, y grandes los riesgos que debía correr hasta llegar al puerto de la Cora malagueña, donde había de embarcarse; pero su resolución era grande también, y no hubo instante alguno de vacilación en el propósito que le guiaba. Preciso le era internarse en las escabrosidades de la montaña, y sufrir por tanto los contratiempos que en aquella estación aún fría del año, brindaban semejantes lugares; tal vez si hubiese emprendido su camino por Hîns-ul-Láuz[43] y Montefrío, habría llegado más pronto a Marbella; pero quizás hubiera visto a deshora truncadas sus esperanzas con la presencia de las gentes del intruso Ismaîl, las cuales le habrían cerrado el paso, a despecho de lo prometido por el nuevo Sultán de Granada al Bani Marín Abu Sâlim, cuya protección buscaba.

Ocultando discretamente su elevada alcurnia, pero procurando a la par conocer el espíritu de los musulmanes de las comarcas por donde atravesaba, llegaba por fin Abdul'lâh al puerto de Marbella, al mediar del día primero de la siguiente luna[44], quince días después de haber salido de Guadix.

Solo Âixa había logrado durante el viaje desarrugar el ceño del Sultán; ni las risueñas

[41] ¡No hay otro dios que Alá! ¡Él es el Poderoso! ¡Él es el Omnipotente! ¡Sólo es vencedor Alá!
[42] África.
[43] Hiznallóz.
[44] 12 de abril de 1360.

esperanzas con que Lisánud-Dín trataba de distraerle, ni la seguridad que el visir mostraba de que con el auxilio de los Bani Marines sería fácil empresa la de recuperar el trono, en vista de la actitud en que se ofrecían los habitantes de los pueblos, alquerías y aduares por donde habían cruzado, conseguían otra cosa del infortunado Príncipe que arrancarle a veces algunas exclamaciones ponderando la misericordia de Alá ¡ensalzado sea!

Cuando repartidos en grupos, y dejadas las cabalgaduras en el fondác inmediato a Marbella, penetraron en esta ciudad, la voz del almuedzín dejábase escuchar desde lo alto del alminar de la mezquita, invitando a los fieles a la oración de addúhur, según el rito.

Era aquel, día festivo por acaso; la turba de marineros se agolpaba a las puertas del templo, y Abdul'lâh, desean

do cumplir con los preceptos religiosos, penetró a su vez en el patio de la mezquita, seguido de los suyos.

En el centro del patio, rodeado de pórticos, bajo su cúpula de yesería, se hallaba el almidá[45], en el cual hacían los fieles el alúdû[46] . Cercado de celosías, encontrábase en el otro extremo el almidá para las mujeres. y allá fue Âixa, procurando ocultar el lujo de sus vestiduras, para no excitar la curiosidad ni la atención de aquellas buenas gentes.

El Sultán, en tanto, hizo su ablución, y penetró en el templo, dirigiéndose al qíblah[47] , mezclado con los concurrentes.

Hallábanse éstos repartidos por las naves del santuario en actitudes diferentes, y por entre ellos circulaba uno de los sirvientes de la mezquita, y pronunciando cl aliqâmah[48] con tono grave y solemne.

Poco tiempo después, subía el al imâm[49] situado a un lado del qíblah[50], y comenzaba a leer en el Corán las Suras de precepto, siguiéndole en la oración de memoria los fieles, entre quienes se acentuaba el movimiento ondulante, iniciado desde la presencia del imâm en la cobba del mihrráb[51] , según los arrakât y los sayidât[52] que prescribe la liturgia.

Luego, dejando sobre el kúrsi o atril el libro santo, dirigió el sacerdote la palabra al pueblo, entonando la jútbah[53] de los viernes en honra del Sultán; y al escu

char Muhámmad que dirigían fervientes votos a Alá por la prosperidad de Ismaîl, no pudo contenerse, y salió del templo profundamente afectado.

Esperó en la puerta de los magsûrât destinados a las mujeres[54] a que saliera .Âixa, y, meditabundo y triste, aguardó la hora de almágrib, cuando el sol comenzaba a ponerse en

[45] Pila de agua corriente, para hacer abluciones.
[46] Ablución.
[47] Nicho que en las mezquitas señala la dirección de la Cáaba, y que en las de España estuvo siempre al Mediodía. En Oriente las mezquitas suelen tener varios qíblah.
[48] Pregón interior. El exterior o aladán, es el que se hace desde lo alto de la torre, assáumaah, alminar. minarete o maldanah, y el interior, murmurando generalmente la frase: qad qâmat-is-salâh, ya comienza la oración.
[49] Sacerdote que empieza la oración, y a quien siguen en ella todos los concurrentes. El Califa es el Imâm en la corte, por ser también el Jefe de la religión.
[50] Púlpito o tribuna, ambón movible, de madera.
[51] Capilla principal, reservada al imâm y demás sacerdotes, en la cual se halla el qíblah.
[52] Arrálkaah, postura de la oración, que consiste en inclinar el cuerpo para adelante, hasta tocar las rodillas con la palma de las manos. Assayidah, postración del cuerpo, durante la oración.
[53] Oración y arenga en honor del Sultán, que se pronuncia solamente los viernes.
[54] Lugares reservados en las mezquitas de España para las mujeres.

Librodot

el ocaso, que era la convenida para efectuar el embarque, dispuesto y prevenido todo oportunamente por el visir Ibn-ul-Jatib, y los caballeros granadinos que no habían querido abandonarle.

Presentaba en aquella hora el puerto de Marbella espectáculo verdaderamente grandioso.

El mar estaba tranquilo y reposado, el día había sido primaveral, y la tarde estaba templada.

Tachonaban el cielo algunas ráfagas de fuego, que, desvaneciéndose entre las sombras, iban a unirse allá en lontananza con la azulada superficie de las aguas.

Algunas embarcaciones, chatas y de un solo mástil, se hallaban en el pequeño puerto, y entre todas se destacaba aquella en la cual debía verificar Muhámmad la travesía del Zocác, que, según tradición, había en tiempos antiguos abierto entre el mar de las tinieblas y el mar de Siria el gran Alejandro, el señor de los dos cuernos[55].

Cuando llegó el momento de partir, el joven Príncipe se detuvo indeciso.

Extraños presentimientos le asaltaron, y retrocedió instintivamente antes de saltar a la lancha que le esperaba.

-¡Valor! -exclamó Âixa a su oído, estrechándole en sus brazos tan conmovida como él lo estaba.

-No es el valor lo que me falta, Âixa -repuso el destronado Amir-; pero al abandonar esta tierra, siento temores desconocidos . ¡Tal vez no vuelva ya nunca más a ver este cielo! ¡Acaso en Ifriquia, como Almútamid bnu Abbâd, encontraré la muerte!

-No vaciles, Muhámmad... Tus vasallos, desvanecidos por las promesas de los enemigos de su reposo, que ahora han logrado triunfar, no te han olvidado. Ya has visto, por Alá, en Guadix cuántos caballeros de tu corte se te han reunido; ya has visto cuán generosamente se sacrifican por ti, y van a correr contigo el riesgo de lo desconocido; ya has visto también cómo en la Serranía de Ronda sólo aguardan los muslimes tu señal para lanzarse a la pelea, ensalzando tu nombre ... ¡Ánimo pues, Príncipe y dueño mío! ¡Detrás de esas olas, que vienen a morir humildes a tus plantas, está todo lo que has perdido! ¡No dudes ya! ...

-¡Tienes razón! -replicó Abdul'lâh; y desprendiéndose de los brazos de la joven, hincó en tierras ambas rodillas, mirando al Oriente, con los brazos cruzados, y los ojos en el cielo: y allí, en ferviente oración, dirigió su espíritu al Omnipotente Alá, para que le ayudase y le amparara en aquel solemne trance de su vida.

Después, volviéndose hacia la población de Marbella, cogió un puñado de arena entre las manos, y lo llevó a los labios, conmovido, exclamando con los ojos anublados por las lágrimas:

-¡Bendita, bendita seas, tierra, que has sido mía! ¡Que Alá desde los cielos haga descender sobre ti todos los bienes, y te ayude y te proteja como yo te deseo! ¡Quizás no volverán ya nunca a errar mis miradas por los floridos cármenes del Darro! ¡Adiós, Granada mía! ¡Adiós, mi alcázar de Alhambra, donde tanto he sufrido, y tanto he gozado! ¡Adiós, vosotros los que me amáis, y lloráis en silencio las inclemencias de mi suerte! ¡Adiós!

Y con la cabeza baja y paso precipitado, entró en la barca.

Poco más tarde, montaba en el bajel en que debía atravesar el Zocác, y donde le

[55] Du-l-Qarnain, en árabe.

acompañaban, con Âixa, Ibn-ulJatib y la comitiva de caballeros que desde Guadix había con el llegado hasta Marbella; y cuando el muedzín, desde el alminar de la mezquita de este pueblo, pregonaba el adán de alâtima, a una señal del arraîs fueron desplegadas las velas, y a favor de la brisa de la noche comenzó a hender las olas el barco, poniendo proa al Estrecho.

Al mediar la mañana del siguiente día, la pequeña embarcación daba fondo en la bahía de Tányah (Tánger), cuya población fortificada, edificada en lo alto de una montaña y dominando el mar, presentaba en aquella hora, al destacar sobre los montes y la feraz campiña, aspecto verdaderamente pintoresco.

Con el corazón oprimido, salto el Príncipe en tierra, y después de breve descanso, y de presentarse al alcaide de la ciudad, poníase sin más tardanza en camino para Fez, residencia del Sultán de los Bani Marines, a donde había sido enviado ya un emisario.

Accidentado y no exento de peligros era el terreno; pero al cabo de seis largas jornadas, durante las cuales atravesó por Azila, Larâix y Algásr-ul-Kabîr, y cruzo ríos como el Safdad, el Luccos, el caudaloso Sebú y el Ordóm, llegaba Muhámmad V a Mequinés, ya a corta distancia de la corte del Sultán Bani Marín, de quien esperaba remedio a su desdicha.

No lejos de la población, salíale a recibir el mismo Abu Sâlim, con grande aparato y muestras de verdadero afecto, que conmovieron profundamente al Amir de los muslimes de Granada, quien, apeándose rápidamente de su cabalgadura, corrió a abrazarse con el Sultán de Fez, en presencia de los caballeros africanos y granadinos.

Y juntos, en vistoso grupo, penetraron en Fez, en medio de las aclamaciones y las albólbolas de la muchedumbre, que invadía las estrechas calles de la ciudad, por donde pasó el cortejo hasta llegar al palacio, situado sobre una eminencia, y fuera del recinto amurallado de la población africana.

Dos tronos a igual altura, y próximos el uno al otro, habían sido dispuestos en el gran salón de ceremonias del alcázar; y allí, en pie, aguardaban los magnates de Abu Sâlim la llegada del Príncipe destronado.

Así que, precedidos de los caballeros, penetraron en el salón, todos los circunstantes se inclinaron, en señal de respeto, dando a Muhámmad V la bienvenida; tomando luego el Bani Marín la mano del granadino, hízole sentar a su lado, con muestras no dudosas de deferencia y exquisita cortesanía.

Âixa, con el alharime sobre el rostro, se colocó a espaldas de su amado.

A una señal de Muhámmad, adelantóse el visir Ibn-ulJatib Lisán-ud-Dín, y prosternándose a los pies del trono de Abu Sâlim, demandóle licencia para hablar en nombre de su soberano.

Concedida que le fue, con tono grave y sentido, cual convenía a las circunstancias, dio principio a una larga improvisación poética, en la cual, imitando las antiguas casidas arábigas, no era un rey de Granada destronado quien se lamentaba amargamente de la perdida de su reino, sino Yamil, el pastor errante, quien hablaba del valle de Mojabera, su patria, y de la separación de su querida Botseína. La poesía continuaba describiendo la peregrinación por el desierto, para llegar por último al objeto que le era propio, mostrando las esperanzas que fundaba el malaventurado Príncipe andalusí en el auxilio del Sultán africano, a quien dirigía Ibn-ul-Jatib encomiásticas salutaciones e hiperbólicos elogios, para predisponer su ánimo e inclinarlo en favor de Muhámmad, en largas tiradas de artificiosos versos que excitaron la admiración en los circunstantes, y que fueron

Librodot

interrumpidos varias veces por generales murmullos de aprobación y de entusiasmo. Después, invocaba la protección del africano para el granadino, y pintándole fácil la empresa, exclamaba:

"¡Dale armas, y corceles como el viento, y hombres como leones, que infundan, al llegar, con su ardimiento, pavor en los contrarios escuadrones!"

Y luego de expresar el reconocimiento de Muhámmad por la protección que esperaba de su magnanimidad y de su benevolencia, concluía dándole gracias en términos tan lisonjeros y halagüeños, que enterneció todos los corazones, y arrancó lágrimas del auditorio.

Él mismo, lleno de emoción, tuvo necesidad de retirarse, no sin haber recibido de labios de Abu Sâlim la promesa de que pondría a las órdenes de Abdul'lah las fuerzas suficientes para que recuperase el trono, triunfando causa tan justa como bien defendida.

Al escuchar Muhámmad las palabras del Sultán de los Bani Marines, no fue dueño de sí propio; y sin ocultar su turbación, y aun a riesgo de que a humillación tomasen sus demostraciones de agradecimiento, echóse a los pies de Ab Sâlim con los ojos anegados en llanto, y besando la fimbria de las vestiduras del africano, dándole gracias, exclamó:

-¡Deja, oh tú, tallo lozano de la estirpe de Iáqûb, el descendiente del Profeta, el fuerte entre los fuertes, Sultán pío y generoso, excelso y justiciero, guerreador y defensor de la ley de Alá, deja que a tus plantas pueda un rey destronado manifestarte el hondo sentimiento que embarga su corazón, al oír en tus labios palabras de consuelo, dulces como el rocío que el alba deposita en estos campos fértiles de tu imperio, estos campos, que son tuyos, como es tuya la fuerza, y es tuya la justicia! ¡Las flores de tus jardines y tus huertos, a tu voz se truecan en soldados, bravos como leones en el combate, tímidos como gacelas a tu voluntad, y es de ver cómo a tu presencia todo cede y se humilla! Bendiga Alá tu mano generosa, y quiera el Señor del Trono Excelso concederme la gracia de poder algún día pagarte con la sangre de mis venas el servicio que hoy me haces!

-¡Alza, mi hermano y señor! ¡Las gracias sólo corresponden a Alá! ¡De Alá es cuanto hay en los cielos y en la tierra, y el imperio de todas las cosas pertenece a Alá ¡Ensalzado sea! -contestó sentenciosamente Abu Sâlim-. Tu causa ¡oh Muhámmad! es la causa de la justicia, y Alá ha armado mi brazo para defenderla. ¡Oh, si cual en otros tiempos, fuera dado disponer en los actuales de tanta muchedumbre de gentes como hicieron extremecer la tierra al pasar desde Ifriquia a Yazirat-ul-Ándalus! ¡Yo te ayudaría entonces en honra y desagravio del Islám, no sólo a recuperar el trono que usurpa tu desatentado hermano Ismaîl, sino a reconquistar todo Alándalus, apoderarte de Alífranyah[56], y proclamarte señor del mar de Alinkilîz[57]! Pero no llega, por desventura, a tanto mi poder,

como para destruir a los idólatras, a quienes tantas veces hicieron huir como gacelas los estandartes del Profeta (¡la paz sea con él!). ¡Volverás como dueño a tu Granada; podrás gozar, desde las deleitosas estancias de tu alcázar de la Alhambra, del delicioso espectáculo que ofrecen, dilatándose por la ciudad, el Darro y el Genil, a la manera que el Arfana y el Farcana se dilatan por Damasco, si la voluntad del Señor de Ambos Mundos acompañara el esfuerzo de mis bravos berberiscos!

Y en tanto que Abdul'lâh, con todos los honores debidos a su jerarquía, era dignamente aposentado en el palacio mismo de Abu Sâlim -daba este Príncipe magnánimo.

[56] Francia.
[57] El Golfo de Gascuña, o mar de los ingleses.

(¡Alá le haya perdonado!) las órdenes necesarias a sus visires para que se aprestasen dos numerosos ejércitos, con los cuales debía el hijo de Iúsuf I recuperar el antiguo reino de sus antepasados y mayores.

XXIII

Las habitaciones destinadas a Muhámmad y, hallábanse situadas en uno de los extremos del alcázar, vasta agrupación de edificios, independientes entre si, bien que puestos los unos con los otros en comunicación por medio de irregulares patios y jardines, pero que no ofrecían, a la verdad, ni en construcción ni en magnificencia, semejanza ni recuerdo alguno con los que constituían el alcázar de los Bani Nâsires en Granada.

Formaba el edificio o addâr, donde el destronado Príncipe fue aposentado, un rectángulo perfecto, con cuatro tarbeâs o cuadras, que correspondían a los lados del rectángulo, y se abrían en los ejes, hallándose dedicadas a serrallo la principal, a cámara de servicio la segunda y a harén las dos restantes, donde se habilitó lujoso camarín para Âixa, y fueron dispuestas las habitaciones para otras mujeres, quedando Ibn-ul-Jatib y la comitiva de caballeros granadinos instalados en distinto edificio, próximo al que ocupaba el Príncipe.

Después de terminados las ceremonias y los agasajos con que Abu Sâlim obsequió al granadino, quedaron solos en la cámara principal del addâr de Muhámmad V, el ilustre proscripto, Âixa y el visir Ibn-ul-Jatib.

-Ya has visto, señor y soberano dueño mío (,Alá perpetúe tu gloria!), cómo no eran vanas, por fortuna, las esperanzas que al abandonar a Guadix y partir de Yaziratul-Andalus, abrigábamos tus fieles servidores. ¡Que el sol benéfico de tu sonrisa ilumine tu rostro, y borre las nubes sombrías que le obscurecen! En breve tornarás a nuestra hermosa Granada, no ya humillado por el triunfo de tus enemigos (¡Xaitán sea con ellos!), ¡sino victorioso y contento!

-;Alabada sea la misericordia de Alá! -repuso el Amir. -¡Sin ti y sin los ruegos de mi adorada Âixa, jamás hubiera intentado cruzar el Estrecho de Azzuqâq, y habría preferido la oscura vida que en Guadix parecía estarme reservada! ¡La bendición de Alá sea sobre el Sultán Abu Sâlim y sobre vosotros! ¡No podréis imaginaros nunca lo inmenso de mi zozobra, al apartarse de las costas de mi reino la débil embarcación en que hemos surcado el mar de Siria! No podréis formar idea del sentimiento que embargaba mi alma, al pensar que, acaso, como el grande Almútamid, no volvería a pisar nunca el suelo de mi patria (;prospérela Alá!) Pero no será así, -añadió-. ¡No: que los guerreros del desierto, esgrimiendo la espada de la justicia, me ayudarán a conquistar el bien perdido! ¡Juro a Alá (;ensalzado sea!) que no habrá perdón para los traidores, y que si fui magnánimo y generoso con el traidor Abu Saîd cuando en Bâb-ur-Rambla te hirió creyendo herirme a mi de muerte; si fui benévolo con Ismaîl, cuando muerta su madre Sitti Máriam le di asilo en mi propia morada, ahora, ahora, habrá de ser terrible mi venganza!

-Justo será, señor, -contestó el visir, inclinándose profundamente.

-Sí: justo será, amado Sultán mío -dijo Âixa, quien hasta entonces había guardado silencio-. Pero también es justo que, después de tantas y tan largas fatigas, des a tu

Librodot

espíritu y a tu cuerpo el debido reposo, bajo la egida protectora que el magnífico Abu Sâlim (¡glorificado sea su reinado!), te brinda hoy en el recinto de su alcázar.

Comprendió Ibn-ul-Jatib que la enamorada pareja deseaba estar sola, y con un reverente assalâmu álaikumâ[58], abandonó el camarín, alegre y satisfecho por el éxito lisonjero que prometían los ofrecimientos del Sultán de los Bani Marines, cuyas simpatías había conquistado el visir con la brillante improvisación poética, que tanto conmovió a él y a su corte.

Cuando Abdul'lâh y Âixa se hallaron solos, corrió la hermosa muchacha a los brazos del Amir, y derramando en ellos abundoso llanto, le colmó de caricias.

-¡Bien mío! -exclamó-. ¡Aquí, como en los jardines espléndidos de tu Granada, lo mismo entre los labrados muros de tu hermoso alcázar, que en el retiro de la humilde tienda, donde durante nuestro camino por Ifriquia tantas noches hemos hallado hospedaje, que en la soledad de esta cámara, donde ahora nos vemos, siempre, siempre será tuyo mi amor, como son tuyos los latidos de mi pecho. y tuyos mi pensamiento y mi alma! Sí, Príncipe querido,

"¿Qué le importan al ave sencilla,
que en la selva sus cantos eleva,
qué le importan las glorias del mundo,
si amor y placeres caminan con ella?

"¿Qué le importan los paños de oro,
los joyeles, las ricas preseas,
si en el fondo del bosque, anhelosa,
cantando sus cuitas, su amante le espera?"

-¿No es verdad -prosiguió-, que tú me amas, y que este amor, que es mi vida, endulza las horas amargas de tu existencia, que debía ser feliz como la de los elegidos de Alá en los deliciosos jardines del Yannah[59]; que debía correr sosegada, límpida y tranquila, como desde la cumbre de Axxulair corren las aguas del Genil, como las de esa fuente, que murmura en apacible calma dulces y misteriosas frases de amor, que nunca se extinguen?

-¡Sí, Âixa! ¡Consuelo mío! -repuso el Sultán-. ¡Sí; tus palabras y tus caricias son las que me animan y dan alientos en mi desgracia! ¡Eres para mí lo que el fresco manantial en el desierto, para el pobre peregrino; lo que la luz para el ciego; lo que la palabra del Profeta (¡la paz sea sobre él!), para el muslime! ¡Sin ti, sin tu fervoroso cariño, que me hace olvidar lo triste de mi suerte, acaso no habría intentado llegar hasta Abu Sâlim, a quien Alá bendiga!

-¡Bendígale Alá! -repitió la joven, levantando los ojos al labrado artesón de la tarbeâ

[58] La paz sea con vosotros dos; frase de despedida y de salutación.
[59] El Paraíso.

Librodot

en que ambos se encontraban.

-¡Si todos en mi Granada hubieran sido tan fieles como tú! -suspiró el Amir-. Allí quedaron, mártires de su lealtad, el desdichado Riduán (¡Alá le haya perdonado!), y el valiente Abd-ul-Málik (¡complázcase Alá en él!). ¡A no haber sido por ti, que tanto me amas, sólo Alá sabe si a estas horas mi cadáver frío hubiera ido en la mágbarah[60] de la Alhambra a reunirse con el de mi pobre padre, a quien Alá tenga en su Paraíso! ¡Tal vez habrían pisoteado mi cuerpo esos infames siervos de Xaitán el apedreado! ... ¡Oh! ¡Cuánto, cuánto debo a tu amor, adorada Âixa!

-¡No evoques tan tristes recuerdos, Sultán mío! -replicó la joven-. ¡Olvida aquellas escenas de horror, que no han de reproducirse, y mira al porvenir que te sonríe!

-¡Sí! ¡Quiero recordarlo! ¡Tú no sabes lo que goza el ánimo con las memorias del pasado, por tristes que sean! ¡Quiero recordar que, sin ti, aquella noche fatal en que tomé envenenada fruta preparada por la sultana Sitti Máriam, habrían conseguido mis enemigos el triunfo que apetecían; que sin ti, sin tu animosa decisión, y el afecto de mi visir Ibn-ul-Jatib, habría en Bâb-ur-Rambla caído al golpe de la lanza del traidor Bermejo!... ¿Por qué no recordarlo? ... ¿Por qué no bendecir la hora en que mis ojos te vieron, si a ti te debo la salvación y la vida, cuando a despecho mío echaste sobre mis hombros tus propio solhám, y cubriste mi rostro con tu mismo perfumado alharime, bajo cuyo disfraz logré burlar la persecución de mis enemigos? ...

No otra era la sabrosa plática a que se hallaban entregados Abdul'lâh y Âixa, cuando interrumpiéndola a deshora, penetraba en el aposento uno de los negros puestos al servicio de Muhámmad, e inclinándose con el mayor respeto delante del destronado Sultán granadino, se prosternaba a sus plantas con los brazos cruzados sobre el pecho, y la cabeza baja.

-¡Oh señor y dueño mío! -exclamó-. Abd-ut-Tâhir el poderoso jefe de la guardia del excelso Amir de los muslimes, nuestro señor, el magnífico, el justo y generoso Abu Sâlim (¡glorifíquele Alá!), demanda tu permiso para comparecer en tu presencia, por mandado de su egregio señor.

Hizo seña Abdul'lâh al esclavo de que podía penetrar el enviado de Abu Sâlim, y desprendiéndose de los amantes brazos de su enamorada, tomó asiento en el diván de ceremonias, al propio tiempo que Âixa se apartaba discreta, ocultándose en una de las alhenias del aposento.

Pocos momentos después, entraba Abd-ut-Tâhir, a quien seguían dos mujeres, envueltas en largos haiques que les llegaban a los pies, con la cabeza oculta por finos izares de transparente muselina, y el rostro velado por el alharime, que sólo permitía verles los ojos, negros y brillantes, en los que resplandecían a la vez la curiosidad y el sensualismo.

-¡Oh noble señor mío! -dijo el emisario de Abu Sâlim, prosternándose-. El poderoso, el justo, el sabio, el puro, el defensor de la ley de Alá, Abu Sâlim, Amir de los muslimes, mi señor y dueño (¡perpetúe Alá sus días!), en señal y muestra del afecto que te profesa, como a su hermano y amigo, te envía este presente. Son dos de las más hermosas mujeres de su harén. Mira -añadió a la vez que las dos jóvenes se descubrían el rostro-, mira en sus semblantes la gracia y la hermosura, que resplandecen como si cada una de ellas fuera la luna llena. Sus ojos despiden rayos de amor, que no puede resistir corazón alguno; su

[60] Cementerio; llámase también ráudah.

Librodot

frente es tersa y pura como el cristal de la fuente; su voz es dulce y acariciadora, como el rumor del laúd en medio de la noche; sus dientes son sartas de perlas, que despiden extraños reflejos sobre el estuche de su boca, y sus labios son dos corales. Míralas, esbeltas y erguidas como las palmeras de nuestros bosques; ligeras, como las gacelas del desierto, flexibles, como la caña del Ban; ellas.-harán de ti más agradable la estancia en este alcázar, y espera el Sultán, mi señor (¡protéjale Alá!) que aceptarás el presente. Amina se llama una de ellas, y por mi salvación, que bien merece el nombre de Fiel que lleva: será fiel contigo hasta la muerte, más que lo han sido tus vasallos de Granada: Qámar[61] dicen a la otra, y ya ves cómo es digna de que así la apelliden, pues a su lado palidecen de envidia todas las demás mujeres de la tierra. Una y otra, tienen negro el cabello, las cejas, los párpados, y la pupila de los ojos; blancos el cutis, los dientes, las uñas y la cór nea transparente de los ojos; encendidas las mejillas, los labios, la lengua y las encías; grandes la frente, los ojos, el pecho y las caderas, y pequeños, por último, las orejas, la boca, las manos y los pies[62].

-¡Oh Abd-ut-Tâhir! -replicó Abdul'lâh-. Aun cuando en estos instantes mi pobre corazón llora las penas que la deslealtad de mis vasallos ha producido en mi ánimo; aun cuando mi corazón late de amor por otra mujer, a quien debo la salvación y la vida, no por eso dejo de agradecer la delicadeza del obsequio que me hace tu señor y mi dueño Abu Sâlim (¡Alá le bendiga!). Dile que acepto reconocido este testimonio de su amistad, y que deploro no poder, como quisiera, corresponder hoy a sus mercedes. Hermosas son, a fe mía ... Sean Amina y Qámar nuncios de mi ventura en lo porvenir, con el auxilio de tu señor, y testigos del placer con que recibo su generosa dádiva.

Alzándose del diván donde hasta entonces había permanecido, se adelantó hacia ambas doncellas y las besó con galantería en la frente en señal de bienvenida, con lo cual despidióse del jefe de la guardia del Sultán africano, y ellas quedaron en la estancia, trémulas y ostensiblemente indecisas, siguiendo con los ojos los movimientos del granadino, quien dirigiéndose a la alhenia desde la cual había Âixa oído y presenciado todo, tomó de la mano a la joven, y con ella, en tal actitud, fue a donde se encontraban Amîna y Qámar sorprendidas.

Sólo allí, a la luz que penetraba por los abiertos postiguillos del portón, pudo notar Muhámmad la palidez que empañaba el rostro de su amante.

-Âixa, -le dijo sin embargo-, el Sultán generoso de cuyas manos espero la autoridad perdida, me envía como precioso regalo estas doncellas. Míralas: son hermosas, son jóvenes, y tiene su nido en ellas el amor. Ya sabes que mi corazón es tuyo, y que sólo tuyo puede ser ... Que sean Amîna y Qámar tus hermanas ... A tu cuidado y a tu solicitud las entrego.

-Príncipe y señor mío, -replico Âixa temblorosa-, tus palabras son ordenes para mí. Yo soy tu esclava. Has mandado, y serás obedecido ...

Y al pronunciar estas palabras, copioso raudal de lágrimas se escapo de los ojos de la joven, sin que ella pretendiese contenerlas.

-¿Por qué lloras, mi amada... -pregunto Muhámmad, estrechándola cariñoso-. ¿No has

[61] Luna.

[62] Éstan son, con efecto, las condiciones que debe reunir la mujer, para ser considerada como hermosa entre los árabes.

Librodot

ganado tú mi corazón? ... ¿No eres tú la mujer a quien adoro? ... Enjuga pues el llanto... Que la luz de tus radiantes ojos no se anegue en ese mar de amargas lágrimas que me entristece. Ve, amada mía, ve, y da digno aposento a tus hermanas…

Aquí, como siempre, mi corazón te espera.

Alzo Âixa los ojos, y enjugando el llanto, sin pronunciar palabra, echo a andar, saliendo al patio anchuroso del addâr, en el que tomo la dirección de una de las cámaras destinadas al harén; dio allí por su parte la bienvenida a Amîna y Qámar, festejándolas con dulces y helados, y procuro hacerse amar de ellas; pero a pesar de sus esfuerzos, la víbora de los celos había mordido su corazón , y a través de las muestras de regocijo con que procuró cumplir ordenes del Sultán proscripto, habría podido adivinarse cuántos y cuán grandes eran sus sufrimientos.

Al cerrar la noche, cambiábanse no obstante en felicidad sus temores; y al cabo de algunos días, con singular aparato, grandes festejos y públicos regocijos, se celebraba en presencia de Abu Sâlim y de los principales dignatarios de su corte, el matrimonio de Abu Abdil'lâh Muhámmad V de Granada con Âixa, elevada por este acto solemne a la categoría de Sultana, en premio de su amor, su fidelidad y su adhesión al Príncipe granadino.

Hermosa estaba, con verdad, la mañana del décimo quinto día de la luna de Yumâdah segunda, aquel año 761 de la Hégira[63].

El sol, como queriendo tomar parte en los acontecimientos felices para Abdul'lâh que en aquel día se preparaban, destacábase ardiente y poderoso sobre el cielo, completamente limpio y despejado.

Brillaban como brasas encendidas las cúpulas de los alminares en las mezquitas de Fez, a los reflejos del astro emblema de la vida, y los fértiles campos que rodeaban la antigua y la mueva población, se mostraban espléndidos bajo el verde follaje de que los árboles se habían vestido con la primavera.

Aún en los picos de la cercana cordillera que se extiende al Oriente de la ciudad, como gigantescas masas de nácar resplandecía la nieve; pero el ambiente era templado, y la brisa, suave y silenciosa, sólo traía en sus alas el penetrante aroma de las flores de la campiña.

Desiertos estaban los bulliciosos zocos, desierta la alcaisería; pero pobladas de gente las calles, estrechas y revueltas, y las avenidas del alcázar.

Muchedumbre innumerable se agolpaba también en torno de la venerada mezquita de Maulâí Idrís (complázcase Alá en él!), y todo, al primer golpe de vista, anunciaba acontecimientos inusitados.

Y así era, con efecto: tendidos en el llano, formando vistoso alarde y peregrino espectáculo, veíanse bosques de picas, semejando aquella tropa numerosa, con sus haiques blancos y sus tocas de igual color, bandada inmensa de palomas, a la orilla de un manantial sombreado por las palmeras y los árboles.

Entre ellos, luciendo las recamadas marlotas y las bordadas almalafas de distintos colores, distinguíase acá y allá repartidos algunos jinetes, cuyas cabalgaduras impacientes escarbaban la arena, destacándose entre todos ellos el Alférez, de tez oscura, y negra y poblada barba, quien levantaba entre sus manos el estandarte verde del Profeta.

Cerca del mediodía, pero antes de que hubiese llegado el sol a la mitad de su carrera,

[63] 3 de mayo de 1360.

Librodot

el movimiento acrecentó entre las masas en las inmediaciones del palacio del Sultân Abu Sâlim, a quien esperaban.

Porque aquellas tropas aguerridas, que semejaban palomas, siendo sin embargo terribles gavilanes en la lucha, constituían uno de los ejércitos formados por el magnánimo Sultán de los Bani Marines para devolver a Muhámmad V el trono usurpado por su hermano.

Debía el Príncipe granadino ponerse a la cabeza de ellas para marchar a Tánger, donde se le incorporaría el segundo ejército, formado con las kabilas más fuertes y valerosas de Ifriquia; y el pueblo de Fez quería despedir al huésped de su Príncipe, y desearle de aquel modo buena suerte y prosperidad en su empresa.

Pero en tanto que el pueblo se agolpaba de tal manera con demostraciones de cortés agasajo en la calle, escena muy distinta se efectuaba en el addâr, donde Muhámmad V, cerrado el cuerpo en la recia cota de batalla, ceniño el férreo casco, y pendiente de la cintura la resistente espada de combate, se hallaba solo con su esposa la bella Âixa.

Ocultaba ésta la cabeza en el pecho de su enamorado, y mientras con ambas manos procuraba enjugar el llanto que corría por sus mejillas, comprimidos sollozos levantaban agitadamente las redondas formas de su pecho, revelando lo inmenso que la embargaba.

-¿Por qué lloras, mi bien? -decía el Príncipe con acento cariñoso-. Toco ya, por ventura mía, el ansiado momento de partir para Yazirat-ul-Ándalus en busca de mi trono, ¿y lloras, débil, como nunca lo has sido, cuando van conmigo los leones de Ifriquia, dispuestos a despedazar a mis enemigos?... ¡No llores, no! ... ¡Volveré, sí, volveré de nuevo; pero entonces no seré ya el Príncipe proscripto: seré el Sultán de Granada, y tú irás conmigo a compartir gozosa las glorias conquistadas por mi esfuerzo! ...

-Sí, amado dueño mío ... Sí ... Tienes razón ... ¡Soy solo débil mujer! ... Pero esta mujer tan débil, esta mujer que llora en tu regazo, esta mujer que te adora, sabe por tu amor, ser fuerte. ¡Dame una lanza y un caballo, pon en mi mano una espada, y a tu lado, contigo, correré al frente de esos escuadrones valerosos, desafiando la muerte! No me arredra el rumor de los combates ... ¡Siento sed, sed, mucha sed de la sangre de aquellos que han hecho derramar lágrimas a mi Príncipe y señor, y yo sola sería capaz de presentarme ante los muros de Granada, y dar allí la muerte, que tanto han merecido, a tu perverso hermano Ismaîl y a tu primo Muhámmad, el Bermejo!

-¡Desvarías, Âixa! -replico el Príncipe-. Tú nacieste para el amor, y no para la guerra. Tus labios están hechos para sonreír, y no para ser contraídos por la cólera; tus ojos matan, sí, matan; pero matan de amor, y en ellos brilla más el rayo apacible de la pasión, que el relámpago de la tormenta ... Si me has acompañado desde Guadix en la dolorosa peregrinación que me impuso con implacable saña la suerte; si has compartido conmigo los azares de la existencia que hasta aquí he llevado, es para mí demasiado preciosa la vida de la única mujer que ha hecho palpitar mi corazón, para que vuelva a exponerla a las fatigas del camino y a los azares de la guerra.

"¡Aquí -añadió-, al lado del Sultán magnánimo, al lado de su esposa y de sus hijos, esperarás mi vuelta; no acibares con tus lágrimas estos instantes, los últimos de mi destierro!" ¡Adiós, amada mía! ¡Adiós! Contigo queda mi alma -repuso Abdul'lâh, desprendiéndose de los brazos de Âixa-. ¡Queda aquí en Fez mi corazón cautivo, y fío en Alá que en breve volveré a gozar a tu lado venturoso las dulzuras perennes con que tu amor me brinda!

No replico palabra alguna Âixa. Quedóse muda y sollozante en la actitud dolorosa en

que estaba; y conmovido Abdul'lâh, corrió hacia ella, y cubrió de besos, apasionados y ardientes, el semblante angustiado de la joven.

Poco después, resonaron sobre las losas del pavimento las espuelas del Príncipe, y Âixa rompió a llorar amargamente.

Terminada en la mezquita de Maulâí Idrís la oración de addúhur o del mediodía, a la que para mayor honra del granadino habían asistido Abu Sâlim y toda su corte, dirigiendo fervientes preces a Alá para que concediera su protección al destronado Príncipe, monto Abdul'lâh en el caballo que tenía de las riendas el visir Ibn-ul-Jatib, y, acompañado del Sultán de los Bani Marines, marcho a ponerse al frente del ejército.

Gritos de entusiasmo y de alegría resonaron entre la multitud por todo el tránsito, y de las espesas celosías de las casas, tras de las cuales se delineaba el busto de las mujeres, caían sobre la brillante comitiva gran número de flores.

Las albólbolas y lelilíes eran por todo el camino repetidos, y cuando, abandonada la ciudad, llegaban ambos Sultanes a la llanura donde se hallaba el formidable ejército, unánime salva de entusiastas gritos se escucho en el espacio.

Allí, hecha la presentación de los adalides y de los principales jefes, en presencia de aquellos soldados, leones en la guerra, y de aquel pueblo que parecía idolatrar en la persona de Abu Sâlim, dio éste el ósculo de cariñosa despedida a Muhámmad; y en tanto que el Bani Marím tornaba realmente conmovido a la ciudad, invocando la protección divina sobre el destronado vástago de los Alahmares, fija con insistencia la mirada en la elevada cima, donde se erguían confusos los distintos edificios y las almenadas torres del alcázar, deteniéndose a cada paso para contemplarle, y con el alma llena por la dulce imagen de Âixa, marchaba el granadino silencioso en dirección a Tánger, entre el polvo que levantaban los caballos y envolvía aquella masa de gente, que parecía con sus blancos ropajes jardín inmenso de movibles jazmineros.

XXIV

SALVANDO los espacios, cruzando quizás en brazos de la brisa las aguas turbulentas del Zocác, como viento amenazador y pavoroso llegaba a la Damasco del Mágrib la noticia de que a la cabeza de numerosas tropas africanas, se disponía Muhámmad V a penetrar en Alándalus para recuperar la sultanía y castigar a los traidores; y mientras con singular regocijo los leales habitantes de Guadix y los de la Serranía de Ronda se apercibían al combate, dispuestos a colocarse al lado de su amado Príncipe, el legítimo Sultán de Granada, cundía entre los rebeldes el espanto, como si Alá, cansado de tantas iniquidades, hubiera decretado su ruina, y el afeminado Ismaîl sentía despavorido zozobrar la tierra bajo sus plantas.

Sólo el príncipe Bermejo, comprendiendo la inminencia del peligro, y determinado a todo, había conservado el ánimo, tranquilo en apariencia; sólo él era capaz de luchar

osado con Muhámmad y sus auxiliares, y sólo a él era dado levantar en las coras o provincias del reino suficiente número de tropas con qué hacer frente a los Bani Marines, y con las cuales a toda prisa se preparaba a cerrar en persona el paso a su enojado primo, defendiendo así sus criminales ambiciones.

Librodot

Desde Alyazîrat-ul-Jadrâ (Algeciras), donde con toda felicidad arribaba, y en señal de respetuosa cortesía, apresurábase Múhámmad V a enviar sus letras al poderoso rey de Castilla, don Pedro, así para darle cuenta de su negocio, como para alegar las causas por las cuales, siendo él, como Sultán de Granada, vasallo de los monarcas descendientes de Fernando III, habíase visto en la precisión de solicitar el auxilio de los Bani Marines, antes que la protección castellana, protestando a la par de que aquel ejército que le seguía, y el triunfo a que aspiraba, en nada alterarían ¡as buenas relaciones de amistad y el vasallaje que le tenía jurado.

De mucho disgusto sirvió a don Pedro (¡Alá le haya perdonado!) el que la situación interior de su reino le imposibilitara de prestar a Múhámmad el amparo que cual señor le debía, en justa compensación, al propio tiempo, de los servicios que el destronado Príncipe en varias ocasiones le tenía hechos; pero complaciéndose con la idea de que en breve recuperaría aquel su vasallo el trono de que la ambición de sus parientes le había despojado, franqueábale a él y a sus gentes de buen grado el paso por territorio de Castilla, a fin de hacer así más seguro el éxito, y contribuir por su parte a burlar las esperanzas de los que, comandados por el príncipe Bermejo, habían salido cerca de Yabal Târiq (Gibraltar), con ánimo de estorbar la marcha de los africanos.

Todo estaba ya dispuesto y prevenido, y aun señalados por los adalides los lugares de la antigua provincia o clima del Lago por donde se debía emprender el camino, cuando a deshora llegaban al ejército expedicionario tristes y aterradoras nuevas que, como el huracán del desierto, sembraban la desolación y el pánico, y que llenaban de inquietud y de amargura el lacerado corazón del Príncipe Muhámmad.

No eran, no, la ambición y la perfidia prendas sólo de los castellanos y de los granadinos, alzados en armas contra sus legítimos señores. No eran solos el conde de Trastamara y Abu Saîd, el príncipe Bermejo: también allá, en aquel poderoso imperio africano, donde al parecer reinaban la paz y la concordia, donde el desposeído descendiente de los Alahmares había con lágrimas en los ojos contemplando los alardes reiterados de ferviente adhesión con que las gentes alborozadas saludaban al magnánimo Sultán Abu Sâlim, también, como en Castilla y en Granada, había el crimen llegado a las gradas del trono, y las manchaba por mano del Príncipe Abu timar Taxfín, a quien juzgaban loco, con la sangre generosa de su propio hermano, el noble Amir de los muslimes de Marruecos.

La proclamación en Fez del joven Muhámmad Abu Zaîân, nieto del Sultán Abu-l-Hasan, cambiaba en absoluto la faz de los sucesos. ¡Con sus esperanzas, tanto tiempo acariciadas, y perdidas quizás entonces para siempre, como ensueño quimérico, veía Abdul'lâh desvanecerse aquel ejercito formidable, que regresaba a Ifriquia: y representándose en su imaginación las escenas que habrían sucedido al asesinato de Abu Sâlim, extremecíase de horror y de angustia, considerando que, asaltado acaso por la soldadesca y el populacho desenfrenados el alcázar, según lo había sido el suyo, su esposa, su amada, no habría sido respetada por las turbas, y quizás estaría muerta!

Recobrábase en cambio el imbécil Ismail en Granada; crecía la jactancia de Abu Saîd y de los rebeldes, y el desventurado Muhámmad, solo, abandonado, bajo el peso de su quebranto y de sus zozobras, como olvidado por Alá, decidíase a buscar en la Serranía de Ronda y entre sus partidarios protección y abrigo, con la desesperación en el alma.

Bálsamo fue para sus penas la noticia que a poco de Fez un mercader rondeño le traía de que, aun abatida y triste, la Sultana Âixa seguía en el alcázar, honrada y considerada

Librodot

por el nuevo Sultán de los Bani Marines; y sintiendo con esto renacer sus esperanzas, determinábase, ya tranquilo, bien que no sin cierta natural zozobra, a impetrar del de Castilla que le ayudase a recobrar el trono, pues siendo el, como era y se reconocía, vasallo de don Pedro, y teniendo cual tenía el reino de Granada por los monarcas castellanos, sólo a don Pedro en realidad cumplía el restablecer su autoridad, imponiendo el merecido castigo a los traidores.

Pero, amenazado constantemente por los bastardos. en la forma que las historias cristianas de aquellos tiempos refieren, únicamente era dado al hijo de Alfonso XI atender a su remedio propio, y harto convencido se hallaba el granadino de ello, cuando, por consejo de Ibn-ul-Jatib y de los principales caudillos de la gente rondeña, volvía segunda vez al África los ojos, y solicitaba de Muhámmad Abu Zaíân el auxilio que tan generosamente Abu Sâlim le había otorgado.

Y como la justicia de Alá debe cumplirse, y no hay en ello duda, mientras el desposeído Muhámmad desde Ronda procuraba interesar al Sultán de los Bani Marines, despojábase al fin el príncipe Bermejo del velo hipócrita con que había hasta allí mantenido ocultas sus secretas ansias; y dando primero, por estorbarle, cruda muerte en Almunecar al visir Muhámmad bnu Ibrahim, bajo pretexto de ciertas cartas que suponía escritas por éste a Abu Sâlim prometiendo entregarle la persona de Ismaîl, con tal de que Muhámmad V le conservase en el vizirato después del triunfo, dirigíase ya desembozadamente contra el hijo de Sitti Máriam, para poner por obra el plan concertado en los dominios de don Pedro IV el Ceremonioso, con el conde don Enrique de Trastamara.

Y con efecto: al frente de aquellos sus partidarios, fanatizados los unos por la esperanza de que bajo el mando de príncipe tan valeroso como Abu Saîd lo era, el Islám recobraría en Alándalus el esplendor perdido; dominados los otros por el prestigio que sobre ellos había logrado el Bermejo, y seducidos los más por las promesas que éste les tenía hechas para el día del triunfo, tres andados de la luna de Xáabán del año 761[64], apoderándose de la persona del desvanecido e imbécil Ismaîl, y de la de Qais su hermano, mandaba darles muerte, y los despedazados cuerpos de aquellos infelices, que nadie osó recoger por miedo, permanecieron ensangrentados en las calles, y se pudrieron al aire, mientras en medio de estos horrores era aquel mismo día proclamado por el ejército y por la gente menuda y baldía del pueblo como Sultán de Granada el príncipe Bermejo.

Así, respecto de Ismaîl, quedaban cumplidos los altos designios de Alá (¡Ensalzado sea!), y así, por medio de la traición y del crimen, subía el príncipe Abu Abdil'lâh Muhámmad, sexto de este nombre entre los Alahmares, al trono que manchaba la sangre de los dos hijos de Sitti Máriam, su antigua aliada, y que había honrado con su persona el excelso Muhámmad V, cuyas gestiones cerca del Sultán de los Bani Marines Muhámmad Abu Zaíân, no habían, por desventura, producido efecto alguno.

Como primer acto de su reinado, el príncipe Bermejo, convertido en Muhámmad VI, apresurábase a enviar sus emisarios a Aragón, con el intento de notificar al conde de Trastamara su exaltación al trono, renovar el pacto ya antes entre uno y otro concertado, y proceder en consecuencia y sin pérdida de momento a ponerlo por obra por ambas partes, mientras inauguraba en Granada su gobierno con crueles persecuciones y castigos, que. fueron muy aplaudidos por el populacho.

[64] 20 de junio de 1360.

Librodot

Alentados por el fácil triunfo que sobre las tropas del rey don Pedro de Castilla habían conseguido en los campos de Araciana los bastardos don Enrique y don Tello (septiembre de 1359), y habiendo resultado de todo punto ineficaces las gestiones reiteradas que el cardenal de Bolonia había hecho, ya en 1360, cerca de los monarcas de Aragón y de Castilla, para evitar, como legado del Pontífice, el rompimiento que entre ambos soberanos amenazaba, engrosadas las filas de los infantes rebeldes con no pocos magnates castellanos, entre quienes se contaba el antiguo doncel del rey don Pedro, su capitán a mar y alguacil mayor de Toledo, el alavés Pero López de Ayala, habían penetrado don Enrique y don Tello por las Encartaciones, apoderándose sin oposición de Nájera (1360), ciudad que entregaban al saqueo y a la matanza, asaltando la judería, y dando en ella alevosa muerte a los inermes hijos de Israél, por orden del mismo don Enrique.

Perseguidos victoriosamente por el castellano, buscaban de nuevo asilo en Aragón los hijos de doña Leonor de Guzmán, cuya presencia en los dominios de Castilla sólo se había hecho aquella vez memorable por la feroz matanza de Nájera; y sosegado el reino en esta forma, tornábase a Andalucía el rey, después de tomar en las fronteras las precauciones convenientes, no dudando de que en breve volverían sus traidores hermanos a moverle guerra.

En tales condiciones se hallaba el reino de Castilla, cuando, obedeciendo Abu Saîd las órdenes del de Trastamara, disponía sus tropas, y salía de Granada para algazuar por las fronteras, a fin de distraer por este medio la atención del castellano, y favorecer los movimientos que desde Aragón proyectaban los bastardos; mas noticioso el hijo del vencedor del Salado de los propósitos que animaban al granadino, y aprovechando la tregua en que le dejaban aquellos, disponía sus gentes de manera que resultasen infructuosos los designios del asesino de Ismaîl, por él harto recelados, quedando así reducido el provocativo alarde del Bermejo a simple paseo militar sin consecuencias.

No hubo por ello de desconocer don Pedro que, mientras el usurpador Abu Saîd ocupase el trono de Granada, sería mayor para él el riesgo; y en tanto que meditaba la forma en que debía castigar al granadino, como vasallo suyo, enviábale éste hipócrita embajada, en la cual le hacía sus pleitesías, reconociendo el vasallaje, y rogándole ahincadamente que no diera contra él auxilio alguno al destronado Muhámmad V.

En la imposibilidad de reponer al hijo de Iúsuf 1, que proseguía en Ronda, recibió don Pedro con forzada benevolencia las proposiciones del Bermejo; y aunque sin darle respuesta alguna decisiva, despedía a los embajadores, satisfecho por el pronto, si conseguía apartar a Abu Saîd de la alianza pactada con don Enrique, o por lo menos, si lograba ver seguras las fronteras de Castilla por la parte del reino granadino.

Obedecía el paso dado por Muhámmad VI al propósito de mantener al propio tiempo relaciones con don Pedro y los bastardos, bien que sin apartarse de éstos por completo, y para proceder según lo exigieran las alternativas (le la guerra.

Así pues, cuando rechazada, en pos de la de Nájera, nueva expedición proyectada contra Castilla por los infantes don Enrique y don Tello, y puesto el rey don Pedro sobre Almazán con muchas compañías, penetraba en enero de 1361[65] por territorio aragonés, rindiendo varios castillos, entre los que figuraban los de Alhama y Ariza, ambos por extremo importantes, fiel a sus intentos, conducía Abu Saîd a la frontera de Jaén las

[65] 22 de Safâr a 23 de Rabí primera del año 672 de la Hégira.

Librodot

huestes allegadas por su parte, de concierto con el de Trastamara, no con otro ánimo que el de mover desde allí sañuda guerra al príncipe de quien poco antes se había declarado vasallo, distrayendo su atención, y favoreciendo los designios del aragonés y de don Enrique.

No sorprendía por cierto al rey don Pedro, si bien le producía muy honda indignación, la artera política del granadino; y aprovechando las excitaciones de paz con que le brindaba, respecto del aragonés, el cardenal de Bolonia, cedía mal de su grado a tales instancias, estipulándose, muy a disgusto suyo y muy contra su voluntad, las paces entre Aragón y Castilla, por el mes de junio de aquel año[66].

En virtud de las indicadas estipulaciones, el conde don Enrique, su hermano don Sancho, y los caballeros castellanos que seguían su bandera, se refugiaban, lanzados de Aragón, en la parte allá de los Pirineos. entrando a la fuerza en la Senescalía dé Carcassona por el mes de julio, a:., pesar :de la oposición que les hizo Pedro de Voissins, señor de Rennes, quien se había colocado en el país de Fenouillades para estorbarles el paso.

De esta manera, quedaba por el pronto libre Castilla de las guerras incesantes que la ambición, la deslealtad y la perfidia de los bastardos le movían, y de aquellas otras que la doblez de carácter, propia de don Pedro IV el Ceremonioso, suscitaba sin tregua al desventurado hijo de don Alfonso XI.

Desde Deza, donde quedó asentada la paz con Aragón, regresaba don Pedro a Sevilla, ciudad en la que se encontraba aquel soberano el día 10 de julio[67], y donde recibía cartas del destronado Muhámmad V, su vasallo y amigo en las cuales le felicitaba por el término de la campaña, y solicitaba al fin de él que le ayudase a volver a Granada, y lanzar del usurpado trono a su primo el rey Bermejo, de quien había ya podido formar juicio por los últimos acontecimientos.

No sólo por satisfacer los legítimos deseos del Príncipe Abdul'lâh, sino por castigar los crímenes y la felonía de Abu Saîd y tomar a la vez venganza de las paces que le había con sus actos obligado a firmar con el rey de Aragón, determinábase don Pedro a mover guerra a Granada, mandando sus emisarios a Ronda para que se pusieran de acuerdo con Muhámmad V, y enviando a llamar todos los ricos ornes y señores de su reino, a quienes manifestaba las razones por las cuales había tomado determinación semejante, y que no eran otras principalmente sino las de que el Sultán Muhámmad era su vasallo, y le rendía parias en tal concepto, y el Bermejo le había contra razón y derecho destronado.

Cuando los emisarios del rey de Castilla ponían en conocimiento del magnánimo Abdul'lâh la resolución adoptada por su soberano, hallaban en Ronda al Príncipe islamita profundamente conmovido.

La negativa de Muhámmad Abu Zaîân, Sultán de los Bani Marines, a facilitarle los recursos por él demandados, y que no por ser cortés, dejaba de ser menos cierta; la escasez de fondos, que había impedido llevar a la práctica el proyecto un momento acariciado de reclutar gentes en Ifriquia, y el dolor sin consuelo que la ausencia de su querida Âixa le producía, motivos eran en verdad que pesaban grandemente en su ánimo, y justificaban su postración y su decaimiento.

Entre las nieblas del porvenir incierto, no brillaba va para él estrella alguna; y en balde

[66] 27 de Ráyab a 26 de Xáabân de 762.
[67] 7 de la luna de Ramadhán.

Librodot

sus leales rondeños le brindaban con un levantamiento general en la Serranía, el cual hubiera sido sin duda tan estéril como todo lo hasta entonces intentado.

Las cartas que de vez en cuando recibía de Fez, en las cuales le daba cuenta Âixa de cuantos rumores llegaban hasta ella, y en las que le atestiguaba siempre de su cariño invariable, si lograban por contados momentos templar la pena del pobre Príncipe, sólo eran incentivo poderoso para demostrarle y poner a sus ojos de relieve la impotencia absoluta en que los acontecimientos le tenían colocado.

Cierto es que la noticia de que el harén del Sultán Abu Sâlim había sido respetado por el populacho, al recibir alevosa muerte aquel Príncipe por manos de su hermano Ómar, llevó a su entristecido espíritu algún sosiego; pero la imposibilidad en que se veía de llamar a su lado a la amada de su corazón antes de haber logrado el término legítimo de sus justos afanes, le llenaba de desesperación y de zozobras.

Así pues, cuando fenecida la guerra con Aragón, consideró que su leal amigo y señor don Pedro podía desembarazadamente ya auxiliarle, no vaciló un momento en implorar de nuevo su ayuda, siendo inmensa la alegría de que sintió inundada su alma al recibir la jubilosa nueva de que el monarca cristiano disponía su ejército para castigar al usurpador, volviendo por los fueros, algún tanto olvidados, de la corona de Castilla.

Corrió de uno a otro extremo de la serranía la fausta noticia; y al paso que los habitantes de aquella comarca se apercibían valerosos a la lucha, reunían en su torno Muhámmad las fuerzas de que le era dado disponer, y llegaban sólo al exiguo número de cuatrocientos jinetes, y con ellos, gozoso y alborozado, como en sus buenos tiempos, partía de Ronda en medio de las sinceras aclamaciones de la muchedumbre.

No había, entre tanto, perdido el tiempo el rey de Castilla: aprestaba con generosa actividad la hueste, movíase de Sevilla en dirección al distrito de Ronda por Medina-Sidonia, y, penetrando en los dominios granadinos, llegaba a Hisn-Cassares (Casares) al finar de la luna Xaúâl[68], seguido de sus tropas y de mil quinientos carros cargados con las máquinas de guerra de que los cristianos hacían uso.

Cerca de Hisn-Cassares salía a recibirle con su escasa fuerza el destronado Muhámmad.

Era una mañana, alegre y hermosa, de los postreros días de Xaúâl; el cielo estaba completamente despejado, y la naturaleza parecía convidar con el magnífico espectáculo que presentaba.

El sol, aunque brillaba esplendoroso, templaba sus ardores con la fresca brisa del cercano mar, y todo sonreía como feliz augurio para el Príncipe infortunado, cuyas esperanzas iban por fin a realizarse.

Grande fue, con verdad, la impresión del granadino, cuando se halló en presencia del poderoso rey de Castilla.

Así que las primeras compañías de peones y los primeros escuadrones cristianos se dibujaron sobre la dorada superficie del campo en que Muhámmad se encontraba, picó este espuelas a su corcel, seguido de Ibn-ul-Jatib, y penetró por entre las batallas de los castellanos, buscando al rey don Pedro.

Iba el monarca de los nassâríes precedido por el Alférez mayor del reino que llevaba la cuadrada enseña real, y acompañado de muchos ricohomes y magnates de su reino, distinguiéndose entre todos por la arrogancia de su porte y la severa majestad del rostro.

[68] Fines de agosto de 1361.

Librodot

Vestida llevaba la recia cota de batalla, y en su apostura y su talante conocíase la indómita soberbia de aquel egregio príncipe, en quien trataba de cebarse la desventura, que le perseguía incansable desde los momentos mismos en que fue exaltado al trono de sus mayores.

Parecía por la majestad que respiraba toda su persona, mucho mayor de cuerpo de lo que plugo hacerle a la naturaleza; y aunque Abdul'lâh jamás le había visto, no vaciló en reconocerle, dirigiéndose a el desde luego.

Detuvo don Pedro con fuerte mano su cabalgadura al distinguir al granadino, y esperó a que este se aproximase.

Pero Muhámmad, descendiendo presuroso del caballo, habíase abrazado a las piernas de don Pedro, exclamando:

-;Oh, mi señor y dueño! ¡El más poderoso y fuerte de los sultanes de la tierra! ¡El incomparable rey de Castilla, mi dueño y soberano señor don Pedro! ¡Alá perpetúe tus días y aumente tu ventura, como yo te deseo! ... ¡Benditas mis desdichas, señor, pues ellas me proporcionaron el placer de que mis ojos te vean! ¡Oh, rey don Pedro! ¡Eres como el sol brillante que alumbra los espacios, pues das vida v alientos con tu presencia, como Él da vida a la tierra, después de las inclemencias del invierno! ¡Deja que mis labios besen, en testimonio de mi reconocimiento, tus rodillas! ¡Mira a tus pies al infortunado que un día fue Sultán de Granada, y se llamó tu amigo! ¡Como el labrador espera la lluvia benéfica que ha de hacer fértiles sus agotados campos, así espero yo de ti el bien que ansío!

Habíase ya a esta sazón desmontado el rey don Pedro, y mientras con verdadero afecto estrechaba entre sus brazos al granadino, así contestaba a sus apasionadas frases:

-Alzad, señor: que harto me duele, por mi fe, veros en esta forma y en este sitio, y no en vuestro famoso alcázar de Granada, rodeado de vuestros magnates y cortesanos, y con todo el aparato propio de vuestra soberana estirpe y vuestra grandeza. Pero si la traición, aleve y tenebrosa, ha logrado arrebataros de las manos el glorioso cetro que en ella puso la Providencia, sean señal mi presencia en este sitio, y los brazos que mi amor os tiende, de que hallareis en mí la protección que la justicia de vuestra causa pide; y ojalá que la infanda guerra con que los que se llaman mis hermanos codician mi ruina, y aquella otra con que su amparador el rey de Aragón les favorece, divirtiendo

mis cuidados hasta el presente, no hubieran impedido que antes de ahora, cual era en mí ferviente deseo, os hubiera restituído, señor, lo que es vuestro y tenéis en mi nombre, pagando así las muchas atenciones y la leal amistad que os debo.

Reiteró, al escuchar estas palabras, Muhámmad al castellano las muestras de su reconocimiento, y volviendo ambos a montar, cabalgaron juntos hasta Hisn-Cassares, donde fueron recibidos con expresivo júbilo.

Puestos allí de acuerdo respecto de la campaña que iba a ser inaugurada, quedaba entre ambos príncipes concertado que, desde que la guerra comenzara, todos los lugares que se diesen al rey don Pedro, o tomare él por fuerza de armas, serían para siempre de Castilla; pero que aquellos otros que se entregaran a Muhámmad, separándose de la obediencia del tirano Abu Saíd el Bermejo, serían también para siempre del referido Muhámmad, con lo cual, diéronse las órdenes oportunas, y al siguiente día, muy de mañana, fueron alzados los reales del ejercito cristiano, y se rompió la marcha por territorio granadino.

Sorprendido Abu Saîd de la alianza celebrada entre el rey de Castilla y el Príncipe Abdul'lâh, su primo, y más aún al conocer los aprestos formidables con que don Pedro se

Librodot

preparaba a combatirle y aniquilarle, hacía pregonar en todas las mezquitas del reino la guerra contra los nassâríes, reclutaba gentes en todas partes, y se aprestaba a solicitar el auxilio de Aragón, haciendo correr en tanto las fronteras castellanas, y causando en ellas todo el estrago que le fue posible.

Había en Granada gran número de partidarios del legítimo Sultán, los cuales, si hasta entonces habían permanecido inactivos, se felicitaban ahora de la guerra, con la esperanza de que en ella triunfase Muhámmad V, y se dolían del bárbaro despotismo del usurpador, a quien no ocultaban del todo sus sentimientos; y recelando el Bermejo de que, mientras él se colocaba al frente de las tropas no dejarían aquellos de intentar algo en favor de su enemigo, decidíase

ha hacer en ellos horrible escarmiento, el cual sólo sirvió para aumentar el general disgusto y el descontento que en el reino se dejaba ya sentir, a causa de las odiosas y execrables tiranías de Abu Saîd, de quien todo era de temer en tales circunstancias.

Extendida la fama de tamañas tropelías por los dominios que aún el Islám conservaba en Alándalus, puso espuelas al anhelo de sacudir el yugo con que oprimía a los muslimes el asesino de Ismaîl y de Qais, ayudando y facilitando por tal camino la empresa acometida por Muhámmad V.

Así fue que, a la presencia de los confederados, casi todas las poblaciones, castillos, fortalezas, lugares y alquerías se entregaban a partido, con lo cual la guerra ofreció desde sus comienzos muy lisonjeras esperanzas, llegando juntos y sin ningún contratiempo el rey de Castilla y el destronado Príncipe Abdul'lâh hasta los muros de la fortificada Antequera, después de haberse declarado por el en Málaga todos los habitantes de esta última ciudad, que le aclamaban con entusiasmo, luego de haber depuesto al uâlí nombrado por el intruso Muhámmad VI.

No menos lisonjero se mostraba en las fronteras el éxito que sobre los granadinos alcanzaban las armas castellanas; pues si bien era cierto que las gentes de Abu Saîd, presentándose de rebato en el Adelantamiento de Cazorla, perteneciente al antiguo reino de Jaén, habían cometido allí grandes desmanes, quemando a Peal de Becerro y llevando cautiva casi toda la población con más los ganados, no lo era menos que don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, don Enrique Enríquez, Adelantado mayor de la frontera, y Men Rodríguez de Biedma, caudillo del obispado de Jaén, habían desbarato y roto a los muslimes, dando libertad a los cautivos, y rescatando los ganados.

No otra era la situación en que los negocios se encontraban cuando se detenían delante de los muros de Antequera el rey don Pedro y Muhámmad V, cuyos cuatrocientos jinetes se habían convertido en fuerzas bastante mayores, con los caballeros y los peones que sucesivamente y con frecuencia se incorporaban al ejército, por donde quiera que pasaba, haciendo todo presagiar que en breve, y con la ayuda de Alá, resplandecería por fin la causa de la justicia.

XXV

Dos lunas y parte de otra eran transcurridas desde que en Hisn-Cassares se avistaron el castellano y el granadino[69]:

[69] Muharram de 763 - noviembre de 1361.

el tiempo era ya frío y la época de las lluvias
había dado comienzo, lo cual constituía verdadero
obstáculo para la campaña.

Sin embargo de esto, y con ánimo de rendir la plaza, que era bien fuerte y se resistía, dirigidas al alcaide las intimaciones oportunas, cercóse a Antequera, aprestándose a combatirla los ingenios y máquinas de guerra que debían aportillar los muros y decidir la entrega.

Ya .porque, según lo estipulado, si la plaza caía por fuerza de armas en poder del rey don Pedro, correspondería de hecho a la,-corona de. Castilla, quedando para siempre segregada del señorío muslime; ya porque esperara que el ejemplo de otras importantes poblaciones, de cuya rendición no dudaba así que ante ellas se presentase, labraría en el ánimo' de los antequeranos para que >se diesen más tarde a partido, quedando la ciudad en su poder, es lo cierto que Muhámmad suplicaba a don Pedro desistiese del proyecto de rendir la población, proponiéndole en cambio pasar a la hadhira o corte, y correr su hermosa vega para amedrentar a Abu Saîd, y animar a los partidarios que el legítimo Sultán tenía en Granada, decidiéndoles a hacerse dueños de la persona del usurpador, con lo que el triunfo era seguro.

No fue, a la verdad, muy del agrado del rey don Pedro la propuesta de su vasallo Muhámmad; y una mañana, de las postreras de aquella luna de Muharram, mandó prevenir lo necesario para batir los muros, repartiendo las gentes en disposición de dar el primer asalto.

Hallábase a la sazón Muhámmad en su tienda conversando con su leal visir Ibn-ul-Jatib, que no le había abandonado, y sorprendido por el aspecto que ofrecían a sus ojos las tropas cristianas, exclamó:

-Por Alá, mi fiel Lisán-ud-Dín que, según todas las muestras, el yúnd[70] de mi señor el rey don Pedro, más que dispuesto a levantar el cerco, se me antoja preparado al asalto de la hermosa Antequera.

-¡Oh señor y dueño mío! -replicó el visir-. Así es, con efecto ... Prevenidas se hallan las máquinas de guerra, y formadas las batallas ... ¡Que desgracia para el Islám si Antequera se rinde a los nassâríes!

-¡Alá la ampare! -contestó Muhámmad pensativo y con amargura.

-Acaso, señor, puedas impedirlo... El Sultán de Castilla es generoso, y es tu amigo ... Quizás consigas que este aparato amenazador desaparezca, y que Antequera se te entregue, cuando vea que la misma Granada te abre sus puertas.

-Tienes razón -dijo el Sultán tras larga pausa, durante la cual pareció meditar el consejo del poeta-. Quiera Alá no te equivoques en tus cálculos; pero de todos modos jamás me perdonaría el que por mi causa quedaría así desmembrado el glorioso imperio que mi antecesor Algâlib Bil'lâh (¡apiádese de él Alá!) fundó en estas fértiles comarcas de Alándalus, en días bien tristes y de tribulación para los fieles -añadió alzándose como decidido de su asiento, y echando sobre los hombros el blanco haique enque se envolvió majestuoso antes de abandonar la tienda.

Guiándose a través del campamento por el pendón posadero que ondeaba sobre la tienda del monarca de Castilla, dirigíase allí pausada y lentamente, cuando resonó en torno suyo por todas partes inmenso vocerío, al que sucedió extraño movimiento entre los

[70] El ejército.

Librodot

peones, y comenzaron a formarse ordenadas las batallas, las cuales guiadas y conducidas por sus almocademes y adalides, sin pérdida de tiempo se dirigían en ademán hostil contra el murado recinto de la plaza, por cuyos torreones y baluartes agolpados los muslimes, arrojaban toda suerte 'de proyectiles sobre los castellanos, que impávidos echaban las escalas y trepaban animosos por ellas, para caer en gran número destrozados y confundidos al foso, donde muchos encontraban la muerte, y desde donde otros tornaban a trepar de nuevo, aunque sin llegar al adarve.

Media hora no más duró aquella lucha, que presenció asombrado y lleno de tristeza Abdul'lâh sin moverse de su sitio; media hora, durante la cual pelearon con igual bravura muslimes y cristianos, y que terminó por repentina salida que los antequeranos hicieron, arrojándose de improviso con la fuerza de la desesperación sobre las tropas de don Pedro.

Lejos de ceder el campo, y animados con lo irregular e inesperado de aquel ataque, los de Castilla daban en los atrevidos muslimes de Antequera, a pesar de la nube de flechas que vomitaban las murallas, y desbaratándolos en breve, hacían en ellos horrible carnicería, que llenó de luto y de profunda pena el generoso corazón de Muhámmad.

Entonces, sin aguardar el termino del combate, afectado y entristecido, movió sus plantas el destronado Príncipe, v corrió a avistarse con don Pedro.

Hallóle rodeado de sus principales caballeros, no lejos del lugar de la lucha, y acercándose a él, exclamó procurando serenarse:

-¡Oh señor mío! ¡Día es este de luto para los siervos del misericordioso Alá, cuya sangre y cuyos cuerpos destrozados se mezclan con el lodo! Día debía ser también de gloria para ti, soberano Príncipe de Castilla ... ¡Pero dígnate, señor, prestarme oídos, si a bien lo tienes, y Alá te lo recompensará en el Paraíso!

-Venid con Nos, señor rey de Granada -replicó don Pedro no sin cierta extrañeza-, pues mejor podré bajo la tienda oiros, que no aquí a campo descubierto.

Y picando espuelas al poderoso bruto que montaba, se encaminó, seguido de Abdul'lâh, hacia los reales.

Ya allí, penetró en la tienda, que custodiaban sus donceles de servicio, y mandando que nadie les interrumpiera, invitó al granadino a que pasase.

Hízolo así Muhámmad, y cuando hubieron tomado asiento, comenzó a hablar el islamita:

-Señor: en cuanto a los hechos de la guerra, que tan feliz principio ha tenido para nosotros, gracias sean dadas a Alá, nada tengo que decirte, sino es manifestarte mi agradecimiento por la buena voluntad y por la cortesía con que me ayudas y proteges; pero en cuanto a batir, como quieres, y a apoderarte, como intentas, por la violencia y por la fuerza, de la hermosa ciudad de Antequera, habrás de permitirme después de lo que ya te he significado, ¡oh Príncipe y señor mío insigne!, que puesto a tus plantas, como me ves, te ruegue que desistas de tu propósito...

-¡Imposible, Muhámmad! -contestó con altivez el castellano, sorprendido por lo extraño e inoportuno de la súplica, cuyo alcance no podía comprender-. El rey don Pedro, debéis tenerlo así entendido, no retrocede nunca.

-Señor -repuso el granadino sin desconcertarse por el tono de aquella negativa-, sé bien que tus soldados son leones en la guerra, y que nada hay que pueda intimidarles, y menos resistirles, como no hay nada tampoco que te detenga ni amedrente, y prueba de ello es lo hasta aquí conseguido en esta campaña; pero la sangre de tus caballeros se derrama en balde delante de esos muros de piedra que resisten con tesón inesperado su

Librodot

empuje poderoso, y acaso mejor que verterla esterilmente ¿no sería el ganar esta plaza sin que el buitre carnicero agite sus negras alas sobre los cadáveres insepultos de los que hayan por decreto de Alá de sucumbir en la lucha?

-Pluguiera a Dios que así fuese; pero ya habeis visto, señor -replicó no sin impaciencia don Pedro-, que cuantas proposiciones han hecho mis heraldos al alcaide de Antequera, han sido una y otra vez rechazadas ... Ojalá me fuera dado poneros en posesión de esa ciudad tan importante sin detrimento ni daño de mis huestes ... Pero esto es ya imposible.

-Alza, señor, el cerco de la plaza, aunque mi proposición te asombre -prosiguió Muhámmad-; y penetrando con tus tropas en la misma vega de Granada, verás cómo, rendida a mi presencia la capital de mi reino, Antequera nos abrirá sus puertas sin combate. Si tal no sucediere, tiempo y valor te sobran, oh poderoso rey de Castilla, para destruirla luego. No te enojen. señor, mis palabras, ni las tomes a ofensa -añadió rápidamente Abdul'lâh al notar el efecto que en el castellano su proposición producíaAlá ve el fondo de mi alma y conoce la lealtad de mis intenciones... ¿Quién será osado a dudar de tu valor, ni del de los tuyos, cuando tu estandarte victorioso infunde pavor a tus enemigos, y huyen estos delante de ti, como las arenas del desierto huyen delante del huracán que las azota?

Fijos tenía don Pedro sus ojos recelosos y escrutadores en los del granadí, mientras éste, en pie, con la derecha sobre el pecho, hablaba conmovido. A la cólera que res

plandeció un momento en su semblante, sucedió la calma: y en pos de largo rato de vacilación en que ambos monarcas permanecieron silenciosos, levantóse al fin el de Castilla de su asiento, y adelantándose hacia Abdul'lâh, estrechóle entre sus brazos con generoso arranque.

-Tal vez os engañéis, señor -dijo-, en lo que me proponéis, guiado de vuestro buen deseo y obedeciendo los nobles impulsos de vuestro corazón magnánimo. Podrá acaso suceder que Granada permanezca sorda a vuestra voz y vuestras excitaciones; pero no quiero que nunca nadie sea osado a decir del rey don Pedro con justicia, lo que propalan falaces mis enemigos. Harto me fatiga la fama de sanguinario que aquellos desventurados hijos de mi buen padre me achacan, cuando me veo forzado a castigar la felonía de mis súbditos, para que aquí se derrame más sangre de la que se ha derramado. Seguiré vuestro consejo, señor, y ojalá que él produzca los efectos que os prometéis y que yo de todo mi grado y voluntad os deseo.

Y llamando desde allí a don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, comunicóle sin más tardar en presencia de su vasallo las órdenes para levantar el cerco.

-¡Que Alá, señor, te premie por la merced que me haces' -exclamó Abdul'lâh sin ser poderoso a ocultar la emoción que le embargaba-. ¿Cómo no ha de ampararte el Señor de los cielos y de la tierra, si tu corazón es noble entre los nobles, y es tu benevolencia como la lluvia que beneficia los campos?... No dudes por lo demás de Granada: aviso tengo de que mis leales partidarios allí trabajan, y ellos son los que me invitan a presentarme ante la que fue corte mía y de mis antepasados.

(base ya a despedir el granadino, cuando el maestre de Calatrava, penetrando en la tienda e invocada la licencia del rey, ponía en conocimiento del muslime que uno de los antequeranos, hecho cautivo en la última salida, solicitaba hablarle con instancia.

-Quizás sea uno de los emisarios que mis vasallos me envían... -dijo Abdul'lâh-. Permite ¡oh alto y poderoso don Pedro, que después de reiterarte las gracias por la bondad con que has correspondido a mi solicitud, pueda recibir las nuevas que sin duda

habrá de traerme ese infeliz cautivo, y que habré de comunicarte muy luego, para que tú determines y dispongas.

Dicho lo cual, y saludando profundamente al rey de Castilla, obtenida su venia, abandonó la tienda.

Cuando llegó a la suya, ya en ella se esperaba el cautivo, custodiado por Ibn-ul-Jatib.

-Has deseado hablarme, y aquí me tienes muslime -exclamó el Príncipe tomando asiento en el diván que ocupaba el centro de la tienda.

-¡Que Alá, el Excelso, el Sabio, el Omnipotente Señor de los dos mundos te bendiga! -respondió el cautivo, arrojándose humildemente a los pies de Muhámmad.

-¡Que Él te haga mensajero de buenas nuevas y te proteja! ¡Levántate y habla! -contestó el Sultán con tono breve.

-;Oh señor mío! -prosiguió el antequerano-, no abandonaré ciertamente esta postura, antes de que hayas prometido perdonarme, tú que eres la espada del Islám, y a quien debían rendir parias todas las naciones, desde e axcárqul-áqsâ hasta almágrib-ul-agsâ[71].

-Levántate y habla -repitió Abdul'lâh-. Estás perdonado por cuanto hubieres hecho, ¡pero habla! -añadió exasperado.

-Señor, prometeme también -continuó el muslime sin abandonar la postura en que permanecía-, promete también que otros oídos que los tuyos no oirán lo que tengo para provecho tuyo que revelarte.

No pudo el Príncipe desterrar cierta sospecha de que repentinamente se sintió asaltado ante la extraña pretensión del cautivo, procurando examinar el rostro de aquél que se presentaba como su vasallo, pues éste, con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecía ocultar su semblante; pero dirigiendo instintivamente la mano a la cintura, acarició el pomo de su espada y la cruz de su alfange, y con desdeñosa sonrisa mandó a su leal Lisán-ud-Dín que los dejara solos.

-Solos estamos ya -dijo el Sultán entonces-. Desata pues la lengua ... No habrá otros oídos que los de Alá (¡ensalzado sea!), fuera de los míos, que puedan oír lo que tratas de decirme.

-¡Alabado sea Alá! -replicó el cautivo levantándose, aunque conservando humilde postura ante el Amir de los muslimes.

-¿Te envían pues a mí mis leales vasallos de Granada?... ¿Traes algún mensaje de ellos?

-Dos noches ha, señor, que partí de Granada; pero no conozco en ella a los que llamas tus leales vasallos.

-Entonces...

-Señor mío, óyeme: en Granada han perecido por orden de Abu Saîd, que ocupa el trono de los Anssares, el cadhí Ab Maruán, el jatib Abd-ul-Isa, el imâm Muhámmad bnu-l-Kabir-il-Lajmí, el faquíh Ibrahim-bnu Salâmah, el poderoso Ibn Ishâq-il-Qumaraixí, y con ellos otros muchos acusados de mantener secretas inteligencias contigo, y con los nassaríes que te acompañan.

-¡Que las almas de esos mártires gocen en el Paraíso las dulzuras de la bienaventuranza! -exclamó Abdul'lâh enjugándose las lágrimas, y reprimiendo sus suspiros.

-¡Que Alá les haya perdonado! -repuso lúgubremente el antequerano.

[71] Del extremo Oriente hasta el extremo Occidente.

-Sigue, muslime -añadió el Amir, interesado en lo que aquel hombre decía.

-Diez días eran ya transcurridos, al salir yo de Granada, desde que el Sultán Muhámmad había enviado al de Fez (¡protéjale Alá!) un emisario...

-¿Que dices? -interrumpió el Príncipe alarmado a su pesar y sin poder contenerse.

-Un emisario -prosiguió el cautivo-, con el objeto de

alcanzar de Abu Zaíân la entrega de cierta esclava que en el harén tenía, para traerla a Granada...

-Y esa esclava... -preguntó anhelante y con visible inquietud Muhámmad.

-Esa esclava, señor, se llama Âixa, y se dice esposa tuya...

¡Oh!.... ¡Eso no será! ¡No! -exclamó el Sultán alzándose lleno de angustia-. Abu Zaíân no cometerá tal crimen .-.. Las leyes de hospitalidad son sagradas, y el Sultán de los Bani Marines, que se dice descendiente del Profeta (¡Alá se complazca de el!) no puede faltar a ellas.

-¡Sí! Sí, faltará, señor -exclamó irguiendose el cautivo.

-¡Ibn-ul-Jatib!- gritó entonces Abdul'lâh acercándose a la puerta de la tienda.

-No le llames, señor -dijo con sarcasmo el antequerano-. No le llames, porque tengo aún que decirte otras muchas cosas, que no deben ser oídas sino de ti.

-Nada puede importarme tanto, como lo que acabas de comunicarme, con intenciones que no conozco, ni quiero conocer... ¡Basta ya!... ¡Vete!

-No, no me iré ... Me oirás hasta concluir, mal que te pese -repuso el cautivo encarándose con el Príncipe.

-;Ah! ¡No eres lo que parecías!... ¿Te atreves, miserable, a hablar de esta manera a tu señor y dueño?...

-¡No lo eres mío, Muhammad! ¡Mi señor y dueño es el Sultán de Granada, el que enarbolando el sagrado estandarte del Islám, pelea con los idólatras, a quienes Alá maldiga! ¡Tú no eres más que un renegado infame, que va a morir a mis manos! Ha sonado para ti la hora de la justicia, y Málak-úl-maút ha borrado tu nombre del libro de los vivos...

-Te equivocas, tú, quien quiera que seas -gritó el Amir desenvainando la espada-. ¡Alientos tengo para darte la muerte que mereces! Pero no quiero manchar mis manos con la sangre de ningún muslime... ¡Ibn-ul-Jatib! -llamó, poniéndose a la defensiva.

-Llegará tarde -exclamó frenético el cautivo, en cuya diestra brillaba la acerada hoja de una gumía-. He jurado tu muerte, para bien de los muslimes, que te aborrecen, y gloria de mi señor el Sultán Muhámmad el Bermejo, y morirás -prosiguió arrojándose violentamente sobre el Príncipe.

Pero Abdul'lâh, dando un salto, paró el golpe con la espada, y con un movimiento rápido hirió en el pecho al asesino.

-¡Me has muerto! -dijo éste al caer en tierra-. ¡Pero mi alma irá al Paraíso, mientras la tuya caerá maldita en los horrores del fuego eterno, donde se consumirá por espacio de siglos! ¡Que la maldición de Alá caiga sobre ti y sobre los tuyos!

Y en tanto que pronunciaba no sin dificultad estas palabras, penetraba en la tienda Ibn-ul-Jatib, bien ajeno del espectáculo que iba a contemplar en aquel sitio.

-¡Ah! ¿Eres tú? -preguntó el herido al distinguir a Ibn-ul-Jatib-. ¿Eres tú, el poeta servil, el adulador miserable que reniega del Islám, para lamer la mano, como un perro, del amo que te da el pan?

-,Que es esto? -exclamó el visir, deteniéndose sorprendido al ver a aquel hombre en

tierra, sobre un charco de sangre, y advertir que el Príncipe tenía aûn la espada en la mano.

-Haz que lleven de aquí a este loco desventurado -dijo Muhámmad señalando al herido y sin dar otra respuesta.

-¿Quieres librarte de mi presencia? -murmuró a duras penas y haciendo esfuerzos por levantarse el antequerano-.Aún me queda algo que decirte -añadió-. Aún no sabes que la que llamas tu esposa, la que desvanecida osa llamarse Sultana de Granada, a estas horas se hallará en poder ya de mi señor y dueño.. . Y ahora, ¡que Alá te maldiga, renegado impío, como yo te maldigo en la hora de mi muerte!

-¡Que Alá te perdone, desdichado -contestó generosamente el Amir-, como te perdono yo lo siniestro de tus intenciones para conmigo, y todo el daño que pretendes causarme con tus palabras!

Y sin detenerse más tiempo, abandonó la tienda con ánimo de comunicar al rey don Pedro lo ocurrido, y procurar remedio a lo anunciado respecto de Âixa por aquel hombre, a quien dejaba en las últimas agonías.

XXVI

Compasivo escuchó don Pedro las sentidas quejas que Muhámmad atropelladamente le exponía por la alevosa conducta de Abu Saîd; y mientras disponía que, para escarmiento y ejemplo de traidores, fuera inmediatamente ahorcado el fanático partidario del usurpador ante los muros de Antequera, si aún tenía vida, procuraba calmar el ánimo del Príncipe, y desvanecer en él los terribles presentimientos que le asaltaban y enardecían.

Seguidamente, para impedir, si aún era tiempo y si eran ciertas las palabras de aquel hombre, que la esposa de su aliado y su vasallo cayera en poder del sanguinario usurpador, daba las oportunas órdenes para que uno de los caballeros de su corte pasara al África sin perdida de momento. e hiciera presente al Sultán de Fez el desagrado que le causaría accediendo a los reprobados deseos del asesino de Ismaîl y de Qais, y manifestándole a la par solemnemente que tomaba bajo su protección a Âixa, pues

no se le ocultaba, con verdad, al de Castilla, que los únicos móviles que habían decidido al Príncipe Bermejo para dar aquel paso, no eran otros sino los de impedir a todo trance por semejante medio, que el legítimo Sultán de Granada prosiguiera la comenzada campaña, poniendo así de manifiesto los temores abrigados por él y por los suyos respecto del éxito probable de la guerra.

Y con efecto: si era dable a Abu Saîd contar con los adalides y caudillos principales del ejército de Granada, si la mayor parte de los alcaides del reino eran hechura suya, no ocurría de igual suerte en orden a los habitantes de las poblaciones, quienes veían con asombro crecer los impuestos y aumentarse sobremanera las exacciones de todo género, sin que el entronizamiento de Abu Saîd hubiera mejorado su condición en nada.

No por otra causa Málaga había aclamado al hijo de Iúsuf I, y en las ciudades donde aún no se había esto verificado, eran con pena recordados los tiempos de paz y de prosperidad disfrutados durante el paternal gobierno de Muhámmad V, anhelando que

triunfase el proscripto de Ronda, para que cesase de una vez la angustiosa situación creada por la ambición insaciable, las rapiñas, las detentaciones, los crímenes y las tiranías de Abu Saîd y de la turba de advenedizos que con él se habían hecho señores del gobierno.

Sólo así era lícito explicar la facilidad con que gran número de lugares y castillos del itinerario seguido hasta Antequera por el ejército cristiano y el muslime, se habían incondicionalmente entregado a Muhámmad, reconociendo su autoridad de nuevo.

Reducido a permanecer a la defensiva, tenía el antiguo aliado de la sultana Sitti Máriam reconcentradas en la capital las tropas en el mayor número posible, pues no era para él dudoso, conocido el carácter del rey don Pedro de Castilla, que no habría éste de contentarse con someter a la obediencia de Muhámmad V una parte del territorio de Granada, sino que intentaría llegar acaso hasta las puertas mismas de la ciudad, con la esperanza de que le serían abiertas sin gran esfuerzo.

A fin de atajar el peligro que con tan amenazadoras proporciones se presentaba, celebrado consejo con los más decididos de sus partidarios, en cuyas manos se desvanecían las rentas y los tesoros de la sultanía, tomaba como medida preventiva, la resolución de apoderarse de Âixa a cualquier costa, para tenerla en rehenes, y amenazar a Muhámmad si persistía en su propósito, refrenándole a tiempo, y evitando que la guerra, y con ella las justas pretensiones del desposeído, prosperasen.

Para fortuna suya, el Sultán de Fez, Muhámmad Abu Zaîân, habíasele mostrado muy su amigo; y aunque conocía el carácter de santidad que entre los fieles islamitas tuvo la hospitalidad siempre, no por ello dejó de enviar a Ifriquia uno de sus más devotos parciales, con el propósito de alcanzar de Abu Zaîân que le fuese entregada la enamorada de Muhámmad V, a título de esclava de Abu Saîd, quien tenía por consiguiente derecho a reclamarla como cosa propia.

Âixa, entre tanto, permanecía abandonada y sola en Fez, sin que al subir al trono, que había allí dejado vacante la muerte de Abu Sâlim, hubiese podido Abu Zaîân conocer siquiera su existencia.

Cuando, al ser asesinado aquel generoso Príncipe por su propio hermano Úmár, la soldadesca y el populacho juntos, ebrios con el desorden, y codiciosos de riquezas, habían invadido sin respeto alguno el alcázar de sus señores, cuantos en él estaban buscaron salvación fuera de aquel recinto, quedando abandonadas y a merced de las turbas todas las puertas.

Y mientras el populacho recorría las estancias del palacio proclamando en ellas a grandes gritos a Muhámmad Abu Zaîân, Âixa, seguida de Amîna y de Qámar, huyendo amedrentadas por entre la muchedumbre, buscaron por su parte asilo en la ráudha o cementerio más próximo, donde permanecieron el resto del día, temiendo a cada instante por su vida.

Al caer la noche, y sin saber dónde ampararse, pues ninguna de ellas conocía la población, de la que se hallaban además no muy cerca, volvían al alcázar, y en él se hallaban al tomar solemne posesión de Fez el nuevo Sultán, continuando allí apartadas del harén, que había sido renovado, hasta que enterado Abu Zaîân de la calidad de Âixa, rogábale prosiguiese siendo su huésped en las mismas habitaciones en que había vivido en tiempo de Abu Sâlim, mirándola entre tanto con singular respeto.

No contribuían poco a esto, las noticias que Abu Zaîân recibía de Yazirat-u.l-Ándalus. Sabía por ellas que Muhammad V, a quien había no obstante negado todo apoyo, contaba

Librodot

con las simpatías de casi entero el reino de Granada, cuyos habitantes no se atrevían sin embargo, después de la muerte de Ismaîl y de Qais, a sacudir el ominoso yugo del tirano; y aunque éste le había mandado sus cartas invitándole con una alianza en virtud de la cual podrían volver los Bani Marines a recobrar en las regiones meridionales de Alándalus el señorío que después de los almohades habían bien que por poco tiempo tenido en la Península. y las relaciones de amistad quedaban entre ambos restablecidas en principio, no por ello se determinaba a romper abiertamente con el Sultán destronado, a cuyas manos había al postre de volver el gobierno de Granada, con tanto mayor causa, cuanto que eran notoriamente suyos la amistad y el apoyo del poderoso rey de Castilla.

Tal era el ánimo en que Abu Zaîân se encontraba respecto de Muhámmad V y de Âixa, cuando llegaba a su presencia el emisario de Abu Saîd el Bermejo, con el propósito de estrechar más aún la amistad de ambos soberanos, y sobre todo el de conseguir la entrega de la joven.

Ricos y cuantiosos eran los presentes que para el africano de parte del granadino le acompañaban, y grandes fueron con verdad el cariño y la distinción con que Abu Zaîân le recibía, no siendo para él difícil vencer la repugnancia del sucesor de Abu Sâlim, a quien no pudo menos de sorprender lo extraño de la demanda.

Sólo a titulo de esclava y no manumitida, según parecía declararlo el testimonio redactado por uno de los cadhíes de Granada, y que el enviado de Abu Saîd presentaba como prueba, consintió al fin Abu Zaîân en hacer entrega de la persona de Âixa a Muhámmad VI, faltando a las sagradas leyes de la hospitalidad, bien que bajo la condición precisa de que la interesada habría de confesarse y reconocerse sierva del granadino, con cuyo objeto, y defiriendo a las instancias reiteradas del emisario, hacia que aquel mismo acto se mostrase la enamorada del destronado Príncipe, la cual, con efecto, aparecía no sin cierta inquietud en presencia del Sultán de los Bani Marines, seguîda de Qámar y de Amîna, quienes no habían querido abandonarla.

-;Oh soberano señor, el más poderoso de los Sultanes de la tierra! ¡Que la bendición de Alá caiga sobre ti y te siga acompañe, perpetuando tu ventura, y aumentando tu felicidad en esta y en la otra vida! -exclamó Âixa haciendo su cortesía al Sultán, y adelantando hasta los pies del trono sobre el que aquel se hallaba sentado.

-Que Él te proteja y prolongue tus días -contestó Abu Zaîân con tono afectuoso-. Las nuevas que este honrado mensajero trae de Yacirat-ul-Ándalus, tu patria -continuó- me obligan, señora mía, a solicitar de ti como merced, pues al bien tuyo interesa, te sirvas darme respuesta a varîas preguntas sobre acontecimientos del pasado.

Tan grande fue la impresión que estas palabras produjeron en Âixa, y tales la emoción y el sobresalto, que, advirtiéndolo el Sultán, se apresuró a tranquilizarla, antes de que ella pudiera formular por su parte pregunta alguna.

-Nada temas, mi señora, ni juzgues por lo que acabo de manifestarte que aflija mal alguno a tu esposo Abu Abdil'lâh Muhámmad, ¡a quien Alá proteja! Recóbrate, pues, y sosiega, que cuanto de ti saber deseo sólo con él indirectamente se relaciona.

Sosegada, con efecto, algún tanto, tomó a invitación del Sultán asiento Âixa al lado de éste, y esperó a que Abu Zaîân hablase, mientras el enviado de Abu Saîd, así como Amîna y Qámar, permanecían de pie y en actitud respetuosa.

Tras breve pausa, durante la cual la legitima esposa de Muhámmal V no apartó los ojos con marcada extrañeza y curiosidad visible, del rostro del mensajero, Abu Zaîân repuso:

Librodot

-Sabe Alá (¡ensalzado sea!), y sabes tú, señora mía, que desde que fui conocedor de los lazos que te unen al descendiente de los Ansares en Granada, un día Sultán de los muslimes de Alándalus, jamás he pretendido molestarte, guardando a tu persona todas aquellas consideraciones y respetos que a tu alta jerarquía corresponden. Hoy, por aventura que de mi voluntad no depende, me hallo en la necesidad de demandarte algunos necesarios antecedentes relativos a ti, y sólo de ti puedo obtenerlos. Ten, pues, la bondad de referirme tu historia, y por Alá, que nos oye y a todos nos ha de juzgar en su día, que no veas en mi deseo cosa alguna que pueda en lo más mínimo ofenderte.

-¡Oh, poderoso Sultán! -exclamó Âixa-. Desconozco las causas que te mueven a interesarte hoy mejor que ayer en la historia de mi vida, pero respeto tus intenciones; y como ha sido y continúa aún siendo mi vida larga serie de desventura y contrariedades, y no hay en ella nada vergonzoso ni que deba permanecer oculto, óyeme benévolo, y óiganme también los que aquí se hallan presentes, pues no hay para el triste nada que pueda servirle de consuelo tanto, como la comunicación de sus propios dolores.

"Señor: -añadió después de dicho esto- hay allá al otro lado de Azzocac, en la codiciada Alándalus, una región hermosa, donde parece que quiso el excelso Alá (¡alabado sea!) copiar reunidos las dulzuras y los deleites del Paraíso eterno. Ríos de cristalina corriente la fertilizan y fecundan por todas partes, y es tan rica en producciones, que de las más extremas comarcas del Oriente, van a ella a solicitarlas. El mar de Siria la baña, y respetuoso se contenta con besar en testimonio de amor la fimbria de su vestidura; tiene montes, donde las nieves son eternas, y donde hay ocultas riquezas nunca soñadas, y su capital, Granada, no tiene rival en parte alguna del mundo, pues ante ella, como las estrellas en presencia de la luna, palidecen las cele bradas del Irâq, de la Siria y del Egipto, de tal modo, que no es ella sino la linda desposada que ostenta al descubierto las perfecciones de su rostro, y que lleva su dote en la hermosura.

"En uno de aquellos montes revueltos que cruzan y defienden esta región espléndida, y que llaman Albuxarrât[72] no sé por qué motivo, fui yo, señor, criada por una buena mujer, que no era mi madre, y que me inició en los misterios de las ciencias ocultas, a pesar de lo cual jamás pude saber quiénes eran mis padres, bien que después tuve noticia de que correspondía mi madre a muy encumbrada extirpe.

"Apartada del mundo; en medio de aquella naturaleza exuberante y vigorosa; sin sospechar nunca que detrás de las crestas enriscadas de los montes que se elevan hasta el cielo, como la oración de los fieles, existiese nada que pudiera interesarme; feliz y dichosa en mi soledad y en mi ignorancia, oh, soberano Príncipe, pasé los años fugaces de la infancia, y aún en ellos, vi espirar en mis brazos a aquella mujer a quien llamaba madre, quedando sola y abandonada sobre la tierra. Cumplidos los deberes que nuestra santa religión ordena, cuando volví de acompañar su cadáver a la máqbarah, recordando la última recomendación que en su lecho de muerte me había hecho la anciana, y que no era otra sino la de que con el auxilio de los buenos genios que me protegían y con el de cierto amuleto misterioso que me entregó y ella misma colocó en mi brazo, -debía partir a Granada, para encontrar a mi madre, a pie y sin recursos, guiándome sin duda la misericordia de Alá, emprendí mi viaje a Granada, la ciudad maravillosa, que surcan las aguas del Genil, semejantes a un brillante dragón que engendra a su paso a la una y a la otra parte las serpientes de numerosos arroyos, y que cîñe la población con precioso

[72] La Albujarra.

Librodot

collar de perlas transparentes, dejando a la verde pradera que reciba abundantes riquezas del vergel del cielo, a las flores desnudando sus dientes con suave sonrisa, y mostrando. en fin, la vida del mundo con todas sus seducciones, como ha dicho el poeta.

"Fatigada, pero gozosa, llegué, señor, a la vista de Granada, no sin esfuerzo y sin peligros; y allí, cual si los buenos genios y el mismo Alá me abandonasen tambien en mi orfandad y mi desconsuelo, allá fui víctima de la alevosía del que hoy osa llamarse Amir de los muslimes de Alándalus; pues apoderándose de mi persona cautelosamente, me entregó como esclava a la sultana Sitti Máriam, viuda del Sultán Abu-l-Hayyây I (¡haya Alâ perdonado su alma!) ".

-Ya ves, oh soberano Príncipe de los muslimes -se apresuró a interrumpir el emisario del rey Bermejo-, cómo ella misma declara ser esclava de mi señor ...

-¡Cómo! -exclamó Âixa incorporándose-. ¿Tú, tú vienes aquí en nombre de ese infame asesino, a quién Alá maldiga? ... ¿Tú eres siervo y enviado suyo? ¡Oh, señor! -añadió dirigiéndose a Abu Zaîân que permanecía perplejo-, ruégote por lo que más amares, que me libres de la presencia odiosa de este hombre, así Alá te colme de beneficios y mercedes! ;No se abrirán delante de él mis labios para pronunciar palabra alguna, sino sólo aquellas de condenación, que habrán de repetir a sus oídos el día del juicio los malos genios que han de conducir al fuego eterno su alma ennegrecida por el crimen!

Defiriendo a los deseos de la joven, Abu Zaîân hacía que el granadino pasara a una habitación inmediata; y entonces, desbordado el torrente de sus penas, Âixa con voz sentida continuó su historia, que escuchó silencioso el Sultán de los Bani Marines.

Cuando hubo concluído, las lágrimas inundaban sus ojos y los de Amîna y Qámar, mientras el africano, conmovido, buscaba no obstante el medio de complacer con apariencias de justicia al intruso rey Bermejo.

-Ya ves, ¡oh, Sultán insigne! -añadió Âixa-, si está mi vida llena de desventuras ... Mira si soy digna de compasión, y de que tiendas sobre mí tu mano protectora, hoy que sé que mi señor y dueño, el legítimo Sultán de Granada. se halla próximo a recobrar la herencia de sus ilustres antepasados.

Nada contestó Abu Zaîân, cuyo silencio producía viva inquietud en el ánimo de la joven desposada de Muhámmad V; hasta que al fin, alzándose de su asiento. Y sin atreverse a fijar la mirada en los ojos de Âixa, hacíale con la mano seña de que se retîrase, dando por terminada allí la audiencia.

-Señor -dijo levantándose también la pobre muchacha-, me has hecho llamar y comparecer a tu presencia como a la del cadhí, delante de ese hombre que trata de cometer alguna infamia y es emisario del más cruel de mis enemigos ... Dime, por Alá, por qué has deseado oír de mis labios mi historia, y qué significan las palabras pronunciadas por ese siervo del Bermejo, pues me debes protección y a ti me hallo confiada.

-Ya sabrás, señora mía, a su tiempo todo cuanto ahora preguntas -respondió secamente el Sultán, dirigiéndose lentamente a una de las puertas de la estancia; pero Âixa habíale seguido en su incertidumbre, y colocándose delante de él, prosiguió:

-¡Oh, no!.. . Por tu cabeza y por la mía, Príncipe poderoso, te conjuro a que hables ... Yo no soy tu vasalla, ni tu sierva, y tengo derecho, así Alá me salve, para conocer lo que me ocultas ... ¿Qué pretende de mí ese hombre? ¿Qué pretendes tú mismo?... Considera mi desesperación, y comprende, oh Abu Zaîân, la justicia con que espero de ti respuesta...

Miró el africano a la joven, y con acento solemne y frío, dijo solamente:

Librodot

-¡Por Alá, princesa, que dudo en este momento, si eres tú o si soy yo el Sultán de los Bani Marines! Vuelve a tus habitaciones, y no me hagas olvidar, señora, la benevolencia que te debo.

Y llamando al jefe de sus eunucos, ordenóle que acompañara a las tres mujeres hasta el addâr que les estaba destinado, sin prestar oídos a las protestas de Âixa ni a su llanto, mientras él con ademán altivo e imponente, abandonaba el aposento.

Poco después de que Âixa, Amîna y Qámar hubieran regresado a .los suyos propios, cediendo débil Abu Zaîân a las instancias del granadino, otorgábale bien que no sin cierta repugnancia cuanto pedía, convencido de que por este medio prestaba a la causa del Islám grande servicio; y sin atreverse a soportar de nuevo la presencia de la joven, determinaba que fuese desde luego puesta a disposición del emisario del rey Bermejo, siendo el encargado de transmitir a Âixa orden semejante el mismo jefe de los eunucos a quien habían înteresado las desdichas de Muhámmad V, por cuya causa miraba con cariño a su desposada.

-Harto me duele comunicarte, ¡oh señora mía! -dijo- esta decisión injusta de mi dueño. Mejor quisiera, así Alá me proteja, habérmelas con los idólatras, o con los indignos vasallos del que hoy se llama Sultán de Granada, que no hacer que tus hermosos ojos derramen más lágrimas de las que han vertido.

-¡Que Alá premie, Abdurrahim, la pureza y la lealtad de tus nobles intenciones! Pero ¿qué he de hacer yo, débil mujer, aquí abandonada y sola, sino es sufrir lo aciago de mi suerte?... ¡Vuelve y di al Sultán (¡Alá le ilumine y le perdone!) que estoy pronta a obedecer sus órdenes: que en medio de mis desdichas, le deberé la ventura de vivir bajo el mismo cielo que vive mi amado señor y dueño Muhámmad! (¡Haga Alá perpetua su felicidad en la tierra!)

Cuando las primeras luces del siguiente día asomaron por Oriente, oída en el inursal'lâ del alcázar la oración de assubh, montados en soberbios palefrenes bajaban a la ciudad, solitaria a aquellas horas, una mujer y un hombre.

Iba aquella completamente envuelta en el solhâm que la encubría, y por entre la toca que rodeaba su cabeza y el alharime que ocultaba su semblante, sólo se distinguía la frente y los ojos, negros y brillantes, aunque enrojecidos por el llanto. Así, seguido de algunos. servidores, que llevaban en diversos camellos el equipaje, trasponía aquel cortejo la puerta de Fez, dirigiéndose hacia Tatuán (Tetuán), para llegar a Medina Sabtah (Ceuta) y cruzar el estrecho hasta Marbella, en la cora de Rayya.

Habían todos estos acontecimientos acaecido mientras el Sultán Muhámmad y el poderoso rey de Castilla permanecían frente a Antequera, ciudad que resistía valientemente al ejército aliado; y cuando llegaban a noticia de Abdul'lâh, por conducto del fanático cautivo antequerano, las desconsoladoras nuevas del asesinato de los principales partidarios del destronado Príncipe en Granada, así como la de la resolución adoptada por Abu Saîd respecto a Âixa, era precisamente en los momentos en que el emisario enviado a Fez por el antiguo cómplice de la sultana Sitti Máriam penetraba en la ciudad del Xingilis acompañando a la mujer que había sacado del alcázar de Abu Zaîân en Ifriquia, la cual era aposentada en una de las torres del Alhisán, sin que el Bermejo se hubiera atrevido a soportar aún su presencia.

Fiel a su promesa, y pasados ya algunos días, durante los cuales el infortunado Abdul'lâh fue presa de la más cruel incertidumbre, disponía don Pedro que se levantaran los reales, y siguiendo benévolo las indicaciones de Muhámmad, se internaba por los

Librodot

dominios granadinos, produciendo en ellos grande estrago.

Toco después de Antequera a Archidona el experimentar las vejaciones del ejercito de Castilla; y talada su campiña, apresados los ganados y destruídos los aduares y las alquerías que en su torno se levantaban, siguieron castellanos y muslimes adelante, sin detenerse en población alguna, y en dirección a Granada.

Loja los vio pasar con espanto, agolpada la guarnición en los adarves de su fuerte alcazaba; y ya en los primeros días de la siguiente luna de Sáfar de aquel año 763 de la Hégira[73] , penetraba resueltamente don Pedro por la rica vega de Granada, en ocasión en que le era comunicada la para el fatal noticia de la muerte de doña María de Padilla, acaecida en la hermosa ciudad que baña el Uâd-il-Kabir, y fue corte un día del magnífico Almútamid, de quien Alá se haya apiadado misericordioso.

Si bien ese triste acontecimiento produjo honda mella en el corazón del animoso rey de Castilla, no fue bastante, sin embargo, a hacerle vacilar un instante; y ocultando la pena que le devoraba, caminaba al lado de Muhámmad, quien, a pesar de sus propias desdichas, procuro templar los dolores de su amigo y protector por cuantos medios pudo.

Bien en breve se trocaban los papeles entre ambos príncipes; pues habiendo llegado a los reales, de regreso de Ifriquia, el caballero que envió don Pedro desde Antequera al Sultán de los Bani Marines, traía la triste nueva de que, cuando él era recibido por Abu Zaíân, había éste entregado ya a Abu Saîd la desposada de Muhámmad, con lo cual crecieron la cólera y las angustias del granadino, a quien no podían ocultarse la crueldad del Bermejo, y el odio que le profesaba, no dudando de que extremaría con la infeliz Âixa sus tiranías, haciéndola padecer terribles martirios.

Ya a la presencia de Granada, y anhelando por momentos hallarse en su antigua corte, dirigió Muhámmad sus cartas a la ciudad, otorgando perdón de lo pasado, y prometiendo grandes mercedes si la ciudad se le entregaba, como lo había prometido, amenazando en otro caso con batir la plaza y pasar luego a cuchillo a sus habitantes, pues no dudaba del éxito de la empresa.

Cierto era que, allá en el fondo del alma, no dejaba de deplorar el espectáculo que a sus ojos ofrecía aquel que había sido su reino, y cuyos campos eran sin piedad talados por el ejercito auxiliar de don Pedro, con muerte de gran número de muslimes.

Poco afecto a los horrores de la guerra, cual siempre lo había sido, parecíale que cada gota de sangre que vertían los musulmanes caía sobre su cabeza; y en su conciencia se levantaban voces hasta entonces no oídas, que le acusaban de los graves males sobrevenidos a su patria con la invasión de los nassâríes.

Pero puesto en el trance, y animados estos, como su rey, del solo y noble deseo de devolverle el trono, érale ya imposible retroceder, con tanta mayor causa, cuanto que, apoderados ahora los enemigos de su idolatrada Âixa, era preciso a toda costa procurar su rescate.

Así pues, sin guardar la respuesta a sus cartas, enviaba un mensaje a su primo Abu Saîd el Bermejo, intimándole la rendición, y conminándole, si no le entregaba la ciudad, con ir el mismo a la Alhambra y arrancarle del trono. En cambio, y si dejaba en libertad a Âixa, a quien sabía que tenía entre sus manos, prometíale olvidar la rebelión pasada, y perdonar el doble asesinato de Ismaîl y Qais, señalándole un punto de la frontera como residencia.

[73] Diciernbre de 1361.

No se hizo esperar gran cosa la contestación del Bermejo: fuerte con los rehenes que había tomado en la persona de Âixa, se expresaba arrogante y destemplado, manifestando que en breve, tras de su carta, irían los leones de su ejercito a demostrar al desvanecido rey de Castilla y a él, que los muslimes de Granada no eran, como creían, mansos corderos, y si no abandonaba Muhámmad el empeño que traía, retirándose de la vega, desde el adarve mismo de la plaza podría ver cómo era degollada su querida Âixa, la cual entonces le sería devuelta.

Grande fue la indignación que en el ánimo del rey don Pedro produjo aquella respuesta; pero más grande fue aún la que experimentó Muhámmad, esperanzado con que los de la ciudad ayudarían sus designios; más como el tiempo transcurría, y la población de Granada permanecía sorda a la voz del destronado Príncipe, jugando el todo por el todo, resolvíase por ambos monarcas dar principio a la lucha, disponiendo las fuerzas para comenzar el ataque.

XXVII

APROVECANDO las sombras de la noche, que había sido harto tenebrosa, y desafiando arrogante al ejercito confederado, adelantábase Abu Saîd, y al frente de buen golpe de jinetes berberiscos salía de la ciudad, llegando a Pinos Puente, cerca de donde se encontraban los nassâríes de don Pedro.

Separaba a ambas huestes la miserable puente de Valillos; y tomadas al amanecer del día siguiente las últimas disposiciones, a presencia de los granadinos, dábase a los castellanos la orden de avanzar, como lo efectuaban con el mayor orden y sin que les intimidase el aparato de las tropas musulmanas.

Formaban el ejercito cristiano, fuera de los peones, que eran numerosos, y gentes de todas las tierras de Castilla y de León, de Galicia y de Andalucía, seis mil jinetes, figurando al frente de las indicadas fuerzas don Fernando de Castro, don Garci Alvares de Toledo, maestre de Santiago, don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, don Gutier Gómez de Toledo, prior de San Juan, y otros muchos ricohomes, grandes y fijosdalgo de Castilla, a quienes se incorporaba en el campamento don Suero Martínez, maestre de Alcántara.

Antes, sin embargo, de que diera comienzo el combate, llegaba jadeante a los reales de don Pedro un caballero berberisco, cuya cabalgadura se desplomaba espirante y sin alientos. Saltando de ella veloz, penetraba entre las tiendas preguntando por el Sultán Muhámmad, y aunque iba cubierto de barro y lodo, apresurábase a presentarse a Abdul'lâh, para quien traía cartas de la mayor urgencia.

Hallábase en aquel momento el acongojado Príncipe a la cabeza de sus rondeños; y apartándose a un lado con extraña agitación, recibía de manos del mensajero dos cartas que este le entregaba casi sin poder articular palabra alguna.

-¿De dónde vienes? -preguntóle Abdul'lâh, antes de abrir ambas misivas.

-Ocho días hace, ¡oh señor mío! que salí de Fez por orden de mi dueño el Sultán generoso y pío Abu Zaîân, a quien Alá proteja -replicó el africano saludando-, y aquí he llegado sin descansar por encontrarte.

Librodot

Había entre tanto Muhámmad leído con febril impaciencia una de las dos cartas, y regocijado con la noticia que en ella le comunicaban, abrió la otra, y la llevó a sus labios con transporte.

Después, sin poder ocultar la alegría que se retrató en su semblante, despojábase del valioso collar de ricas piedras que llevaba al cuello, y entregándoselo al berberisco que le miraba, exclamó:

-No puedo hoy, como quisiera, ¡oh feliz mensajero de mi ventura! galardonar cual se merecen las gratas noticias de que has sido fiel portador, y la diligencia que has puesto en llegar hasta mí ... Recibe, sin embargo, en muestra de gratitud este recuerdo; y cuando vuelva a asentar mis plantas en Granada, ven a mí, y entonces conocerás cuán grande es mi agradecimiento.

Y picando espuelas al brioso corcel que montaba, desanublada la faz, los labios sonrientes y el aspecto feliz, se incorporó a sus jinetes rondeños, dando orden a Ibn-ul-Jatib de que atendiera al mensajero del Sultán de los Bani Marines de la mejor manera que en aquellas críticas circunstancias era factible.

Ya, entre tanto, seguidos de algunas compañías, habían cruzado la puente de Valillos los primeros de todos, Furtado Díaz de Mendoza y Martín López de Molina, doncel a la jineta del rey don Pedro, quienes recibían por honra suya los primeros golpes, pasando en pos el resto de la fuerza, con los nobles caballeros que la comandaban, y entre ellos, mezclados, los rondeños y el mismo rey de Castilla, a quien se había incorporado Muhámmad.

Esperábanlos, formados en apretado haz, los granadinos; y trabada la pelea, después de algunos personales encuentros, como quiera que entre los combatientes se buscasen de propósito el destronado Príncipe y Abú Saîd, habiéndose mutuamente reconocido, corrieron el uno hacia el otro apellidándose con grandes voces.

Luchaban los granadinos con notable esfuerzo, digno de mejor causa, aunque no era menor su número al de las tropas de los nassâríes, enconándose más los jinetes de Ronda, quienes se lanzaban sobre los de Granada como el carnicero gerifalte se precipita sobre su presa, cuando la encuentra en el espacio.

Alentados los de Castilla por el ejemplo de Furtado Díaz de Mendoza y de Martín López de Molina, que se habían arrojado en el grueso del enemigo, y estimulados los muslimes de Ronda por el amor que a Muhámmad tenían, cayeron tan poderosamente sobre los jinetes granadinos, que rotas las escuadras de éstos y desbaratadas con grandes perdidas los haces, veíanse forzados a volver grupas, perseguidos y acosados de cerca por los nassâríes, quienes les acuchillaban sin compasión, yéndoles a los alcances.

Bien porque les atemorizase la crueldad insaciable del Bermejo, bien porque fuesen hechura suya, es lo cierto que, contra lo que Muhámmad esperaba, no hubo jinete que se pasase al campo del Príncipe destronado, aunque no lo es menos que lo fuerte y reñido de la lid tampoco se lo permitía.

Aclaradas con los fugitivos las filas de los jinetes de Abú Saîd, no fue difícil que en la confusión del combate se distinguiesen de uno a otro campo el usurpador y el destituído, encontrándose frente a frente después de haberse buscado, y llamándose a grandes voces, como queda dicho.

Venía el déspota cubierto de sangre, y blandía colérico la espada, denostando a Abul'lâh; traía el semblante descompuesto por la cólera, que le daba aspecto verdaderamente siniestro, y aunque algunos de los suyos pretendieron seguirle al ver la decisión

Librodot

con que se metía por entre lo más reñido de la lid, alejóles de su lado con imperioso acento, adelantando solo a donde le aguardaba su odiado rival y enemigo.

Éste, por su parte, había avanzado también, y despidiendo con tono breve a lbn-ul-Jatib y a algunos otros de los rondeños, se halló a poco en presencia de su primo, a quien miró con desprecio, aunque amenazador, llevando en alto la espada.

-¿Estás ahí, cobarde, mal muslime, engendro reprobado del demonio, maldito por Alá?.. -decía el Bermejo con acento iracundo-. ¡Bendita sea su misericordia, que me permite poner término de un solo golpe a la guerra nefanda en que te complaces, derramando la sangre de los buenos muslimes!

-¡Sí, aquí estoy, Abú Saîd -replicó Muhámmad-, y en breve me tendrás en mi alcázar, de la Alhambra; que has manchado tú -con la inocente sangre dé mis hermanos! ...

-¡Antes morirás a los golpes de mi espada, judío. hijo de judío, íly maldito! ¡Pero, arroja ese acero que ostentas ocioso, en la diestra, pues cuadra en ella mejor la rueca con que las mujeres hilan el lino de mis campos! ¿Por qué no esgrimiste esa espada cuando te buscaba afanoso para darte muerte la noche en que huiste, cobarde, a Guadix, disfrazado con las ropas de mi esclava? ... ¡Porque, la que tú llamas tu esposa, la que tanto adoras, es mi esclava, y no volverás a verla nunca!

-Pon a un lado ¡oh Abú Saîd! los insultos, que son más propios de mujeres, y deja hablar las espadas, que son más elocuentes entre hombres y en este sitio. ¡Pero antes de que haya ido tu alma extraviada y maldita de Alá a esconderse entre las pavorosas sombras del infierno, antes de que mi mano desate el nudo de tu vida, quiero que sepas que Âixa, la Sultana de Granada, aquella a quien tú llamas tu esclava y crees tener en tu poder para mortificarme, es libre, libre como esas aves que cruzan el espacio, y tú no puedes hacerle daño alguno, asesino!

-No tardará mucho, así tenga yo segura mi parte de Paraíso, en reunirse contigo en los brazos de Tâgût -replico el rey Bermejo arrojando espuma por la boca; y lanzándose sobre su primo.

Pero este había tenido tiempo de parar el golpe que le dirigía Abú Saîd, encabritando su caballo, y dio otro tan fuerte con el pomo de la espada sobre la cabeza del usurpador, que, sorprendido, soltó las riendas del fogoso bruto que montaba y se tambaleo en la silla, a la cual se asió instintivamente.

-Ya ves -dijo entonces Muhámmad- lo que valen tus bravatas... Podría sepultar ahora la hoja de mi gumía en tu garganta; pero no quiero que me llames asesino.

Y como la espada de Abú Saîd había caído en tierra, arrojo la suya al suelo Abu Abdil'lâh, y sacando la gumía. espero a que su primo imitara su ejemplo.

El Bermejo, sin embargo de lo terrible de su cólera, no hizo ademán alguno; y como viese que sus jinetes todos. en confuso tropel volvían las espaldas, desbandándose por la campiña en dirección de la ciudad, perseguidos por los nassâries -prorrumpió, palideciendo intensamente, en ho

rribles amenazas, y clavando los agudos acicates en los ijares de su montura, que relincho de dolor, partió como un relámpago en seguimiento de los suyos.

-¡Por Alá -exclamaba al propio tiempo-, yo te juro, renegado, que nos encontraremos otra vez, y que entonces no quedará por su parte la victoria!

-¡Que Alá el Excelso te ilumine, desventurado! -replicó Muhámmad viéndole partir, y recogiendo su espada y la del intruso, que permanecían en el suelo.

Volvió después los ojos en torno suyo, y encontrando a su lado al valiente visir Lisán-

Librodot

ud-Dín, lleno de sangre que atestiguaba su presencia en el combate, sin pronunciar palabra, comenzó a andar en silencio hacia el lugar donde se recogían y reconcentraban los castellanos.

Como durante todo el día anterior había estado lloviendo, el campo se hallaba fangoso y blando, y había muchos charcos, cuyas aguas cenagosas aparecían después de la batalla teñidas de rojo, descubriéndose entre los caballos muertos gran número de cadáveres de muslimes granadinos y de cristianos, mezclados y confundidos sobre el barro, armas ensangrentadas, y despojos del combate, esparcidos en desorden por todos lados.

No pudo Muhámmad contener a la presencia de aquel pungente espectáculo los impulsos de su magnánimo carácter; y mientras al ver tan gran destrozo alzaba al cielo los ojos, dos lágrimas brillantes surcaron sus mejillas, desapareciendo en el haique de lana que le envolvía.

-¡Vamos de aquí! -exclamó al cabo, dirigiéndose a Ibnul-Jatib-. ¡Mi corazón padece horriblemente contemplando estos ensangrentados trofeos de la muerte! ¡Que Alá derrame benéfico los tesoros de su misericordia sobre aquellos que han perecido! ¡Que Alá me perdone a mí clemente el daño que ocasiona a los fieles muslimes esta guerra infanda y sacrílega, a que me provocan la ambición desmedida de mi primo, y la deslealtad de los que fueron mis vasallos!

-¡Hubo un tiempo -prosiguió mientras caminaba-, en que los fieles musulmanes sucumbían, mártires de la fe, en los campos de batalla!

¡Pero morían con la esperanza lisonjera de resucitar luego en el Paraíso, donde estaban destinados a gozar eterna ventura! ¡Mas estos infortunados que ahí yacen para pasto de las fieras y de los buitres, estos desventurados

que no han sucumbido defendiendo contra los cafres[74] la ley del Islám, no gozarán de la presencia de Alá, y sus almas errarán por los espacios invisibles, lanzando maldiciones contra el tirano que ha sido con su perfidia causa de la muerte de ellos, y contra mí también, que no he sabido someterme a las inclemencias del destino! ¡El día del juicio, cuando Alá desde alárx, su trono resplandeciente, juzgue nuestras acciones, allí estarán para deponer contra mí, y pedir a la justicia del Excelso que me aflija con el peso de mis culpas, negándome la entrada en el Paraíso!

-Desecha, señor, los temores que te asaltan -replicó Ibn-ul-Jatib, conmovido a pesar suyo-. La causa que defiendes es la causa eterna de la justicia. ¡Cómo en otro tiempo los mequinenses defendían contra Mahoma (¡complázcase Alá en el!) las imposturas de la idolatría que cegaba sus ojos y entenebrecía sus almas, ellos han defendido contra ti, que eres sombra de Alá, la maldad y la alevosía de Abú Saîd, cegando la codicia sus ojos, y entenebreciendo sus almas el afán reprobado del lucro! ¡Alá es justo! ¡Él es el más misericordioso entre los misericordiosos! ¡Ve en el fondo de tu alma, y el día del juicio no depondrán contra ti los que en el campo quedan insepultos, porque Alá es sabio y conocedor de todas las cosas! ¡Todo cuanto hay en los cielos y en la tierra es suyo! ¡Alabado sea!

-En vano pretendes ¡oh Ibn-ul-Jatib! desvanecer con los rayos de tu elocuencia la verdad de mis culpas, que conozco. ¿No he visto yo los fértiles campos de los fieles islamitas, devastados sin piedad por esa hueste de idólatras que acompaña al Sultán de Castilla? ... ¿No he visto sus ganados robados? . . ¿No he visto sus aduares destruídos,

[74] Los impostores, los infieles, los que no reconocen la ley de Alá, revelada a Mahoma.

Librodot

incendiadas sus alquerías, violadas sus mujeres, cautivos a los mismos infelices, y ahora, ahora, ¿no he visto correr su sangre por sus heridas, para teñir con ella el cieno revuelto de ese campo, que debiera llamarse campo del arrepentimiento, por el que en mi corazón se despierta? ...

-Mira -continuó-. ¿Sabes tú lo que me anunciaban las dos cartas que antes de comenzar el combate puso en mis manos ese berberisco, enviado hasta mí por el Sultán de los Bani Marines? ... En una de ellas me decía el Sultán que Âixa no había salido de Fez; pues en lugar suyo, el mensajero del Bermejo había por error llevado del alcázar a Amina; y la otra, es la carta en que la propia Âixa me refiere todo lo ocurrido y me atestigua de su amor, que es mi alegría. Pues bien, Lisán-ud-Dín: ya que Ronda y su distrito me reconocen voluntariamente por su señor, ya que Málaga procede de igual manera, ya que entre mis rondeños gozo de paz, sin que haya ojos que por mi culpa viertan una sola lágrima, me contentaré con ser Amir de Ronda, si es que no puedo fiar en la gente de Málaga, y con el cariño de Âixa, a quien tú mismo irás de mi parte a buscar a Ifriquia.

-¡Oh soberano señor y dueño mío! ¡Que Alá bendiga tu alma, que es tan hermosa como la luz del sol, y tan buena como la lluvia! ¡Tu magnanimidad es tan grande, como son grandes los misterios de Alá! Hágase como deseas; pero antes de resignarte a abandonar lo que es tuyo, piensa y medita bien lo que vas a hacer, y no olvides que los buenos musulmanes no te agradecerán lo que pretendes -contestó Ibn-ul-Jatib, en ocasión en que habían llegado ya a los reales.

Saltó allí de su bridón Muhámmad, y dando las riendas al visir, se dirigió a la tienda de don Pedro, rogando a los donceles del monarca de Castilla anunciasen a éste su presencia.

Poco después se hallaba delante del Sultân de los nassâríes, quien al verle se levantó de su asiento y corrió al encuentro del Príncipe.

Iba el granadino sombrío y meditabundo, con el dolor pintado en el semblante; y llevando a su corazón primero, y a los labios después, la mano que le tendía don Pedro, se inclinó respetuoso delante de el, esperando a que le dirigiera la palabra.

-Ya habéis visto, señor -dijo don Pedro en tono festivo-, como Dios favorece vuestra causa, concediéndonos la victoria sobre vuestros enemigos, que lo son míos también y de mi reino. Regocijáos, señor, pues mañana habremos de penetrar en Granada; que tengo empeño en que mis mesnaderos y soldados os acompañen hasta vuestro famoso alcázar de la Alhambra.

-Grandes son, ¡oh señor y Sultán mío soberano! las mercedes que te debo, y quisiera poder mostrarte mi corazón para que vieras en él y en mis entrañas lo inmenso de mi gratitud hacia ti; pero, señor, mientras hasta Alá (;Ensalzado sea!) levanto mi espíritu para rendirle gracias por su misericordia; mientras escucho ahora el regocijado rumor que llena estos reales, en pos de la victoria que sobre las gentes de Abú Saîd han conseguido tus nassaríes, oigo también lágrimas y quejas, e imprecaciones y sollozos que llenan de dolor mi pecho, y me hacen una vez más maldecir la guerra y la ambición de los hombres.

-No me extraña, conociendo la bondad de vuestro ánimo y la triste pena que os embarga, la cual reconozco ser mayor que la que a mí me aflige; no me extraña, repito, oiros, señor, expresaros en tales términos, cuando tan cercano está el momento de ver coronadas vuestras esperanzas, en pos del triunfo conseguido, y que yo creí que os

Librodot

llenaría de júbilo -replicó don Pedro cortesmente.

-Has dicho verdad ¡oh egregio Sultán de Castilla... El día de la victoria está cercano; pero debo abrirte mi pecho en prueba de lealtad, para manifestarte lo inmenso del dolor que en medio del júbilo, produce en mi espíritu el espectáculo ofrecido a los ojos por la que fue mi Granada. El fuego execrable de la discordia, encendido con mano vil por el que hoy se hace llamar señor de estos do-

minios y heredero de los Ansâres, es ya formidable y voraz incendio... ¡Nada hay que lo ataje y lo contenga, señor mío, sino eres tú, si no es tu brazo poderoso! Y vengo a ti, atribulado y lleno de congoja, para implorar de tu ánimo clemente pongas remedio al mal, y sofoques el incendio que ya amenaza destruirlo todo.

-Por mi fe, señor Muhámmad -repuso el de Castilla-, que os estoy oyendo, y no consigo comprender el sentido de vuestras enigmáticas palabras, por más esfuerzos que hago ... Ruégoos, señor, por tanto, que expreséis con mayor claridad vuestro pensamiento -añadió con alguna impaciencia-, pues, por Dios, que de otro modo habrá de serme difícil el contestaros.

-Pues bien, soberano señor y dueño mío -dijo Abdul'lâ-, préstame benigno oído, y comprenderás lo que deseo y lo que espero de tu amistad, nunca desmentida. Señor: desde que con generosa resolución viniste en acordarme tu poderoso amparo para recuperar el trono que Abú Saîd usurpa, la suerte ha sido próspera para nosotros; muchos han sido los lugares y las fortalezas que, a tu presencia sólo, han abierto al Príncipe destronado sus puertas. También han sido muchos los que las han conservado cerradas, abriéndolas tus bravos nassaríes por fuerza de armas ... Bien se, enaltecido Sultán don Pedro, que cuando tu hermano y enemigo el. conde don Enrique penetró por Soria, devastando aquellos campos, y sembrando en ellos la desolación y la muerte; que cuando el infante de Aragón, don Fernando, entró por tierra de Murcia, esparciendo el luto y la destrucción en su camino; que cuando el mismo don Enrique sorprendió de rebato a Nájera, maltratando sus indefensos pobladores, e inundando de sangre la alcana de los judíos, en cuyos bienes se cebó la rapiña -bien sé cuánto padeció tu corazón magnánimo, viendo destruídas las cosechas, asesinados vilmente los pacíficos ciudadanos, y presa tu reino del incendio voraz que lo aniquilaba y consumía todo ... ¿Cómo quieres, señor, que yo mire sin verter lágrimas de sangre, y con los ojos enjutos y el ánimo tranquilo e indiferente, las desdichas que pesan sobre mi amada patria? ... ¿Cómo quieres que permanezca sordo a los clamores de mi conciencia, al ver este hermoso reino devorado por el incendio maldito de la guerra, que mi orgullo y sólo mi orgullo ha promovido? ... La sangre de los que han muerto combatiendo, cae gota a gota sobre mi cabeza; veo a mi paso, que semeja al del Simûm en el desierto, destruídos los campos, antes fértiles y lozanos, asolados los aduares, arruinadas las alquerías, maltratados los fieles muslimes, dichosos antes de que yo viniera; violadas las mujeres, saqueadas las haciendas, amedrentadas las poblaciones, desmanteladas las fortalezas, deshabitados los lugares ... Las acequias con que el laborioso campesino regaba sus ya estériles tierras, no llevan agua, sino sangre; y por donde quiera que voy, me parece que va conmigo la maldición de Alá (;Ensalzado sea!)

-No es, a la verdad, señor, grandemente lisonjera para vos y para nuestra hueste, la pintura que de la actual campaña acabáis de hacer ¡oh Muhámmad! Los azares de la guerra son los que habéis tan minuciosamente enumerado; pero ...

-Escucha, Príncipe y señor mío, -añadió Abdul'lâh interrumpiendo al castellano-. Si es

exacto el cuadro de horrores que he presentado a tu vista, vengo a ti en esta ocasión solemne para suplicarte qué extremes más aún tus bondades para conmigo, accediendo benévolo a mis ruegos. El invierno avanza; las dificultades de la campaña abierta con tanta fortuna para nosotros, crecen; la melancolía se ha apoderado de mi espíritu, y el desengaño le trabaja.. .

-Ya os comprendo, señor -interrumpió a su vez don Pedro levantándose-. Las amenazas del Bermejo, en cuyo poder se halla vuestra esposa y señora, pueden en vuestro corazón más que el deseo de reconquistar el trono. y queréis ¡vive Dios! que ahora, que estamos frente a Granada, que ahora, que acabamos de vencer al usurpador, me retire a Castilla con mis mesnadas y mis caballeros ... Ya conocéis, señor, que lo que hoy me pedís es imposible ... Que es tarde para retroceder, y que no sois vos solo quien se halla realmente interesado en esta empresa. La vida de vuestra esposa no correrá, yo os lo juro, riesgo de especie alguna, pues hoy mismo estaremos sobre Granada.

-No es eso, Sultán excelso, lo que me hace desistir de mis legítimas reclamaciones, -contestó Muhámmad mostrando a don Pedro las cartas de Abu Zaíân y de Âixa-. Mi amada Âixa, por altos designios -del Señor de los cielos y de la tierra, no ha salido de Ifriquia, y permanece en el alcázar del Sultán de los Bani Marines ... Lee, lee su carta, y por ella verás cuán grande es mi alegría, -prosiguió el jazrayí animándose-. Es, que mejor quiero vivir siendo señor de Ronda solamente, que recobrar el reino arrebatado a mis manos por la traición y la perfidia; que ver a los siervos del Misericordioso destrozados por los nassâríes ... Es, que me bastan el oscuro retiro que aquella encrespada Sierra de Ronda me ofrece, y el amor de Âixa, y no apetezco ya ceñir a mis sienes una corona manchada con la sangre de los fieles musulmanes.

-Bien está en vuestros labios, señor, -repuso don Pedro-, cuanto acabáis de manifestar con vuestras palabras, que dan indicio de lo noble de vuestra alma y de lo generoso de vuestro corazón; pero olvidáis por vuestra parte que al tomarnos bajo nuestro patrocinio la defensa de vuestros derechos, hallábamos nos interesados viva y poderosamente en hacer triunfar la justicia de vuestra causa, pues no puede dar Castilla al olvido en momento alguno, que vos y vuestros antecesores y vuestros descendientes, habéis sido, sois y seréis vasallos de los monarcas que heredaron de nuestro ilustre abuelo don Fernando, el conqueridor de Córdoba, de Sevilla, de Jaén y de Murcia, el señorío sobre vuestro reino ... Interesa pues, a la tránquilidad de Castilla, señor, que vos rijáis los destinos del pueblo muslime en nuestra España, y no seremos nos quienes retrocedamos en la campaña.

Aún resistió don Pedro largo rato las súplicas y los deseos que el descendiente de los Ansâres reiteraba insinuante; pero labrando al cabo en el ánimo del castellano las razones que el musulmán le expuso, y llamado además a Castilla por sus propios intereses, cedía bien que no de buen grado al postre; y estrechando no obstante entre sus brazos al granadino, pronunció con tono solemne las siguientes palabras:

-Pésame, señor, que cuando la fortuna nos sonreía, y el éxito coronaba nuestros afanes, abandonemos la campaña. Pero nos, en virtud del señorío que sobre vos habemos, no somos venidos sino a ampararos y serviros, y servicio vuestro es, cual pretendéis de nos, el de que volvamos a Castilla. A nuestros reinos, que reclaman nuestra presencia, volveremos; y no olvideis, señor, que pudiendo hoy mismo asentaros de nuevo en el trono de Granada, repugnáis hacerlo vos mismo. El día, pues, que necesitéis de nos, volved a nos confiadamente; y entonces, como ahora, os serviremos de buena voluntad

Librodot

con todo nuestro poder y nuestro esfuerzo.

Abrazó a su vez Muhámmad, lleno de reconocimiento. a don Pedro, y aunque no sin sorpresa de las huestes castellanas y de sus caudillos valerosos, tomaba el ejército de los nassâríes aquella tarde misma la vuelta de Alqaláah Iahsub (Alcalá la Real), donde, con grandes muestras de amistad, se separaban el rey de Castilla y el Príncipe granadino: el primero, para volver a sus estados, y para regresar a Ronda el segundo, con los muslimes que le seguían y formaban su mesnada.

Grande fue el regocijo con que los leales rondeños recibían a Abdul'lâh Muhámmad, cuya llegada había anunciado Ibn-ul-Jatib por medio del berberisco mensajero de Abu Zaiân, quien con los jinetes de Muhámmad cabalgaba.

Y aunque el tiempo era crudo, por acontecer este suceso en los postreros días de la luna de Sáfar de aquel año 763 de la Hegira[75] , no por eso dejaron de salir con hachones encendidos y lelilíes, la noche de su llegada a Ronda a festejar al Príncipe proscripto, de cuya magnanimidad tenían noticia por el africano, presentando pintoresco aspecto aquellos lugares agrestes y montañosos, donde no había peña, ni pliegue del terreno, desde el cual no fueran agitadas las antorchas y extremadas las señas del general contento.

XXVIII

Cuando Saîd, humillado y maltrecho, llegó tras de la rota de Pinos Puente a Granada, silencioso y nada lisonjero fue con verdad el recibimiento que le hicieron sus vasallos.

Agolpadas estaban las gentes en los adarves del recinto amurallado, y desde allí, con sobresalto los unos, con alegría los otros, y todos conmovidos, veían volver en desorden y al galope de sus ligeros corceles a aquellos bravos campeones, a cuya sola presencia creían que habían de huir espantados cual gacelas los guerreros nassâríes.

Sombrío y ceñudo, llevando en el semblante retratada la cólera que le poseía, pasó el tirano por entre la muchedumbre atónita, sin que un solo grito de salutación o de simpatía saliese de los labios de nadie.

Así, acompañado del africano Idrís bnu Abi-l-Ulâ, que había cobrado sobre el grande ascendiente, y seguido de algunos caudillos, atravesó parte de la ciudad, penetrando por Bâb Elvira, y subió la empinada cuesta que conduce a Bâb-ul-Uxâr, entrando en el recinto de la Alhambra, desde cuyo foso subía por Bâb-ul-Gud a la meseta de la colina roja, llegando al alcázar sin haber pronunciado palabra alguna.

La victoria alcanzada por los nassâríes, y el frío recibimiento de los- granadinos, no pesaban tanto en su ánimo como el triunfo que sobre él había personalmente conseguido su enemigo Abu Abdil'lâh Muhámmad, en cuyo trono mancillado se sentaba.

Valiente y animoso, amante de los peligros y de la lucha, Abu Saîd el Bermejo no podía creer que a aquel joven, a que había despojado y a quien juzgaba sólo diestro en las artes cortesanas, le fuera dado jamás esgrimir la espada de combate, y menos aún vencer, como lo había hecho, al que era león de la pelea.

En sus oídos resonaban todavía las serenas frases de Muhámmad, y, sobre todo, y con extraña insistencia, aquellas relativas a Âixa, no acertando a explicarse cómo estando,

[75] Fines de diciembre de 1361.

Librodot

cual a su juicio estaba la joven, reducida en el recinto de aquella fortaleza desde que fue conducida allí a su llegada de Fez; cuando el se había apoderado de ella cual prenda e instrumento para conseguir el pacífico disfrute del usurpado trono, mostraba tal seguridad y tal confianza en su libertad su primo.

En aquella misma cámara espléndida y lujosa en la que el desposeído Abdul'lâh festejaba lleno de amor a la hechicera Âixa; sentado sobre aquel mismo sofá, donde tantas veces trémula de pasión había reposado la joven, Abu Saîd, colérico y soberbio, decretaba con bárbara crueldad y repugnante complacencia la estéril muerte de los adalides que habían en Pinos Puente huido, y daba orden a Idrís Abu-l-Ulâ para que hiciera comparecer a su presencia a la cautiva, que permanecía en el Alhisán de la Alhambra.

No había osado, por cierto, el favorito desplegar los labios, aun dada la confianza que con su señor el Bermejo tenía; y poniendo por obra la orden del Sultán, regresaba al poco tiempo seguido de una mujer, cuyas formas esbeltas y redondas se dibujaban a través del ropaje que vestía, y en cuyos ojos, única parte descubierta de su semblante, brillaban a la par la curiosidad y el asombro.

Alzó Abu Saîd la cabeza cuando advirtió la llegada de la joven, y fijando en ella la mirada, preñada de amenazas, hizo que Idrís despejase con los demás visires el aposento, quedando solos en él el gavilán y la paloma.

-Descúbrete, mujer -exclamó entonces con tono breve y reconcentrado, dirigiéndose a la muchacha; mas como viese que ésta vacilaba en obedecerle, alzóse de su asiento, y con rabiosa mano desgarró el alharime que ocultaba el rostro de la cautiva.

-¡No me engañaba! -rugió lleno de ira-. ¡Era verdad lo que Muhámmad me había dicho! ¡Tú no eres Âixa, miserable criatura! -añadió encarándose con la joven que temblaba de miedo-. ¿Quién eres tú, y cómo ocupas el lugar de esa esclava que hice traer de Ifriquia?

-¡Oh, señor mío! -acertó a decir la muchacha cayendo de rodillas a los pies del tirano-. No: yo no soy Âixa ... Âixa quedó en Ifriquia, en el alcázar del poderoso Abu Zaîân (¡protéjale Alá!)... Presta a mis palabras tus oídos, señor, y sabrás por qué extraño cúmulo de circunstancias ocupo yo el lugar de aquella cuya posesión sin duda codicias.

-¡Por Alá, que mientes, insensata! ... ¡Jamás he codiciado cosa tan miserable como esa esclava, sierva de Xaitán, a quien Alá maldiga! ¡Habla pronto, y por tu cabeza, dime cómo te encuentras tú en su puesto, y cómo has burlado al sultán de Granada! -interrumpió Abu Saîd, pálido de coraje.

Entonces la joven, que no era otra sino Amîna, anegada en llanto, trémula y sollozante, refirió al rey Bermejo de qué forma había sido regalada en señal de amistad, juntamente con Qámar, al destronado Príncipe Muhámmad por el Sultán Abu Sâlim, a quien Alá haya perdonado; cómo desde el primer momento Âixa, unida allí ante el cadhí de la Mezquita de maulâí Idrís en matrimonio con el Príncipe, había sabido granjearse por sus virtudes y cariñoso trato el afecto sincero de ambas jóvenes, y cómo al partir para emprender Abdul'lâh la guerra contra Abu-l-Ualid Ismaîl en Alándalus, había quedado Âixa con ellas triste y acongojada en el alcázar de Abu Sâlim, no ocultando detalle alguno tampoco del pánico invencible que se apoderó de las tres mujeres, cuando, después del asesinato del Sultán de los Bani Marines, la soldadesca y el populacho asaltaron el palacio de la sultanía, ni callando la benignidad de Abu Zaîân, antes de la fatal misiva enviada por el mismo Abu Saîd, en reclamación de la esposa legítima de su

Librodot

primo, como esclava fugada del propio rey Bermejo.

-Fue entonces -prosiguió Amîna-, cuando concebí la idea de suplantar la persona de Âixa, a quien tanto ama mi dueño; y así que Abdurrahim, el jefe de los guardias del Sultán, se hubo separado de nosotras, después de habernos comunicado la orden en que Abu Zaîân ponía a disposición de tu mensajero la princesa Âixa, no vacilé en exponer mi pensamiento a la esposa de mi señor, ponderándole los riesgos que iba a correr si se entregaba en manos de los enemigos de Muhámmad. Larga fue y porfiada, ¡oh señor mío! la lucha que entablamos; pero ella era madre, y aunque ansiaba respirar el mismo ambiente que su enamorado, aunque anhelaba que a ambos cobijase el mismo hermoso cielo de Yazirat-ul-Ándalus, pude vencer al cabo, y cuando a la mañana siguiente tu enviado se presentaba a recoger su presa, ataviada yo con las ropas de Âixa, ocupe su puesto, y en él me tienes ¡oh egregio y poderoso Sultán de Granada!

Así dijo la joven, sin abandonar la postura humilde en que se hallaba, a los pies del tirano.

Guardó este angustioso silencio por algunos instantes, durante los cuales contempló con aire feroz a la desconsolada Amîna.

Ni la hermosura de su angelical semblante, ni las transparentes lágrimas que brotaban de sus fascinadores ojos, ni los sollozos reiterados que agitaban su seno, conmovieron a Abu Saîd, quien, llamando a Idrís bnu Abi-l-Ulâ, dábale orden de llevar de allí a la cautiva, a quîen sentenciaba a muerte su crueldad insaciable y sin nombre.

Al escuchar Amîna la terrible determinación del Sultán, volvía a él sus miradas atónita, como si no hubiese llegado a comprender; hasta que al fin, suplicante, extraviada y como fuera de sí, corriendo a las plantas del déspota, asíase a las vestiduras de éste, exclamando con desgarrador acento:

-¡Oh! ¡No! ¡No, Sultán mío! ¡Conmuévante mi juventud y mis lágrimas, y lo generoso del propósito que me ha traído a tu presencia! ¿Que triunfo habrás de conseguir con la muerte de esta infeliz mujer? Mira mis mejillas, frescas como el capullo de la rosa; mis labios, húmedos y rojos como la flor de granado en la alborada; mis ojos, que brillan con el esplendor de la juventud ... ¿No habrá, señor y dueño mío, no habrá en tu corazón magnánimo un solo sentimiento compasivo que interceda por mí, y te decida a que revoques la crueldad de la orden aterradora, dictada en mi propia presencia?

-¡Que Alá te maldiga tantas veces como cabellos tienes en la cabeza, miserable! -replicó el rey Bermejo, separando a Amîna con coraje.

-¡Perdón! ¡Perdón! ¡Una palabra de clemencia en tus labios, y bendeciré constantemente tu nombre! -replicó la joven, arrastrándose a los pies de su implacable verdugo.

-¡Por Alá el Excelso te juro, -prosiguió Amîna con voz apenas inteligible por los sollozos-, que yo no sabía el mal que pudiera causarte la suplantación con que he salvado a Âixa! ¡Tú, que eres aquí en Granada, sombra e imagen del más Misericordioso entre los misericordiosos, que eres su vicario, apiádate, señor, de mi quebranto, y otórgame tu perdón! Iré a esconderme donde tú dispongas, o seré tu esclava fiel y sumisa ... ¡Haré cuanto ordenares, y procuraré templar la pena que aflige tu corazón, al ver que no soy Âixa, cual lo creías!

-¡Otra vez ese nombre maldito! -rugió Abu Saîd con acento destemplado-. ¡Calla! ¡Calla, esclava, o yo mismo ahogaré con mis propias manos tu voz en los impuros labios! Y tú -añadió dirigiéndose a su favorito, quien había permanecido mudo e imperturbable

contemplando aquella escena-, lleva de aquí a esta mujer, antes de que me sea por más tiempo posible contener la cólera... ¡Ay entonces de Granada y de cuantos me rodean!

Asió Idrís a la infeliz Amîna por ambos brazos, y sin conseguir acallar sus lamentos y sus gritos desgarradores, la sacó de la estancia.

Aguardaba el mexuár o ejecutor de las sentencias a la puerta de la cámara de Abu Saîd, después de cumplida en los adalides la dictada sin apelación contra ellos por el Sultán; y, apoderándose allí de la joven, llevábala en sus nervudos brazos casi exánime, para conducirla al Alhisán, donde debía poner por obra la orden del sanguinario rey Bermejo, cuando se presentaba de improviso ante el joven Isâ bnu Iaqub-il-Jaulâní, pues no otro era el nombre del emisario que había desde Fez acompañado a la esclava, y atajándole en su marcha, exclamó:

-Detén tu paso fúnebre, ¡oh ministro de malák-ul-maút!

-¿Vienes acaso en nombre de nuestro señor y dueño el Sultán? -interrogó el mexuár deteniéndose.

Habían, con efecto, dada la intimidad en que desde Ifriquia vinieron Amîna y él, causado extraña impresión en Isâ los encantos de la muchacha, cuyo cautiverio procuró endulzar, merced a la amistad que con el déspota le unía.

Oculto tras de los tapices de la cámara de Abu Saîd, había presenciado la conmovedora escena ya pasada; y en tanto que su corazón latía con inacostumbrada violencia, al saber que aquella cuyas gracias le habían subyugado, no era la mujer a quien tanto aborrecía el Sultán, horrorizado por la crueldad con que éste condenaba a muerte a Amîna, y gozoso por que veía posible ya la realización de sus secretos, no vaciló un momento, y saliendo del alcázar, llegó a tiempo de detener al mexuár, como lo hizo.

Fiado en la amistad que el Bermejo le dispensaba, al escuchar la pregunta del ejecutor, concibió el proyecto de salvar a Amîna, y sin meditar las consecuencias, respondió rápidamente:

-Así place a Alá... Vengo, pues, a que me entregues esa muchacha.

Conociendo por su parte el mexuár el favor de que Isâ disfrutaba, no tuvo inconveniente en dar crédito al cortesano, y depositando en sus brazos el cuerpo de la desvanecida joven, se retiró tranquilo e indiferente.

-¡Por la cabeza de mi padre! -exclamaba en tanto, Isâ, dirigiéndose a la almedina con su precioso fardo-. ¡Que no sea yo musulmán, si te arranca ahora Abu Saîd de mi poder, y si allí, a mi lado y con mi amor, no recobras la tranquilidad, y no eres tan dichosa cual mereces!

Al volver en sí, Amîna, con los ojos extraviados, oscurecida momentáneamente la luz de su razón, derramó sus miradas, llena de sobresalto, por la estancia en que se encontraba y que era para ella completamente desconocida.

Cubrían las paredes ricas telas de Persia, peregrinamente tejidas de sedas y oro figurando con ellas vistosos dibujos, cuyo vivo colorido destacaba brillante sobre el alicatado y sobre la franja de pintada yesería que, a modo de orla o arrabaâ, recorría los ángulos de los muros, sirviendo de marco a los paños de oro referidos.

Al frente, abríase gallardo un arco peraltado, cuyos caireles se recortaban sobre el transparente celaje, y daba paso a una escalera de marmóreos peldaños, la cual caía sobre vistoso jardín cubierto de arrayanes y de murta, de naranjos y limoneros, de bananos y laureles, rosas y otro sinfin de arbustos y de plantas que, a pesar de la estación. comenzaban a verdeguear en el fecundo suelo granadino.

Librodot

Un ajiméz de labradas celosías que, fingiendo trastornadora combinación geométrica, ostentaban en el centro de caprichoso modo calada la sagrada frase inicial y llena de virtudes: bism-il-Lâh-ir-Rahmán-ir-Rahítn[76], abríase en uno de los muros, mientras en el otro volteaba, aunque de menores proporciones que el del frente, otro arco, cerrado por delicada puerta de ensamblaje.

Agrupadas en forma de complicadísima estrella, formaban el techo multitud de coloridas estalactitas o colgantes, y de su centro, por medio de fuerte y resistente cordón de grana y oro, pendía una corona de luz, labrada en alabastro.

Alzándose del mullido sofá en que se encontraba, adelantóse Amîna hacia el jardín; y dirigiéndose luego al ajiméz, espació la mirada mal segura por entre la calada celosía, volviendo luego a la puerta cerrada, delante de la cual se detuvo, llena de indecisiones.

-¡Oh Alá, el Omnipotente, el Misericordioso! –exclamó cayendo de rodillas sobre la bordada alhomdra o alcatifa, en actitud orante-. ¡Tú solo eres grande! ¡Tú solo eres poderoso! ¡Tú solo eres quien puede, con un soplo, humillar al soberbio y ensalzar al humilde!... ¡Ilumina, Señor, mi razón que se extravía, y dime si es un sueño todo cuanto ha pasado, o estoy quizás en alguno de los lugares del Paraíso, separada ya mi alma de mi cuerpo!

"Pero no -prosiguió reconociéndose-. ¡Estos jirones que rodean mi cuello, son los del alharime que desgarró con su propia mano ese déspota cruel que me ha sentenciado a muerte! ... ;Estas son las mismas vestiduras con que salí de Fez, acompañada de aquel joven Isâ, que murmuraba en mis oídos encantadoras frases! ... ;Oh, sí! ... ¡Todo ha sido un sueño!... Pero -añadió deteniéndose en medio de sus incoherencias-, ¿dónde estoy?... ¿Que lugar es éste en que me encuentro, y que parece por los genios mismos fabricado? ... ¿Qué jardín es ese que ante mi vista tengo, y que es lo que ha ocurrido para que me halle aquí, en vez de encontrarme en la fría prisión en que hasta ahora he permanecido?... ¿No habrá nadie que pueda explicarme todo esto? ...

-Sí, hermosa Amîna -dijo una voz dulce y melodiosa que resonó en el aposento, haciendo que la joven volviese la vista hacia el punto de donde había partido-. Sí, hermosa Amîna -repitió el joven Isâ bnu Iaqub apareciendo en aquel instante-. Sí: yo, si me lo permites, podré explicarte lo que tu razón no comprende ni puede comprender todavía.

-¿Eres tú, Isâ? -exclamó la joven con acento gozoso y tranquila confianza-. ¡Ven, ven a mi lado, como lo estabas durante el viaje que hice contigo desde Ifriquia; ven, y

desvanece con tu palabra las nieblas que rodean y oscurecen mi razón casi extraviada!

Adelantó Isâ por extremo agitado, y fijando los ojos amorosos en el semblante de la bella africana, a quien por vez primera veía descubierta, tomó asiento a su lado.

-No ha sido, ¡oh encantadora criatura! -dijo- sueño, cual imaginas, nada de cuanto en confuso tropel se agolpa a tu memoria. ¡Los designios de Alá son verdaderamente inexcrutables! El crimen que cometiste suplantando a Âixa, ha sido, en realidad, castigado con la muerte por el Sultán de Granada, en cuya presencia estabas hace un momento. Su mano colérica ha sido la que ha desgarrado tu alharime, permitiendo que yo pueda gozar ahora del supremo bien de contemplar tu hermosura ...

-Luego ¿es cierto -interrumpió Amîna con insegura voz, y ocultando instintivamente el rostro en los restos del velo-, es cierto que estoy condenada a muerte? ...

[76] En el nombre de Alá, el Clemente. el Misericordioso.

-Sí, es cierto -repuso el joven-. La voluntad inexorable de mi señor y dueño el Sultán, te ha condenado a muerte; pero puedes estar tranquila, porque si para él has muerto, vives en cambio para mí ... Alá me inspiro el separar de tu cuello la horrible cuchilla del verdugo, y traerte aquí donde nadie habrá de buscarte.

-¿Tú? ... ¿Has sido tú, señor, quien ha ahuyentado a malák-ui-maút, cuyas negras alas sentí agitarse sobre mí amenazadoras? ... ¡Que Alá prolongue tus días, y te preserve del fuego eterno y de los hijos del pecado! ... -dijo la muchacha toda trémula, y fijando con gratitud en Isâ la mirada.

-Sí: yo he sido, Amîna ... ¡Yo, que no podía consentir que de ese modo perecieses tú, la más bella de las obras de Alá! Yo, que he callado tanto tiempo temeroso ... Durante aquellos días en que cruzábamos al paso de nuestras cabalgaduras las tierras de Ifriquia, ¿no te dijeron nunca mis ojos, hermosa criatura, lo íntimo de mis afanes, lo secreto de mis ansias?.. . ¿No leíste jamás en ellos ¡oh Amîna! el tormento sin- nombre que mi corazón sufría, la pasión sin límites que devoraba en mis entrañas? ... ¡Si he callado hasta este momento -prosiguió Isâ animándose-, si mis labios jamás osaron declararte mis sentimientos, ha sido porque no creí nunca que el Sultán mi señor (¡prospérele Alá!), me hiciera reclamar a Âixa, por quien te he tenido hasta aquí, sino para aumentar con ella las hermosas mujeres de su harén; pero hoy, hoy que he visto que no eres quien todos presumíamos; hoy que he visto la crueldad del Amir para contigo; hoy, que te ha sentenciado a muerte, puedo ya libremente caer a tus plantas y decirte que te amo: que sin ti es la vida para mí insufrible tormento, y que una palabra tuya puede hacerme la más feliz de las criaturas, anticipándome las dulzuras inefables y eternas del prometido Paraíso!

No dio Amîna respuesta inmediata a las apasionadas frases del mancebo; el rubor de sus mejillas. el centelleo de sus ojos, bajos y con insistencia fijos en el pavimento, la agitación de todo su ser, bien claro manifestaban que la joven berberisca, llena de gratitud, no era insensible tampoco a aquellas muestras de cariño con que, al volverla a la vida, le atestiguaba su amor el favorito del tirano de Granada.

Al fin, y como el enamorado doncel permaneciese de rodillas, levanto Amîna la cabeza, y mirándole confusa, exclamo en voz baja y conmovida:

-Todo eso que dices, señor, me lo han dicho tus miradas ... En ellas leí tu pasión y tus sentimientos ... Así Alá me salve, ¿crees, por ventura, que no sé quién era el misterioso cantor que, durante las nocturnas y forzadas estaciones de nuestro viaje, entonaba endechas tan sentidas al lado de la tienda donde yo reposaba? ... ¿Crees tú que no comprendía yo por qué, cuando galopabas a mi lado, ibas triste y silencioso como la imagen de-la muerte? ... Sí: todo cuanto ahora tus labios me declaran, todo lo conocí ... ¿Que otra cosa está a nosotras, pobre mujeres, reservada, si no conocemos, la impresión que producimos? ... Si tú no has olvidado aquellos días, tampoco yo, encerrada en la prisión en que he permanecido en esta ciudad, que tan hermosa se presento a mi vista, he dado al olvido aquellos recuerdos, ni se desvaneció para mí tu imagen ... ¡Tú eras mi único amigo aquí, en esta tierra extraña, donde me encuentro sola, y tan lejos del suelo donde vi la luz primera!

-Pero -añadió arrancándose totalmente los restos del alharime- ¡yo no me pertenezco! ... Lee ¡oh Isâ! ¡lee lo que estas letras bordadas en oro sobre la fina gasa de mi velo dicen, y comprenderás por tu parte cuán grande será mi pena, cuando sintiéndome arrastrada hacia ti por la pasión y por la gratitud que te debo, me hallo imposibilitada en acceder. a

Librodot

tus deseos, que son también los míos!

Y mientras que en su semblante encantador, enardecido, se retrataba vivamente el sentimiento de que se hallaba en realidad poseída, presentaba a los ojos del joven los jirones del velo que debía cubrirla.

-¡Es cierto! -exclamó Isâ con tristeza-. Es cierto que en el se lee el nombre de tu dueño Abu Abdil'lâh Muhámmad, Sultán un día de los muslimes granadinos; pero tu señor no te ama, y estâ lejos de aquí para que pueda impedir que nos amemos nosotros. Desecha ¡oh amada mía! esos temores, y pues estás muerta para todos, gocemos en este retiro, que mi amor te entrega, las venturas que nuestra pasión nos brinda ...

-¡Nunca! -interrumpió la africana con resolución-. ¡Jamás seré tuya, mientras no me dé liberad mi dueño, y autorice nuestro amor! ... Si tú me amas, cual me dices; si es verdadera la pasión que he leído tantas veces en tus ojos y hoy ratifican tus labios, ayúdame a conseguir de mi señor la libertad, y con ella el derecho de amarte ... Amîna

es mi nombre y amina[77] he de ser para aquel a quien

persigue la suerte de tan cruel manera ... ¡Tú eres, señor, poderoso, según me has dicho, en Granada! ... ¿Por que no vuelves los ojos al legitimo Sultán de este hermoso reino, favoreciendo su restauración en la sultanía que Abu Saîd le usurpa? ...

-Por Alá .:. ¿que dices? ... -exclamó Isâ sorprendido¡Que no goce del Paraíso, Amîna, si no desvarías en este momento, y si tu espíritu no está poseído por el mismo Iblís! ... Que Alá (¡ensalzado sea!) te ilumine, porque no sabes lo que has dicho ... Bien sé que Abu Saîd, por lo cruel y lo sanguinario es indigno del trono de los Anasâres... ¡Bien sé que, lejos de esgrimir con mano fuerte, como esperaban los muslimes, la espada del Islám, sólo piensa en acumular riquezas e imponerse por el terror entre los fieles ... ; pero yo no puedo abandonarle, ni puedo olvidar lo que le debo, ni tu señor Muhámmad habrá jamás de perdonarme la parte que en su caída tuve, ni la amistad que el príncipe Bermejo me dispensa, ni menos aún la misión de que fui encargado a Fez, gracias a la cual consintió la benevolencia del Excelso que te amase! ...

-¡Oh! ¡No le conoces tú, señor, no le conoces, cuando hablas de ese modo, ni es tu amor hacia mi tan grande como le has pintado, cuando vacilas! ¡No hay en la tierra corazón más noble y magnánimo que el de ese Príncipe, a quien aborrece tu Sultán, ni hay bondad comparable con la suya! -dijo Amîna con verdadero entusiasmo.

-Tus palabras me lastiman, Amîna, -replicó Isâ sintiéndose herido por los celos-. Hablas con demasiado calor de Muhámmad, para que no te crea interesada en su defensa.

-Te equivocas -repuso la joven-. ¡Jamás de los labios del Sultán Muhámmad ha salido palabra alguna de amor, ni para mi ni para Qámar, mi hermana, que allá en Ifriquia llorará con Âixa mi ausencia, juzgándome va muerta! ¡Su amor es de Âixa, y hace bien por Alá, porque ella es como

la luna llena, y nosotras sólo somos luceros a su lado!

Brilló en los ojos del mancebo un relámpago de alegría al escuchar la ingenua declaración de la berberisca, y templando el ardor de la desconfianza, dijo:

-¡Si fuera cual supones la magnanimidad del Príncipe tu señor, no habría ciertamente buscado en los idólatras de Castilla el amparo que le negaban los muslimes, ni hubiese talado nuestras campiñas, ni asolado nuestras ciudades, ni derramado la sangre de los fieles como él lo ha hecho!

[77] Fiel.

-¿Ha hecho eso? -exclamó regocijada la esclava-. ¡Que Alá le ampare y le proteja! ¡Entonces, pronto volverá a su Granada, y yo a sus pies imploraré la piedad de su corazón para contigo, y seremos felices!

Y con rápido y voluptuoso movimiento, echó sus brazos al cuello de Isâ, estrechándole en ellos cariñosa.

Poco después, quedaba entre ambos jóvenes concertado el pacto por el cual Isâ trabajaría en favor de Muhámmad, temeroso de que Abu Saîd descubriese el paradero de Amîna, e hiciera caer sobre la cabeza del mancebo el rayo rencoroso de su cólera.

XXIX

Rodeado del amor, de que tantas y tan señaladas pruebas le tenían dadas los leales rondeños, y reconocido sin contradicción en aquel montuoso distrito, donde jamás pensó inquietarle su contrario, mientras conformándose voluntariamente con la suerte, desistía Muhámmad de todo intento para recuperar el trono por la fuerza, no sin disgusto con verdad de Ibn-ul-Jatib y del mayor número de sus partidarios, consagrábase por entero a procurar la felicidad de aquellos que le habían acogido como señor en los aciagos días de su desventura, acrecentando por tal camino la estimación y el respeto que hacia él sentían sus vasallos.

Con frecuencia, y de las diversas coras del reino, recibía noticias que le aseguraban ser muchos los que, cansados de la tiranía del Bermejo, deseaban ardientemente que

fuera el déspota castigado, y que el hijo de Iúsuf I volviese a ocupar el trono; pero en su imaginación tenía demasiado vivos Abdul'lâh los cuadros de devastación v de horrores que había presenciado durante la campaña en que le ayudó tan eficazmente el rey de Castilla, y labraban tan poderosamente en su ánimo los temores que le habían decidido a desistir de aquella empresa, cuando era quizás llegada la ocasión del triunfo, que no apetecía con verdad volver a Granada, si para ella era preciso causar daño alguno a los muslimes.

Altamente sorprendido quedaba por su parte el sanguinario Abu Saîd, después de la derrota de Pinos Puente, cuando transcurridos algunos días, y no dudando de que don Pedro y Muhámmad se aprovecharían del triunfo intentando apoderarse de la capital, veía que nassâríes y rondeños se separaban, volviendo a Castilla los primeros y a los riscos y espesuras de su sierra los segundos, sin avanzar más en su empeño, y desistiendo al parecer de él, siendo así que hasta entonces les había sido próspera la fortuna.

Sin comprender las causas de aquella resolución, y recelando que los enemigos volverían acaso en breve con mayores fuerzas para acometer a Granada, mantuvo en pie de guerra y vigilantes sus huestes, mandando a los caudillos de las fronteras que permaneciesen a la expectativa, a fin de hallarse siempre prevenidos.

Había en tanto el rey de Castilla regresado a su corte, sin haber abandonado el propósito de castigar al rey Bermejo, no ya en nombre y representación de Muhámmad, a cuyos ruegos había noblemente deferido retirándose de la vega de Granada, sino en el suyo propio y en uso de la legítima autoridad que como a señor le correspondía, por lo

Librodot

alevoso de la conducta del muslime, que tantos daños le había ocasionado, al obligarle, con la paz del aragonés, a restituir a éste lo que en la última campaña tenía conquistado.

Ni dejaba tampoco de moverle la consideración de que convenía altamente para sus intereses el traer ocupada la atención de la voluble nobleza castellana; pues aunque el conde de Trastamara y sus hermanos continuaban, allende el Pirineo, sirviendo al rey de Francia, sabía por experencia que la paz exterior para los ricos hombres y los magnates era en sus reinos ocasionada a bullicios, desórdenes y asonadas, que cedían siempre en desprestigio y daño de la corona.

Bien que sin ánimo de emular el ejemplo de sus ilustres predecesores, ni el de rescatar tampoco de la servidumbre islamita aquella fértil región de Alândalus que constituía el reino granadino, daba por tanto a sus fronteros orden de verificar, cuando lo estimasen conveniente, cabalgadas y correrías por el territorio muslime, a fin de debilitar al rey Bermejo, y obligarle a solicitar clemencia de aquel su soberano, a quien tenía por tantas causas ofendido.

Obedeciendo la consigna recibida, no mucho después de la retirada de don Pedro, concertábanse en Jaén el maestre de Calatrava, el Adelantado mayor de la frontera, el caudillo del Obispado y otros caballeros vasallos del rey, que estaban fronteros con ellos en dicho Obispado, y decidían dar comienzo a la serie de cabalgadas y rebatos en tierra de muslimes, inaugurándolo el día 14 de enero de 1362[78], fecha en la cual penetraban por la frontera, dirigiéndose desde allí seguidamente a la villa de Guadix, con ánimo de sorprenderla.

Formaban el ejército de las nassâríes como hasta mil caballos y doble número de peones; y si bien no todos iban de la mejor voluntad, por no haber sido favorables los augurios con que habían salido de los dominios castellanos, pues en las tierras de la frontera las gentes de guerra se guiaban mucho de tales señales, aunque era gran pecado, caminaron todo el día dejando a Huelma y su castillo a la izquierda, y a Hisn-ul-Laúz (Hiznalloz) a la de recha, para llegar cerca de Guadix muy de mañana, en el siguiente, sin haber encontrado en su marcha tropiezo ni inconveniente alguno.

Tenía ya noticia Abu Saîd por sus torreros de la entrada de los nassâríes; y en tanto que, guiados como adalid por el maestre de Calatrava, marchaban estos en dirección de Guadix, el granadino enviaba a dicha villa seiscientos jinetes, y eran recogidos de la comarca no menos de cuatro mil peones dentro de la población, sin contar la gente guadiceña, permaneciendo todos dentro de los muros, sin dar señales de existencia.

Confiados los castellanos, por la felicidad con que hasta allí habían hecho su camino, no dejaron de extrañar, llegados cerca de la villa, que no pareciera fuerza alguna de los mahometanos para atajarles en su marcha; y engañados por el sosiego que todo en su redor respiraba, convenían con desdichado acuerdo, dividir las campañas en dos batallas o cuerpos, la una de las cuales debía correr la tierra de Val de Alhama, en tanto que la otra permanecía en observación, esperando su regreso en las mismas posiciones en que se encontraba.

Advirtiendo los guadiceños que las tropas del maestre se dividían y apartaban de aquel modo, salían de la ciudad; y pasando el puente que les separaba de los cristianos, trabóse allí la lid, en la cual los del Bermejo llevaron la peor parte, por lo que se vieron obligados a repasar en desorden el puente, acosados por los nassâríes, quienes los acuchillaban y

[78] 17 de Rabié primera del año 763 de la Hégira.

Librodot

perseguían hasta las puertas mismas de la villa.

Sin tomar parte en la contienda, el maestre de Calatrava y el Adelantado mayor habían permanecido inmóviles con el grueso de la fuerza que les había quedado; y como notaran los de Guadix que eran pocos los cristianos que hasta allí habían osado llegar, salían en mayor número de nuevo, y caían de tropel sobre ellos, forzándoles a volver grupas, y muriendo allí algunos caballeros al pasar el puente.

Desde aquel sitio, oponiéndose al paso de los granadinos, y habiendo pedido al maestre que los socorriera, dispuso éste ayudarles; hecho lo cual, bien a disgusto de los cristianos, trabábase el combate con los del maestre, los cuales comenzaron a cejar y a desbandarse, dando por segura su perdición, conforme habían augurado los adalides, al darles cuenta de la mala señal con que salieron de la frontera.

Con esto, aflojó el ánimo de los que peleaban; y creciendo el de los muslimes, cuyo número aumentaba por momentos, hiciéronse estos dueños del campo, matando muchos caballeros y cautivando no pocos, entre quienes se contaba el mismo maestre de Calatrava, con Pero Gómez de Porres el Viejo, Ruy González de Torquemada, Sancho Pérez de Ayala, Lope Ferrández de Valbuena, y otros muchos caballeros que luego fueron conducidos a Granada.

Grande era el regocijo con que Abu Saîd recibía en su alcázar a los prisioneros, no sólo por el triunfo alcanzado sobre los nassâríes, sino también porque de aquella manera, y teniendo en su poder al maestre de Calatrava, tío de doña María de Padilla, cuya muerte ignoraba, podía conseguir del monarca de Castilla el que, apartándose de la protección que dispensaba a su odiado rival Muhámmad, le favoreciese a él, asegurándole en el trono, ya que la causa del bastardo don Enrique no parecía prosperar, como había creído hasta entonces.

Llevado de semejante propósito, y creyendo ganar por este medio la voluntad del castellano, pasados algunos días, otorgaba libertad al maestre con otros caballeros de los que con él fueron en Guadix hechos cautivos, a quienes daba joyas y ricos paños de oro, fruto de la industria granadina, con otros presentes para don Pedro; pero lejos de influir con aquella interesada determinación en la voluntad del monarca de los nassâríes, en quien la noticia del desastre de Guadix había producido muy mal efecto, acogía don Pedro al maestre con grandes muestras de disgusto, así por lo desacertado de su conducta en la cabalgada, como por haber perdido mucho de su antiguo favor en el real ánimo los parientes de la Padilla, cuya ambición tampoco se saciaba, a despecho de los inmerecidos honores de que les había colmado.

No por otras razones, y resuelto el hijo del vencedor del Salado a demostrar al rey Bermejo que no hacían mella en su justicia las dádivas y los presentes de que el maestre había sido portador, disponía sus huestes, y penetraba con ellas en territorio granadino, ya en los postreros días de la

luna de Rabié segunda[79], tomando allí a Hisn Axâr (Hiznájar), Cesna y el fuerte de Ban-ul-Muguîz, con el de Axxarra (la Sagra), y tornando a Sevilla por Córdoba. donde se le reunían el conde de Armagnac, su vasallo, el inglés Mosén Hugo de Caureley, y don Pedro de Xérica, caballero aragonés de muy ilustre prosapia, escribía desde aquella ciudad a don Pedro IV el Ceremonioso. dándole a 10 de mayo de aquel año noticia de su expedición por Granada.

[79] Fines de febrero de 1362.

Librodot

De confusión y de espanto llenaba a Abu Saîd la conducta del rey don Pedro, a quien había creído ganar con la libertad otorgada por él al maestre de Calatrava; y en tanto que saciaba su impotente cólera en los inofensivos cautivos de Guadix que aún le quedaban. el castellano volvía por segunda vez a invadir en persona los dominios islamitas, apoderándose de Albúry (El Burgo), Sajra-Hardarex (la peña de Hardarex, Ardales), Hisn Qannît (Cañete la Real), Turón y Algaraín, con gran número de fortalezas y castillos pertenecientes los unos a la cora o provincia malagueña, y los otros a la de Ronda, y que no habían reconocido el señorío de Muhámmad.

Devastadas las campiñas, taladas las vegas, arruinados los alcores, y sembrado el desconcierto por tal manera, ni Abu Saîd era poderoso para impedir que don Pedro reprodujese sus afortunadas excursiones, ni para amparar tampoco a los muslimes, entre quienes al postre se levantaba unánime clamor que llenaba con sus ecos de mortal pavura al asesino de Ismaîl, augurando su ruina.

La inesperada saña del castellano parecía a los mahometanos granadinos incomprensible, explicándosela sólo por la amistad que le unía al destronado Muhámmad, razón por la cual el descontento cundía entre ellos, no recatándose en manifestar en altas voces, aun dentro del mismo alcázar de Granada, lo que repetían en todas partes. y era que, todo aquel mal sobrevenido con la guerra, no reconocía otra causa sino el tesón con que el Bermejo pretendía seguir ocupando el trono, a despecho de Muhámmad V.

Retirado en Ronda, y doliéndose de la desdicha de los musulmanes. Abdul'lâh permanecía sin tomar parte alguna en aquellos acontecimientos que, labrando en el ánimo del pueblo, le tornaban todas las voluntades, siendo la primera ciudad que se determinaba a alzar bandera por el destronado, la hermosa ciudad de Málaga, cuyos habitantes recorrían las calles y asaltaban la alcazaba, dando muerte al alcaide, y prorrumpiendo en grandes gritos contra el tirano.

Verificábase la rebelión de Málaga al mediar de la luna de Yumâdá segunda[80] ; y si bien habían en ella influído principalmente los acontecimientos, no dejaba de tener parte en su éxito el joven Isâ bnu Iagúb-il-Jaulâní, siguiendo en esto los consejos de la bella Amîna.

Cierto era que Abu Saîd, juzgando cumplida en la africana la sentencia de muerte que en la exaltación de su cólera había dictado contra ella, no había tampoco tenido en realidad tiempo de acordarse de la joven, con lo cual los temores de Isâ quedaron por completo desvanecidos; pero empeñada la fiel amiga de Âixa en procurar por cuantos medios estuvieran a su alcance, el bien de su amado señor, resistía valerosa los impulsos de su pasión, negándose a complacer a su enamorado mientras no hubiese Muhámmad conseguido el triunfo y otorgado la libertad que le era necesaria para entregarse a los deleites de aquel amor, nacido de sus desdichas mismas.

Por esta causa, pues, había Isâ tomado muy activa participación en el levantamiento de Málaga, excitando los sentimientos populares, y la fantástica imaginación de los malagueños, con recordarles que Abu Abdil'lâh Muhámmad V, a quien ya comenzaban a apedillar Alganí Bil'lâh, o el contento con la protección de Alá, era representante de aquella dinastía fundada por el príncipe malagueño Abu-lUalid Ismaîl I, ora pintando con vivo colorido las extrañas aventuras del Sultán destronado, y ira, por último, poniendo ante sus ojos de relieve y con exageradas proporciones, las funestas consecuencias que

[80] Primeros días de abril de 1362.

Librodot

para los islamitas traía la usurpación de Abu Saîd, concitando contra ellos el odio terrible de Castilla.

Si sorprendía a Muhámmad, en medio de la tranquila vida que llevaba en Ronda, la nueva de su calurosa proclamación en Málaga, cuando había desistido de sus pretensiones, no era por cierto menor la sorpresa que recibía el rey Bermejo al tener noticia de aquella sublevación popular, que hallando eco en toda la cora malagueña, amenazaba propagarse a la de Bachana (Almería), y a la misma de Elvira (Granada), de lo cual daba claros indicios el descontento general que se leía en todos los rostros.

Recordábase en público las virtudes del destronado Príncipe, ponderando su magnanimidad y su paternal gobierno, y a la par se recordaba también las crueldades y las tiranías de Abu Saîd, las cuales, si habían satisfecho a aquellos que por interés propio le exaltaron, produjeron muy grave perturbación en los negocios públicos; y aquel clamor general, que iba poco a poco extendiéndose por todos los límites del imperio granadino, tomaba cuerpo insensiblemente, sin temer la cólera terrible del déspota, cuyas zozobras crecían, presintiendo ya cercana para él la catástrofe que sus mismos desaciertos habían preparado.

En situación tan angustiosa, volvió Abu Saîd los ojos a aquellos mismos a quienes había engrandecido; pero no es la gratitud el fruto que de sus prodigalidades reciben los tiranos, no habiendo por tanto uno solo de sus caudillos que se atreviese a defender al asesino de Ismaîl y de Qais, cuyos crímenes, en la hora del infortunio, les parecían execrables.

Lejos, muy lejos, se encontraba el conde don Enrique de Trastamara, su natural aliado, para que pudiese socorrerle, y el rey de Aragón, a quien había hecho sus pleitesías, no contestaba ahora, sordo a sus lamentos y a sus quejas, y avenido con don Pedro de Castilla.

Revolvíase, pues, el Bermejo en las solitarias estancias de la Alhambra, lleno de impotente coraje, como la fiera encarcelada, sin que hallase camino alguno para conjurar la tormenta rugiente y amenazadora que sobre su cabeza se cernía.

Allí, a su lado, no obstante, permanecía en pie. sombrío y silencioso, el único de sus amigos que le había sido fiel, el africano Idrís bnu Abi-l-Ulâ, hijo de aquel célebre guerrillero Uzmán Abu-l-Ulâ, a quien tanto debía la dinastía malagueña.

-¿Será posible, ¡oh Idrís! -exclamó Abu Saîd deteniéndose delante de su amigo, una de aquellas eternas tardes de inquietud y de soledad en que vivía-, será posible, que Alá nos haya abandonado? ... ¿Será posible que haya sonado para nosotros la hora de la ruina? Por la sagrada ley de Mahoma, si tuviera a mi lado un centenar de jinetes, como aquellos que mandaba y dirigía tu ilustre padre, yo sabría poner remedio a cuanto ocurre. ¡La sangre de los traidores inundaría las calles de Granada, aumentando el caudal del Darro, y las cabezas de los miserables que me abandonan serían sangrientas colgadas en el Alhisán, como vistoso trofeo para la ciudad entera! ¡No saben ellos ¡desdichados! que mi causa es la suya; que al ofenderme a mí, cual ahora hacen, ofenden al Islám! ¡Porque por él, por la independencia de Granada, me he negado a reconocer el señorío de Castilla sobre los muslimes de Alándalus; por él, fingiendo someterme, he procurado mantener en ese hijo de judía, que se llama don Pedro, la creencia de que era su vasallo, para poder herirle sin compasión y a mansalva, extendiendo el imperio del Islám por todas las regiones de Alándalus, que arrebataron los nassâríes en tiempos ya pasados a los siervos de Alá; por él, he fingido concertarme con harta repugnancia mía, con el cobarde bastardo

Librodot

de Trastamara, a quien serví, y que hoy me abandona, mientras mi primo Muhámmad representa la causa de los nassâríes, para perdición del Islám y de los musulmanes!

"Tú mismo -prosiguió exaltándose-, le has visto buscar afanoso la amistad de los cristianos; tú le has visto ayudarles en Murcia y en Córdoba, y humillarse ante don Pedro, como el esclavo se humilla delante de su señor"... ¡Tú le has visto después llamar en su auxilio a las gentes de Castilla, y presenciar regocijado la ruina de los muslîmes, celebrando con aquellos nefando pacto! ... ¡Y sin embargo, ahora esos musulmanes, por cuya seguridad y por cuya independencia me afano, son los mismos que se arrojan al camino de su perdición, abriendo al renegado Muhámmad las puertas de la prosperidad, que yo tenía para él cerradas! ¡Maldición sobre él!

-Cálmate, señor y dueño mío -replicó Idrís-. Si los buenos musulmanes te hubieran escuchado como yo, no hay duda que desistirían de sus reprobados intentos. Pero aún no está todo perdido: recobra el ánimo valiente con que hasta aquí has luchado; vuelve a ser el león, pero el león acosado por el enemigo, y verás cómo todos tiemblan a tu presencia, huyendo de tu enojo. ¿Por que no intentas, señor, la reconciliación con el Sultán de los nassâríes? ¡Quién sabe si, prometiéndole mayores ventajas que tu rival odiado, conseguirás apartar aplacada la tormenta!... ¿No dicen que sólo mueve a don Pedro la ambición? Pues lisonjea en él este vicio, y acaso trueques entonces en regocijo la pena que hoy te devora.

-¡Calla, calla y no prosigas, Idrís! -repuso el tirano-. ¿Quieres que imite yo el ejemplo del renegado Muhámmad, a quien Alá maldiga, y venda a los muslimes para conservar el. trono?... ¿Quieres que me humille ante el hijo de judía que llaman su rey los castellanos? ... ¡Nunca! ¡Nunca!

-Poderoso señor y soberano mío -contestó el africano, no quiero yo ni tu humillación ni la de los muslimes (¡Alá los proteja!) pero tampoco quiero tu destrucción... Piensa que implorar la clemencia de don Pedro es el único recurso que te han dejado; no lo desprecies, señor, que tiempo tienes después, con los leones de la guerra, de sacudir el yugo que ahora momentáneamente te impusieres. El maestre de Calatrava y los castellanos a quienes diste generosa libertad, te ayudarán en tu empresa ... Ten confianza en Alá, y antes de que el incendio hoy comprimido estalle en tu misma corte, y devore tu palacio; antes de que el fanatismo de los que proclaman a Muhámmad guíe sus armas contra ti, abandona tu reino, dispón tus más ricas joyas y preseas para tentar la codicia del cristiano y cegarle con ellas, y ve a la corte de don Pedro ... ¿Que más puede ocurrirte que perder el trono? ... Por ventura, ¿lo tienes hoy asegurado? ... ¿No te dice nada cuanto ocurre en tu reino? ... ¿No has oído conmigo, al recorrer de noche la ciudad, como todos murmuran de ti, y apetecen tu ruina? ... ¡Ármate de valor; y sin que nadie lo sospeche, sin que nadie pueda atajar tus pasos, estaremos en Ixbilia, (Sevilla), aquella hermosa ciudad que riega el Náhr-ul-Kabîr (el Guadalquivir), y que llenaron de encantos los siervos del Misericordioso! ¡Acaso el rey don Pedro, deslumbrado por la riqueza de tus dones y la cuantía de tus ofrecimientos, accederá a lo que de él solicites, concediéndote su amparo! ¿Puede, por dicha tuya, brindarle Muhámmad, como tú, con tan espléndidos presentes?... Si vuelves a Granada, auxiliado por los nassâríes, podrás así esperar cómodamente a que triunfe mañana la causa del conde de Trastamara, y entonces podrás también, cual ambicionas, dilatar los dominios del Islám por Alándalus. Volverán a poder de los muslimes Córdoba, la antigua Córdoba, asiento de los Califas, ennoblecida por el excelso Abdurrahmán III, a quien Alá haya perdonado; Yaîân (Jaén) y todo su distrito, en el que

aún te queda alguna parte; la misma Ixbilia, y luego, más adelante, Tuláitulah (Toledo), Valencia, Murcia y Saracosta (Zaragoza). Mira el porvenir que te aguarda ... No vaciles ¡oh Príncipe mío! ¡Vas en pos de la gloria, y mañana tu nombre será bendito de todos los muslimes, como serás tú uno de los hijos predilectos de Alá el Excelso en el Paraíso!

Honda fue la impresión que en el combatido espíritu del rey Bermejo produjeron las entusiastas palabras del africano; y tentado por la codicia y por la sed de gloria que le prometían las quiméricas empresas soñadas por Idrís, no sin larga lucha cedía al postre a los consejos de éste, convencido de que, por el pronto, no había para él remedio, sino era con la protección del Sultán de Castilla.

Recogidas cuantas joyas, dineros y piezas de riquísimos paños de oro existían de antiguos tiempos atesorados en el alcázar de los Bani Nassâres, y allegado en hermosas doblas y addinares todo el caudal del tesoro público, tomaba de allí a pocos días Abu Saîd el camino de la corte del rey don Pedro, seguido de Idrís Abu-l-Ulâ y de algunos otros fieles partidarios, tras de quienes iban, conduciendo los bagajes, dromedarios y mulas conducidos por esclavos.

XXX

Tan sigilosa había sido la marcha de Abu Saîd, verificada el 24 de la luna de Yumâdá segunda[81], que nadie tuvo conocimiento de ella hasta el día siguiente, en que algunos grupos, amotinados, se presentaban en actitud hostil a las puertas de la almedina, pidiendo a grandes voces la destitución del tirano.

Figuraba a la cabeza de aquellos grupos, distinguiéndose por su talante, el joven Isâ bnu Iaqûb-il-Jaulâní, ahora decidido partidario de Muhámmad; y cuando el arraís de la guardia de la fortaleza marchó a poner en conocimiento del Sultán Bermejo lo que ocurría, halló, lleno de sobresalto, desierta la cámara del Príncipe, a quien en balde buscó por todo el alcázar, interrogando a los servidores.

Con esto, la actitud amenazadora de las turbas, y la circunstancia de hallarse en Málaga el destronado Abdul'lâh, donde había sido nuevamente reconocido Amir de los muslimes, aumentóse el desconcierto entre las tropas que guarnecían la almedina, y creció el motín, tomando proporciones verdaderamente formidables.

En tanto, encubriendo su persona, y haciéndose pasar en todas partes por comerciante, cruzaba Abu Saîd el territorio granadino, convenciéndose por sí propio de la poca simpatía de que gozaba entre los musulmanes, a quienes había causado tanto daño su ambición insaciable.

En Loja, en Archidona y Antequera, hasta salir del reino, conservó Abu Saîd las apariencias de mercader, sin infundir sospechas; pero al trasponer la frontera e internarse por Baena en los dominios del rey don Pedro, dióse a conocer como Sultán de Granada, con lo cual consiguió hacer sin obstáculos su camino.

A la caída de la tarde del día 26, llegaba fatigado a Alcalá de Guadaira, ya cerca de Sevilla; y deseando penetrar en la corte del castellano a hora más conveniente, deteníase allí toda la noche, hospedándose en el humilde hogar de un campesino.

[81] 20 de abril de 1362.

Librodot

El tiempo estaba hermoso; la luna brillaba ya en el horizonte, limpia y serena, y la apacible brisa de la tarde agitaba juguetona las ramas de los árboles, embalsamada con el aroma de los naranjos y de los limoneros en flor.

Esbelta y arrogante, sobre una elevación a cuyos pies corría tranquilo y sosegado el cristalino Guadaira, erguíase aún allí la fortaleza que habían en otro tiempo construido los muslimes, y ahora permanecía cautiva de los cristianos; y al contemplar el aspecto pintoresco de la población, la situación de la fortaleza, cuyos muros rojizos se destacaban sobre frondosas arboledas, mirándose en las aguas de aquel río de márgenes cubiertas con exuberancias de mimbres y espadañas, hondo suspiro se exhaló del pecho de Abu Saîd, recordando a Granada.

-¡Mañana, si Alá quiere -exclamó dirigiéndose a Idrís-, mañana entraremos en Ixbilia! ¡Grande es la pena que conmigo llevo, y no puedo ocultarte que, al recorrer estos lugares en que imperan los idólatras, más de una vez me he acordado de Muhámmad, comparando su suerte con la mía! ¿Cuál será el recibimiento que me hará el Sultán de Castilla? Dicen que su presencia inspira miedo, y. por Alá te juro que, aunque nunca temblé delante de hombre alguno, no sé qué extraño temor se apodera de mí en estos momentos.

-¿Qué temes de don Pedro? -replicó Idrís-. ¿No vas a dejar en sus manos tus tesoros? ... Con lo que vale cuanto contigo llevas, bien podría comprarse un reino más poderoso que Castilla. No tiembles, pues, y piensa en la envidiable suerte que te tiene reservada el destino, si consigues, como espero, volver a Granada. ¿Te humilla, acaso, el implorar, señor la protección de los nassâríes? Pues, ¿no imploraron ellos del grande Abdurrahmán III igual apoyo para reponer en el trono a Sanchol el Craso? No lo dudes:

¡La misericordia de Alá es infinita, y Alá no puede abandonarte cuando vienes en servicio suyo!

-¡Quién sabe! -dijo Abu Saîd, pensativo, respondiendo al cabo de una pausa-. ; Cúmplase la voluntad del Omnipotente! ¡Sólo Alá, el Excelso, conoce los destinos futuros de las criaturas! ¡Nadie, fuera de Él, sabe en qué lugar de la tierra ha de morir el hombre! ¡Alá sea en mi amparo!

Cerró la noche, y mientras que Idrís y los demás caballeros preparaban todas las cosas necesarias para entrar en Sevilla con la ostentación y el aparato debidos, en vano el Bermejo buscaba el reposo e invocaba el sueño.

Ante su excitada imaginación aparecían extrañas y siniestras fantasías; y presa de horrible pesadilla, veía, allá en el caos incomprensible de sombras y de nubes que se había formado en su cerebro, alzarse ensangrentada la figura de Ismaîl. que le miraba amenazadora, lanzando sobre él la maldición eterna; y Qais, y todos aquellos a quienes había a su ambición, a su crueldad y a su tiranía sacrificado, se presentaban ahora como espantosa falanje ante sus ojos asombrados, para maldecirle v anonadarle.

Luego, veía el puente de assirât tendido a su presencia. En el extremo opuesto, un ángel de blancas y grandes alas y sonriente faz, parecía aguardarle, invitándole a que pasara; pero el puente era largo, estrecho y fino como un cabello, y a los lados y debajo de él se abría el abismo, en cuyo fondo sin límites resplandecían aterradoras las llamas perennales del yahánnam.

Málak-ul-maút, el ángel siniestro de la muerte, negro y amenazador, se hallaba a su lado impulsándole; y aunque él resistía con todas sus fuerzas, le obligaba a poner el pie sobre el assirât. Entonces, retumbando en sus oídos las maldiciones de todas sus víctimas,

Librodot

que le rodeaban vagando en el espacio, con paso trémulo y vacilante comenzó a andar, y cayó precipitado al abismo.

La conmoción fue tan grande, que Abu Saîd abrió los ojos despavorido, dirigiendo miradas espantadas en torno del aposento en que se hallaba.

El sol brillaba ya en el espacio, y saltando del lecho, vistióse apresurado el lujoso traje de ceremonia con que debía hacer su entrada en Sevilla, y cuyas piezas tenía delante sobre un taburete.

Después, bajo la influencia todavía del terrible ensueño en que tanto había padecido, sin dar a conocer a nadie sus temores, montaba a caballo y salía de Alcalá de Guadaira sombrío y silencioso.

Poco más tarde, al descender una cuesta para bajar al llano, tropezaba uno de los caballos de la escolta, y lanzando al jinete de la silla, quebraba la lanza de éste sobre el suelo.

Mal presagio era para el granadino aquel accidente; y encadenándole y relacionándole con la pesadilla de la noche, extendióse por el rostro del rey Bermejo la niebla tenebrosa que envolvía su espíritu, y sin apartar los ojos de la tierra, ni pronunciar palabra, siguió caminando en dirección de Sevilla.

Al cabo de cerca de tres cuartos de hora, daba vista la lucida cabalgata a la hermosa ciudad del Náhr-ul-Kabîr, la sultana de Alándalus, cuyas mil torres se destacaban bizarramente sobre el fondo verdegueante de la feraz campiña que la cerca, y entre todas ellas, derecha como la palma del desierto, alta como los picos nevados de Yabal-ux-Xulair, con su cúpula de brillantes reflejos de oro y sus tres manzanas doradas por remate, se levantaba la Giralda, apareciendo por bajo de ella las dentelladas almenas que coronaban los muros de la antigua Mezquita Alyâmí, convertida en Catedral por San Fernando.

-Señor -exclamó entonces Idrís bnu Abi-l-Ulâ adelantándose hasta emparejar con el Bermejo-, cerca, muy cerca está ya la encantadora Ixbilia... ¡Mirá cómo brilla, herida por los rayos del sol, la cúpula de oro del alminar

de la Mezquita Alyâmí! ¡Señor, si me lo permitieras, me atrevería a decirte compusieses el rostro, que tan sombrío llevas!

No replicó palabra el Bermejo; pero deteniendo su cabalgadura, apeábase en un altozano, desde el cual se dominaba la antigua corte de los Abbâadíes, y prosternándose allí, levantaba al cielo los ojos, de los que brotaron dos lágrimas.

-,Lloras, señor? -preguntóle Idrís.

-¡Sí! ¡Lloro! -dijo al cabo de un momento el granadino-. ¡Lloro, y mi llanto no es de temor, Idrís! ¡Lloro, porque al contemplar tanta hermosura, al distinguir desde este sitio el Náhr-ul-Kabîr, que parece una espada bruñida, comprendo cuán grande debe ser el crimen cometido por los musulmanes, cuando el clemente Alá ha consentido que esta joya resplandeciente sea cautiva de los nassâríes! ¡Sólo Granada, la Damasco del Mágrib, puede comparársele en belleza; pero ni el Darro ni el Genil valen reunidos lo que ese río, cuyo caudal aumentan!

-Pero marchemos -prosiguió reponiéndose y montando de nuevo-. ¡Quiera el Excelso Alá que un día pueda Ixbilia volver al regazo del Islám, para no separarse de él ya nunca!

Y poniéndose en marcha la comitiva, llegaba en breve a las puertas de la ciudad, por entre cuyas estrechas calles penetraba, en medio del asombro de los sevillanos.

Exagerada y abultada por extremo, había aquella mañana circulado por Sevilla la

Librodot

noticia de que un ejército de muslimes iba sobre la ciudad; y menestrales y soldados, mujeres y pecheros, niños y ancianos, todos habían corrido a la muralla, contemplando desde el adarve la comitiva, que avanzaba por el camino de Alcalá en actitud que nada tenía de belicosa.

Por esta causa pues, mientras se desvanecían los harto infundados temores de los sevillanos, y terminaban las disputas entre ellos suscitadas por aquel inacostumbrado acontecimiento, había acudido muchedumbre de gentes a las puertas de la ciudad, esperando ansiosa la presencia de los musulmanes, y dando ocasión con esto a que el Bermejo y los suyos desfilaran en silencio por entre los grupos de curiosos, agolpados a su entrada, en disposición de ánimo un tanto equívoca por cierto.

No sólo por el mensaje que desde Alcalá de Guadaira había la noche anterior enviado con uno de sus jinetes el Prior de San Juan, quien, desde la villa de Baena, donde estaba por frontero, iban acompañando al granadino, sino por el bullir de la gente en toda la ciudad, y especialmente en las inmediaciones del alcázar, tenía conocimiento el rey don Pedro de la llegada de Abu Saîd a la corte del poderoso reino castellano.

Harto sentía el monarca que las obras ejecutadas por su orden en el alcázar estuvieran aún bastante atrasadas, impidiéndole, por tanto, ofrecerse a los ojos del rey Bermejo con aquel aspecto de severa majestad que tan de su agrado era; y bien que no reunía las condiciones apetecibles, ni en suntuosidad ni en proporciones, sentado en el trono aguardaba la llegada de Abu Saîd en el Salón a que después dieron nombre de Justîcia, rodeado de ricohomes, prelados, caballeros y señores de su corte.

Hallábase el Salón colgado de hermosos paños de oro, que dejaban al descubierto la labrada yesería de la parte superior de los muros, obra de artífices mudéjares, y por entre el calado de la alta fenestra, donde se leía en caracteres cúficos dos veces repetida la palabra felîcidad, penetraba la espléndida luz del sol que, resbalando por los muros, daba peregrina entonación y relieve a las labores de yesería.

Frente a frente del trono real, se abría un arco angrelado que daba paso a otra habitación entrelarga y más espaciosa, puesta en comunicación con el llamado Palacio del Yeso, y guarnecida de ventanales que recibían luz del Patîo de la Montería, y hacía oficio de antesala.

Llena estaba de caballeros y de hidalgos, quienes al tener noticia de la entrada del rey Bermejo, salían en gallardos corceles a recibirle, encontrándole ya muy cerca de la inmediata alyâmí de los judíos.

En esta forma, escoltado por los servidores del rey, el Prior de San Juan y el populacho, llegaba al recinto amurallado del alcázar Abu Saîd, penetrando en el Patio de la Montería, y descabalgando allí con los caballeros granadinos que le acompañaban, y los cristianos que con él venían.

Latíale vivamente el corazón a Abu Saîd al pisar el marmóreo pavimento, y al verse en aquella forma rodeado de tantas gentes, pensando en el recibimiento que le haría el Sultán de los nassâríes; pero puesto en el trance, atravesó sin vacilar y tranquilo en apariencia por entre los magnates y los hidalgos, que se abrieron en dos filas respetuosamente a su presencia, entrando por fin en el Salón, donde le aguardaba el castellano.

El aspecto que el Salón presentaba, era en realidad imponente.

Sentado en alto sitial blasonado, a cuyo pie se mantenían derechos dos maceros, vestidas las férreas cotas y las fuertes mazas levantadas, hallábase don Pedro. severo y majestuoso, envuelto en los pliegues de anchuroso manto de fino veludillo de seda,

Librodot

forrado de armiño, que le cubría los pies, llegando hasta las gradas del trono.

A uno y otro lado, y en pos de los reyes de armas, ricamente vestidos, aparecían en dos alas los principales caballeros, severos también, como lo estaba el príncipe, y con grave y respetuoso continente.

Al trasponer Abu Saîd el arco, detúvose suspenso; y fijando en el semblante impasible de don Pedro sus miradas, hacíale allí gran reverencia en silencio, mientras penetraban Idrís bnu Abi-l-Ulâ y los esclavos, quienes en bandejas de oro llevaban las joyas todas que el granadino había sacado de su alcázar.

Pedida la competente venia, adelantábase Idrís, y prosternándose a los pies del trono, tomaba en nombre de su señor la palabra, expresándose en los siguientes términos, y hablando el lenguaje cristianego:

-¡Oh tú, el muy alto, el muy poderoso, el excelso, el egregio, el justo, el sabio, el valeroso, el magnánimo y conqueridor don Pedro, Sultán de Castilla! ¡Glorificado sea tu imperio, y colmada veas de felicidad tu vida, que Alá prolongue y perpetúe! Señor: el muy alto, el muy poderoso, el puro, el guerrero y último límite de la conducta justa entre lo fieles, Abu Abdil'lâh Muhámmad, mi señor y dueño el Sultán de Granada, que aquí está delante de la tu merced, conoce e sabe, así Alá (¡Ensalzado sea!) le proteja, que los Sultanes de Granada, de donde él viene, son e fueron siempre vasallos de lo Sultanes de Castilla, de donde tú, señor, vienes, cada vez que han treguas entre sí nassâríes e muslimes, e dieron parias e presentes muy grandes en señal y reconoscimiento del señorío de lo Sultanes de Castilla, e les tuvieron siempre por señores en todos sus fecho. E mientra aceptas en muestra y señal de vasallaje las parias e lo presentes que aquí te ofrece mi señor, reconociendo e confiando con toda su grande voluntad el tu señorío sobre el su reino e sobre la su persona, por ende, tiene mi señor el Sultán, que pues él ha pleito con Muhámmad, Sultán que se llama de Granada, e tú eres su señor, tú debes ser juez deste fecho, e por ende viene a la tu merced. E éste Sultán de Granada, que está delante de la tu merced, ha pleyto con el dicho Muhámmad, porque usa mal contra lo muslimes del regno de Granada, por lo qual todos le aborrescieron e le quieren grand mal, e todo tomaron a mi señor, el Sultán que está delante de la tu merced, por su Amir e su señor, ca viene de linaje de Sultanes, e lo debe ser. E señor: quanto a la guerra que el dicho Muhámmad le podríe facer, él no la temería; empero no puede defenderse de ti, que eres su rey e su señor, a cuya obediencia él debe estar. E para esto ovo su consejo conmigo, Idrís bnu Abil-Ulâ, que aquí estó con él delante la tu merced, e otrosí con muchos caballeros musulmanes de la corte de Granada, de quienes se fía, e quieren la honra e servicio de la casa de Granada, cómo faría, o cómo debia facer en tal priesa como ésta; e todo le consejaron que se viniese poner en la tu merced e en tu poder: e su acuerdo dél, e todo lo que con él vienen, es poner todo sus fechos e contiendas que ha con el dicho Muhámmad por el reino de Granada, en la tu mano e en el tu juicio. E por ende, señor, en la tu merced es él, e todo los que aquí vienen con él: e muestra, señor, en esto agora tu grandeza, e la nobleza de la corona de Castilla, e ten piedad dél, que se pone en la tu misericordia, e ayúdale en su derecho: ¡así Alá te ayude y te proteja, e acresciente la tu pró, e perpetúe la tu gloria!

Escuchó don Pedro en silencio la larga plática que en algarabía había Idrís pronunciado: y valiéndose no obstante del mutáryim, así contestó a la demanda del granadino:

-Plácenos, señor don Idrís, grandemente de la venida del vuestro señor a nos e a la

Librodot

nuestra merced e autoridad, otrosí del reconoscimiento que por ende face del nuestro señorío sobre las coas e los fecho del regno de Granada; cá grande era la dubda que no habiemo en ello, por lo fecho que el vuestro señor tenía fechos contra no, quando la guerra con el Aragón, ya fenescida. E pues viene a la nuestra merced, no somos contento, e no pondremos mano en el pleyto que con Muhámmad, que es otrosí vasallo nuestro, trae, e entendemos tener sobre ello tales maneras cómo se libre bien e prontamente e conforme a razón a derecho, que es lo que de no se reclama.

Tradujo el mutáryim las palabras del castellano a Idrís, y entonces éste replicó por el mismo conducto:

-Si es la su merced del Sultán de Castilla (;prolongue Alá su permanencia en la tierra!) tomar este pleyto en la su mano, fará en ello obra de rey e de príncipe muy grande piadoso, e él la puede muy bien librar entre el dicho Muhámmad, que se llama Sultán de Granada, e éste mi señor e dueño soberano, que a la su merced es venido. E si la su voluntad fuere en otra guisa, sea la su merced de poner al Sultán mi señor, que aquí está delante de la su merced, e a lo que con él vienen, allén la mar, en tierra de muslimes.

Informado el rey de las razones de Idrís bnu Abi-l-Ulâ.

-Nos faremos justicia -dijo-- en el pleyto que somete el rey Bermejo a la nuestra autoridad como vasallo. Que sea por ende seguro de que ansí faremos.

Al oír tal declaración, Abu Saîd, Idrís, y los demás caballeros granadinos, mostráronse satisfechos y alegres; y haciendo a la par una gran reverencia, exclamaron:

-Alá ¡oh magnánimo señor nuestro! ¡Prolongue benigno tus días y perpetúe tu felicidad! Porque en esta confianza de que farás justicia, como tienes fama, a la demanda sobre nuestros fechos, somos a ti venidos, y todos esperamos en la tu merced el alivio a nuestros males, e los de los muslimes del regno de Granada... ¡Que Alá, el alto, te ilumine, señor y dueño nuestro, y bendiga tu espíritu, para que puedas juzgar derechamente! ¡Que la paz de Alá sea contigo!

Alzóse con esto el rey del trono, dando por terminado el acto, y en tanto que tornaban los granadinos a hacerle grande y respetuosa reverencia, dispuso don Pedro fueran Abu Saîd y los suyos convenientemente aposentados en la cercana judería, ocupando en ella las casas que habían sido de su almoxarife y tesorero mayor Simuel-Ha-Leví, ya difunto.

Hubo el rey después reunido su consejo, y expuesta allí la demanda de Abu Saîd, tras de larga discusión y diversos pareceres, era, en definitiva por voto unánime, condenado a muerte, con los caballeros, sus partidarios, que le acompañaban.

Y con efecto: la justicia, escarnecida y vilipendiada por el antiguo cómplice de la sultana Sitti Máriam, por el asesino implacable de Ismaîl y de Qais, por el usurpador del trono y del señorío de Granada, reclamaban en verdad el castigo inmediato del criminal, sólo por estas causas; mas no se habría seguramente don Pedro determinado a ello, si no militasen otras razones de poderosa eficacia, las cuales no podían ser en manera alguna dadas al olvido.

Constituídos los Sultanes de Granada desde los días de Abu Abdil'lâh Muhámmad I, el fundador de la dinastía de los Aláhmares, en vasallos de Castilla, por el temor legítimo que la triunfante espada de Fernando III el Santo les infundía, no sólo, cual había acontecido con Muhámmad I Algâlib Bil'lâh, debían concurrir con los otros señores y caballeros vasallos del rey de Castilla cuando éste fuera en hueste contra sus enemigos, razón por la cual el referido Príncipe granadino tomó parte tan principal en el feliz rescate de Sevilla (1248), sino que se hallaban obligados a concurrir también a las Cortes que

Librodot

Castilla celebrase, apareciendo sus nombres entre los de los confirmantes en muchos documentos y privilegios de aquel tiempo.

Bajo tal concepto pues, y equiparados los Sultanes granadinos, para los efectos legales, a los que tenían ciudades, castillos o fortalezas por el rey, el rey debía ser, y era en realidad, señor soberano de sus vidas y de sus haciendas, puntos todos ellos que, maduramente quilatados en el consejo celebrado por don Pedro a consecuencia de la demanda del rey Bermejo. no fueron puestos por nadie en duda, tanto más cuanto que Algâlîb Bil'lâh había sido armado caballero a la usanza cristiana por el mismo Fernando III, de quien recibía tal merced con el blasón ostentado por los BeniNassares.

Las prescripciones, por otra parte, contenidas en las leyes de Partida que, desde el famoso Ordenamîento de Alcalá (1348), habían adquirido entre los nassâríes fuerza y valor legales, claramente determinaban lo que en caso tal debía hacerse para desagravio de la justicia; y considerando que Abu Saîd, al rebelarse contra su legítimo señor el Sultán Muhámmad V, su primo, se había rebelado también contra el soberano de Castilla, pues aquél era sólo vasallo y feudatario de su corona; considerando que para conseguir el Bermejo su exaltación al trono había cometido grandes crímenes en las personas y en las cosas; considerando a más que había hecho pacto y alianza con los enemigos del castellano, poniendo a éste en el trance de firmar las paces con el monarca de Aragón en condiciones nada ventajosas para Castilla, la sentencia de muerte que contra el dicho Abu Saîd dictaba, de acuerdo con los de su consejo el rey, no era sino muy conforme a la razón y a la justicia, una y otra invocadas ahora por el Bermejo, cuando se veía odiado de los granadinos, y sin fuerzas para resistir a Muhámmad V.

XXXI

BIEN ajeno por cierto se hallaba Abu Saîd de que el rey don Pedro llevase a tal extremo su rigor para con él, después de los presentes que le había ofrecido. Desconociendo sin duda las leyes castellanas y la obligación que como vasallo tenía, y juzgando haber deslumbrado al de Castilla con el aparato de joyas y riquezas que había a sus ojos presentado, confiaba en que muy pronto había de volver a Granada triunfante de su rival, o que por lo menos podría pasar a Ifriquia, donde acabaría sus días al servicio del Sultán de los Bani Marines.

Pero Alá, en sus altos designios, lo había dispuesto de otro modo.

-Grande es -decía Abu Saîd, conversando con su leal amigo y confidente Abu-l-Ulâ-Ja majestad del Sultán de los nassâríes, y por Alá y su santa ley te juro ¡oh Idrís! que no pensé nunca que mi corazón temblase como ha temblado a la presencia de don Pedro!... ¿Crees tú -prosiguió- que las dádivas podrán influir en él para que nos dé su auxilio?...

-¡Oh señor mío! -replicó el africano-. Aunque las palabras con que te ha recibido han sido de templanza y de paz, y aunque los dones que le has presentado son de valía, por mi cabeza y la de mis hijos, que temo que su justicia sea tan severa como lo es su rostro.

-Y ¿en qué te fundas, para pensar de tal suerte?...

-Señor: su respuesta no ha sido tan explícita como yo la esperaba... ¡O no es éste el

Librodot

don Pedro que te pintó el conde de Trastamara. o la pintura no era fiel, así Alá me salve! ... ¿A que negarlo?... Tú, señor, le causaste grave mal con tu alianza con sus hermanos los bastardos, y quizás no olvide que ahora él es el más fuerte... ¡Pobre de ti y de nosotros, si tal sucediera!

-Pues ¿que sospechas?...

-¡Quién sabe, señor!... ¡Sólo Alá conoce lo que se oculta en las entrañas de los hombres!...

-Si así fuera... -dijo Abu Saîd, quedando pensativo-. Pero no -repuso-, no puede ser... La hospitalidad es sagrada, y el rey don Pedro no puede faltar a ella.

-Acaso, señor, digas verdad ... ; pero tú te has presentado al Sultán de los nassâríes como su vasallo, y el señor, ya lo sabes, es dueño de la vida de sus súbditos -contestó Idrís gravemente.

-¡Oh! ¡Eso lo veremos! -exclamó el Bermejo, cuyo semblante palideció de cólera.

-Somos los más débiles, y sucumbiremos -se contentó con replicar Idrís.

-Lúgubre estás, ¡oh Abu-l-Ulâl, y no veo por fortuna señales de que tus tristes vaticinios hayan ¡por Alá! de cumplirse -repuso Abu Saîd, tratando de recobrarse del mal efecto que le producían las palabras de su amigo.

-¡Quiéralo Alá' -replicó el africano.

La sombría actitud de su confidente y leal partidario, cuyas palabras fatídicas aumentaban las sospechas que en vano procuraba el Bermejo alejar de su espíritu, no dejaron de afectar al Príncipe, quien, recogiéndose, guardó de allí adelante silencio, sin que volviese a hablar con Idrís, ni con ninguno de los granadinos que componían su cortejo.

Entre tanto, había seguido avanzando el día, y cuando cayó la tarde, después de hecha la oración de almágrîb, Abu Saîd se sentó a la mesa, acompañado de los suyos, que le servían.

Sin que ninguno fuera osado a romper el silencio que obstinadamente guardaba el Príncipe, hallábanse en esta disposición los granadinos, cuando, inesperadamente, se oyó ruido en las antecámaras, apareciendo a poco en el dintel de la puerta de aquella estancia, seguidos de algunos hombres de armas, el Maestre de Santiago, don Garci Alvarez de Toledo, y Martín López de Córdoba, Camarero del rey don Pedro y su Repostero mayor, quienes traían el rostro demudado.

Alzóse Abu Saîd de su asiento para recibirles, y aunque no sin sobresalto; invitábales a pasar adelante: pero avanzando entre todos Martín López de Córdoba, ponía mano sobre el Bermejo, exclamando:

-En nombre de mi señor el rey don Pedro, daos a prisión, Abu Saîd.

-¡Cómo! -dijo éste asombrado, retrocediendo con mortal estupor.

-¡Estaba escrito! -interrumpió Idrís levantándose a su vez, y corriendo al lado de su señor, decidido.

-El muy alto y poderoso rey de Castilla y de León, vuestro señor y el mío, oída la demanda que ante él hoy habéis presentado, manda que vos y los vuestros seáis hoy mismo constituidos en prisión. sin' más tardanza.

-¡En prisión! ... ¡Jamás!... -exclamó Abu Saîd, de quien ya se había apoderado la cólera-. ¡Di tú, miserable, que osas poner la mano sobre mí -añadió desasiéndose por un esfuerzo-, dí a tu rey y señor, de quien nunca

¡Alá es testigo! esperé semejante alevosía, que Abu Saîd, el Sultán de Granada, no se

Librodot

entrega! ... ¿Son éstas, por ventura, las leyes de la hospitalidad entre vosotros los nassâríes?.. .

Y mientras pronunciaba estas palabras, daba al aire su acero, imitándole todos los musulmanes, ya agrupados en torno suyo y dispuestos a defenderse.

-Toda resistencia es inútil, señor -replicó Martín López sin inmutarse por la actitud del Bermejo y de los suyos, y dejando paso a los hombres de armas, que penetraron silenciosos en el aposento.

-¡Inútil! ¡Acercaos, judíos, hijos de judíos! ... ¡Acercaos, y veréis de qué modo mueren los siervos del Misericordioso! -rugió Abu Saîd, lanzándose sobre el Repostero del rey.

Éste había ya por su parte desenvainado la espada, y los ballesteros del rey adelantaron hacia el grupo que formaban sañudos los muslimes.

Entonces se trabó horrible combate que duró breve tiempo; pues vencido el Bermejo, y con él algunos de los suyos, era conducido aquella noche misma del 28 de Yumâdâ segunda[82] a las Atarazanas, y encerrado allí en oscuro calabozo.

La mayor parte de los granadinos, y entre ellos el afrîcano Idrís Abu-l-Ulâ, habían muerto en la lucha, y sus cadáveres ensangrentados manchaban el pavimento de la estancia, donde quedaban abandonados

……

Dos días más tarde era notificada al rey Bermejo la sentencia del monarca de Castilla, por la cual se le condenaba a muerte como traidor y como asesino; y al escuchar Abu Saîd los cargos que en aquel documento se le hacían, no pudo contenerse, y prorrumpió en grandes imprecaciones contra don Pedro. Pero su voz, resonando lúgubremente, se perdió en la soledad de la prisión en que se hallaba, y fueron inútiles cuantas quejas y lamentos, salieron de sus labios.

El aspecto que presentaba Sevilla, al siguiente día, 27 de abril[83] era en verdad grandioso.

Muchedumbre de gentes se agolpaba en torno de las Atarazanas desde bien temprano, y por el camino de Tablada se veía circular, cual si fuese a asistir a alguna romería, multitud de menestrales, peones y caballeros, dando con esto señales de que se preparaba acontecirniento de importancia, del cual querían sin duda disfrutar los sevillanos.

A las doce del día, seguido de los principales dignatarios de su corte, salía el rey don Pedro del alcázar, y tomaba la dirección del campo de Tablada, entre los grupos de curiosos, mientras eran sacados de su prisión el rey Bermejo y los pocos caballeros granadinos que habían sobrevivido, siendo conducidos entre ballesteros y hombres de armas al sitio donde se encaminaba la gente en son de fiesta.

Iba Abu Saîd completamente demudado; y aunque se esforzaba por aparecer sereno e indiferente, leíase en su rostro como en un libro lo que en su corazón pasaba.

A su lado, procurando consolarle, caminaba triste y cabizbajo el Maestre de Calatrava, Diego García de Padilla, y detrás seguían, montados como el Bermejo, los demás granadinos, sombríos y ceñudos, como aquellos a quienes no se les ocultaba la suerte que

[82] 24 de abril de 1362.
[83] 2 de la luna de Ráyab de 763 de la H.

Librodot

les estaba reservada.

En esta disposición, llegaron a Tablada, a donde ya el rey don Pedro les había precedido, y donde se había levantado un cadalso; y al ver Abu Saîd al rey de Castilla, que permanecía severo e impasible, exclamó sin poder contenerse:

-Así ¡oh Sultán de los nassâríes! ¡Así cumples las leyes de la hospitalidad! ¡Yo vine a ti fiado en la tu merced y en la tu misericordia, y tú me das la muerte! ¡Alá lo ha dispuesto! ¡Cúmplase su voluntad! ¡Que Alá te perdone, pues yo no puedo perdonarte la alevosía con que procedes, ca mala caballería faces hoy conmigo ciertamente!

No contestó palabra el castellano; y descabalgando Abu Said, a una indicación del Escribano real y del jefe de los ballesteros, subió con ambos al cadalso, donde fue decapido con los demás muslimes, mientras la muchedumbre contemplaba atónita aquel sangriento espectáculo, y el pregonero gritaba:

-¡Esta justicia manda facer el rey, nuestro señor, en estos traydores, que fueron en la muerte del rey Ismaîl, su rey e su señor, que fueron desleales a su rey e su señor Muhámmad, e que movieron guerra a su rey e su señor don Pedro!

……..

Cuando la noticia de todos estos sucesos llegó a Abdul'lâh, no pudo éste contener las lágrimas, al considerar lo duro del castigo impuesto por don Pedro a su primo y su enemigo más encarnizado, pidiendo a Alá ferviente que en el día del juicio perdonase al rey Bermejo todas sus culpas, y le diese entrada en el Paraíso; ¡pero Alá no preservó su espíritu, y Xaitán vagó con él de valle en valle, pues no dejó loores en la boca de los hombres, ni compasión en sus corazones tampoco!

Desde Málaga, donde Muhámmad se encontraba, tomó el camino de la corte granadina, acompañado de muchas compañías, del clamoreo del pueblo, y de casi toda la gente principal de aquella ciudad que quería más honrarle, y presenciar su entrada en la hermosa Granada.

Ya en ella se sabía la trágica muerte del asesino de IsmaîI y al tener conocimiento de que, cumpliendo así todos los votos, Muhámmad se aproximaba, salían a recibirle los granadinos con demostraciones no interrumpidas de entusiasmo.

"El júbilo más puro embargaba el ánimo de todos los ciudadanos -dicen las historias-, y en el Zacatín, -en Bâb-ur- Rambla, en las angostas calles del Albaicín, veíanse grupos de soldados, de artesanos, de personas de todas clases y condiciones, que se daban mutuamente la enhorabuena por el regreso del rey legítimo, y hasta los partidarios mismos del usurpador, temerosos de mayores desventuras, le besaron las enanos en señal de sumisión".

Venía Muhámmad sobre un poderoso potro cordobes de fina estampa y elegantes movimientos, y que braceaba con tal gallardía, levantando acompasadamente la cabeza, que no parecía sino orgulloso de llevar sobre sí, al termino dichoso de todas sus desdichas, a aquel egregio Príncipe, a quien debió Granada los días más esplendorosos de su existencia; a su lado, conmovida profundamente, y derramando lágrimas silenciosas de regocijo, sobre una haca blanca marchaba Âixa, rebujada en el solhám que la cubría, y dejando adivinar a través del velo que ocultaba la parte principal del rostro, las perfecciones de aquel semblante que no sin razón los poetas comparaban a la luna llena; detrás, conmovido también, como lo iba el Sultán, caminaba el fiel y valeroso Lisán-ud-

Librodot

Dín, llevando a su derecha al alcaide de Ronda y a su izquierda al de Málaga, siguiendo en pos, mezclados, caballeros rondeños y malagueños en vistoso grupo, sucediendo luego los granadinos, y las fuerzas que acompañaban a Abdul'lâh y que cerraban el cortejo.

De todas partes, al paso de la comitiva por la larga y estrecha calle de Elvira, resonaban las albólbolas y los lelilíes con las mujeres, detrás de las celosías de los edificios y en las azoteas de las casas, aclamaban al Sultán, dándole la bienvenida, mientras en la calle, apostados entre los muros de las viviendas, los hombres repetían entusiasmados las aclamaciones, con la esperanza de recobrar la paz perdida, y el deseo de obtener el perdón de las pasadas culpas.

Cuando Muhámmad, trasponiendo la Bâb-ux-Xaríah o Puerta de Justicia, donde tantas veces la había administrado en otros tiempos, se halló en su alcázar, aquel alcázar con que tantas veces soñó en su destierro, y donde al cabo, y por designio de Alá, había al lado de Âixa gozado tantas y tan dulces alegrías; cuando volvió a ocupar otra vez aquel trono, por el que tanto había suspirado, tornó los ojos lleno de gratitud al Omnipotente Alá, y cayó de rodillas bendiciéndole.

Terminadas las ceremonias públicas, en aquella misma cámara, donde años antes había el Amir celebrado tantas fiestas en honor de su adorada, donde lucieron su ingenio Lisán-ud-Dín, Riduán, Ibn Zímriq, y otros no menos notables poetas de la corte, quedaron solos Âixa y el Sultán, quienes movidos por un mismo y simultáneo impulso, se arrojaron en brazos la una del otro, exclamando el Príncipe, visiblemente emocionado:

-¡Alabado sea Alá, el Misericordioso, el Justo, el Dispensador de todos los beneficios! ¡Él sólo es grande! ¡Todo cuanto hay en los cielos y en la tierra es suyo! ¡Él prueba con el infortunio a aquellos a quienes elige, y Él premia y castiga a aquellos que lo merecen! ¡Bendito sea su santo nombre, Âixa! ¡Bendito una y mil veces! ¡Y como el ángel guardián del séptimo cielo en el Paraíso, que con las setenta mil lenguas de cada una de sus setenta mil bocas, abiertas en cada una de sus setenta mil cabezas, canta en setenta mil idiomas a la vez alabanzas eternas a Alá el único, el Inmutable, empleemos nuestra vida en dar gracias al Señor de ambos mundos, por los beneficios que nos dispensa! ¡Él ha sido quien tocando el corazón de los que fueron desleales vasallos, los trae hoy a mis pies sumisos como corderillos; Él quien derribando con el poderoso impulso de su voluntad el alcázar de la iniquidad y del crimen erigido por Abu Saîd, mi primo, le ha hecho morir vergonzosamente a manos de los nassâríes! ¡Él, quien nos ha salvado, y quien nos reúne en la hora de la felicidad, como nos tuvo reunidos en la hora del infortunio! ¡Que sea eterno nuestro amor, oh Âixa, esposa mía, como es eterna la voluntad de Aquel por quien hoy nos vemos en este alcázar fabricado por mis predecesores; y si a nosotros no nos es dado rescatar en esta hermosa tierra de Alándalus cuanto fue dominio del Islámn en ella, que nuestros hijos, más felices que nosotros, y recogiendo la herencia de ventura que Alá con larga mano nos otorga en su clemencia inagotable, difundan la santa ley de Alá por cuanto rodean el mar de Siria y el mar de las Tinieblas, y limitan Afrancha y Azzocác por Norte y por Mediodía!

Así, por disposición del creador de cielos y de tierra, hallaban término los azares, las inquietudes, las zozobras de aquel Príncipe insigne, y así también recibía el premio merecido, aquella mujer que, humilde y menesterosa, había años antes llegado a Granada en busca de su madre, fiando en la protección de Alá, y que jamás supo que era hija de la sultana Sitti Máriam (a quien Alá haya perdonado), viendo al postre coronadas todas sus aspiraciones y realizadas todas sus esperanzas!

Librodot

¡Alá es Omnipotente Y Sabio, y su misericordia es infinita!

……

Años después, para honrar la memoria de la Sultana Âixa, mandaba Muhámmad V, ya apedillado Alganí Bîl'lâh, construir en su palacio un addâr o edificio especial, destînado a las mujeres, y unido a él otro independiente, en los cuales extremó su magnificencia, y agotaron los artífices granadinos su ingenio. El primero, algún tanto deformado después de la conquista por los mismos Reyes Católicos, y principalmente por las construcciones y agregaciones hechas en tiempo del Emperador Carlos de Gante, ha conservado hasta nuestros días su propio nombre, y parte de las bellezas que atesoraba, siendo hoy designado en la Alhambra con el título de Cuarto de los Leones; el segundo, desapareció con dichas agregaciones y reformas; pero formando como un agregado de la Sala de las Dos Hermanas, existe aún, cual recuerdo, el Mîrador llamado de Lindaraja, nombre fantástico, compuesto, como es entre los conocedores del idioma arábigo sabido, por la corrupción de tres palabras de esta lengua -âin-dâr-Áixa o Axa- según más generalmente hubo de pronunciarse, que textualmente significan: Mirador de la casa de Âixa.

Librodot